

EL PAÍS
DE LOS
VIENTOS
FRÍOS

Yolanda
Revueña



EL PAÍS DE LOS VIENTOS FRÍOS



Yolanda Revuelta

El país de los vientos fríos

Copyright © 2017 Yolanda Revuelta

Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Dana Roberts

Diseño cubierta: Migarumo

All Rights reserved

1ª edición Mayo 2017

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Epílogo

Agradecimientos

Glosario

Yolanda Revuelta Mediavilla

Otros títulos

A los guerreros que llegaron del frío.

A furare normannorum liberanos Domine
(De la furia de los hombres del norte, libéranos Señor)

Nota de la autora:

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos, museos, eventos o lugares donde se desarrolla es pura coincidencia.



Prólogo

*Lindisfarne.
Norte de Gran Bretaña.
793 d.c.*

El monje se acercó a su pollino y le ofreció una brizna de hierba que crecía en la inmensa pradera de verdes intensos tras una primavera lluviosa. El animal, encantado, la atrapó entre los dientes y comenzó a mascarla despacio, sin prisa alguna, mientras oteaba de forma desinteresada el horizonte. El religioso, que en ese momento se encontraba con los brazos alrededor de una conocida planta de uso medicinal, lo imitó, se irguió intentando obviar el dolor de lumbares que en ese instante le traspasaba la espalda como un aguijonazo y alzó más la cabeza, centrando su mirada en la grandiosa masa de agua que se abría ante sus ojos. El mar parecía una balsa, solo unas pequeñas olas se atrevían a romper en los salientes de las rocas, la calma era absoluta. El dolor pareció desvanecerse y no pudo evitar soltar un suspiro de alivio.

Esa calma no hacía presagiar lo que iba a ocurrir unos minutos después.

Observó la grandeza del mar y dio gracias al Señor por tan maravilloso regalo, colocó su mano derecha sobre las cejas y centró toda su atención en un pequeño punto que destacaba a lo lejos. Entrecerró más los ojos hasta que pudo identificar aquel objeto flotante que se movía con suma rapidez, surcando el océano a una velocidad pasmosa.

Su intuición le indicaba que esa extraña embarcación de una inmensa vela rectangular desplegada y con un mascarón de proa que simulaba la cabeza de una bestia inmundada, no podía traer nada bueno. Parecía más bien una obra del diablo que cualquier otra cosa. Desvió su atención al monasterio, que se alzaba hierático y majestuoso frente al mar; su mirada, sin poder evitarlo, volvió de nuevo a la nave. El viento azotó con fuerza su hábito, de tono oscuro y raído por el paso del tiempo; sin embargo, él pareció no notarlos.

Después de aquella misteriosa embarcación, aparecieron otras que parecían seguir el surco que dejaba la primera.

Abrió una mano despacio, hipnotizado por aquellas extrañas naves que iban aumentando de tamaño a medida que se acercaban a tierra y tiró las plantas medicinales sobre la verde hierba, a la vez que en su mente se formaba una idea desoladora.

El pollino movió de forma incesante sus enormes orejas, como si pudiese

percibir la intranquilidad del hombre que se hallaba a su lado, rebuznó con poderío para hacerse oír y obtener otro bocado extra pero, para su sorpresa, esta vez no dio resultado.

El monje, sin perder detalle de lo que acontecía, se temió lo peor. Las embarcaciones se dirigían a tierra firme y allí no había nada más que el monasterio. Con una rapidez que le sorprendió incluso a él mismo, montó a su pollino, tiró de la cuerda que hacía las veces de bocado, e hizo apretar el paso a su montura; como respuesta, el animal de carga rebuznó con más brío, pero no desobedeció las órdenes y comenzó su andadura con paso enérgico. Si la situación hubiera sido otra, hasta podría haberse definido como divertida.

Los misteriosos barcos se abrían paso entre las aguas a gran velocidad, su tamaño aumentaba a medida que se iba acercando a la playa y, si de lejos le pareció que eran misteriosos y sombríos, a distancia corta no pudo menos que definirlos como tenebrosos. Espoleó con el talón el flanco de su rucio para que aumentase su paso, este obedeció a la orden en el acto y se puso, no sin esfuerzo, a la par de la primera embarcación. Sin duda era una competición desmedida, pero el monje, atemorizado por las circunstancias, no pensó ni por un momento en su montura. La embarcación, como era de suponer, les adelantó. Por primera vez, se dejaron oír los gritos de los hombres que la manejaban; solo se escuchó un rugido que no tenía traducción alguna y, al mismo tiempo, comprensible a todas las razas que poblaban la tierra. Eran gritos de guerra.

El viento del norte cortaba su piel como el filo de un cuchillo, pero lo ignoró y apretó con más fuerza los lomos de su pequeña montura. Las campanas del monasterio comenzaron a escucharse a un ritmo alarmante. El tintineo era cada vez más fuerte e insistente. Era el toque de alarma, de lo desconocido.

Sus hermanos ya habían advertido el peligro, pero no por eso disminuyó la marcha. Necesitaba llegar cuanto antes y estar así junto a los suyos.

El repiqueteo se entremezclaba con el ruido que hacían los remos al tocar el agua. Era atrayente como el canto de una sirena, pero igual de peligroso.

El barco llegó a la orilla, y él y su montura, extenuada por el recorrido, se acercaron hasta el monasterio. Desmontó y observó cómo aquellos hombres pisaban tierra. Su aspecto era difícil de definir, pero llegó a la conclusión de que solo podía describirlos como sucios y salvajes. Uno de ellos le llamó la atención, quizás fuese el de más edad; era alto, de torso robusto, de melena rubia y barba trenzada. Hablaban una lengua desconocida, sin embargo lo que más le impactó fueron las armas que portaban sus manos: hachas, escudos de madera y espadas. No venían en son de paz.

La puerta del monasterio se abrió de repente.

—¡Hermano Gilbert!—exclamó al verlo uno de los monjes sobre el estridente

redoble de las campanas —. ¿Quiénes son?

Su respuesta quedó suspendida en el aire al escuchar los aullidos de guerra que venían desde la playa.

Como caído del cielo, llegó el caos. El averno.

Horas después, herido de gravedad, con una mano ensangrentada en el abdomen intentando que sus intestinos se mantuvieran en su sitio, obtuvo la respuesta.

Dejó caer la cabeza a un lado hasta tocar el frío suelo de piedra y tosió con fuerza, ya que el denso humo taponaba sus vías respiratorias y respiraba con dificultad. El monasterio ardía envuelto en llamas, profanado y ultrajado.

Aquellas bestias eran la personificación del demonio. Habían asesinado, saqueado y no habían dejado nada de valor en el monasterio; solo unas míseras vidas que se iban apagando poco a poco.

El dolor se volvió insoportable a la vez que la hemorragia se escapaba con más fuerza entre sus dedos. Le quedaba un hilo de vida y lo sabía. Se encomendó al Señor y le pidió que lo sacase de aquel infierno y lo llevase al paraíso; pero esa vez, Dios pareció desatender la súplica.



Capítulo 1

En la actualidad.

—¿No vas a decir nada?

—No hay mucho que decir, ¿no crees? —respondió Tessa clavando los ojos en el documento que ocupaba la pantalla de su ordenador.

Silvana volvió a sentarse tras la mesa y soltó un suspiro nada femenino. Miró a través de la ventana y observó el mar, esa mañana se encontraba en calma. Un invierno lluvioso, inestable y cargado de tormentas y temporales, había dado paso a una primavera algo más tranquila y un verano de lo más caluroso.

Septiembre se presentaba con temperaturas más suaves y más acordes con el clima oceánico.

Aún podía recordar cómo, durante los meses invernales, las olas, muchas de más de cinco metros de altura, habían arremetido con fuerza desmesurada una y otra vez contra la costa, queriendo engullir todo lo que encontraban a su paso. Incluido el faro, vapuleado hasta la saciedad por la furia del mar y guía eterno de los marineros, que desde hacía más de cien años se encontraba anclado en una pequeña isla, dominando la entrada a la bahía de Santander, frente a la Península de La Magdalena, a una distancia prudente de tierra. Muchas habían sido las historias que rodeaban la resplandeciente luz embutida en la noche y que guiaba a los hombres de mar a volver a casa sanos y salvos.

El Mar Cantábrico embravecido no era algo que hubiera que tomarse a la ligera. No solía avisar. Se enfadaba sin más y rugía una y otra vez, incrustándose con una fuerza descomunal contra los acantilados, ya lamidos por la bravura de sus olas.

Por ese mar de gran oleaje habían navegado los vikingos, esos guerreros fieros y guiados por el demonio, como a algunos les gustaba definir.

Para Silvana, esa cultura nórdica era su vida. A las gentes del norte de Europa les había dedicado su doctorado en historia.

—Los hombres son seres crueles, machistas, egocéntricos y con un instinto tan bajo que podrían reptar por el suelo si se lo propusieran.

Silvana dejó la ventana y centró su atención en la secretaria que se encontraba a escasos metros de su posición. Tessa, al igual que ella, trabajaba en la UIMP (Universidad Internacional Menéndez Pelayo), situada en una de las plantas del Palacio de la Magdalena, en Santander. Aunque sus funciones eran muy diferentes.

Mientras que ella, al igual que muchos otros historiadores, se dedicaba a ejercer como profesora en cursos intensivos de verano dentro de la universidad,

Tessa llevaba todo el trabajo burocrático de lo que un día fue la residencia de verano de Alfonso XIII, bisabuelo del actual rey, Felipe VI.

«Tiene razón para estar enfadada», pensó Silvana. Después de ocho años viviendo con su pareja, el novio de Tessa la había abandonado por una bailarina que ni mojada pesaría cuarenta kilos. Muy al contrario que la secretaria que, sin estar obesa, casi doblaba el peso de la susodicha.

—No debes flagelarte de ese modo —repuso Silvana con suavidad—. Tomó una decisión que, a la larga, estoy segura de ello, te beneficiará.

—¿Te estás escuchando?! Era el amor de mi vida.

—No —respondió taxativamente Silvana—. Lo convertiste en el amor de tu vida.

Tessa abrió la boca e inmediatamente la volvió a cerrar, sin saber muy bien qué decir; un segundo después, arqueó ambas cejas y preguntó:

—¿Se puede saber de qué narices estás hablando?

Silvana lamentó casi de ipso facto haberse metido en *camisa de once varas*. Callada hubiese estado más guapa y, aunque no le importaba ser el saco de golpes de Tessa de vez en cuando, después de tres meses de lloros, su paciencia se estaba agotando.

—Mira, Tessa...

—No, mira tú —comentó con un tono ominoso—, yo lo quería, lo quiero —se corrigió de inmediato—, y aquí estoy, con cuatro kilos de más, hecha un adefesio y tragándome esta frustración con hidratos de carbono y comida basura. No necesito una charla psicológica, sino una amiga que me escuche y no me juzgue. ¿Lo has entendido?

Silvana soltó despacio el aire que tenía contenido dentro de los pulmones desde hacía varios segundos. ¿Por qué narices la gente no quería escuchar ni ver la realidad? Se conformaban con *su verdad* y de ahí, no había manera de hacerles ver que el mundo se extendía más allá de su persona.

Tessa no era una belleza deslumbrante, pero tenía una sonrisa preciosa que, por culpa de aquel gilipollas, había perdido. Sus ojos color avellana no eran muy grandes, pero sí despiertos y vivos. Era cierto que no era una top model, sin embargo, era una mujer que a sus treinta y cinco años rezumaba encanto. Era divertida y una consumada adicta al chocolate negro. Claro que en estos tiempos que corrían, ¿quién no lo era?

—Tienes razón, disculpa. Solo intento hacerte comprender que estás tocando fondo y, una vez que lo hayas hecho, solo te queda una opción: impulsarte hacia arriba.

Tessa la miró como si estuviese dictando una sentencia.

—Realmente no sé si tantos años de estudio te han vuelto paranoica o es que

realmente eres así.

Silvana obvió el comentario.

La vida en sí misma era un espejo en el cual reflejarse.

Desvió su atención hacia el informe que tenía sobre su mesa. Allí, encerrados en aquellas frases y notas de página, se encontraba el primer asalto constatado de la historia de los vikingos a Lindisfarne, monasterio situado al norte de Gran Bretaña. Había soñado millones de veces con estar allí, verlos y así poder describir con suma precisión su apariencia, estudiar su idioma, sus armas, sus costumbres; en definitiva, ser parte de su cultura, parte de ellos. Cualquiera que la escuchase podría tildarla de sádica, ya que, por los escritos encontrados, se sabía que los vikingos saqueaban y asesinaban sin piedad aquellas tierras que pisaban en busca de objetos de valor.

Distaba mucho de pensar así. La historia los había calificado de salvajes y soldados del diablo, sin embargo ella tenía otra versión; solo eran comerciantes ávidos de aventuras y alimentos que llevarse a la boca. Su tierra, helada y yerma, no les había dejado otra opción. Era cuestión de supervivencia. Hoy en día podría entenderse así.

Claro que algo había heredado de los guerreros del país de los vientos fríos. Era pelirroja y sus ojos eran de un tono claro, no llegaban a ser verdes, pero cuando el sol los aclaraba se transformaban en pardo verdoso. Quizás esa fuera una de las razones que le habían llevado a estudiar hasta la extenuación a los vikingos.

Esa era una y, la otra, su abuelo Daniel. Un hombre dedicado al campo que sabía buena parte de la historia universal a través de los libros que había leído a lo largo de su extensa y larga vida. No tenía estudios, ni falta que le hacían, porque estaba segura de que podía superar a cualquier erudito que se jactase de ello.

Era culto por sus vivencias, por las canas que peinaba y por las profundas arrugas que surcaban su desgastada piel. Ella adoraba aquella casa del molino donde su abuelo vivía, en Luzmela, un pequeño municipio cerca de Cabezón de la Sal, donde Concha Espina ambientó, a principios del siglo XX, una de sus novelas más famosas

No tenía padres. Un accidente de ferrocarril, cuando tenía nueve años, les había sesgado el futuro, pero su abuelo Daniel lo había intentado enmendar; los había reemplazado, tarea casi imposible pero, de alguna manera, lo había logrado. Era su única familia y ella jamás había sentido la carencia del cariño.

Su abuelo había sido la primera persona que le había hablado de los vikingos, quizá por el color de su cabello, nunca se lo había preguntado, y después de eso, ya nunca desaparecieron de su vida. Se quedaron para siempre. Tanto había sido así, que ya rayaba la obsesión.

—Sé que estoy insoportable —confesó Tessa en un momento dado—, pero no puedo borrar de mi cabeza a esa maniquí con piernas de cigüeña.

Silvana tuvo compasión de ella. Solía racionalizar demasiado y el amor no tenía para nada lógica alguna. Se levantó de la silla y se encaminó hacia su amiga, la abrazó y Tessa, agradecida por esa muestra de afecto, se dejó envolver entre sus brazos.

—Eres maravillosa y espero que no permitas que nadie piense lo contrario.

Sintió asentir a Tessa sobre su hombro.

—Es un idiota, un capullo integral y un gilipollas en grado sumo —continuó diciendo.

—Sí —escuchó susurrar a su amiga contra su hombro.

En otro momento se hubiese echado a reír por la actitud pueril de su amiga, pero ahora no. Tessa sufría y mucho. Su vida, su futuro, se había desmoronado como un edificio al que hubiesen dinamitado sus cimientos. En el fondo sabía lo que era eso, solo que a ella le ocurrió siendo una niña. Había perdido a sus padres, su brújula; aún deambulaba sin un destino concreto y muchas veces se preguntaba si estaría tomando el camino correcto.

—Creo que tengo la venganza perfecta.

Tessa se separó lo suficiente para lanzarle una mirada indescifrable.

—¿Qué tipo de venganza?

A Silvana le gustó observar el semblante de su amiga; por primera vez en varias semanas, los ojos de Tessa no echaban chispas sino que tenían una mezcla de sorpresa e intriga.

—Deporte y comida sana.

Tessa se deshizo del abrazo y elevó las cejas hasta casi llegar al cuero cabelludo.

—¿Se puede saber de qué hablas?

—Cuando lo vuelvas a ver tienes que estar impresionante; no digo que no lo estés ahora —añadió rápidamente—, pero tienes que hacerle dudar y hacerle pensar que dejó una buena parte del pastel para comerse solo la guinda. *¿Capichi?*

—¿Por qué iba a hacer eso? Él me quería tal como era.

«Por esa razón se ha ido con una muñeca de porcelana», pensó Silvana.

—Es muy posible, sin embargo —no pudo reprimir una sonrisa ante sus próximas palabras—, sembrarías la semilla de la duda en su mente.

—Dieta y deporte—repitió Tessa como si se tratase de una plegaria que no debiese olvidarse.

—Exacto.

—Va a ser duro, pero podría lograrlo —resopló con suavidad—, si me lo propongo, claro está.

—Eso sería estupendo.

Silvana era consciente de que estaba utilizando la psicología inversa con Tessa. Si lograba que su amiga bajase algo de peso, se encontraría más a gusto consigo misma, su autoestima subiría como la espuma y eso le haría brillar como una luciérnaga; los hombres se fijarían en ella y a la vez olvidaría a aquel fante. Círculo cerrado.

—Y ¿qué me dices de ti?

—¿De mí?—preguntó ella sorprendida al comprobar cómo se había girado la situación en su contra sin ni tan siquiera advertirlo.

—Sí, de ti. Del amor.

—Consejos doy, que para mí no tengo.

Tessa le devolvió la sonrisa.

Silvana era una mujer preciosa, más delgada que ella, pero con unas curvas muy favorecedoras y muy bien amoldadas en sus caderas. Su cabello era rojo como el atardecer en un día soleado, su tez blanca, demasiado, tanto era así que debía utilizar factor solar de más de cincuenta tanto en invierno como en verano para que su piel no sufriera los devastadores efectos secundarios de los rayos ultravioletas.

Era una mujer muy inteligente que vivía por y para su trabajo. Solo había una cosa que la obsesionaba, y eran los vikingos. Era una erudita en el tema y, por esa razón, había sido contratada por la universidad de verano. Nadie sabía tanto de los pueblos nórdicos como ella.

—Llevas más de un mes encerrada en este despacho.

Silvana miró primero a Tessa y luego a dos de las estanterías que decoraban aquella estancia que hacía las veces de oficina. Le gustaba estar allí, rodeada de historia; quizá con un poco de suerte pudiese prolongar su estancia en el Palacio.

—Es lo que me gusta —dijo en defensa propia.

—Y ¿de hombres?

—No tengo tiempo para el amor.

—Claro, es cierto. Los hombres de ahora no van sucios ni andrajosos, ni llevan hachas ni espadas, ni tan siquiera escudos en las manos, ni gritan como energúmenos cada vez que van a atacar a pobres campesinos y mujeres indefensas.

—Eso es un golpe bajo, Tessa.

—Pero es la verdad.

No lo podía negar. Era cierto. Le gustaban más los hombres del norte que habían muerto hacía cientos de años que los de ahora. ¿Qué podía hacer al respecto?

—Dime, si hubiese una máquina del tiempo...

Silvana no dejó terminar la frase a su amiga.

—No lo dudaría ni un segundo. Viajaría hasta la península de Jutlandia, hasta ellos.

Una voz masculina las interrumpió:

—Yo no tengo una máquina del tiempo, pero puede ser que sí algo que se le parezca.

Ambas mujeres se sobresaltaron y desviaron su atención hacia la puerta. Tomás Ferrero, el decano de la universidad, se encontraba apoyado en la jamba, su aspecto era despreocupado. En su mano llevaba varios folios pulcramente colocados. Silvana se preguntó cuánto había podido escuchar de la conversación.

Tomás Ferrero debía rondar los cincuenta. Según había oído Silvana estaba divorciado y tenía dos hijos adolescentes; pero si de algo podía presumir Ferrero, era que sabía ejercer su labor como decano.

En definitiva, era un hombre culto y apasionado que vivía por y para su trabajo. En ese instante no llevaba la chaqueta del traje y eso le hacía parecer más cercano; las mangas de la camisa estaban remangadas a la altura de los antebrazos. Se conservaba bien y tenía un «no sé qué» que hasta resultaba atractivo. A ella no le había pasado desapercibido que mostraba cierto interés hacia Tessa, aunque sabía disimularlo muy bien ante los demás, o al menos eso creía ella.

—Hace un momento estaban más habladoras.

Tessa y Silvana se miraron cómplices y con un gesto de lo más pueril.

—Iba a pasarle el informe dentro de unos minutos—se excusó rápidamente Tessa.

—No he venido por el informe, sino a traerle este fax a la señorita Roiz. Ha llegado hace cinco minutos. —Extendió el brazo y se lo ofreció a Silvana.

Esta, como una autómatas, lo cogió y lo leyó. Tuvo que hacerlo dos veces para comprender las dimensiones del documento. Estaba en inglés, no obstante, ella se defendía perfectamente en el idioma anglosajón. Levantó la cabeza y la desvió hasta Tessa.

—¿No son buenas noticias?

—Creo que son las mejores que he tenido en mi vida.

—¿De qué se trata? —preguntó Tessa preocupada.

—Hay una plaza libre en el Museo de Roskilde.

—¿En Oslo? —exclamó su amiga encantada dando palmadas y pequeños saltos, como si fuera una niña pequeña ante un dulce.

—No, Dinamarca.

—Pero se trata de vikingos igualmente, ¿no?

Silvana asintió. Entre sus manos se encontraba su sueño, casi lo podía palpar. Era una realidad. Se volvió al decano.

—Muchas gracias —. Las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta.

—Sin duda se lo merece. Será un dato muy importante y a destacar en su

currículum —comentó Tomás—. Soy consciente de que deseaba la plaza en Oslo, pero al parecer no ha podido ser.

Silvana sonrió sin poder creérselo. No importaba el dónde, ni el cómo, solo que su quimera ya era un hecho; podría estudiar y embriagarse de todo aquello que le apasionaba. A sus treinta y dos años, sus sueños se cumplían.

«Nunca hay que abandonar», pensó.

—Yo que usted, me daría prisa e iría hacer las maletas. No tiene mucho tiempo.

Silvana observó la fecha. En menos de una semana debía ocupar su puesto en Dinamarca.

—Creo que tiene razón. Con su permiso, me voy a casa.

—Sus clases han terminado, no veo porqué no.

Silvana se sintió volar. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Tenía que contárselo a su abuelo.

—¿Has pensado en el frío invierno?

No había pensado en nada. Si tuviera que llevar una piel de oso como única prenda durante varios meses, no le importaría. ¿Qué eran unos cuantos grados bajo cero frente a su sueño?

—No he pensado en nada; solo sé que quiero estar allí.

—Creo que en tu fuero interno estás loca de atar.

—Me voy —dijo Silvana ignorando el comentario de su amiga—; pero antes, recuerda lo que te he dicho —le advirtió a Tessa mientras se despedía con un par de besos, uno en cada mejilla.

—No me vas a dejar olvidarlo; así que más vale que me ponga las pilas.

—Chica lista.

Silvana recogió su bolso, que descansaba sobre una caja en el suelo, y salió apresurada del despacho. No había tiempo que perder.

El decano se apartó y dejó paso a una mujer eufórica.

—Teresa, será mejor que ese informe esté sobre mi mesa en menos de cinco minutos.

Tomás Ferrero era la única persona de la faz de la tierra que la llamaba por su verdadero nombre. Lo odiaba y él parecía saberlo.

—Sí, señor.

—Por cierto, ¿la fase de duelo ya ha pasado?

Si en ese instante le hubiesen dado una bofetada, no le hubiese sorprendido tanto como la pregunta que le formulaba el decano.

—Creo que sí, señor —respondió algo dubitativa, sin saber muy bien a qué atenerse.

Tenía que reconocer que había sido un alma en pena las últimas semanas, pero el hecho de que el decano supiese de su situación amorosa, no le reconfortaba en absoluto.

—Bien. La espero en mi despacho. En cinco minutos —recalcó.

Tessa se quedó observando la espalda de Tomás. Ese hombre la desconcertaba. Más le valía darse prisa o tendría algo más que añadir a su lista de autocompasión, pero antes cogió su teléfono y envió un whastapp a Silvana.

Me alegro tanto por ti.

Vive tu sueño.

Capítulo 2

—Solo serán unos meses.

Daniel observó detenidamente a su nieta y percibió esa punzada en el corazón. Era consciente de que, tarde o temprano, llegaría una oferta para trabajar en el norte de Europa. Era la mejor historiadora que conocía y una apasionada de la cultura vikinga. Claro que parte de esa pasión la había heredado de él. Entonces, ¿a quién podía culpar del destino de su nieta?

Colocó los cubiertos y servilletas sobre el mantel. Más le valía estar activo o se echaría a llorar en ese mismo instante. Ver marchar a Silvana era sinónimo de morir más deprisa.

—¿Cuándo te marchas?

—La próxima semana —respondió Silvana a la vez que se llevaba la cuchara de madera a los labios y comprobaba la sal en el guiso.

Su nieta había crecido en esa casa, aunque ahora vivía en Santander; según ella, eso le facilitaba el desplazamiento y no perdía tanto tiempo en la carretera. Daniel lo había comprendido y, aunque ella lo visitaba todos los fines de semana, algo que él esperaba como agua de mayo, sabía que a partir de ahora ya no iba a seguir siendo así. Las cosas estaban cambiando e imaginó que sería para bien. Debía alegrarse por ella y no ser tan egoísta.

Era cierto lo que decían de los viejos, quizá porque sus raíces estaban excesivamente aferradas a la tierra, pero no les gustaba para nada la soledad. Y él no era una excepción. Se había quedado viudo hacía más de dos décadas y desde entonces había respetado su voto célibe. Habían sido años muy duros, excesivamente crueles. Su hijo y su nuera habían fallecido en un accidente de ferrocarril y su esposa, Juliana, tres años después, lo había dejado a causa de una hemorragia cerebral. No se había podido despedir de ninguno de ellos y esa carga le pesaba cada día más; tanto era así, que no le importaría que la muerte lo encontrase desprevenido un día de estos.

Silvana ya no lo necesitaba.

« Estoy cansado, demasiado », se dijo pensando en las lluvias y en la humedad que proporcionaba su querida tierra.

Silvana retiró el guiso del fuego, dejó la cuchara de madera sobre un plato que descansaba sobre la encimera y se acercó a su abuelo por la espalda. Este, sin percatarse, estaba inmerso en sus pensamientos. Le dolía dejarlo solo, pero necesitaba realizar su sueño. Además, en un pueblo tan pequeño como Luzmela, la soledad no era tan abrumadora como en una gran ciudad. Allí todos se conocían y estaban pendientes los unos de los otros. Ella se había criado así y en la capital no

existía ese concepto de preocuparse por el vecino, lo echaba de menos. Lo abrazó como solía hacer cuando era niña.

—Ojalá pudieras venir conmigo.

Daniel se obligó a dejar sus meditaciones para otra ocasión. Ante la propuesta de su nieta sonrió.

—Soy demasiado viejo para cruzar Europa y someterme a esa nevera que es Dinamarca, ¿no crees?

—No eres viejo —protestó Silvana.

—Claro que lo soy, *mozuca*.

—¡Abuelo! —exclamó Silvana. Aunque el tono que utilizó su abuelo para referirse a ella, le encantaba.

Por aquella zona terminar los diminutivos en *uco* y *uca* era de lo más habitual y denotaba afecto o cariño al referirse a las cosas o a las personas. Una forma de expresarse que los diferenciaba de las demás provincias españolas. Los cántabros estaban de lo más orgullosos con sus afijos heredados de las lenguas romances.

Daniel palmeó la mano de su nieta varias veces con ese afectuoso gesto que le caracterizaba.

—Me alegro tanto por ti.

Silvana sabía que estaba siendo sincero.

—Lo sé, pero te voy a echar de menos.

—Eso sí que no debes hacerlo —alegó—. Debes vivir tu propia vida, sin importarte lo que digan o piensen otros. Además, no me cabe duda de que vas a hacer un trabajo impresionante y, ¿sabes por qué?

Ella negó con la cabeza y se esforzó porque las lágrimas no vieran la luz.

—Porque ya lo haces —fue la sencilla respuesta de su abuelo.

Lo adoraba, pero no sabía hasta qué punto.

—Viviré mi vida —tomó una respiración profunda para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta—, claro que lo haré, pero no podré evitar pensar en ti cada día que esté allí.

—Paparruchas.

Silvana no pudo evitar sonreír. Cada vez que su abuelo no encontraba escapatoria pronunciaba esa coletilla tan coloquial, como si fuese una palabra clave para dejar atrás o dar por terminada la conversación.

Su mirada viajó por aquella cocina que tantos recuerdos guardaba entre sus fogones. Era vieja, necesitaba una reforma y algunas puertas de armarios se encontraban en un estado lastimoso, desencajadas de sus bisagras y, a causa de ello, ya no cerraban como lo hacían antaño; pero nada importaba, la esencia estaba allí. El lugar de reencuentro, las largas conversaciones mantenidas a lo largo de su vida

estaban escritas en aquellas paredes azulejadas de blanco, ya deterioradas por el paso del tiempo.

—Venden la casa de Rufino «*El Picayo*».

A Silvana no le desconcertó el giro que tomó la conversación. Su abuelo solía hacerlo. Saltaba de un tema a otro hasta hallar uno donde se encontrase a gusto y pudiese rebatir sus ideas sin peligro alguno de verse avasallado.

—Imagino que habrán sido sus hijos quienes la hayan puesto a la venta.

Daniel dejó a un lado a su nieta, abrió uno de los armarios y sacó dos platos del fondo.

—Así es. Pobre hombre... Tanto trabajar para morir bajo los efectos de la morfina —. Meneó la cabeza de un lado para otro como si se tratase de un acto reflexivo.

Era curioso observar cómo su abuelo se reflejaba en los espejos de los demás.

Rufino, «*El Picayo*», mote puesto por los mismos vecinos por haber nacido en una población muy conocida de Cantabria, había muerto hacía tres meses aquejado de una grave enfermedad. Al parecer, sus hijos habían decidido vender la casa. Ella imaginó que no habían llegado a un acuerdo. Solía ocurrir cuando eran varios los herederos; o se vendía o la vivienda, con el paso de los años, era pasto de los matojos y caía en ruinas por la desidia.

—Puedo escuchar los engranajes de tu cerebro. ¿Qué estás pensando, abuelo?

El hombre colocó los platos sobre la mesa y, casi de una manera milimétrica, los cubiertos a cada lado.

—Estoy pensando en comprar la casa —levantó una mano con intención de parar la réplica de su nieta—. Tiene unos buenos cimientos y Rufino la cuidó con esmero. Soy consciente de que, después de quedarse viudo, la casa tiene otro aspecto, pero yo podría mejorarlo.

Silvana no lo dudaba en absoluto.

—Será mucho trabajo para ti.

Su abuelo se sacudió los hombros como si intentara quitarse un peso que le incomodaba.

—Puede ser; sin embargo, tú estarás muy lejos y necesito estar ocupado.

Silvana torció la boca en una agria mueca.

«Chantaje emocional».

—No me engañas en absoluto. Esa idea lleva rondando por tu mente varias semanas, incluso meses, diría yo.

Por primera vez desde la llegada de Silvana, Daniel sonrió. Su nieta lo conocía bien y ya sabía que iba a ser duro hacerle *comulgar con ruedas de molino*, como se solía decir por esos lares cuando intentabas que el interlocutor apoyase y

tragase las ideas del otro. Era una muchacha muy inteligente y él lo único que había hecho era sembrar en ella la pasión por la historia, por aquellos guerreros que, según dice la leyenda, llegaron varias veces a Cantabria. ¿Cuántas veces le había contado esa historia? Cientos, por no decir miles. Siempre era la misma, no cambiaba ni una sola coma; Silvana no se lo permitía, ni ahora que era una mujer adulta.

Su pelo, ese rojo intenso, era el detalle que debía haber sido el detonante de todo. Nadie en la familia, que él recordase, era pelirrojo. Quizás y sin saberlo tenían genes de aquellos guerreros que una vez decidieron llegar hasta sus costas. Podría ser la explicación a tanta pasión por aquellos desconocidos que vivían de forma permanente en su memoria.

Bien podrían haber encontrado la fórmula de convertirse en inmortales. Pues si era así, bien sabía Dios que lo habían logrado.

—No me has respondido.

Silvana lo sacó del anclaje de sus pensamientos.

—Necesito comprar esa casa, mozuca.

—Déjame adivinar...

Su abuelo se sentó en uno de los taburetes. Su aspecto era de un hombre cansado, pero su espíritu seguía siendo joven, lo podía ver en el reflejo de sus ojos.

—Se lo prometiste a Rufino.

Daniel reprimió una carcajada.

Su nieta era muy inteligente. La que más, se dijo. No le extrañaba en absoluto que la reclamasen en Dinamarca.

El desván era espacioso, tanto era así que ocupaba una habitación más de la casa. Se conservaba tal cual su abuela la había dejado antes de morir; quizá por esa razón, le gustaba tanto a Silvana. Se podía decir que era el último grito en decoración, porque cada mueble o silla que ocupaba aquel espacio podía alcanzar los ochenta años de antigüedad o más, propio de un estilo muy en boga últimamente: *Shabby Chic*. Lo mismo se podía decir del telar de madera, que se perdía en la memoria y dominaba buena parte de la estancia.

Hizo lo que siempre hacía cuando subía allí, se acercó a él y lo acarició lentamente con la yema de los dedos; su abuela había tocado cada uno de aquellos urdimbres, esos hilos paralelos y tensados que habían tejido en un pasado alfombras, mantas o sombras. No pudo evitar esbozar una sonrisa al recordar a la mujer fuerte y serena que se había ido cuando ella tenía doce años. Vivió como se marchó, en silencio.

El desván se mantenía limpio y en buen estado porque su abuelo se ocupaba de que fuese así. Silvana siempre imaginó que ese espacio se había convertido en un santuario para el hombre que la había criado.

Se alegraba por el buen uso que se le daba porque, gracias a ello, hoy en día podía sentir y apreciar aquella labor de antaño. Varios eran los armarios de aspecto aviejado, algunos de ellos de puertas de cristal, que situados contra las paredes, daban un aspecto rústico a aquel desván que parecía fundido con el pasado. Dentro de ellos descansaban hermosos camisones o ropa de cama que su abuela y la madre de esta habían cosido a lo largo de su vida. Incluso en uno de ellos, en una percha, colgaba un uniforme roído y viejo, y alguna que otra camisa que debieron dejar olvidados algunos hombres del pueblo tras venir de combatir en la Guerra Civil Española. Al menos eso le había dicho su abuela cuando era una niña. Años más tarde, descubrió que el uniforme pertenecía al marido de Mariuca «La Pasiega» que, según comentaban, desertó del ejército y recorrió durante semanas los montes frondosos de aquella España en ruinas, junto a otros, a la luz del ocaso hasta llegar a casa sanos y salvos. Tanta muerte, tanto dolor, se guardaba allí, como recuerdo de un ayer que nunca debía volver.

Se podía decir que aquel desván, con el paso del tiempo, se había convertido en un museo que su abuelo enseñaba a todo aquel que quisiera visitarlo, ya fueran aldeanos o turistas que, gracias al boca a boca, descubrían un retazo de historia escondido entre aquellas cuatro paredes, en la casa del molino.

Porque así fue en un pasado. Su bisabuelo había sido el molinero del pueblo. El paso de los años y los avances tecnológicos terminaron con aquella tradición y cultura. El molino seguía funcionando, pero no para tal menester. Niños de muchos de los colegios de la zona llegaban hasta aquella casa buscando lo que el tiempo había dejado en el olvido. Su abuelo, orgulloso, se lo mostraba. A fin de cuentas, también era parte de su historia.

—Siempre te ha encantado este lugar.

Silvana se giró y sonrió a aquel anciano al que adoraba. Habían comido y, después de recoger la cocina, él se había acostado a dormir la siesta, como mandaba la tradición desde tiempos inmemoriales.

—Imagino que porque es inamovible. Mi infancia, mi juventud, todo está aquí. Te debo tanto.

—No me debes nada.

Su abuelo se acercó a ella, puso el brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia sí.

— Todo está igual. En parte lo he hecho por ti, mi apasionada del pasado.

—Lo sé.

—He intentado enseñarte bien, Silvana, de eso puede ser testigo Dios. No me da miedo que salgas al mundo y te enfrentes con las vicisitudes que te esperan ahí fuera —apretó los labios con fuerza—. Eres una mujer adulta y debes encontrar tu propio camino. Soy consciente de que, si yo no hubiese estado aquí, ya habrías volado.

—*Abu*— dijo ella en un tono cariñoso que, a veces, utilizaba para referirse a él.

Su abuelo sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Digas lo que digas, sabes que tengo razón.

—Soy feliz a tu lado. Sin ti no hubiese podido llegar a ser quien soy.

—Paparruchas.

Esta vez fue Silvana quién sonrió.

—Te he dado alas para que las utilices, para volar y enfrentarte al mundo; y ese momento ha llegado. Mira allí.

Silvana siguió el dedo de su abuelo hasta la ventana. Tras los cristales y el pequeño riachuelo que separaba la casa del núcleo del pueblo, podían divisarse las altas montañas que parecían alcanzar el cielo con sus cumbres. Había crecido entre ellas, entre aquel verde que tanto caracterizaba a su provincia.

—Nunca debes olvidar tus raíces, pero eso no significa que no puedas crear tu hogar lejos de la tierra que te vio nacer.

—¿Es un mensaje encriptado o algo por el estilo?

Su abuelo pareció reprimir una carcajada.

—Podría ser, sí. ¿Por qué no? Necesito que entiendas que, aunque yo esté aquí, tu obligación no es hacia mí, sino hacia ti misma.

—Lo único que necesito es que te cuides y vivas eternamente.

La sonrisa de su abuelo fue cálida, tanto fue así que desbordó el corazón de Silvana.

—Nadie desea vivir eternamente, ni siquiera el hombre más sabio de la faz de la tierra.

—*Abu...*

La expresión de Daniel se relajó. Comprendía a su nieta, su mensaje. Él deseaba lo mismo para ella, pero la vida no era así, nunca parecía haber lógica en ella. Depositó un cariñoso beso en aquella llamarada roja que tenía su nieta como cabello.

—Estaré bien; solo debes preocuparte de ser feliz.

Silvana se cobijó en el abrazo que le brindaba su abuelo.

—¿Es una promesa?

Daniel tardó tanto en responder que su nieta dejó de mirar el cristal traslúcido

de la ventana para centrar su atención en aquel hombre que había ejercido de padre y madre a lo largo de su vida.

—Te lo prometo.

Ella, sin percatarse, soltó el aire que había mantenido a la espera de una respuesta.

—¿Qué es esto? —preguntó al ver cómo su abuelo se colocaba tras ella y con ambas manos sujetaba los extremos de un collar de cuero; de la cinta colgaba una pieza de asta irregular con un texto grabado —¿Son runas?—inquirió sorprendida.

—Eso parece.

Silvana lo acarició. Al tacto era suave y tuvo la impresión de estar tocando algo muy valioso.

—Cuando tu abuela falleció, creí volverme loco; me preguntaba una y otra vez qué había podido hacer para que Dios me diese tal castigo. Tres años antes me había arrebatado a mi hijo y a tu madre y en ese momento, sin previo aviso, se llevó a la mujer que siempre había amado. Jamás lo comprendí.

Silvana dejó que el colgante reposase en su pecho y se acercó a su abuelo despacio, con cautela. El hombre tenía la mirada perdida tras la ventana.

—Lo siento tanto, *Abu*.

—Lo sé, mozuca. Siempre has sido más fuerte que yo.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad. —Miró a su nieta y vio en el reflejo de su mirada esa fuerza que él mencionaba—. Fue una suerte que tú no fueses en ese tren. Quizá esa fue la razón por la que decidí perdonar a Dios hace ya algunos años.

Silvana lo observó detenidamente. Ahora veía al hombre aviejado y cansado que ella se negaba a aceptar.

—Fueron muchos los meses que, mientras tú estudiabas, yo iba de un lado para otro siguiendo las pistas de esos guerreros fieros y de pelo claro que un día, quizá por casualidad, decidieron llegar a nuestras costas. Me uní a un grupo de estudiantes de historia y arqueología.

—¿Abuelo, no lo sabía! —exclamó impresionada.

—¿Por qué crees que sé tanto? —Su abuelo sonrió abiertamente—. En los libros vienen muchos datos, pero verdaderamente la historia los encierra de una manera bien distinta. Bajo capas y capas de tierra. Por la noche llegaba y te contaba mis andanzas.—Daniel acarició el cabello de su nieta—. Tus ojos se abrían y tu avidez por conocer y saber más nunca se detenía.

—Tienes que reconocer que te encantaba.

—Claro que sí y he de confesar que estoy muy orgulloso de ello. No fue fácil hacerme con la confianza de los estudiantes y aquel profesor que cada día miraba

desconcertado a aquel pobre viejo que los visitaba. Imagino que en algún momento ablandé su corazón, porque me dejó participar en el proyecto. Tener una huerta ayuda, ¿sabes?

—Un día encontré bajo esas capas de tierra este trozo de asta. —Daniel dejó el cabello de su nieta para dirigir su atención al colgante—. Sé que no hice bien en guardarlo y no mostrarlo al mundo, pero al verlo, solo pude pensar en ti.

—¿Por qué nunca me lo contaste?

—Supongo que me sentía avergonzado de robar un objeto a la historia y a la tierra. —Su boca se torció en una mueca de arrepentimiento—. Pero al observar el lenguaje rúnico supe casi de inmediato que había pertenecido a esa cultura que tanto tú como yo admiramos.

Silvana lo miró extasiada.

—¿Lo crees en serio? —preguntó poniendo toda su atención en el colgante—. ¿Aquel profesor nunca descubrió el hurto?

—Imagino que no. Lo guardé celosamente aquí, en el desván, durante muchos años, buscando el momento exacto para dártelo.

—¿Crees que perteneció a la cultura vikinga?

—Supongo que nunca lo sabremos, sin embargo, a mí me gusta pensar que lo fue. Si estuviese en lo cierto, lo llevarás de nuevo al lugar del que una vez salió. —Alargó la mano y acarició el antebrazo de su nieta—. Creo que de esta manera mi pecado, si alguna vez lo hubo, quedará exento de toda culpa.

—Eres un gran hombre, abuelo. El mejor, diría yo.

Daniel movió la cabeza de un lado para otro.

—Un día conocerás a otro mejor.

—Sabes que eso no es cierto.

—Sí lo sé; en el momento que lo conozca, le estrecharé la mano, le pediré que cuide de ti y solo entonces podré marcharme en paz.

—¡No hables así! —exclamó intranquila Silvana. Su abuelo hablaba de la muerte como una aliada y eso no le gustaba.

—Mozuca, cuando llegas a mi edad, te das cuenta de que la vida es demasiado corta. Así que no pierdas el tiempo y tráelo para que pueda conocerlo personalmente.

—No hay ningún hombre en mi vida, *abu*.

La expresión de Daniel se relajó por un momento.

—Lo hay, lo que ocurre es que aún no has coincidido con él.

La incertidumbre la envolvió en una capa fría y áspera. El tiempo apremiaba y eso la desarmaba. Ese hombre era su única y más preciada posesión.

Por primera vez reconsideró su viaje.

Volvió su mirada a aquel paisaje, a aquella tierra indómita que no había

podido ser conquistada a través de los siglos ni por los romanos ni por los árabes. Eran un pueblo singular de gente luchadora. Aquel paraíso era su hogar. No lo olvidaría nunca.

Su tierra, como allí la denominaban cariñosamente, aquel paraíso, allá donde fuere, siempre iría con ella.

Debía marcharse. Observó a su abuelo y vio la aceptación en la mirada de él.

Estaba decidido.

Debía desplegar las alas y volar.

Capítulo 3

Silvana observó la pantalla de su teléfono móvil antes de contestar. Debía admitir que el número que se reflejaba en él era extremadamente largo y eso la desconcertó en un principio, pero aún así decidió aceptar la llamada.

—Sí — contestó de forma automática mientras que, con la mano libre, colocaba un jersey de gruesa lana en la maleta.

—*Miss Roiz...*

Silvana escuchó aquel acento inglés excesivamente marcado y se detuvo a medio camino antes de elegir otra prenda para añadir a su equipaje.

—Sí, soy yo —contestó ella en un perfecto inglés, a la vez que el colchón cedía bajo su peso.

Su interlocutor comenzó a hablar y ella prestó la máxima atención mientras avanzaba la conversación.

—¿Muerto? —logró preguntar al fin creyendo haber escuchado mal mientras el corazón martilleaba con fuerza entre sus costillas.

—*Así es* —respondió despacio y algo más comedida la otra persona a través de la línea de teléfono.

Silvana observó su habitación y percibió cómo las paredes parecían cernirse sobre ella.

—¿Eso significa que mi viaje a Dinamarca se ha anulado? —preguntó algo confusa.

—*No, no* —respondió una voz efusiva y grave a través de la línea—. *Quizá me haya explicado mal, señorita Roiz. Me pareció oportuno comentarle lo sucedido y creo que mi destreza a la hora de explicarme deja mucho que desear. Discúlpeme.*

Silvana pensó que aquel hombre estaba en lo cierto. La conversación parecía más un diálogo de besugos que cualquier otra cosa.

—Está bien —fue su única e inexpresiva respuesta.

Se incorporó de la cama y se dirigió a la ventana. Desde allí podía ver el Mar Cantábrico y eso siempre la calmaba.

—*Mire, señorita Roiz, el director del museo, el señor Gium Poulsen, como le he comentado, ha fallecido en el día de ayer de muerte repentina...*

Silvana, muda de asombro, intentó asimilar de nuevo la información y asintió despacio con la cabeza, como si su interlocutor pudiese verla.

—*Mi nombre es Hans Solberg, soy el conservador del museo y, como tal, me he visto en la obligación de transmitirle tan trágica noticia.*

Silvana intentó ejecutar aquel desgraciado incidente en su cerebro, pero le era

del todo imposible. Presentía que sus sueños se desvanecían como un castillo de naipes al caer.

—*¿Señorita Roiz?* —insistió Solberg al no recibir respuesta alguna por parte de la historiadora.

—Sí...sigo aquí —respondió algo aturdida, mientras observaba a través del cristal cómo las olas lamían una y otra vez la arena de la playa.

—*Bien. Esto no hace variar para nada sus planes. Que sepa que estamos encantados de que entre a formar parte de nuestra plantilla los próximos seis meses. ¿Comprende?*

—Perfectamente, señor Solberg; le ruego que me disculpe, pero no esperaba una noticia de tal calibre a pocas horas antes de coger un avión.

—*Lo comprendo, pero me vi en la necesidad de ponerle en antecedentes de lo sucedido. Lamento haber sido tan sincero, pero la noticia en sí misma ya es desoladora.*

—Por supuesto.

—*Su currículum es intachable...*

Silvana intentó seguir la conversación. Hans Solberg debía estar leyendo al mismo tiempo que hablaba con ella, porque escuchaba el paso de las páginas a través del teléfono.

—Muchas gracias —fue su única y sencilla respuesta.

—*En el aeropuerto le estará esperando un chófer que la traerá hasta el museo; una vez hechas las presentaciones, podrá ir a descansar al piso de alquiler que se le ha proporcionado durante su estancia en Roskilde.*

—Se lo agradezco, señor Solberg.

Hasta ella misma se escuchaba como una mujer insulsa. Debía reconocer que ella era mucho más habladora y abierta.

—*Bien, pues no tengo más que añadir. Nos vemos mañana, señorita Roiz.*

—Sí...Ahhh...Señor Solberg.

—*¿Sí? Dígame.*

—Lamento mucho la muerte del señor Poulsen.

—*Gracias, señorita Roiz. Buen viaje.*

La llamada terminó y Silvana dejó caer el brazo a la vez que su mano agarraba con fuerza el teléfono.

¿Qué había sido aquello? Se preguntó mientras observaba la curva del horizonte. La conversación más extravagante que hubiese mantenido nunca. En su mente, el castillo de naipes se tambaleó, pero al menos no se derrumbó. Centró su atención de nuevo en el teléfono, buscó en la agenda y decidió llamar a Tessa. Necesitaba comentarle lo sucedido a alguien y su amiga y secretaria de la UIMP fue

sin género de dudas, la elegida.

El avión dio una sacudida y Silvana se agarró con fuerza en el asiento. Debía reconocer que el trayecto Santander - Madrid había sido de lo más tranquilo, pero ahora, a medida que se acercaba a su destino, el viaje parecía complicarse. La mujer que iba a su lado y que hacía unos instantes estaba sumergida en las páginas de una novela, que por la portada pudo definir como de romance erótico, estaba ahora con los ojos cerrados y visiblemente nerviosa. Si pudiese verse reflejada, se encontraría que estaba blanca como las nubes que se dejaban ver por las ventanillas. Otra sacudida.

El estómago se le encogió y pensó en su abuelo. Morir a miles de metros de altura no era la muerte deseada; claro que, mirándolo bien, ninguna lo era. El silencio reinó durante unos segundos, solo roto por algún comentario o exclamación soez de algunos de los pasajeros.

El piloto habló y a Silvana le pareció que, al igual que ella, todo el mundo aguantaba la respiración mientras escuchaban atentamente las indicaciones que salían a través del megáfono.

Llegarían en unos minutos a Copenhague. Lo peor ya había pasado. Se relajó poco a poco, a la vez que despegaba, uno a uno, los dedos agarrotados del asiento.

—¿Es su primer viaje a Dinamarca?

Silvana, en un esfuerzo por liberar la tensión, sonrió a la mujer que tenía al lado.

—Sí.

—Bueno, entonces le aseguro que no será el último.

—¿Es usted danesa? —preguntó, deseando estar ocupada en algo más que las sacudidas que daba el avión a causa de las turbulencias.

La mujer suspiró profundamente. Silvana se fijó más en ella. No podía tener más de sesenta años, piel cuidada e hidratada y su cabello era tan oscuro como el carbón; sin duda era un tinte de lo más apropiado, aunque la mecha californiana de tonos anaranjados sobre la frente le daba un aspecto más juvenil. Le quedaba bien. Parecía excesivamente bohemia o al menos eso le pareció a ella al fijarse también en los pendientes de pluma que llevaba colgados de la orejas. Daba la sensación de que había desplumado a un loro para fabricar aquella baratija.

—En Copenhague vive mi hermana y viajo una vez al año para visitarla.

Silvana asintió educadamente y arqueó la comisura de los labios hacía arriba.

—Le gustará el país; la comida no tanto, pero como en España no se come en

ninguna parte, ¿no?

—Sí. Estoy de acuerdo—respondió sin saber muy bien qué decir.

—¿Es usted siempre tan callada?

Un leve rubor se extendió por los pómulos de Silvana.

—No, es que...

—Tome. —Su compañera de viaje no le dejó terminar la frase—. Lo va a necesitar.

Silvana, como una autómatas, cogió la novela que le ofrecía.

—Conviértala en su biblia. Los hombres se lo agradecerán. Los daneses son... —pareció pensarlo detenidamente— muy fogosos. ¿Me comprendes?

¿Por qué tenía la sensación de que últimamente solo mantenía conversaciones de lo más inusitadas?

—Le va a gustar —continuó diciendo—, pero más si lo pone en práctica— le dijo la mujer a la vez que le guiñaba un ojo.

De repente la conversación se terminó como había empezado. De manera inusual. Silvana reclinó su espalda contra el asiento y suspiró, cerró los ojos durante unos segundos y le pareció ideal no sentir ningún altibajo del avión. Observó con detenimiento la portada de la novela, no era muy dada a leer romántica, no solía tener espacio en su vida para novelas. Los informes y su trabajo se llevaban buena parte de su tiempo libre. Abrió el libro hacia la mitad y comenzó a leer.

Tuvo que ser pura coincidencia que el capítulo escogido fuese de lo más fogoso. Se llevó la mano a la boca y tuvo que contener una carcajada.

Aquella escena no era romance sino sexo puro y duro. Siguió leyendo de una manera casi voraz y desconocida hasta ahora por ella. Después de todo, aquella trama comenzaba a gustarle.

Observó a la mujer que distraídamente miraba por la ventanilla las suaves y acolchadas nubes. No hizo ningún movimiento ni mostró ningún interés hacia ella y Silvana lo agradeció. Mejor así, pensó, porque no sabría cómo enfrentarse o debatir una tertulia literaria sobre libro que descansaba sobre su regazo.

Decididamente debía ponerse al día en materia referente al sexo. Recordó su último affaire y le resultó de lo más insulso.

«No cabía la menor duda, debía despertar a la diosa que llevaba dentro.»

Con este pensamiento, dejó el libro sobre su regazo y cerró los ojos. Deseó que el avión tocara tierra, sin ningún contratiempo, lo antes posible.

Silvana, nada más llegar al aeropuerto, llamó a su abuelo.

—*Diviértete y no olvides llamarme de vez en cuando*—le comentó unos

segundos antes de colgar.

Ya le echaba de menos.

No se dejó invadir por la nostalgia y anduvo varios metros por un pasillo ancho y luminoso; quizá lo hizo en dirección contraria, porque no encontró a nadie que la estuviera esperando. El aeropuerto era inmenso y era fácil perderse entre tanto ajetreo de maletas y pasajeros.

El miedo a estar perdida en un país desconocido estaba provocando que, la poca paciencia que tenía, se agotara por momentos. Aquella situación la desbordaba. Observó a su alrededor en busca de alguna señal o cartel con su nombre, pero nada. Dejó su maleta cerca de sus pies e intentó calmarse; volvió a mirar por milésima vez el reloj esférico que colgaba de una de las paredes del aeropuerto. El avión había llegado sin retraso.

Entonces, ¿qué ocurría?

Capítulo 4

El aeropuerto era más grande de lo que imaginó en un principio. De pronto el ajetreo de pasajeros con sus maletas que iban de un lado a otro se hizo más fluido.

Se sintió pequeña entre aquella mole de acero y cristales.

Contempló el trasiego de idas y venidas, no porque buscara un rostro conocido, sino a alguien que pudiese reconocerla, pero su decepción aumentó cuando no vio ningún cartel con su nombre impreso en él.

«Perfecto, nada más llegar y ya estás perdida», dijo para sí misma.

Buscó de nuevo su teléfono en el interior de su bolso, pudiera ser que tuviera alguna llamada o mensaje; sin embargo, su desilusión fue *in crescendo* al comprobar que su dispositivo no había tenido movimiento alguno desde los últimos quince minutos.

Suspiró profundamente y ahogó su decepción en aquella larga bocanada de aire.

Leyó un whatsapp de Tessa, según la hora, recibido una vez que había embarcado y apagado su móvil y no pudo más que esbozar una sonrisa ante su contenido.

Su amiga le deseaba un buen vuelo y un encuentro de lo más romántico y salvaje con algún desconocido en el aseo del avión.

—¿Señorita Roiz?

Al escuchar su apellido, Silvana se sobresaltó y a punto estuvo que el teléfono que sostenía entre los dedos cayese literalmente al suelo.

Alzó con rapidez la cabeza, enarcó las cejas y clavó su mirada en aquel desconocido.

Conocía la altura y complexión de los hombres del norte de Europa, no obstante, tenía que admitir que aquel tipo debía medir al menos un metro noventa; su pelo, corto, excesivamente corto, se podría decir, y fino, de tez clara y barba incipiente, que lo hacía de lo más interesante.

—Sí, soy yo —consiguió decir al fin en un inglés perfecto, carraspeó y se humedeció los labios en un gesto nervioso.

—Papá, ¿es esta la señora que venimos a buscar?

Silvana descendió la mirada hasta un niño que estaba pegado y rodeaba literalmente la pierna de aquel hombre con sus brazos; no tendría más de seis años. Tenían cierto parecido, lo que daba a entender que compartían genes.

—Eso parece.

—Es muy guapa.

A Silvana se le dibujó un rictus amargo en la boca. Le daba la sensación de que últimamente lo único que hacía era encontrarse con situaciones surrealistas.

—Disculpe, somos unos desconsiderados —le dijo tendiéndole la mano—. Mi nombre es Hans Solberg y hemos hablado ayer mismo por teléfono.

—¿Usted es el conservador del museo?

Silvana tomó su mano y no pudo evitar percibir cierta oleada de calidez por todo el cuerpo, lo que hizo que la retirara inmediatamente.

—El mismo, y este es mi hijo Brander —comentó a la vez que pasaba la mano por el pelo del pequeño y lo despeinaba—. Brander saluda a la señorita.

El niño soltó la pierna de su padre, extendió un brazo y le ofreció la mano a modo de saludo.

—Hola.

Silvana se colocó a su altura, se la estrechó, y no pudo más que enternecerse con aquel pequeño gesto. Debía confesar que era un niño muy gracioso con aquel rostro salpicado de pecas y, a decir verdad, muy educado, que de algún modo le recordaba a ella cuando era pequeña. Tener la cara llena de manchas oscuras, por muy sutiles que fueran, solía ser siempre un contratiempo.

—Entendí que venía a buscarme un chófer.

—Para ser sincero, yo también lo pensé, pero hubo cambio de planes a última hora. Lamento el retraso —se excusó.

—No tiene importancia.

—Será mejor que nos vayamos o se nos hará tarde —dijo Hans tomando la maleta de Silvana—. Antes debo hacer una parada, espero que no le importe.

—Claro que no.

—Bien. Entonces será mejor que nos vayamos.

Silvana se puso a la par de ellos y caminó a su lado. Los altavoces de los megáfonos repetían una y otra vez los mensajes en diferentes idiomas. Uno de ellos fue en castellano y supo que tardaría mucho tiempo en volver a escucharlo. Se encontraba en un país extranjero, con gente desconocida e iba a dar forma a un sueño. «Demasiadas cosas en tan poco tiempo», pensó inquieta, pero nada más salir del aeropuerto todas sus dudas se disiparon.

Hans observó con detenimiento a aquella mujer mientras conducía. Tenía la impresión de que, debajo de todas aquellas capas de belleza y silencio, se encontraba una mujer muy inteligente. Su currículum era intachable, de los mejores que hubiese visto últimamente, eso le impresionaba y mucho. Era guapa, hermosa, diría él, tenía esos rasgos latinos tan poco vistos en Dinamarca y que tanto llamaban la atención en su país, aunque su tono de pelo era como el de una zanahoria, algo muy característico

de los países del norte de Europa; ese pensamiento hizo que las comisuras de los labios se curvasen hacia arriba, pero inmediatamente volvió a retomar su expresión seria y a prestar atención a la conducción.

No deseaba dar una impresión equivocada a la señorita Roiz.

No pudo evitar comparar el color de sus ojos con el intenso verde del musgo, parecían captar todo con suma rapidez. No perdía detalle de todo aquello que la rodeaba y de vez en cuando, como si de un gesto involuntario se tratase, atrapaba el labio inferior con los dientes y lo soltaba rápidamente de nuevo.

Brander comenzó a tararear una canción, Hans sabía perfectamente de cuál se trataba, puesto que su hijo la había aprendido la última semana en el colegio.

De pronto, se vio inmerso bajo el hechizo de la mirada inquisitiva de la mujer que tenía sentada al lado.

—Es una canción danesa —aclaró a la vez que volvía la mirada al frente. Ese día el tráfico era fluido.

—Es pegadiza.

—Sí. Es una canción infantil, el estribillo se repite una y otra vez. Al final ya sabes...

—Déjame adivinar. —Silvana sonrió abiertamente—. La terminas aborreciendo.

Hans volvió a centrar su atención en ella. Debía confesar que le gustaba verla reír. Su risa era contagiosa y divertida.

—Decir lo contrario, no sería decir la verdad.

—Brander habla muy bien el inglés —subrayó Silvana al recordar unos minutos antes al niño en el aeropuerto.

—Su madre es americana y siempre le habla en inglés; si a eso le añadimos la educación bilingüe en el colegio, entonces tenemos el pack completo.

—Comprendo —dijo volviendo su atención a la ventanilla.

Después de todo, Hans no era un padre soltero.

Era lógico que un hombre como Hans tuviera pareja.

«Tierra llamando a Silvana», se dijo mentalmente.

Racionalizó sus pensamientos. Era ridículo, pero al mismo tiempo comprensible, que sintiera atracción por aquel desconocido. Era atractivo, simpático e interesante y, si a eso le añadía que hacía más de seis meses que no mantenía relaciones sexuales, el ambiente se caldeaba.

Se instauró un incómodo silencio entre ellos. Hans giró a la derecha y entraron en una carretera estrecha de dirección única que se abría ante una urbanización de varias casas clónicas.

—Hemos llegado.

Ella observó a su alrededor. Le gustó la zona residencial, quizá por el espacio verde que la rodeaba y la tranquilidad que allí se respiraba. El bullicio de la ciudad y el denso tráfico habían desaparecido como por arte de magia, dando lugar a un enclave tranquilo y de clase media-alta.

Hans se apeó del coche y se dirigió al lado que ocupaba su hijo.

—Despídete de la señorita Roiz —le indicó al ver que el niño ya corría con premura en dirección contraria.

Brander paró en seco su carrera, obedeciendo la orden de su padre; se giró y, con una sonrisa de oreja a oreja y una mano en alto, se despidió. Silvana le respondió con el mismo gesto y se preguntó, sin saber por qué, cuándo volvería a ver al pequeño. Su respuesta quedó suspendida en el aire al percatarse de cómo una mujer morena, de pelo corto y delgada, la observaba detenidamente y con cara de pocos amigos desde la puerta de una de las casas.

Brander corrió veloz hacia ella y la mujer, por un momento, dejó su rictus amargo para convertir aquella mueca en una enorme sonrisa. El pequeño cayó en los brazos de la que, seguramente, era su madre.

Hans llegó al lado de la mujer y Silvana comprobó que el saludo entre ellos era cordial, pero frío. Él comenzó a hablar y a gesticular con las manos mientras aquella mujer no le quitaba a ella el ojo de encima. En algún momento de la conversación que mantenían entre ellos, su presencia debió salir a relucir, porque Hans se giró una fracción de segundo hacia el coche y luego volvió su punto de mira a la supuesta madre de Brander.

Silvana, más incómoda de lo que quisiera reconocer, hizo ademán de estar buscando algo en su bolso.

Así la encontró Hans cuando abrió la puerta de su coche.

—Lo lamento, no era mi intención demorarme tanto tiempo.

—No tiene importancia. —Silvana se esforzó por dibujar una sonrisa.

—Sí, sí que la tiene —instó—; Lucinda es una mujer difícil.

—¿Acaso no lo somos todas?

Hans ya alargaba la mano al contacto cuando, en el último momento, se detuvo.

—¿Vas a decirme que no eres feminista?

Silvana, ante la pregunta, soltó una carcajada sonora y abrupta.

—Creo, sinceramente, que ese término ha sido creado por los hombres para intentar definir algo que se les escapa de las manos —objetó—; que yo sepa, desde los confines de la historia, la mujer siempre ha deseado ser respetada; otra cosa es que los hombres no lo hayan hecho.

—Es una forma de verlo —dijo Hans mientras su mirada descendía a la boca de ella y volvía a sus ojos.

Silvana, nerviosa por el escrutinio, volvió su mirada a la ventanilla. Brander ya no estaba y la mujer tampoco.

A continuación, Hans puso el motor en marcha.

—¿Lleváis mucho tiempo casados?

«¿De dónde narices había salido esa pregunta?»

—No tienes que responder, disculpa. —Se apresuró a decir mientras inspiraba hondo y se humedecía los labios.

Hans maniobró y salió de la urbanización para adentrarse de nuevo en el denso tráfico de una ciudad como era Copenhague.

Cuando Silvana creyó que él ya no iba a responder, él comentó:

—Llevamos divorciados dos años. No fue fácil, ¿sabes? Por mi hijo he soportado más de lo que hubiese creído capaz, pero imagino que llega un momento en el cual debes tomar una decisión por ti mismo —frenó ante un semáforo y centró su atención en Silvana.

—No quería ser entrometida, lo siento —se disculpó.

—No lo has sido.

Sus ojos se encontraron y ella percibió un brillo diferente en ellos.

—El semáforo está en verde —fue lo único que pudo decir bajo el intenso escrutinio de su mirada.

Capítulo 5

El apartamento era pequeño pero acogedor y, lo mejor de todo, estaba bien situado; no era el centro, pero se acercaba. El transporte público era indispensable en una gran ciudad y la parada del autobús estaba a poca distancia, por lo que era una gran ventaja.

Roskilde, situada a unos treinta kilómetros del centro, era una ciudad preciosa, al menos eso pudo comprobar mientras Hans la llevaba hasta lo que sería su nuevo hogar durante los seis meses que durara su estancia.

Él la había dejado escasa media hora antes y, tras indicarle varios puntos significativos de la ciudad en un plano, se había marchado.

Su conversación volvió a ser fluida y amena durante el trayecto hasta el apartamento. No hablaron de temas personales, pareció un acuerdo tácito entre ellos, lo que permitió que se encontraran cómodos el uno con el otro y se adentraran en un mundo que les apasionaba a ambos: los vikingos.

Se sentó en un tresillo y, desde aquel punto de mira, observó lo que le rodeaba. La elección de colores del apartamento era un acierto. El color blanco, marfil y los tonos tostados daban más sensación de espacio y ayudaban a captar la luminosidad. No había paredes que delimitaran las diferentes estancias; una estantería de pino separaba el dormitorio de la cocina y una supuesta especie de comedor.

Los muebles eran de un tono neutro, compactos y abatibles, algo que ayudaba a la armonía del espacio. La cama sobresalía de todos ellos, estaba cerca de un gran ventanal por donde entraba, en ese momento, un tenue halo de luz.

Le gustaba lo que veía y eso era un buen comienzo.

Buscó en su bolso el móvil y escribió a Tessa.

La llegada a la tierra de los vikingos ha supuesto todo un descubrimiento.

Visita alguna vez a mi abuelo, por favor, tal y como habíamos acordado, y me comentas cómo está.

Él no quiere que me preocupe.

Buscó entre los emoticonos un enorme corazón rojo que apareció de inmediato en la pantalla.

Sería mejor que se hiciese algo para comer, su estómago se lo reclamaba con pequeños gruñidos. Los daneses, al igual que en la mayoría de los países de Europa, cenaban muy pronto. Ella tenía hambre y no le importaba cenar a las seis de la tarde. Además, cuanto antes se adaptase a las costumbres de allí, todo iría mejor.

Luego desharía la maleta. El orden de los factores no alteraba el producto.

Hans entró en el museo a sabiendas de que no habría nadie, le llamó la atención el hecho de que la alarma estuviera desactivada y algunas de las luces encendidas, porque las puertas al público estaban cerradas hacía al menos una hora.

Necesitaba un documento que había dejado olvidado sobre la mesa de su despacho antes de ir a buscar a Silvana al aeropuerto.

«La verdad es que las prisas no eran buenas para nada», se dijo a sí mismo mientras se reprochaba su descuido.

—¿Adele? Preguntó nada más llegar a la antesala.

—Sí, señor Solberg. Aquí, en su despacho.

Hans se encaminó hacia el lugar del cual provenía la voz.

—Imaginaba que te encontraría aquí —dijo nada más verla.

Adele era su secretaria desde tiempos inmemoriales. Llevaba trabajando en el museo desde que se inauguró; de eso hacía casi cuarenta años. Era una mujer enjuta, de pelo corto y muy blanco. Le gustaba vestir siempre con pantalones, ella decía que la favorecían y además la abrigaban del clima húmedo que le había tocado en suerte vivir.

Se jubilaría dentro de un par de años. Hans no pudo evitar imaginársela viviendo en un país cerca del trópico, o al menos es lo que ella solía decir, una vez que dejase atrás su vida laboral. Él no quería pensar en ninguna sustituta. Esa mujer se conocía el museo como la palma de su mano, era una trabajadora infatigable, perfeccionista y puntual. En los años que él llevaba trabajando allí, jamás la había visto faltar a su puesto ni ponerse enferma. Sin duda era una mujer hecha de otra pasta.

—Deberías irte a casa —continuó Hans—. Es tarde.

—Me iré en unos minutos. ¿Qué tal Brander?

Adele no podía disimular el cariño que profesaba al pequeño.

—Bien. Ahora está con su madre.

—Me ha encantado verlo corretear de un lado a otro.

Hans le devolvió la sonrisa a la secretaria. Brander se había pasado la tarde de un lado para otro disfrazado y con una espada en la mano. Ese era otro de los alicientes del museo ya que, aparte de una sala de audiovisuales donde se proyectaban documentales de la vida y costumbres de sus antepasados, había otra en la que el visitante se podía convertir en un auténtico vikingo, al menos por unas horas, con la indumentaria de la época, y llevarse así una foto para el recuerdo.

—Es un gran muchacho.

—Por cierto —soltó de pronto la mujer, como si una idea relámpago se le hubiera pasado de repente por la cabeza—, llamó la policía.

—¿La policía? —preguntó abruptamente Hans, levantando la cabeza del informe que tenía entre manos.

—Ya tienen los datos de la autopsia del señor Poulsen.

Hans dejó la carpeta sobre la mesa y prestó toda su atención a la secretaria. Gium Poulsen había sido el último director del museo y lo habían hallado muerto hacía unos días en una de las salas; según el médico que certificó la muerte, bien podía haber sido un infarto.

—Soy todo oídos.

—Quieren hablar con usted.

—¿Hablar conmigo?

Adele asintió con la cabeza.

—¿Por qué? Según el médico que atendió a Poulsen murió de un infarto.

—No lo sé —la mujer se encogió de hombros dando aún más énfasis a sus palabras—, pero fueron muy claros al respecto.

Adela nunca le tuteaba, algo que solía exasperar a Hans.

—¿Te han pedido algo más?

—La agenda del señor Poulsen —repuso con acritud, como si se tratara de una petición descabellada—, así como las listas de los visitantes de las últimas dos semanas al museo.

—No llevamos una estadística tan exhaustiva —añadió—. Solo pedimos lugar de origen del visitante.

—Pues eso debe ser suficiente para ellos. —Los labios de la secretaria se levantaron más por un lado que por el otro de su boca.

—¿Te han dicho cuándo querían verme?

—Lo antes posible.

Hans levantó el brazo lo suficiente para observar la esfera de su reloj.

—Creo que cuanto antes vaya, mucho mejor —espetó sin ocultar su irritación. Lo único que deseaba era llegar a casa, darse una ducha y una cena ligera. El día había sido más duro de lo planeado.

Se giró sin más y se dirigió hacia la puerta.

—¿Señor Solberg?

—Dime, Adele.

—El informe que vino a buscar.

Hans desanduvo sus pasos y cogió la carpeta de la mano de la secretaria.

—No sé qué haría sin ti, Adele.

—Caminar más —fue la respuesta de la sonriente secretaria.

—¿Habla en serio?

El inspector de policía observó detenidamente al conservador del museo. Estaba pálido y parecía necesitar un buen trago de algo más fuerte que el vaso de agua que en ese momento sostenía en una mano.

—Totalmente. Es el resultado de la autopsia.

Hans dejó el vaso sobre la mesa y soltó el aliento de golpe. Aquel despacho necesitaba una buena mano de pintura y el desorden reinante que había sobre esa mesa era desconcertante, pero olvidó todo lo que le rodeaba para centrarse de nuevo en el hombre que le estaba interrogando.

—Es que es inverosímil. No me lo puedo creer.

—Es comprensible que piense así, señor Solberg, pero los datos del forense son fiables y le puedo asegurar que la muerte del director del museo no ha sido por causa natural.

Hans se mesó el cabello varias veces, quizá tratando de asimilar la última media hora que llevaba allí sentado escuchando al inspector Rhode.

—¿Envenenado?

—Así es —puntualizó Rhode—. Lo que no sabemos con certeza es si fue accidental o un homicidio; sin embargo, por la alta dosis encontrada en sangre, nos indica, casi con seguridad, lo segundo. He de decirle que tampoco hemos encontrado ninguna sustancia nociva en su despacho, por lo cual estamos hablando solo de especulaciones. Pero, dígame: ¿Notó algo extraño en el señor Poulsen las últimas horas antes de su muerte?

—¿Extraño? —repitió Hans intentando pensar con claridad—¿Como qué?

—Sudoración, vómitos, palidez...

—No sabría decirle con exactitud —dijo en un tono vacilante—. Poulsen era un hombre ermitaño. Se pasaba horas encerrado en su despacho, pero ahora que lo dice...

—¿Sí?

—Ese día parecía más abstraído que de costumbre y con un aspecto algo más cansado y deteriorado.

—¿No le preguntó por su estado?

Hans volvió a coger el vaso y dio un largo sorbo de agua antes de responder. Si Rhode había llegado a inspector sería por méritos propios, pensó. Se le veía un hombre inteligente y exhaustivo en sus pesquisas. El traje de un tono marrón café con

el que vestía y una corbata desajustada de un color parecido a la tela de su indumentaria, indicaba que llevaba varias horas, quizá demasiadas, en su puesto de trabajo. Eso corroboraba la idea que se estaba haciendo del hombre que tenía enfrente, sentado al otro lado de la mesa.

—No, no lo hice; como ya le he dicho era un hombre bastante introvertido y, después del funeral, relacioné su aspecto con el infarto que causó su muerte, según dictaminó el médico que lo asistió en el museo.

El inspector echó la cabeza contra el respaldo de su sillón y miró atentamente a su testigo.

—Bien es cierto que un infarto puede llegar a tener los mismos síntomas que un envenenamiento.

—Exacto: Sudoración, palidez...

—¿Ha sufrido usted alguna vez uno, señor Solberg?

Hans se inclinó hacia adelante, apoyó los codos y lo miró a los ojos.

—No.

—Entonces, ¿cómo puede estar tan seguro de los síntomas que provoca un infarto?

—A mi padre se le paró el corazón, señor Rhode —las siguientes palabras se le atascaron en la garganta— y, a causa de ello, murió.

Capítulo 6

Silvana ahuecó varios de los cojines antes de colocarlos sobre el nórdico de tonos verdes y violetas. Los veranos en Roskilde parecían ser frescos y húmedos, pero ella estaba acostumbrada a un clima muy parecido, por lo cual no le pillaba de sorpresa.

Había dormido a intervalos de dos horas y, en más de una ocasión, se había despertado desorientada a lo largo de la madrugada buscando, casi con frenesí, algún objeto que le recordase su antiguo hogar; sin embargo, no había sido así. Estaba en Dinamarca, un país aún desconocido para ella.

Un sonido parecido a un silbido surgió de su móvil. Dejó los cojines y se dirigió hacia él.

Era un whatsapp de Tessa:

Todo en perfecto orden.

Ya me contarás lo maravillosos que son los daneses.

Besos.

Silvana se disponía a responder cuando varios golpes en la puerta la sobresaltaron. Comprobó la hora en el teléfono y no pudo evitar preguntarse quién podría ser la persona que llamase a su puerta a las seis y media de la mañana.

Abrió y sus ojos se quedaron abiertos de par en par al encontrarse a Hans con un vaso reciclable en la mano de lo que ella suponía que fuera café, además de pan que, por su maravilloso aroma, parecía recién sacado del horno.

—Imaginé que te gustaría tomar un café antes de salir de casa. ¿Puedo pasar?

—Claro... por supuesto —titubeó algo sorprendida por la visita y se hizo a un lado.

—Siento presentarme sin avisar, pero recordé que no había cafetera en el apartamento.

Hans estaba en lo cierto. Varios minutos abriendo armarios sin ton ni son y un extra de desesperación, lo confirmaban.

—Estaba soportando estoicamente la ausencia de cafeína antes de que llegaras —dijo ella aceptando el café de buen agrado. Lo destapó y hasta sus fosas nasales llegó el maravilloso aroma del brebaje de los dioses—. Creo que te debo una y de las grandes.

—Pan recién hecho —Hans lo dejó sobre la encimera—. Creo que hay mantequilla en el frigorífico.

—¿Has hecho tú la compra?

—Sí. ¿Por qué? ¿Te falta alguna cosa?

Silvana negó con la cabeza antes de dar un sorbo a su café. Estaba delicioso y tenía una dosis perfecta de azúcar y canela.

Pensó que muchos de los alimentos guardados en los armarios eran precocinados, pero al menos le sirvieron para cenar caliente la noche anterior. La crema de champiñones se podía decir que estaba hasta buena.

—No te imagino en el supermercado.

Hans se giró despacio, como si intentara medir las palabras de Silvana.

—Aún no me conoces lo suficiente, pero créeme, soy capaz de muchas cosas que escaparían a tu imaginación.

—Vaya, vaya, ¿has dejado escapar a tu yo más masculino? —preguntó al tiempo que arrancaba un pedazo de crujiente pan con los dedos.

Hans la observó despacio, parecía no tener prisa. Esa mañana, ella vestía unos jeans ajustados que no dejaban nada a la imaginación y un jersey de lana fina de un tono rosáceo que marcaba la curva de sus senos de una manera que provocó que a Hans se le secase la boca.

Miró en otra dirección. Sentir atracción por una mujer a la que conocía desde hacía escasamente veinticuatro horas no era una buena idea, y menos aún si esa mujer iba a ser su próxima compañera de trabajo.

—¿Todas las españolas sois tan irónicas o solamente lo eres tú?

Silvana se rio, pero no fue de un modo bullicioso ni estridente sino suave y templado.

—Quizá sea mejor que zanjemos el tema, ¿no crees?

Hans hundió las manos en los bolsillos de su pantalón y frunció los labios, como si estuviera pensando en serio la propuesta de Silvana.

—Son las seis y media de la mañana. ¿Qué haces tan temprano en mi apartamento?

—Soy un buen samaritano que te ha traído café y pan recién salido del horno.

—Y te lo agradezco, no creas que no.

Silvana advirtió la ausencia de ese brillo en los ojos de Hans.

—¿Todo va bien?

—Podría decirse que sí.

Silvana tomó de nuevo un sorbo de café sin dejar de estudiarlo por encima del borde del vaso.

—¿Quieres sentarte?

—No, gracias. Prefiero estar de pie.

Silvana dejó el café y comenzó a mordisquear el pan.

—¿Qué ocurre, Hans?

Él advirtió la preocupación en el rostro de Silvana y, de alguna manera, se sintió acariciado por su mirada. Le gustó demasiado y, la forma que estaban tomando sus pensamientos, no predecía nada bueno.

—No he pegado ojo. Eso es lo que ocurre. —La arruga de su frente se intensificó—. Ayer hablé con la policía y la situación parece haber dado un giro de ciento ochenta grados.

Silvana intentó comprender lo que Hans intentaba decirle, sin embargo, no lo logró.

—¿De qué situación hablas?

—De Gium Poulsen.

—¿Del director del museo? Creía que había fallecido o al menos eso me comentaste.

Hans se pasó los dedos por el pelo y dejó escapar un largo y profundo bufido, algo que indicaba a Silvana que las cosas no iban bien.

—Todos creíamos que había muerto de un fallo cardíaco.

—Y ¿no es así?—inquirió Silvana sorprendida.

Él se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Según la autopsia, no. Murió envenenado.

Silvana inspiró hondo y se humedeció los labios. De repente tenía frío, a pesar del jersey de lana fina que llevaba puesto.

—¿Estamos hablando de un asesinato o de un suicidio?

—Aún no lo saben.

Ella lo observó y la mirada que le devolvió Hans parecía estar llena de preocupación.

—Hay más posibilidades de que decidiera terminar con su vida.

La expresión de él se relajó.

—Es a lo que me aferro. —Apretó los labios hasta que formaron una fina línea—. Aunque la policía lo cree poco probable; sin embargo, no lo descartan.

Silvana necesitó sentarse.

—¿Poulsen padecía algún tipo de depresión?

—No lo sé. Le comenté a la policía que era un hombre ermitaño, incluso huraño, se le podría describir así; no era de muchas palabras, pero hacía bien su trabajo. Era un buen profesional.

—Entiendo.

—Pues ya consigues algo más que yo. Mi mente es como un tiovivo que gira y gira sin llegar a ninguna parte.

—¿Por eso estás aquí?

—Necesitaba hablar con alguien—. Trató de lidiar con la rabia que le devoraba por dentro—. Siento implicarte en esto.

Silvana se levantó y se acercó presurosa a él.

—Has hecho lo correcto —le dijo a la vez que lo agarraba por los antebrazos—. Me alegro de que vinieras y me lo contaras. A veces necesitamos expresar nuestros pensamientos en voz alta sin cribar; solo hablar.

Él la observaba callado, de pie y muy quieto.

Silvana, como si de pronto se percatara de que lo estaba sujetando, lo soltó de golpe.

Ella tomó una respiración profunda y procuró relajar la situación.

—He intentado situarme en el plano —comentó cogiendo un mapa de la ciudad abierto sobre una pequeña mesa de madera e intentando poner un poco de distancia entre ambos—, pero me parece complicado, porque los nombres son... —se afaná por buscar un término adecuado— complicados para mí.

Hans se acercó a ella y Silvana percibió esa sensación inexplicable que sentía cada vez que él la miraba o estaba a su lado.

Él acarició los dedos que sujetaban con fuerza el mapa, la giró despacio en el círculo de sus brazos y, a continuación, pasó su mano alrededor de su mandíbula. La observó aguantar la respiración; a continuación, le inclinó la barbilla hacia arriba.

Ella se perdió en su mirada.

—Tienes el plano al revés. —Seguidamente lo hizo rodar hasta colocarlo en la posición correcta.

Silvana abrió mucho los ojos y se sintió la mujer más estúpida de la faz de la tierra.

—Será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde al trabajo —dijo dándole un apretón cariñoso en los hombros.

Se mordió el labio inferior y reprimió una retahíla de palabras malsonantes. Era idiota y además de las grandes. Cogió su cazadora de cuero negro y su bolso, sin olvidar el móvil.

—Sí. Será mejor que nos vayamos.

—Silvana —la llamó él de pronto—, ¿eres consciente de lo que te he contado?

Ella asintió.

—¿Y? —preguntó él desconcertado.

—Es muy improbable, por no decir imposible, que haya un asesino suelto en el museo, ¿no crees? Sois unos entusiastas de la novela negra.

Las arrugas alrededor de los ojos de Hans se hicieron más profundas.

—¿Tan segura estás? Aún estás a tiempo de cambiar de idea.

—¿Respecto al trabajo?

—Sí.

—El miedo mata los sueños, Hans, y yo no voy a permitir que nadie elimine los míos.

—Me impresionas.

—Aún no has visto nada —comentó ella a la vez que abría la puerta emulando la expresión de él minutos antes.

—Adele, me gustaría presentarte a la señorita Roiz, la nueva adquisición del museo.

—No debería hablar de ella como si fuera un objeto —apuntó la secretaria a la vez que se levantaba de la silla y saludaba a la mujer que acompañaba a Hans.

La secretaria la recibió con un apretón de manos y una sonrisa que iba de oreja a oreja. Adele, a primera vista, parecía una persona afable y distendida, aunque también parecía mantener las distancias con Hans, pensó Silvana al ver que la mujer no lo tuteaba. Su mesa tenía un aspecto pulcro y ordenado, ni una sola mota de polvo parecía atreverse a impregnarse en ella; Silvana supo al momento que era una empleada competente y profesional.

—Encantada de saludarla, Señorita Roiz.

—Por favor, no son necesarias las formalidades —instó la aludida—. Puede llamarme Silvana.

Adele pareció sorprendida por la petición, sin embargo, su gesto indescifrable dio lugar a una cálida sonrisa.

—Bien, pues que sea Silvana, entonces —dijo de manera afable la secretaria.

—Un momento...

Ambas mujeres centraron toda su atención en Hans.

—Llevo años pidiéndote que me tutees y no lo has hecho y ahora Silvana te lo pide y, a la primera de cambio, lo aceptas.

—Es diferente —rezongó Adele.

—¿Diferente?

—Por supuesto que sí.

—¿En qué? —indagó Hans sorprendido.

—No lo entendería aunque se lo explicara —dijo la mujer con un inequívoco tono que parecía dejar zanjado el asunto.

En ese instante, el móvil de Hans comenzó a sonar.

El hombre, sin intención de coger el teléfono, observaba impertérrito a Adele.

—¿No va a responder?

Hans, sin dejar de mirar a ambas mujeres, como si fueran un código indescifrable, palpó con la mano en uno de los bolsillos de su pantalón, sacó el teléfono y respondió.

—Necesito un minuto. Ahora vuelvo —comentó tapando el auricular.

—No iremos a ninguna parte; no se preocupe.

Hans alzó los ojos al techo y acto seguido, salió del despacho.

Silvana no pudo menos que sofocar una sonrisa ante la respuesta de la secretaria.

Para su edad, Adele parecía ser una mujer vital y divertida.

—Te gustará tu trabajo. ¿Has podido ver ya el museo?

—No.

—Bien. Si no te importa, me encantaría ser tu guía.

—Pero Hans ha dicho...

—Ya lo he oído —levantó una mano de forma desdeñosa para dejarla caer de nuevo.

—¿Estás segura? —preguntó Silvana, no muy convencida.

—Hans nos encontrará, por eso no te preocupes. Los cinco minutos al teléfono de este hombre se transforman por arte de magia en veinticinco.

Se disponían ya a salir cuando una muchacha joven y muy atractiva les cortó el paso.

—Adele, necesito...

Sus palabras se quedaron suspendidas en el aire al ver a Silvana.

—Creo que no nos conocemos.

Astrid se tocó el labio inferior y la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies.

—Soy Silvana y trabajaré aquí los próximos seis meses. —Le ofreció la mano a modo de saludo.

La joven la estrechó, pero sin excesivo interés.

Astrid debía sobrepasar la veintena, morena, pelo ondulado, flequillo liso y demasiado largo para su gusto, que le tapaba buena parte de sus ojos maquillados; estos llevaban una buena carga de eyeliner, al estilo Cleopatra. Su vestuario se componía de una minifalda vaquera y estrecha que le llegaba a la altura de los muslos y una blusa blanca con escote en forma de V que enseñaba más que insinuaba.

—Astrid se encarga de la taquilla y de los talleres de los más pequeños —comentó Adele.

Silvana no llegaba a comprender cómo aquella muchacha podía hacerse cargo de los niños subida a esas plataformas en forma de cuña y con una ropa tan ajustada.

—Además de todo eso, hablo cuatro idiomas —dijo resuelta y con cierta ironía que no pasó desapercibida para sus interlocutoras.

—Es fantástico —comentó Silvana sin saber muy bien qué decir al respecto.

—Entre ellos, el español.

Silvana abrió mucho los ojos. Le daba la sensación de que en vez de mantener una conversación amena y agradable, estaba siendo advertida de algo que no llegaba a comprender del todo. Por un momento recordó el ego subido de sus años universitarios. Las etapas de la vida se repetían una y otra vez, pensó, pero al analizarlas fuera de tu entorno parecían sin duda esperpénticas. No pudo evitar recordar a su abuelo y la paciencia de este hacia ella.

—Astrid, estoy segura de que Silvana muy pronto sabrá valorar tu dominio con los idiomas —la secretaria se esforzó por aparentar normalidad—. La escoba y la fregona están en el cuarto de la limpieza, tengo entendido de que ayer quedaron zonas sin limpiar.

La muchacha esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Sé cuáles son mis tareas, Adele. No es necesario que me las enumeres.

Y sin más, con un contoneo exagerado y estudiado, se giró para salir por la puerta.

—Por favor, no tengas en cuenta su actitud —le rogó Adele—. Es muy inteligente, lo que ocurre es que le falta experiencia y le sobra orgullo, pero te aseguro que la vida, tarde o temprano, sabrá ponerla en su lugar.

—No soy de las que juzgan, Adele.

—No sé por qué tenía la impresión de que ibas a decir eso —le dijo de forma amistosa—. Por favor, tú primero.

Y sin más, Silvana la precedió y salió del despacho.

Capítulo 7

—¡Dios mío! —exclamó Silvana al no poder expresar de otro modo aquella sensación indescriptible.

—Es increíble, ¿verdad? Después de tantos años, yo tengo la misma emoción cada vez que visito las salas.

Silvana observaba aquellas embarcaciones como si intentara llegar a aquella remota civilización que rayaba en la obsesión, deseaba ir más allá y poder ver su alma.

—¿Habías visto alguna vez una nave vikinga?

Silvana asintió sin dejar de mirar ni un segundo a su alrededor.

—Estuve en Oslo hace muchos años.

—*El Gokstad y El Oseberg.*

Dejó de contemplar a su derredor para centrarse en Adele. Sabía a lo que se refería al citar esos nombres; ambos eran dos de los mejores barcos reconstruidos de la era vikinga y se encontraban en el museo de barcos de Oslo. Ella y sus amigas, después de terminar la carrera, habían viajado hasta allí. Habían sido pocos días, sin embargo, fue una experiencia increíble, una manera más de anclarla en aquella cultura pasada.

—Me impresionó.

—¡Como para no hacerlo!

—Pero esto es tan diferente...

Adele sonrió.

—Sientes la magia, ¿verdad?

Silvana sabía a lo que Adele se refería. Era una sensación inexpresable, como si parte de los espíritus de aquellas personas que habían talado cientos de robles y construido aquellas maravillosas naves de poco calado con sus propias manos aún estuvieran ahí, custodiando lo que era suyo.

Sin pretenderlo, se llevó la mano al cuello y tocó el amuleto que su abuelo le había regalado durante su despedida. A Adele no se le pasó por alto el detalle.

—Es bonito.

Silvana, como saliendo de un ensimismamiento, volvió a centrar la atención en la secretaria.

—Un regalo de mi abuelo.

—¿Puedo?

—Claro.

Silvana se acercó unos pasos más y se lo mostró.

—Parece muy antiguo.

—Según mi abuelo, lo es. El texto, o parte de lo que queda, está escrito en lenguaje rúnico.

Adele acarició con el pulgar el trozo de asta.

—Es realmente precioso.

—Sí que lo es. Mi abuelo Daniel cree que perteneció a los hombres que vivieron aquí hace siglos.

—¿Tú lo crees? —preguntó Adele sin dejar de admirar el colgante.

—¿Acaso importa? —Meneó los hombros de forma desinteresada—. Me lo regaló mi abuelo, y eso es lo importante. Él mantiene la teoría de que alguna vez los hombres del norte de Europa, arrastrados por el curso de las corrientes marinas, llegaron hasta las costas cántabras.

Adele la obsequió con una mirada inquisitiva.

—Cantabria es una provincia del norte de España —aclaró.

La secretaria pareció entender.

—*Jakobsland*.

Silvana asintió y sonrió. Adele estaba haciendo referencia a Santiago de Compostela, así la habían llamado los vikingos cuando la asaltaron y saquearon varios siglos atrás.

—Mira —Silvana sacó su móvil del bolsillo de su pantalón.

Iba a dar a la aplicación de *Google Maps* cuando Adele la interrumpió:

—Oh, no. Odio esos artilugios.

Silvana observó el teléfono y luego a la secretaria.

—¿Los móviles?

—Sí. No me gustan. Te mantienen permanentemente localizado y no paran de sonar continuamente; me da la impresión de que la palabra soledad y privacidad han perdido todo su significado.

—Está bien —comentó resignada Silvana—. Cuando tenga un mapa a mano, te mostraré la localización exacta.

—Eso sería estupendo. Me encantaría escuchar la teoría de tu abuelo.

—Lo haré encantada. Creo que te caería bien —comentó. Era curioso, pero a su abuelo tampoco le gustaban las nuevas tecnologías que hacían referencia a los móviles. Silvana imaginó que la edad avanzada de ambos bien pudiese ser un denominador común para tal decisión.

—Por fin os encuentro —comentó Hans acercándose a ellas e interrumpiendo la conversación de ambas mujeres—. Veo que has hecho de guía.

—Es lo menos que puedo hacer mientras el jefe habla por teléfono.

—Entiendo —alegó Hans con una sonrisa sesgada— que el único pago que

puede tener mi demora es una caja de bombones.

—Extra grande.

Silvana, ante tal petición, no pudo más que soltar una carcajada.

—Qué así sea —puntualizó Hans a sabiendas de que había ganado una batalla con su recompensa de chocolate, aunque no la guerra.

—Al parecer era importante.

Silvana opinó que el comentario era excesivamente personal; si a Hans le pareció fuera de lugar, no lo dio a entender.

—Era el inspector Rhode.

—¿Hay más avances? —preguntó Adele.

Silvana supo en ese instante que la secretaria estaba al tanto de todo. Lo que daba a su entender que la relación entre Hans y Adele era buena.

—Poco más. Si bien es cierto que la cantidad de veneno en sangre era alta; eso no demuestra si se podría tratar de un suicidio o algo más siniestro, llegado el caso.

—No me lo puedo creer. Sí es cierto que Poulsen podía ser estirado y exasperante de vez en cuando, pero a decir verdad, no me le imagino administrándose él mismo una dosis tan alta y morir aquí.

—La policía no aclara mucho más y creo que, de momento, no lo hará, al menos hasta que haya nuevos indicios.

—¿Serás tú el nuevo director?

Tanto Adele como Hans miraron a Silvana.

—No. Desempeñaré ese trabajo hasta nueva orden.

—Entiendo.

—Será mejor que me vaya. No estoy muy segura de que Astrid haya hecho sus tareas antes de abrir el museo.

—No deberías ser tan dura con ella.

Adele soltó un resoplido poco digno de una mujer de su edad.

—¿Te das cuenta, Silvana?, un par de tetas bien puestas y una falda corta es todo lo que necesita un hombre para no ver más allá de sus narices.

Hans la miró atónito.

—Son conclusiones excesivamente machistas hasta para mí.

Adele arqueó las cejas.

—Mi cometido aquí ha terminado —dijo despidiéndose e ignorando a Hans—. Será mejor que me vaya.

Hans y Silvana observaron a Adele hasta perderla de vista.

—Creo que es una mujer única.

—¿Lo crees? —inquirió Hans—, yo te lo confirmo. Es el alma de este museo.

De alguna manera es ella la que controla todo lo que sucede aquí. El puesto de director es un puro trámite burocrático.

Silvana levantó la ceja de un modo alentador.

—En definitiva, una mujer de armas tomar.

—Sin género de dudas. Así es Adele, pero dime, ¿te ha comentado algo más de las embarcaciones?

—No. Estaba a punto de hacerlo, pero llegaste tú.

Hans soltó un bufido audible.

—Después de todo, imagino que una caja extra grande de bombones no va a ser suficiente —comentó resignado—; vamos, permíteme que te muestre el resto.

Silvana quedó impresionada de aquel periodo de historia encerrado entre aquellas cuatro paredes. Hans resultó ser un guía fantástico que recreaba cada una de sus explicaciones con anécdotas o curiosidades que dejaban al oyente con ganas de saber más. Ella se percató de que estudiar de los libros a veces no era suficiente.

El trabajo del museo consistía en hacer ver al mundo no solo todo lo relacionado con el descubrimiento y la conservación de los cinco barcos vikingos originales, sino también de publicar tanto en folletos como en libros todo sobre la navegación de estos intrépidos hombres ubicados en el Norte de Europa, en la Edad Media.

—¿Ese será mi cometido? —preguntó Silvana sin dejar de mirar una de las embarcaciones.

—Cuando hablé con el decano Ferrero me comentó que eras una erudita en el tema y que uno de tus proyectos sería escribir un libro para plasmar tus investigaciones junto a las nuestras sobre la cultura vikinga desde un punto de vista diferente al utilizado hasta ahora.

—Podría hacerlo.

Hans observó a la mujer que tenía ante sí. ¿Por qué tenía la intuición de que, cuanto más la conocía, menos sabía de ella?

—Y, ¿te gustaría trabajar con nosotros mientras escribes el proyecto?

—Me encantaría. Es mi sueño desde que era muy niña y, mira por dónde, ahora estoy aquí. —Barrió el aire con un gesto de la mano.

—Me alegra saber que el hecho de estar en el museo te hace feliz —dijo él extendiendo un brazo para tocarla y dejándolo caer finalmente sin acercarse a su objetivo.

Ella sonrió de una manera inequívoca sin percatarse del gesto.

—No imaginas cuánto.

—Continuemos. Aún queda mucho por ver —añadió despacio con tono firme.

Hans le mostró los restos de los Skuldelev, llamados así a los cinco barcos

encontrados enterrados en las entrañas del fiordo de Roskilde, ahora allí expuestos y denominados de forma secuencial para poder ser identificados.

Cada uno tenía su historia, sus medidas, su velocidad y su misión en el mar, ya bien fuese de carga o de guerra.

—Según tengo entendido siguen las investigaciones arqueológicas marinas.

—Exacto. En este momento el proyecto se centra en las aguas de la Isla de Falster, donde se han encontrado restos de astilleros al final de la era vikinga, y siguen las pesquisas en el pantano Nydam Mose...

—Donde se descubrió uno de los barcos más importantes, aproximadamente del 320 d.c.

—Veo que has hecho los deberes.

Silvana emitió un sonido de deleite.

—No lo dudes y, casi siempre, son de sobresaliente.

Esta vez fue Hans quien no pudo evitar una carcajada.

Si el interior era maravilloso, incluidas aquellas salas de audiovisuales, cuyos asientos simulaban el interior de un barco vikingo, o la del disfrute de los visitantes pudiendo disfrazarse de vikingos y hacerse fotos para el recuerdo, el exterior era un paraíso.

Silvana lanzó una mirada a lo que la rodeaba, lo fotografió mentalmente para contárselo todo a su abuelo cuando volviese e, impresionada por lo que veía, no pudo más que retener el aire en sus pulmones; lo soltó solo por pura admiración. Las estructuras de madera estaban desperdigadas por los alrededores y en algunas se guardaban las cuerdas para las embarcaciones que utilizaban los visitantes del museo para recrear el itinerario que utilizaban los vikingos; todas ellas estaban situadas allí, sobre las aguas tranquilas y claras del mar.

El olor a sal marina la invadió y por un momento creyó estar en el Medievo.

El paisaje era impresionante.

Por primera vez sintió que aquel era su lugar.

—Me gustaría presentarte a Noah —le comentó Hans a medida que se acercaban a una de las embarcaciones. —Él es la persona responsable de la nave y su mantenimiento, también de llevar a los turistas, todos aquellos que lo deseen, a dar un paseo marítimo y recrear así el recorrido de nuestros antepasados.

La embarcación era fantástica, de un tamaño bastante impresionante, pero a la vez daba la sensación de ligero; el casco estaba formado por una hilera de tablas ensambladas por remaches de hierro, con agujeros en las hiladas superiores para el uso de los remos. Del mascarón de proa salía una cabeza de dragón que Silvana sabía por sus pesquisas que tenía un objetivo muy específico: asustar a los espíritus

protectores de la tierra a la que se dirigían los hombres del norte.

La vela cuadrada era quizá el símbolo que más identificaba a la nave.

Noah dejó caer una de las cuerdas que sostenía entre las manos para recibir a Silvana.

—Encantado.

Le estrechó la mano

—Lo mismo digo —dijo Silvana respondiendo al saludo.

—Ya es hora que se vea una cara nueva por el museo.

Silvana sonrió abiertamente. Noah era un hombre corpulento, sus anchos hombros y sus desarrollados bíceps eran un claro reflejo de ello. Moreno, pelo alborotado, más largo de lo que parecía marcar hoy en día la moda y una barba fuerte y espesa hacían de él un hombre rústico y, si a eso se le añadía su vestimenta desaliñada (pantalones anchos de algodón y una casaca más estilo de los años sesenta), tenía la sensación de estar hablando con un auténtico vikingo. En ese momento se encontraba descalzo sobre el calado del barco.

—Por el ensamblaje me da la impresión que todo él es artesanal —dijo Silvana señalando al barco.

—Estás en lo cierto. Cuatro años de nuestra vida están aquí.

Silvana pudo advertir el tono de orgullo en la voz de Noah.

—Es maravilloso.

—Sí que lo es.

—El hermano de Hans, Liam, varios hombres más y yo lo hicimos posible.

Silvana dirigió la mirada hacia Hans, pero este permanecía serio e impassible. Así que volvió toda su atención a su interlocutor.

—¿Te ocupas tú solo de la embarcación?

—Así es —respondió Noah volviendo a coger la cuerda entre sus manos—. Tal vez algún día te apetezca dar una vuelta.

—Eso sería una idea estupenda —comentó Silvana ilusionada.

—Será mejor que volvamos —sugirió Hans, que hasta ese momento se había mantenido en silencio.

Silvana lo observó y percibió cierto desconcierto en su rostro, pero ese pensamiento desapareció como había surgido, rápidamente.

—Ya sabes dónde encontrarme, Silvana.

—Lo tendré en cuenta, Noah. Muchas gracias.

Ambos se dirigieron a las inmediaciones del museo.

—Todo esto es fantástico. Ni en mis sueños hubiese podido recrear algo así.

—Me alegro de que te guste —dijo Hans con seriedad.

—¿He dicho o hecho algo indebido?

Hans pareció salir de su estupor.

—No, por supuesto que no, Silvana. Disculpa. —Su voz ahora parecía más tranquila y firme—. Imagino que la llamada de la policía me ha desconcertado, eso es todo.

—Es comprensible —respondió ella restándole importancia a la actitud de Hans. Después de todo ella también estaría preocupada si la policía le diese a entender que la muerte de Poulsen podría deberse a un asesinato en vez de a una muerte natural, como habían supuesto todos desde un principio.

No era un hombre mentiroso o eso pensaba hasta ahora. Desde bien niño había sabido diferenciar bien entre la verdad y la mentira; solo la había utilizado, esta última, en contadas ocasiones y en casos extremos, como aquella vez que su hermano y él, a los catorce y dieciséis años respectivamente, decidieron que era el momento de hacerse hombres bebiendo media botella de whisky, imitando al inigualable Clint Eastwood en muchas de sus películas del viejo oeste americano. Después de aquel fatídico episodio y una resaca brutal que le mantuvo en cama al menos un par de días, pensando que era mejor estar muerto que soportar aquel terrible dolor de cabeza y los vómitos, que le dejaron exhausto y casi en estado catatónico, no había vuelto a emborracharse, al menos, no de esa manera.

Después de ese episodio, pensó que las cataratas del Niágara no le tenían nada que envidiar a su retrete. Nunca, después de aquello, había sentido la necesidad de volver a mentir, inclusive cuando su matrimonio comenzó a hacer aguas, supo el rumbo que debía tomar su vida.

Entonces, ¿por qué ahora estaba evitando la verdad como un bellaco?

Noah era un buen hombre y lo sabía porque era el mejor amigo de su hermano Liam. Habían crecido juntos, los tres, hasta que él decidió que, varios años de diferencia de edad, era más que suficiente para emprender la vida por otra vía de escape. Después de eso y hasta conocer a Lucinda había sido un lobo solitario. Ahora seguía siéndolo, de alguna manera, aunque tuviese a Brander.

Sabía que Noah era un tipo atractivo; las mujeres siempre lo dejaban claro porque lo seguían allá por dónde él fuese aunque, a decir verdad, no parecía ser el caso de Silvana; sin embargo, ella lo había escuchado absorta, había seguido la conversación con sumo interés, aunque no había actuado como otras féminas que parecían caer rendidas a los pies de su amigo.

Pero él desconfiaba, quizá esa fuese el motivo de aquella estúpida mentira.

Silvana era especial. Tenía algo que le atraía como un imán, pero él no podía competir en ese terreno, ni con Noah ni con su hermano Liam. Una vez lo había hecho y había salido mal parado.

—Bueno, es hora de que sigas conociendo al resto del personal —se escuchó

decir a sí mismo para romper la monotonía de sus pensamientos.

—¿Hay más?

Hans, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, sonrió.

—Uno más. El guardia de seguridad. Creo que te caerá bien.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Silvana, curiosa por la deducción del hombre que caminaba a su lado.

—Es español.

Ella abrió los ojos como platos a causa de la sorpresa.

—De Sevilla.

—¡Vaya! Eso sí que es una sorpresa en toda regla, *Jozú*.

Hans sonrió abiertamente.

—Créeme, esa expresión la oído al menos un millar de veces, ya me dirás lo que significa.

Silvana no pudo menos que reír ante el comentario.

—No me cabe la más mínima duda de que lo hayas escuchado hasta la saciedad. Si no fuera así, no estaríamos hablando de un andaluz de pura cepa.

Capítulo 8

Rafael Morales, el guardia de seguridad, resultó ser una persona encantadora y dicharachera, pensó Silvana mientras tomaba el resto de sopa de la noche anterior y un poco de queso.

Debía rondar la cuarentena, moreno, de ojos oscuros y saltones, en su rostro siempre parecía haber unas sonrisas.

Según le dijo, estaba divorciado; era padre de dos hijos, a los cuales, según palabras literales de Rafael, echaba muchísimo de menos, y era medio dueño de un perro al que su hija Laura, cuando no era más que una mocosa que no levantaba un palmo del suelo, lo había bautizado con el nombre de *Milú*, al igual que la mascota de *Tintin*, personaje de una conocida serie de cómic.

Silvana se preguntó si la mascota de los hijos de Rafael sería también un Fox Terrier blanco.

Había dejado España, como muchos otros, en busca de trabajo a causa de la grave crisis que afectaba a buena parte de Europa; según él, buscaba nuevas oportunidades y, tras varias experiencias negativas y trabajos fallidos y menos de veinte euros en el bolsillo, encontró al fin, a través de un amigo, un puesto en el museo de Roskilde, el cual desempeñaba desde hacía cuatro años.

—Aquí valoran y mucho los estudios académicos, ¿sabes? —le había comentado en un receso de poca afluencia de público—, pero mi padre solo me enseñó a colocar ladrillos y a hacer una buena masa.

Silvana no notó ningún tipo de resentimiento en el tono de voz del guardia.

—Así que tuve que aprender desde cero, pero aquí me tienes, hecho un hombre de mundo —comentó con un toque de orgullo muy andaluz.

Le había gustado hablar con él y, más aún, cambiar impresiones. Le hizo sentir más cerca de España, aunque la nostalgia durante la conversación también tuvo su momento álgido.

—Los daneses, por lo general, suelen ser amables —le había dicho tras varios minutos hablando—; algo suyos, pero con inviernos bajo cero y un verano olvidado de la mano de Dios, quién podría culparles de ello.

—Pareces aclimatado al entorno.

—¿Yo? —preguntó sorprendido—. *Jozú, miarma*. Eso nunca. Algún día volveré *a la caló* de mi tierra, pero ahora no queda otra que aguantar los calzones de pata larga.

Silvana no pudo menos que reír ante el divertido comentario.

No cabía la más mínima duda de que Rafael era andaluz de pura sangre y su

inglés era una mezcla de dichos y expresiones muy de su tierra. Ella se preguntó, una vez más, cómo borrar o intentar olvidar, por unos meses, el olor que la transportaba a su hogar.

—Imposible. Simplemente se sobrevive —se dijo a sí misma mientras daba otro sorbo a su sopa.

Se había llevado trabajo a casa, después de todo, poco más podía hacer. No conocía a nadie y no le apetecía demasiado recorrer la ciudad sola, quizás en otra ocasión, pensó mientras enjabonaba y aclaraba el cuenco bajo el grifo. Podría incluso alquilar una bicicleta; sí, era buena idea. Los daneses eran muy dados a pedalear y a llegar sobre dos ruedas a cualquier parte.

Encendió su portátil y observó la pantalla durante varios minutos, mientras se detenía fijamente en el cursor que parpadeaba paciente e ininterrumpidamente.

A los pocos minutos, como si fuese una autómatas, dirigió el ratón hacia la aplicación de *Skype*.

Espero varios segundos hasta que apareció lo que tanto ansiaba.

—¡Silvana! ¡Qué alegría, por Dios!

Sonrió ante la imagen distendida de Tessa en la pantalla. Le resultó familiar el despacho; no cabía duda alguna de que estaba trabajando, porque se encontraba sentada tras su mesa desordenada y hasta arriba de folios, carpetas y libros, de los cuales muchos de ellos Silvana podría asegurar, casi sin equivocarse, que trataban de contabilidad. Comprendió entonces cuánto distaba la faceta laboral danesa de la española. Ella llevaba más de hora y media en casa.

—¿Cómo va todo?—preguntó su amiga deseando saber con detalle todo lo referente al viaje a Dinamarca.

—Se podría decir que bien. —Al ver el ceño fruncido de Tessa, Silvana recompuso sus pensamientos, se corrigió y respondió rápidamente—. Estupendamente. Y, ¿tú qué tal?

—Estaría mucho mejor si Ferrero no me enterrara bajo toneladas de informes —hizo un gesto despectivo con la mano, pero al mismo tiempo observó cómo a Tessa se le iluminaban los ojos cuando hacía referencia al decano e imaginó que su amiga guardaba algún secreto que aún no estaba preparada para decir en voz alta.

—Sabes lidiar con eso y mucho más.

—Gracias por tu voto de confianza —la guiñó un ojo—, que sepas que he comenzado la dieta. El ejercicio lo dejaré para la semana que viene, todo a la vez puede resultar demasiado estresante y lo que menos necesito ahora es que mis nervios se levanten en pie de guerra.

—Me encanta saber que has empezado a cuidarte. ¿Has hablado con mi abuelo? —preguntó cambiando repentinamente de tema. No deseaba ser tosca, pero

necesitaba saber que todo iba bien.

—Lo he llamado esta mañana y a todo lo que le sugiero me responde: paparruchas.

Silvana rio ante el comentario. Así era su abuelo, un hombre al que no le gustaba que cuidasen de él.

—Lo llamaré mañana sin falta.

—Me parece bien. Se alegrará y mucho. Tiene en mente comprarse un teléfono móvil.

—¡No me lo puedo creer! —Silvana no salía de su asombro. Su abuelo vivía anclado en el pasado y no quería saber nada de las nuevas tecnologías.

¡Oye! —exclamó Tessa de pronto—. Por lo que puedo ver tu apartamento está genial.

Silvana se apartó lo suficiente de la pantalla para dejar una mayor visión a su amiga de la estancia.

Pasaron más de veinte minutos hablando y después cortó la conexión sabiendo que a muchos kilómetros de distancia de donde ella se encontraba, todos los suyos se encontraban bien.

«Debes batallar por tus sueños, Silvana», se dijo mientras apagaba el reproductor de música y el ordenador. Se dirigió a la cama. «Nadie te dijo que esto iba a ser sencillo».

Tocó con su mano el amuleto que su abuelo le había regalado y, acto seguido, se lo llevó a los labios, lo besó y no pudo apartar la imagen del hombre que la crió de su mente.

Estaba inquieta. Tenía la sensación de que algo no marchaba bien, pero la pregunta era: ¿el qué?

La policía sospechaba que Poulsen había muerto envenenado; eso no le gustaba y mucho menos que fuesen cerrando el cerco.

Tarde o temprano irían atacando cabos. Era cuestión de tiempo y lo sabía.

No permitiría que los nervios traicionasen su laborioso plan. El hecho de que la policía descubriese que el director del museo no hubiese fallecido de muerte natural era una posibilidad; remota, pero lo era.

La consecuencia de todo ello era que debía dar el siguiente paso antes de lo previsto y eso era algo que no entraba dentro de sus planes; desbarataba los esquemas en los cuales llevaba meses trabajando. Observó una vez más el plano del museo que tenía desplegado sobre la mesa, con el dedo índice siguió las diferentes flechas rojas

que había estado marcando las últimas semanas hasta llegar al punto deseado. Una vez allí, en su mirada nació un brillo de interés y no pudo evitar sentir cierto engreimiento.

Después de todo no le quedaba otra opción que avanzar en el plan. Ese pensamiento le provocó un espasmo de excitación.

La primera vez había sido excesivamente sencillo. ¿Por qué esta vez no iba a ser igual?

Ellos debían pagar las consecuencias de que su vida fuese un fracaso total y absoluto. Merecían morir y pudrirse en el infierno.

Con esta idea en mente, se levantó y se alejó de aquel cúmulo de papeles y de las fotografías que, ordenadamente, estaban dispersas en la pared frontal.

Faltaba una. Inspiró hondo y se humedeció los labios.

Silvana Roiz, la historiadora española, se unía a su gran proyecto.

«Un personaje de lo más interesante», pensó mientras cruzaba de un lado a otro el viejo y húmedo sótano de la casa.

Capítulo 9

Abril. Año 1066.

En algún lugar del norte de Europa.

Una esclava cristiana

—Krista, ¡ven aquí!

Nada más oír mi nombre levanté la cabeza como un resorte. Estaba segura de que de ese grito no podía venir nada bueno.

—Ya voy —exclamé intentando no tropezar con varios grupos de hombres que gritaban y bebían sin resuello a mi paso. Alguno de ellos me recorrió con una mirada inquietante y penetrante de arriba a abajo, de una forma lasciva, que me hizo sentir sucia; pero yo sabía que, mientras fuese una de las esclavas del líder, nadie se atrevería a someterme en contra de mi voluntad.

A pesar del enorme fuego de vivas y flameantes llamas situado en el centro y que caldeaba el inmenso salón recubierto de madera, un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Llegué ante el señor que gobernaba aquellas lindes casi sin aliento, me paré en seco y toqué con la barbilla el pecho en señal de respeto, tal y como me habían enseñado a hacer tiempo atrás, cuando caí en manos de aquellos sucios bárbaros.

A pesar de no estar mirándolo, supe que él me observaba contrariado; lo solía hacer siempre desde mi llegada, pero no alcé en ningún momento la cabeza e ignoré a propósito la advertencia de rebeldía que se hacía eco en mi mente una y otra vez. En el fondo sabía qué era lo que se esperaba de mí.

El señor de aquellas tierras se encontraba sentado tras una enorme mesa repleta de hidromiel y viandas. En su plato solo quedaban los huesos del asado y varias copas vacías, algunas de ellas derribadas sobre la rugosa madera, señal inequívoca de los litros de alcohol que contenía aquel orondo y voluminoso cuerpo.

—¿Dónde está mi esposa?

Por primera vez, me atreví a levantar la cabeza e inspeccioné a mi alrededor en busca de Helsa, pero para mi decepción no la encontré.

—No lo sé, mi señor —respondí mirando hacia la barba larga, sucia y trenzada que caía hasta su plexo solar.

—Búscala y tráela aquí —me ordenó taxativamente.

Asentí rápidamente, no le di lugar a réplica; me volví sobre mis pasos y eché

a correr como alma que lleva el diablo.

Me esforcé por eliminar al maligno de mi mente y centrarme en la figura de un Dios benevolente, sin embargo, como de costumbre, no lo hallé.

Dos inviernos entre esos salvajes hacían de mí una mujer en tierra de nadie, era una esclava de los hombres del norte, un objeto del cual se podían deshacer fácilmente.

Esquivé a varios grupos que encontré a mi paso e inmediatamente dirigí mi mirada al suelo. Las botas de piel desgastadas y deshilachadas por el uso eran mi foco de atención. Si algo había aprendido durante este tiempo era a pasar inadvertida, aunque con mi cabello oscuro como el manto que abriga la noche y ojos negros como el carbón, era difícil, por no decir imposible. Ellos solían tener la piel pálida y un color de pelo que a mí, nada más pisar esas tierras frías y desconocidas, me llamó la atención; muchos hombres y mujeres tenían el pelo como el color de las zanahorias o de un rubio tan intenso como los rayos del sol en pleno verano.

Nada más verlos supe que eran diferentes e imagino que ellos debieron pensar lo mismo de mí; yo era una descendiente de judíos, proveniente de un lugar muy lejano, deducción a la que llegué por los días interminables que estuve a bordo de una nave hasta llegar al lugar donde ahora me encuentro.

Salí del gran salón, lugar de reuniones y celebraciones, alcancé una de las pieles que encontré amontonada entre otras en el suelo, me la pasé por los hombros y me abracé a mí misma buscando un poco de calor a través de mi propio cuerpo antes de adentrarme en la fría noche.

—Krista, ¿a dónde vas?

Entorné los párpados para acomodar mis ojos a la oscuridad.

La voz pertenecía a Zoe, otra de las esclavas; aunque yo desconocía su país de origen, al igual que ella desconocería el mío.

—El líder me ha enviado en busca de su esposa —respondí intentando no dar diente contra diente a causa del frío helador que se impregnaba hasta llegar a mis huesos.

—¿No está ahí con él?

Negué con la cabeza, como si ella pudiera verme.

—No —le dije al ver que ella no decía nada.

Soltó un bufido de lo más audible.

—¿Qué haces aquí fuera?

—Esperar a que todos ellos se emborrachen y caigan desnucados al suelo. Si muriesen ahogados en su propio hedor y alcohol, mejor que mejor.

Solté una risilla. Zoe parecía más joven que yo, aunque no estaba segura de ello. Su cabello tenía un tono muy parecido al de la miel y sus ojos eran de un marrón

intenso, muy parecido al de la corteza de los árboles. Tenía que reconocer que era una muchacha bellísima, y el conjunto sería perfecto de no ser por una severa cojera que padecía, según ella, desde una reyerta donde resultó herida, de la cual yo desconocía los detalles.

Ella llevaba varios inviernos más que yo en manos de los hombres del norte y había aprendido su lengua, no sin dificultad, lo que me daba a entender que era una mujer muy inteligente.

Yo, de alguna manera, me beneficiaba de eso, porque Zoe me había enseñado el lenguaje de las runas y, gracias a ello, evitaba meterme o inmiscuirme en muchos problemas. Ella y yo nos comunicábamos por el lenguaje de los bárbaros, algo que podía resultar hasta cómico.

—Creo que está en la cabaña del fondo.

No tuve que preguntar de quién estaba hablando.

—¿Está sola?

—¿Tú qué crees?

—Maldición —exclamé con los huesos helados. Esta situación me iba a traer más de un problema.

—¿Quieres que te acompañe?

—No —dije rápidamente. Zoe era muy vulnerable, aunque ella se empeñase en demostrar lo contrario. A causa de su cojera era una presa fácil para aquellos salvajes.

—Bien. —Sentí cierto alivio en su voz—. Está a punto de suceder algo, lo presiento.

—¿El qué? —Me acerqué cautelosa a ella.

—Aún no lo sé, pero están nerviosos.

—El deshielo ha comenzado —comenté casi con esperanza.

Miré hacia donde sabía que estarían las montañas, aunque en ese momento no las pudiese ver.

—La primavera está cerca. Vendrán nuevas embarcaciones, muchos más hombres.

—Tal vez...

—Ni lo sueñes, Krista.

Pareció leerme el pensamiento.

—Moriremos aquí, lejos de nuestro hogar. Te lo he dicho tantas veces que ya pierdo la cuenta. Olvídate de huir.

—No hables así —objeté enfadada.

—¿Tú nunca te rindes, verdad?

—No. —Me arrebullé en la piel raída y sucia que tenía sobre los hombros—.

Necesito volver a mis orígenes, anhelo, deseo —enfaticé con fuerza— que me llamen por mi verdadero nombre, no con este estúpido nombre que me han impuesto.

En la mirada de Zoe pude leer la desesperanza.

—Pero tú eres cristiana —inquirió convencida.

—¿Y eso qué importa?

—Más de lo que tú te piensas.

Yo sabía que Zoe no creía en el mismo Dios que yo, pero una vez perdidas en aquellas indómitas tierras, eso qué importaba. El nombre de Krista provenía de Cristiana, un nombre que tuve que asumir desde el primer instante en que caí presa de esos desalmados.

—Lo que tengo claro es que no creo en ese Odín del demonio.

—Schhhh... Te van oír. Baja la voz —me ordenó.

Callé de pronto, sabiendo que tenía razón.

—Tengo que irme —le dije sin contemplaciones.

—Ten cuidado.

—Deberías protegerte del frío.

—Tú también, Krista.

Se dio media vuelta y la vi marchar hasta que la oscuridad se la tragó.

No moriría en aquellas tierras olvidadas de la mano de Dios.

Recordé la promesa que me hice a mí misma el día que pisé aquel suelo inerte y níveo y lo iba a cumplir costase lo que costase.

Seguí el camino hasta la última cabaña siguiendo las indicaciones de Zoe. Era una mujer inteligente, ella lo sabía y lo utilizaba a su favor y en contra de otros. Su cojera pasaba prácticamente desapercibida para muchos, ya que empleaba sus habilidades y sus destrezas para invalidar su defecto físico.

Aun así, no me fiaba del todo de ella ni de nadie que habitase en aquella aldea.

Estaba segura de que Zoe vendería nuestra amistad al mejor postor si con ello sacase una buena ganancia del trueque.

Estaba distraída, demasiado, por esa razón quizá no escuché a mi acosador acercarse por mi espalda. Cuando me percaté de su presencia ya era demasiado tarde; sentí mi columna vertebral retumbar contra la tierra, el golpe me dejó sin aire y el frío se adhirió a la mugrienta y carcomida capa de piel que llevaba sobre los hombros. Mi atacante me golpeó varias veces contra el suelo y se situó sobre mi abdomen, entre mis piernas. Se restregó varias veces sobre mi cuerpo, como si se tratase de una babosa apestosa.

—Me pregunto qué tendrás de maravilloso aquí —acarició mi entrepierna con fuerza, tanto fue así que no pude evitar soltar un alarido a causa del dolor que me

provocó el brusco contacto de sus dedos.

—¡Déjame ir! —grité con desesperación, pero una mano callosa y maloliente me tapó la boca haciéndome tragar mis propias palabras.

—No, no... Debes estar calladita. No querrás que se termine la fiesta antes de empezar, ¿verdad?

Intenté ver entre la oscuridad, pero en vez de eso, solo pude oler una mezcla de sudor e hidromiel que se impregnó en mi ropa hasta llegar a golpear y cerrar mis fosas nasales. Una náusea no se hizo esperar, lo que me provocó un espasmo para poder controlar el vómito; si vaciaba mi estómago en ese mismo instante, estaba casi segura de que me ahogaría en una de las arcadas.

—Eres la protegida. ¿Por qué?

Aunque quisiera haber contestado no hubiera podido, con la mano de ese bastardo sellando mi boca.

—Se habla mucho de ti, pero nadie se atreve a tocarte...

Intenté zafarme de su agarre, pero me fue del todo imposible. Lo único que conseguí fue que él me aplastase más contra la fría y húmeda tierra.

—¿Quieres largarte, eh?

Asentí enérgicamente con la cabeza.

—No creo que eso sea posible, cristiana. Me está gustando este juego, demasiado diría yo.

Traté de respirar hondo, pero aquella bestia inmundada me estaba apretando las costillas de tal manera que no podía ni tan siquiera respirar.

Cerré los ojos por un momento. Necesitaba pensar, pero mi mente parecía aletargada. Me faltaba el aire.

—¿Sabes lo que dicen?

Él no esperó respuesta o gesto alguno por mi parte.

—Hablan de que serás un sacrificio maravilloso para Odín.

Aquel salvaje debió de percibir mi inquietud y desconcierto, porque comenzó a reírse como un loco.

—¿No lo sabías, verdad? Eres la elegida.

Me quedé rígida. Aunque hubiese podido hablar, no hubiese podido. Sabía lo que significaban esas palabras: iba a morir, sesgarían mi cuello con un cuchillo y dejarían que toda mi sangre abandonase mi cuerpo. Ya había visto ejecuciones con anterioridad y aquel acto bárbaro me había hecho estremecer de miedo y espanto.

Ahora entendía muchas cosas que hasta ahora habían escapado a mi comprensión: me habían elegido y mi destino estaba sellado con la muerte.

—Vaya, parece que no te quedan fuerzas... —me dijo al oído—, me gusta que te muevas, eso me produce más placer.

Me quedé inmóvil, inerte y recé en silencio al Todopoderoso, esperando un milagro que supe que nunca llegaría.

Silvana se esforzó por respirar. Las sábanas parecían una trampa mortal, enredadas entre sus piernas, y frías gotas de sudor recorrieron de forma aletargada su espalda. Abrió los ojos entre la espesa oscuridad y se fijó en un tenue halo de luz que se colaba con cierta resistencia entre el fuerte cortinaje, el cual se esforzaba por cubrir la ventana.

Se incorporó como un resorte, se llevó las manos a la garganta y buscó de manera innata una bocanada de aire. De forma casi instintiva se acarició el cuello agarrotado.

En unos segundos, el oxígeno pareció llegar a sus pulmones en dosis minúsculas, tanto era así que volvió a abrir la boca en busca de ese soplo de vida. Se palpó de forma inconsciente las costillas y se alegró de que estuviesen intactas y no doloridas.

¿Qué había pasado? Una pesadilla, sin duda. Un mal sueño nítido del cual recordaba cada palabra, movimiento o acción.

Se esforzó por tranquilizarse y permitir que su corazón volviese a tomar una cadencia regular y rítmica. Cubrió su rostro con sus propias manos y, con ayuda de sus dedos, rastrilló su pelo topándose con una maraña de nudos y enredos.

Tensó los labios y se dejó caer sobre la almohada. Las cálidas sábanas cubrieron su frío y tenso cuerpo. No podía volver a cerrar los ojos y recrear las escenas que había vivido. No estaba preparada.

¿Quién demonios era Krista y por qué se le aparecía en sueños?

Apartó con un rápido movimiento las sábanas, se incorporó y puso los pies en el suelo, se apretó el vientre con una mano y supo de inmediato que iba a vomitar. Corrió al cuarto de baño en cuanto la primera náusea ahogó su garganta.

Capítulo 10

—Tienes mal aspecto.

Silvana se sentó y cruzó las piernas a la vez que echaba su espalda contra el respaldo de la silla giratoria. Se encontraban en una minúscula estancia que Hans le había asignado como su despacho. A ella le parecía más un cuchitril, pero se abstuvo de decir nada al respecto; al menos tenía un lugar donde sentarse y herramientas con las cuales trabajar, como el ordenador portátil que en ese instante se encontraba sobre su mesa, encendido y con el cursor intermitente latiendo, de una forma rítmica, en la pantalla.

—No he dormido bien, eso es todo —respondió Silvana mientras soplaba el café caliente.

—¿Imagino que aún no te has adaptado a tu nueva situación?

Silvana observó cómo Hans abarcaba de una pared a otra en pocos pasos. Parecía nervioso y casi podía asegurar que incómodo.

—No, pero anoche estuve hablando por *Skype* con Tessa y eso ayuda.

Él se detuvo y la observó sin comprender.

—Una amiga —aclaró— y compañera de trabajo.

Hans pareció entender y reanudó su marcha por el suelo de láminas de madera desgastado por el uso y el tiempo.

Silvana había llegado hacía escasos minutos al museo con un café en la mano, lo había comprado en una cafetería cerca del apartamento, y tenía que reconocer que le estaba sabiendo a gloria. Hans no había ido a su casa esa mañana; no sabía si alegrarse o decepcionarse por no verlo tocar su puerta.

Ella, nada más llegar, saludó a Rafael y Hans, que parecía estar esperándola porque, al verla entrar por la puerta del museo, la siguió al cuchitril y allí seguía, dando vueltas de un lado para otro, como si llevase todo el peso del mundo sobre sus hombros.

—¿Por qué tengo la sensación de que tú tampoco has dormido bien?

Él se detuvo de nuevo, suspiró y cruzó una mirada con ella.

—Demasiados frentes abiertos, eso es todo —comentó metiendo las manos dentro de los bolsillos del pantalón.

Silvana pasó el dedo despacio por el borde de la tapa de plástico del vaso de su café y se preguntó una vez más por qué sentía esa atracción por Hans Solberg. Era atractivo, de eso no cabía la mínima duda, pero había algo más que se le escapaba, y eso que ella se denominaba así misma una mujer muy observadora. Su profesión, lo que siempre había sido su pasión, la historia, requería eso, puesto que eran

acontecimientos, curiosidades y fechas que se debían unir con sumo cuidado hasta que encajasen, como si de un puzle gigantesco se tratase.

—Y, ¿me vas a contar de qué tratan esos frentes?

Hans sacó las manos de los bolsillos, se frotó la nuca y se quedó mirando a aquella mujer que tenía ante sí. Según ella decía, no había descansado la noche anterior; no mentía, su aspecto lo revelaba con creces. Ojalá hubiese sido él el motivo de su insomnio.

Había luchado contra viento y marea a la hora de tomar una decisión, ir o no ir esa mañana al apartamento de ella.

Sabía que tenía la excusa perfecta: el café.

Silvana adoraba aquel brebaje oscuro y él lo sabía, se lo había confesado en numerosas ocasiones cuando habían estado juntos; sin embargo, en el último momento, Lucinda lo llamó por teléfono y todos sus planes se desvanecieron como por arte de magia.

Su ex mujer seguía teniendo la costumbre de arruinarle la vida.

Volvió a la realidad. Aquel enfrentamiento interno con respecto a Silvana, que en ese mismo instante estaba alterando sus pensamientos, no estaba yendo nada bien. Ella era su compañera de trabajo y ahora mismo su subalterna, por lo cual debía pensar en ella como profesional, no como una mujer exquisita que bebía pequeños sorbos de café tras cada frase que emitía.

Él tampoco había dormido bien y eran muchos los motivos que le preocupaban: la policía daba como respuesta el silencio más absoluto respecto a la muerte de Poulsen, señal inequívoca de que estaban frente a un homicidio. Su ex esposa se negaba rotundamente a que llevase a Brander unos días a casa de su familia, en Ribe, y eso le carcomía las entrañas hasta tal punto que rayaba la desesperación.

Era hijo de ambos; no era una propiedad exclusiva de Lucinda. Necesitaba hacérselo entender de una vez por todas. No podía batallar semana sí, semana no, con la misma cuestión. Esa situación lo estaba desquiciando. Echaba de menos a su hijo, tanto era así que necesitaba sentirse ocupado cuando la soledad se hacía con las riendas de su rutina diaria: hacer deporte o perderse sobre una moto se habían convertido en sus maniobras de defensa.

Precisaba hacerle saber que él también estaba ahí, a pesar de que Lucinda utilizase todo aquello que encontraba a su paso en su contra.

Y ahora, Silvana. Una española guapa e inteligente que poco a poco se iba adentrando en sus pensamientos y que, sin proponérselo, iba dejando una huella profunda y difícil de pasar por alto. Quizás el hecho de no tener sexo desde hacía un año influía de una forma determinante. Hasta ahora no había tenido necesidad alguna de mantener relaciones sexuales, sin embargo, en el mismo instante en que conoció a

Silvana, su testosterona comenzó a correr de nuevo por su sangre con una vitalidad desconocida hasta ahora por él. Ni siquiera con Lucinda se había sentido así.

O dejaba de pensar inmediatamente en sexo o se empalmaría como un adolescente, allí, frente a ella.

—¿Hans...?

La voz aterciopelada de Silvana lo sacó de su ensoñación.

—Lo siento. Disculpa.

—Por tu expresión, me da la sensación de que esos frentes parecen ser verdaderas montañas difíciles de escalar —levantó la mano por encima de su cabeza.

—Son malas rachas, eso es todo, Silvana —su boca dibujó un amago de sonrisa—. Lucinda no me lo está poniendo fácil con Brander, eso es todo.

Silvana tomó un sorbo de café sin dejar de observarlo por el borde curvo del vaso de plástico.

—Entonces, es mucho más serio de lo que me imaginaba.

—Las preocupaciones son siempre espinosas y más cuando tu hijo está en medio de una batalla interminable.

—Lo siento muchísimo —Silvana percibió una sombra en el rostro de Hans—. Ese hombre sufría y mucho. Pero al menos Brander tenía padres.

—Gracias.

—¿Por qué? —inquirió ella ignorando la punzada de dolor en su corazón por el hecho de haber crecido sin padre ni madre.

La tensa expresión de él se suavizó.

—Parece más sencillo cuando compartes tus inquietudes con alguien. —Se sentó al borde de la mesa—. Y ahora, me vas a contar cuál ha sido la razón que ha hecho que te pases parte de la noche despierta.

Silvana dejó su café sobre la mesa a la vez que lo buscaba con la mirada.

¿Cómo podía explicar algo que para ella era del todo incomprensible?

—¿De verdad quieres saberlo? —le preguntó con una educada sonrisa— ¿No prefieres que me ponga a trabajar?

—Silvana, creo que has de saber, para un futuro —comentó con aspecto cansado mientras se frotaba el puente de la nariz—, que no soy un hombre excesivamente diplomático. Cuando me intereso por algo o alguien, lo hago de verdad.

Ella apoyó la barbilla en un puño a la vez que lo observaba detenidamente.

—Poco diplomático y sincero.

—Exacto —respondió Hans mientras su mirada descendía hasta la boca de Silvana y volvía después a sus ojos.

—Tengo que reconocer que esa no es una definición muy acertada, pero sí

aceptable.

Hans frunció los labios mientras la examinaba detenidamente.

—Creo que empieza a gustarme el género español.

Ella soltó una carcajada amarga a la vez que desechó el comentario con un ademán impaciente de la mano.

—¿Quieres dejar de divertirme a mi costa, por favor?

—Eso nunca. Ahora comprendo más lo que se dice acerca de los españoles.

Silvana enarcó las cejas.

—¿Qué se dice? —La pregunta sonó con más fuerza de la que ella esperaba.

Él se rio a medias.

—No te lo diré ahora, porque nos desviaríamos del tema en cuestión.

—Está bien —farfulló resignada, examinando las paredes blancas y desnudas de su despacho—. Tuve un sueño extraño; más bien una pesadilla, diría yo.

En el rostro de Hans se dibujó un gesto de preocupación.

—En ese sueño o pesadilla, ¿te ocurría algo malo? —le preguntó en un tono tenso.

Ella dejó caer los hombros como si le pesaran demasiado.

—Había una mujer de otro tiempo, de la era vikinga para ser más exactos. He estudiado muy bien su época para no saber reconocerla cuando la veo —aclaró—. Se llamaba Krista y, al parecer, era una esclava...

—Continúa.

—Todo pasaba muy deprisa. Alguien la llamó —prosiguió reviviendo la escena—, debía ser el señor de las tierras, cruzó el salón comunal. Había un enorme fuego en el centro...una celebración...

Hans observó que la mirada de Silvana se perdía a medida que completaba su sueño.

—Tras hablar con él —agregó algo aturullada— salió al exterior a ejecutar sus órdenes. Hacía frío y estaba nerviosa. Habló con otra esclava, su aspecto era muy diferente al de Krista, no era tan hermosa y sufría una severa cojera; después de unos minutos, se despidieron y ella se sumergió en la noche. Durante su trayecto a una de las cabañas fue atacada por uno hombre sucio que apestaba a hidromiel. Tenía una larga barba, quizá de la misma longitud que su pelo,... la tiró, la aplastó contra el suelo y se restregó entre sus piernas...

Silvana de repente miró a su alrededor, parecía despertar de nuevo de aquel ensueño tan vivo y tan real; de improviso tropezó con aquella pequeña estancia que le pareció aún más horrenda que a primera hora de la mañana. Lo siguiente con lo que se encontró fue con la mirada férrea de Hans.

—Lo sé —dijo en un tono de suficiencia—, es estrambótico.

—Creo que —comenzó a decir él midiendo sus palabras—, el viaje, el museo, toda la información recibida en estas últimas horas, te ha podido pasar factura.

—Sí. Es muy posible. Yo también he llegado a esa misma conclusión.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Gracias.

Hans enarcó una ceja.

—No tienes por qué darlas. Ya te he comentado que parece más sencillo cuando compartes las inquietudes.

—Sí. Es cierto.

—Ahora debo irme o Adele me matará.

Silvana sonrió al imaginarse a la secretaria echando pestes por la boca.

—Creo que es perro ladrador, solo eso.

Hans la miró de forma inquisitiva.

—En España tenemos un refrán: perro ladrador, poco mordedor —explicó.

—Algún día me contarás más sobre esos proverbios vuestros... Por cierto, ¿te gusta tu nuevo despacho?

Silvana se limitó a suspirar mientras su mirada se perdía en aquellas insulsas y blancas paredes.

—Ya veo...

—No me he quejado —protestó.

—Tu rostro habla por ti.

—Oye, mira...

Silvana parecía incómoda. Él no pudo más que sonreír ante el gesto molesto de ella.

—No hace falta que te justifiques —dijo dirigiéndose a la puerta—, si me hubieses dicho que te encantaba, sabría que estabas mintiendo. Me gustan las mujeres directas que dicen lo que piensan.

Silvana lo observó abrir la puerta sin saber muy bien qué decir.

—Puedes decorarlo a tu gusto.

Ella no pudo más que asentir.

—De acuerdo —se escuchó decir.

—Por cierto...

—¿Sí?

—Deberías escribir tu sueño —señaló con el dedo índice el ordenador—...parece de lo más interesante.

Escuchó el sonido de la puerta al cerrarse. Hans se había ido y la había dejado a solas con la única compañía de sus pensamientos.

Él la descolocaba y eso, de alguna manera, trastocaba toda su fuerza de voluntad. Cuanto más lo conocía, más atracción sentía por él y eso, a la larga, sabía que no traería nada bueno. Debía centrarse en su trabajo y dejar el amor aparcado en lo más hondo de su alma.

Centró su atención en la pantalla del ordenador y observó cómo el cursor seguía parpadeando de forma intermitente. Debía comenzar a trabajar, pero en vez de eso escribió el nombre de Krista en la parte superior de la página en blanco.

Sus dedos bailaron a toda velocidad sobre el teclado y, sin pensarlo, dio rienda suelta a aquel sueño que había llegado sin ninguna lógica hasta ella.

Hans tenía razón. Después de todo, parecía interesante.

Capítulo 11

—No comprendo —fue la respuesta de Hans al leer el informe de la autopsia.

—No es complicado de entender, señor Solberg —respondió el inspector rodeando la mesa y acortando la distancia entre ambos—, podríamos encontrarnos ante un homicidio, pero es algo que aún no podemos confirmar.

Hans volvió la mirada a los folios que aún tenía en la mano. Según el forense, Poulsen había muerto envenenado. Releyó la última frase y se le secó la boca. El veneno había destrozado algunos de los principales órganos vitales del director del museo; una necrosis fulminante había terminado, de una manera trágica, con su vida.

—¿Qué porcentaje de error puede haber?

El inspector lo miraba con una expresión seria. Llevaba el mismo corte de traje que la última vez que se habían visto, de eso hacía casi dos semanas; el pantalón y la chaqueta, en vez de marrón, eran de un tono azul oscuro, pero las arrugas seguían en el mismo lugar. Rhode tenía un aspecto más aviejado, quizás el hecho de que no se hubiera afeitado en los últimos días acrecentaba esa impresión.

Hans pensó que podía rondar los cincuenta, tenía profundos surcos marcados alrededor de los ojos. Su aspecto era el de un hombre cansado.

—Es complicado de verificar —concluyó Rhode—, el alto contenido de toxicidad en el cuerpo nos desconcierta.

—Amanita Phalloides.

—Exacto —afirmó el inspector—, un veneno letal.

Hans soltó el aire de golpe. Nadie en su sano juicio se suicidaría comiendo setas tóxicas. Había muertes más rápidas y menos dolorosas.

—¿Cree que las comió por voluntad propia?

—¿Lo cree usted, señor Solberg?

Hans volvió a mirar el informe; no leía, solo pensaba en aquel crucigrama de letras y definiciones. No tenía sentido alguno. Se dejó llevar por el constante murmullo que se oía tras de él. Parecía una actividad frenética: teléfonos, voces y dedos aporreando las teclas de un ordenador.

Levantó la cabeza de los papeles y observó el rostro ceñudo del inspector.

—No, no lo creo. El señor Poulsen no era un experto micólogo, pero estoy seguro de que sabría reconocer varias especies si las viese al natural; no cocinadas.

—¿Por qué cree eso, señor Solberg?

—Los vikingos utilizaban unas setas alucinógenas para entrar en batalla; para ser exactos, el nombre es amanita muscaria —añadió despacio para hacerse entender—, una parte de nuestra investigación versa sobre el conocimiento de los hongos. Es

algo muy superficial, pero suficiente para darnos a entender y conocer el aspecto de la amanita phalloides y estar al corriente de que su efecto es mortal para aquel que las ingiera.

—¿Vikingos...?

—Eso es.

—Usted trabaja, al igual que lo hacía el señor Poulsen, en el museo Vikingo.

—Creo que eso ya lo sabe —replicó en tono sarcástico.

Rhode lo escrutó con una expresión dura.

—¿Cree que puede ser una coincidencia?

—Inspector —Hans se levantó—, usted es el policía, yo solo soy un simple conservador de uno de los museos más importantes de Dinamarca —añadió despacio y en un tono firme—; usted se encarga de resolver los casos del presente, yo vivo en el pasado, la época de aquellos hombres que una vez, al igual que nosotros, vivieron en estas tierras y de los cuales heredamos sus genes.

—Es usted consciente de que, si es un caso de homicidio, todos ustedes corren peligro —espetó sin ocultar su irritación—, por no decir que el asesino pueda trabajar en el museo.

Hans no pudo evitar sentir cierto desasosiego al escuchar esto último.

—¿Me está inculcando, inspector?

—Eso lo ha dicho usted, no yo.

Apretó la mandíbula con fuerza.

—¿Necesita volver a interrogarme?

—Eso téngalo seguro, señor Solberg. Solo espero que me dé un pase vip ya que voy a ser un cliente de lo más perseverante.

—Su placa es todo lo que necesita para entrar y salir a su antojo del museo, inspector —afirmó con rotundidad—. Si me disculpa, tengo que volver a mi puesto de trabajo.

—Un puesto de lo más interesante, ahora que lo menciona.

—¿Tiene alguna pregunta más?

No iba a caer en la trampa.

—Es usted el nuevo director.

—Director provisional —aclaró Hans con deliberado énfasis.

Hans cogió su maletín, se dio media vuelta y fue decidido hacia la puerta.

—Señor Solberg... —lo llamó el inspector.

Hans se giró despacio y observó el semblante serio del hombre que tenía ante sí.

—Necesito que esté localizable.

Hans asintió y se limitó a traspasar la puerta de cristal.

¿Qué narices estaba ocurriendo?, se preguntó mientras desfilaba presuroso entre las mesas repletas de papeles, ordenadores y el rumor cotidiano que solo podía esperarse de una comisaría en hora punta.

—¿Llevas casi tres semanas trabajando en el museo y estas salas aún te hechizan?

Tenía la impresión de estar ante una pregunta trampa; aún así respondió:

—Creo que no dejarán de hacerlo nunca —comentó Silvana a Adele mientras observaba la fuerza que tenían aquellas embarcaciones; y eso en tierra. ¿Cómo serían en el mar?

«Poderosas e invencibles», pensó mientras recorría con la mirada cada uno de los barcos.

—¿Sabes que hemos hecho una apuesta?

—¿Una apuesta? —preguntó Silvana dejando a un lado las naves y prestando por primera vez atención a la secretaria.

Esta asintió divertida.

—Sobre ti.

—¿Sobre mí! —exclamó alarmada— ¿Por qué?

—La pregunta sería quiénes —dijo con una pizca de ironía—, pero no te lo voy a decir.

Silvana no preguntó. Aún seguía muda de asombro.

—Acompáñame.

—Y, ¿ya está? —preguntó mientras seguía a Adele hasta el despacho principal —, me sueltas que hay una puesta sobre mí y luego me dejas así.

—Creí que debías saberlo.

Silvana abrió la boca y la volvió a cerrar de golpe, sin saber muy bien qué decir.

—Eres una mujer muy inteligente...

—No tan inteligente; me gusta mi trabajo y punto.

Adele murmuró algo que Silvana no llegó a escuchar.

—Hablas cuatro idiomas.

No era una pregunta si no una afirmación.

—Exacto.

—Pues me vienes como anillo al dedo —dijo la secretaria mientras encendía el ordenador que estaba situado sobre la mesa.

Había entrado en un par de ocasiones; le daba la sensación de que lo tenía

vedado. Sabía que era el de Gium Poulsen y ahora, tras su muerte, lo ocupaba Hans.

Una enorme mesa acompañada de dos sillas ocupaba el centro de la estancia. Contra la pared, varios archivadores y una enorme estantería repleta de libros colocados pulcramente de mayor a menor. La mayoría versaban sobre el mar y la historia de Dinamarca.

Varios cuadros de artistas de la zona, según le había comentado en una ocasión Adele y que ella no conocía, decoraban las paredes pintadas de un blanco roto.

En sí cabía destacar que era elegante, aunque la madera no era de buena calidad, saltaba a la vista, pero sí poseía algo que Silvana envidiaba: luminosidad.

Aquel inmenso ventanal que daba hacia el mar transmitía tranquilidad, sosiego y paz. Nada hacía pensar que allí había pasado sus últimas horas el director del museo.

—Los pintores vienen mañana.

Silvana salió de su ensimismamiento y asintió. Adele se refería a los pintores que iban a pintar su despacho, si se podía llamar así a aquella habitación sin ventilación.

—Antes era el cuarto de la limpieza —le dijo Adele como si pudiera leerle el pensamiento.

—No me he quejado —respondió Silvana mientras observaba cómo la secretaria abría varias carpetas en el escritorio del ordenador.

—No hace falta que te quejes. Tu cara es el espejo de tu alma —comentó con una sonrisa desenfadada—. A veces me da miedo mirarte a los ojos; tengo la sensación de que puedo leer cada uno de tus pensamientos.

—¡No puedo ser tan transparente!

—Créeme, lo eres. Por eso sé que ganaré la puesta.

Silvana abrió los ojos hasta su máxima expresión.

—No puedo creer que me estés haciendo esto.

—¿Te refieres a la apuesta? —Adele chasqueó la lengua como si tal cosa—. La pasta es la pasta —comentó risueña mientras frotaba de forma circular el índice con el pulgar haciendo referencia al dinero.

Ella iba a rebatir cuando Adele exclamó en voz alta:

—Aquí está. Lo encontré.

—¿Qué es eso?

Todas las dudas referentes a la apuesta se desvanecieron en el aire. Silvana centró su atención en el correo electrónico que estaba abierto en la pantalla del ordenador.

—Es alemán.

—Ya te dije que eras una chica inteligente. ¿Podrías traducirlo al inglés?

—No creo que haya problema —dijo Silvana.

—Te lo pediría en danés, pero...

Dejó de prestar atención al correo electrónico y se volvió hacia Adele con cierta reticencia...

—Estoy yendo a clases —refutó a la defensiva.

—Bien —fue la única y sencilla respuesta de la secretaria mientras se limitaba a encogerse de hombros.

Necesitaba ocupar su tiempo libre en algo más que ver la televisión. La llegada del otoño era ya casi un hecho y la bajada de temperaturas y la inactividad estaban terminando con su paciencia. Había encontrado una academia económica a la vuelta de la esquina de su apartamento. La profesora era una joven danesa licenciada en lingüística, algo que Silvana agradeció. Ava estaba empezando en el mundo laboral y se encontraba de lo más interesada en aprender el español y sus reglas gramaticales. Silvana vio en esa oportunidad un camino de doble vía.

Además, Hans parecía más distante que nunca con ella. Ese pensamiento la atravesó como un rayo, pero no se dejó llevar por su inquietud.

Necesitaba dejar de pensar en él y centrarse en nuevos proyectos. Los idiomas siempre se le habían dado bien y el danés era un reto en toda regla para ella.

—Necesito un poco de tiempo.

—No hay problema. Tienes un par de horas. ¿Será suficiente?

—Imagino que sí.

—Ponte cómoda. Si necesitas algo, solo tienes que pulsar este botón.

Silvana miró el intercomunicador que descansaba sobre la mesa.

—O también puedo ir a tu despacho y pedírtelo.

—Es otra opción —repuso la secretaria con un guiño ya saliendo de la estancia.

—Adele...

—¿Sí? —preguntó de la forma más inocente que pudo.

—Tenemos una conversación pendiente.

La secretaria soltó una carcajada de lo más sonora.

—Muy bien, lo apunto en la agenda.

Silvana movió la cabeza en actitud de negación, se sentó en el cómodo sillón y se centró en la pantalla. Ni siquiera escuchó salir a Adele de la habitación.

Hans estaba enfadado. Aunque quizás enfadado no era el adjetivo correcto

para describir su estado de ánimo. Podría decirse que se encontraba furioso.

Ese estúpido de Rhode jugaba con él y tenía la impresión de haber perdido algunas bazas en aquella conversación.

—Mierda —exclamó mientras pisaba el freno y aparcaba el coche frente a la puerta del museo.

El hecho de que Poulsen hubiese podido morir a manos de otra persona lo enfurecía y abría un frente más a su complicada e inestable vida.

Toda su existencia parecía un circo; tenía la sensación de verse sometido continuamente a malabares y equilibrios. Las bajas temperaturas abrigaban a un otoño ya casi a las puertas del cambio de estación. Muy pronto vendrían las lluvias y las primeras nieves. Se arrebujó en su chaquetón y observó el cielo, las nubes densas y grises encapotaban buena parte de él.

Un ruido llamó su atención cerca del muelle y descubrió a Noah plegando las velas; el viento arreciaba cada vez con más fuerza. Lo saludó con la mano y fue rápidamente correspondido por su amigo.

Durante los meses de invierno, Noah volvería a Ribe junto a su hermano, Liam. Ambos se sumergirían de nuevo en el proyecto que tenían entre manos: la construcción de una nueva embarcación vikinga.

Apretó los labios con fuerza hasta formar una línea fina con ellos.

Un proyecto del que le hubiese encantado ser partícipe.

—Buenas tardes, Rafael.

—Señor Solberg... —saludó el guardia de seguridad.

—¿Dónde está Astrid? —preguntó al comprobar que la muchacha no se encontraba en su puesto de trabajo.

—Ha ido un momento al aseo; no tardará en volver.

Hans asintió.

Astrid no era una empleada modelo, sin embargo, sabía tratar a los visitantes, aunque a veces desbordase excesivo *glamour* con el género masculino.

Entró en el museo y agradeció el cambio de temperatura.

Se desabotonó el chaquetón y dirigió sus pasos al despacho de Poulsen.

Adele interceptó sus pasos.

—Silvana está dentro.

La secretaria le entregó un cartapacio.

—¿Traduciendo el informe?

—Así es.

Hans dejó caer el chaquetón por sus brazos.

—Es una mujer brillante.

Él la miró sorprendido. Adele no era una mujer muy dada a los halagos.

—Sin duda lo es.

—Debería considerar poder alargar su estancia en el museo.

Hans, que en ese momento estaba mirando el interior del cartapacio, lo dejó para prestar toda su atención a la secretaria.

—Solo lleva un mes aquí.

—Más que suficiente para saber que esa mujer —señaló la puerta del despacho— vale su peso en oro.

—No está en mis manos.

—Venga, ¿no me diga que no lo ha pensado?

Cerró la carpeta de golpe y Adele no pudo más que abrir los ojos como platos, pasmada por la reacción de su jefe.

—¿Ahora estás dentro de mis pensamientos, Adele?

Hans no esperó respuesta y se encaminó raudo hacia el despacho, por lo que no pudo ver la sonrisa de oreja a oreja de la secretaria.

Era una mujer con aptitudes para los idiomas; lo sabía y sacaba provecho de ello. El danés era algo más complicado, pero sus clases iban viento en popa y realmente eso era lo que importaba; si además añadía su pasión por la informática, tenía la sensación de estar en el mismo Valhalla.

Solo con pensar en ese término, sonrió para sí misma y pensó en los extraños sueños que la perseguían por las noches. El nombre de Krista retumbaba constantemente en su cerebro sin saber muy bien por qué. Quizás estaba demasiado obsesionada con la historia vikinga. Era algo que debía analizar detenidamente.

Tecleó de nuevo hasta encontrar la expresión adecuada en inglés para el texto que estaba traduciendo. Debía reconocer que adoraba su trabajo, aunque eso le hiciese preguntarse de vez en cuando si estaba perdiendo el juicio.

Era curioso que su profesión estuviese tan relacionada con el pasado como con la nueva tecnología. Tenía que reconocer que era una enamorada de los ordenadores, aunque estos a veces fuesen unos traidores de cuidado cuando decidían apagarse o reiniciarse en el momento menos oportuno y, en muchas ocasiones, se perdiesen documentos de gran valor por el simple descuido de haber estado tan absorta que no había grabado los cambios de última hora.

Tenía la mente en otro sitio, no le cabía la más mínima duda, el simple hecho de haberse atascado en el siguiente párrafo la desmoralizaba de tal manera que dejó escapar un suspiro sonoro de entre sus labios. Su alemán no estaba tan al día como ella suponía. Sin despegar la mirada de la pantalla, movió su mano hacia la derecha

en busca del café que Adele le había traído hacía escasos minutos.

Absorta en la pantalla del ordenador buscó a tientas el vaso de plástico. No acertó a cogerlo correctamente y, en su esfuerzo por lograr que el café no se vaciara sobre la mesa y los documentos dispersos en ella, manoteó sobre el escritorio hasta lograr atraparlo.

Respiró al comprobar que solo se habían derramado un par gotas sobre uno de los folios, pero cuando volvió a fijar su mirada en la pantalla quiso gritar de desesperación. Con sus bruscos movimientos había tocado el teclado, y el archivo en el que trabajaba había desaparecido de su vista. Cogió el ratón y abrió de nuevo el programa de texto que estaba utilizando. Durante interminables minutos buscó el documento, con el temor de haberlo borrado. «Nada», se dijo frustrada.

En una acción desesperada, decidió buscar el posible archivo en la carpeta del sistema, por si por alguna hipotética casualidad se hubiera *extraviado* ahí. Con decisión se puso a la tarea, haciendo una criba teniendo en cuenta la terminación del archivo; .xls. Se trataba de un Excel, ya que trabajaba en una tabla cronológica. Estuvo a punto de saltar de la silla en la que se encontraba cuando encontró la terminación .xls mientras revisaba la carpeta de fondos de pantalla. Cual no fue su sorpresa al entrar y encontrarse con algo muy diferente a lo que buscaba.

Silvana, sorprendida por su hallazgo, levantó rauda la cabeza al escuchar pasos; nerviosa y con un movimiento casi autómatas apagó la pantalla del ordenador.

—Hola —saludó al ver a Hans nada más abrir la puerta.

El corazón le iba a mil por hora. Se ordenó tranquilizarse.

—Silvana...

Ella intentó centrarse en la situación y forzó una sonrisa.

—¿Todo bien?

Tardó unos segundos en responder.

—Perfectamente —dijo al fin.

Hans ladeó la cabeza mientras la miraba con expresión seria.

¿Por qué tenía la sensación de que Hans había cambiado su actitud con respecto a ella?

No se parecía en nada al hombre que aquella mañana, hacía ya un mes, le había traído café a su apartamento. Si era sincera consigo misma, le hubiese encantado que hubiese repetido ese ritual más a menudo.

Si algo había aprendido durante estas últimas semanas, es que los daneses y los españoles se diferenciaban en algunos aspectos. Uno de ellos era el contacto físico. En España, la gente solía tocarse o acariciarse amigablemente cuando conversaban, algo que no ocurría en esa nueva cultura que estaba descubriendo.

Quizá por esa razón le gustaba tanto hablar con Rafael.

—Aún me falta para completar la traducción —comentó sin atreverse a mirar la pantalla en negro del ordenador.

—No hay prisa; no te preocupes —dijo Hans dejando el cartapacio que le había dado Adele hacía escasos minutos sobre la mesa.

«Estaba de hombre de anuncio», pensó Silvana, con aquellos vaqueros lavados a la piedra y una camisa gris de algodón y de corte clásico.

—Silvana, —comenzó a decir él—, ¿estás satisfecha con tu trabajo aquí?

Su corazón desbocado pareció parar en seco, lo miró directamente a los ojos e intentó por todos los medios centrarse en la conversación.

—Sí. ¿Por qué? —preguntó apartando despacio los dedos de la mesa.

—Solo era una pregunta. —Hans le restó importancia con un insulso ademán de la mano.

—Toda pregunta tiene un razonamiento.

—Esta no, créeme.

Silvana enarcó las cejas. La observación que tenía en la punta de la lengua, se esfumó como por arte de magia.

—¿Te gusta Roskilde?

Silvana percibió el cambio brusco de la conversación, pero no le dio importancia, casi lo agradeció.

—Es una ciudad preciosa; sí.

Hans se sentó en una de las sillas, cruzó las piernas de tal forma que apoyó un tobillo sobre la rodilla de la otra.

—Creo que no he sido un buen anfitrión.

Ella abrió mucho los ojos y se preguntó hacia dónde derivaría esa conversación.

—Bueno, la verdad es que he estado tan ocupado últimamente que no te he mostrado los lugares más emblemáticos de la ciudad.

—Es algo que imagino que no venga especificado en tu contrato.

Incómodo, Hans buscó algo que decir.

De pronto, ella percibió cómo él paseaba su mirada por su torso; un leve rubor apareció de repente en el rostro de Silvana.

—Ese colgante...

—¿Sí? —su mano fue directamente a su garganta.

—Me he estado preguntando, desde la primera vez que lo vi, si es auténtico.

Estaba claro que Hans había identificado las runas grabadas en aquel trozo de asta que llevaba prendido al cuello.

Silvana estuvo a punto de confesarle su origen, sin embargo pensó que eso no iba a dejar en buen lugar a la persona que se lo había regalado. Hans era un

enamorado del arte que, al igual que ella, adoraba la historia, y no se iba a tomar nada bien el saber que aquel colgante hubiese sido *tomado prestado* por su abuelo en una excavación arqueológica.

—No sabría decirte.

—¿Fue un regalo?

Silvana dudó unos segundos antes de responder.

—Perdona —Hans cerró los ojos con fuerza durante unos segundos; al mismo tiempo, se acarició el puente de la nariz—, es una pregunta de lo más inoportuna. Te ruego que me disculpes.

—No hay nada que disculpar, Hans.

Él se levantó raudo, sin duda parecía molesto, y mostró un rostro insondable.

«¿A qué narices había venido esa pregunta?» Se amonestó de forma acusadora. Bien podía ser un regalo de un novio o un amante. Joder... amante. Solo con pensar que otro tipo la acariciaba, de forma sensual y caprichosa, por aquellas partes del cuerpo que él tantas veces había imaginado, lo desquiciaba y se enojaba con el mundo.

Allí estaba sentada, bien sabe Dios que había hecho lo imposible para mantenerse alejado de ella, pero nada parecía dar resultado. Era embriagadora y eso que aún no había probado su sabor; en el instante en que lo hiciera sabía que estaría perdido.

En ese momento llevaba el pelo recogido a la altura de la nuca con algo que se asemejaba a un lápiz, sin embargo, no supo precisar el objeto. Varios mechones cobrizos y caprichosos se habían escapado de la sujeción y caían con total libertad sobre sus pómulos. Ella pareció percatarse de ello, porque con un gesto torpe los deslizó detrás de las orejas.

—Silvana...Yo...

Ella lo observó atentamente, esperando quizás una respuesta coherente al comportamiento de él.

Hans cambió el peso de un pie al otro y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—¿Todo va bien?

«Ojalá», pensó él.

Silvana lo miró inquisitivamente.

—Tengo la sensación de ser sacudido continuamente por una ola —descruzó los brazos y posó las palmas de las manos sobre el respaldo de la silla.

Ella esperó pacientemente a que él terminase su diatriba.

—Me da la impresión de que no tengo el control de nada —hablaba con voz tensa y baja—, las cosas parecen sucederse una tras otra y yo me veo simplemente como un mero espectador... no puedo hacer nada por evitarlas.

Retrocedió tres pasos y se pasó la mano por la nuca en un esfuerzo por liberar la tensión.

—Hans...

—Ni yo mismo me entiendo. Así que el hecho de que tú lo hagas es básicamente imposible.

—Yo...

—Será mejor que te deje trabajar. —Se pasó nervioso la mano por el pelo. Sin más, salió del despacho dejando a Silvana totalmente atónita.

Capítulo 12

Hans agarró con fuerza el móvil; si lo hiciese con más ímpetu, tenía la sensación de que podría hacer mil pedazos el dispositivo entre sus manos. De buena gana lo hubiese lanzado contra la pared. Estaba harto de escuchar las sandeces y los despropósitos de su ex mujer.

—Solo te estoy pidiendo unos días con Brander; eso es todo, Lucinda.

—¿Imagino que unos días viene a significar lo mismo que una semana?

La voz de Lucinda sonaba dura y amenazadora.

—Te recuerdo que tiene que ir al colegio. Su educación no puede verse sometida a tus caprichos.

—Lo de una semana te lo sacas tú de la manga. Solo te estoy pidiendo unos días, eso es todo —comentó con tono conciliador.

—Hans, te recuerdo que fue un juez quien dictaminó la custodia; no yo.

Rogar no serviría de nada, pero aún así lo intento:

—Tengo mis derechos sobre mi hijo —intentó controlar el tono de voz, pero su paciencia tenía un límite—, soy consciente de que habíamos hablado de que este fin de semana sería tuyo y el siguiente, mío; sin embargo, necesito que me dejes verlo ahora.

—No —fue la respuesta taxativa de Lucinda.

Él aspiró con fuerza antes de hablar. Sabía que lo que iba a decir iba a empeorar las cosas.

—Quiero llevarlo a Ribe.

—No, no y no.

Tensó los dedos sobre el móvil.

—Lucinda, por favor.

—Brander se queda este fin de semana conmigo. No es negociable, Hans.

La irritación aumentó y Hans estalló.

—¡Mi familia tiene derecho a ver a Brander!

—En navidades —Hans supo que Lucinda estaba al borde de uno de sus ataques nerviosos e intentó controlar la situación por el bien del niño—. Lucinda, lo necesito —le suplicó de nuevo.

—Tus artimañas ya no funcionan, Hans. Brander se queda conmigo —exhaló un suspiro—. Ese es el acuerdo y así se cumplirá.

Hans se dejó caer y se hundió en el sofá de su viejo piso de soltero; deseó que esos últimos siete años de su vida se esfumasen, pero esa decisión tocaría de pleno a Brander y el hecho de que su hijo desapareciera de su vida era algo que le aterraba.

Brander era su timón, su razón de ser.

Llevaba gastados una buena parte de sus ahorros en un abogado que pudiese conseguir la custodia compartida; sin embargo, todavía no era un hecho.

Cerró los ojos y se pellizcó con fuerza el puente de la nariz.

—¿Es tu última palabra, Lucinda?

Un silencio espeso y tenso se hizo entre ellos.

—¿Te estás acostando con ella?

Él se hundió más sobre el incómodo sofá.

Así que era eso.

Silvana.

—No es asunto tuyo. Yo no te pregunto por tus citas ni por los hombres con los que te acuestas.

—Vete a la mierda, Hans. —Fue la abrupta respuesta de Lucinda.

Y colgó.

Hans dejó caer el móvil sobre su regazo, soltó un resoplido que sonó más a una exhalación y, con la parte baja de las palmas de las manos, se frotó con fuerza los ojos.

Lo había echado todo a perder.

Llorar no serviría de nada. Era algo que ya había experimentado con anterioridad.

Hizo un esfuerzo para abrir la boca; le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes.

Necesitaba a Brander, joder, lo necesitaba con toda su alma. Era lo único por lo que valía la pena luchar en la vida y Lucinda lo utilizaba a su antojo como moneda de cambio.

Liam, su hermano, tenía razón. Jamás debería haberse casado con ella, pero en ese momento pudo más el orgullo que la razón.

«No te cases con una mujer que se ha ido a la cama con tu hermano», le había rogado su madre el mismo día de su boda. Sin embargo él, como solía ocurrir a menudo cuando se hablaba de Liam, no quiso escuchar.

Codiciaba lo que una vez fue de Liam y Lucinda lo había elegido a él; no a su hermano pequeño.

La sensación de ser el caballo ganador había sido fascinante; al menos durante un tiempo.

Ahora lo lamentaba y con creces. Estaba pagando su decisión con la mayor de las condenas que podrían dictaminar a un padre: no ver crecer día a día a su hijo.

«Acción, reacción».

Así era la vida.

El móvil vibró al cabo de unos minutos sobre el sofá, lo cogió con ciertas reservas. Sería de nuevo Lucinda. Nunca se cansaba. La conversación mantenida hacía un momento no había sido más que el primer round y él lo sabía.

Leyó el nombre de la pantalla y se le encogió el estómago.

Era Silvana.

Pisó el acelerador hasta el fondo a la vez que aclamaba algún milagro del cielo para que aquel semáforo en ámbar tardase varios segundos más en cambiar a rojo. No le importó en absoluto la algarabía de cláxones que sonaron en el mismo instante que decidió realizar la violenta maniobra. Dejó de respirar unos segundos, los suficientes para pasar el cruce. A su paso escuchó varios frenos de neumático agarrándose a la calzada, pero no perdió tiempo alguno en divisar, a través del espejo retrovisor, la escena.

Silvana estaba en peligro; lo presintió nada más escuchar su voz apagada y aterrada.

—*Hans, hay alguien en el museo...*

Su voz sonaba entrecortada. Podía escuchar y sentir su miedo.

—¿Aún estás trabajando? —Le había preguntado él mientras centraba de nuevo su atención en la pantalla del teléfono, como si le pudiera dar alguna información más.

—*Sí... estoy sola.*

Hans soltó un improperio.

—¿Dónde está Rafael? —inquirió levantándose raudo del sofá. Buscó las llaves y su chaquetón por el salón.

Tardó varios segundos en localizar su objetivo. Nada más divisar la prenda y las llaves corrió hacia la puerta.

—*No, no... no lo sé.* —La escuchó titubear y una gota de sudor comenzó a deslizarse por el cuello de Hans.

—Entra en mi despacho. Tiene un pasador. Silvana, ¿me escuchas?

No hubo respuesta alguna.

—Joder... Silvana —gritó más alto, como si de esa manera ella pudiera escucharlo con más claridad.

De pronto, escuchó la respiración agitada y descontrolada de ella.

—¡Silvana!

Le daba la sensación de que ella estaba corriendo, huyendo.

—*Hans, tengo miedo... alguien se acerca* —le susurró de forma agitada a

través del móvil.

Y, en ese instante, la llamada se cortó.

Hans pisó de nuevo el acelerador a fondo e ignoró el velocímetro. No tardaría en llegar. Era cuestión de minutos, pero esos minutos se le estaban haciendo eternos.

No era la primera vez que alguien entraba en el museo cuando estaba cerrado al público. Siempre había algún loco que quería sabotear las embarcaciones allí expuestas o que creía que era descendiente directo de los vikingos y que aquellas piezas de incalculable valor le pertenecían.

Recordó al último tipo que lo intentó y casi sintió alivio al comprobar, según sus cálculos, que aún seguía entre rejas.

Frenó, se desató el cinturón de seguridad, apagó las luces del coche y arrancó literalmente la llave del contacto; todo ello no le llevó más de tres segundos. Después abrió la puerta y echó a correr en dirección al museo.

Se acercó a la puerta de cristal estaba cerrada, era la entrada principal. Las luces estaban apagadas, la alarma con el piloto verde le indicaba que estaba desconectada.

Soltó un juramento.

Palpó uno de los bolsillos del chaquetón y encontró lo que buscaba. Sacó la llave de la puerta principal y, con manos temblorosas, logró introducirla en la cerradura. Respiró hondo antes de entrar.

Un silencio sepulcral y las tenues sombras de las siluetas de las embarcaciones proyectadas en las paredes lo recibieron de una forma casi fantasmal. Sacó su móvil y se dispuso a llamar a la policía.

El miedo corrió por sus venas y solo un nombre salió de sus labios:

«Silvana».

Capítulo 13

La confesión

El frío me entumecía el cuerpo; me envolví en mi capa de lana con la intención de buscar un poco de mi propio calor corporal, pero al parecer no fue suficiente porque mis dientes comenzaron a castañetear.

El cielo, como días anteriores, tenía esas pinceladas grises que indicaba que hoy tampoco veríamos el sol. Seguí caminando, resignada a la climatología de aquellos pueblos nórdicos y, como solía hacer a menudo, mi mirada recayó en aquel mar helado. Los barcos se balanceaban caprichosamente al son de las olas con un movimiento hipnotizador que parecía perderse en el tiempo.

Algunos hombres ya estaban en el muelle trabajando, unos eran carpinteros y ensamblaban con un ritmo trepidante los clavos de metal sobre las tablas curvilíneas; otros cargaban con inmensos troncos traídos desde los bosques de hoja caduca que habitaban en aquellas extensas y frías explanadas y los que restaban, cosían y cuidaban de las velas fabricadas de lana y reforzadas con cuero durante el largo y gélido invierno. Para ser tan temprano, la actividad era ya importante.

Estaba absorta en aquellas tareas, por esa razón, quizá no vi llegar a Zoe.

—A veces me pregunto qué verás en esas naves.

Di un respingo y me giré hacia ella.

—¿Sabes que eres excesivamente silenciosa? —protesté mientras me ponía de nuevo en marcha.

Ella agilizó el paso, a pesar de su cojera, y reanudó el paseo conmigo.

—Llevas semanas comportándote de manera extraña.

—Sabes que eso no es cierto —le dije sin mirarla para que no viese la mentira reflejada en mis ojos.

—Krista, desde aquella noche no pareces la misma.

Respiré con fuerza el aire frío de la mañana. «Esa noche», me repetí una y otra vez para mí misma mientras intentaba borrar las imágenes que me asaltaban, noche y día, continuamente, sin ton ni son.

—Tengo pesadillas y no puedo dormir bien; eso es todo. —Le respondí a sabiendas de que era una verdad a medias.

—¿Has vuelto a soñar con la mujer?

—¡Quieres callarte! —Protesté. Al ver como un grupo de hombres se acercaba hacia nosotras, dirigí la mirada hacia el suelo.

Para mi dicha, Zoe se mantuvo callada hasta que aquellos infieles, vanagloriándose de sí mismos, pasaron de largo ignorándonos, como solía ser su costumbre. Excepto aquella fatídica noche.

—¿Sabes que siguen buscando al asesino de Ivar? —Me preguntó mientras miraba descaradamente hacia atrás.

Los hombres, como era de esperar, no se percataron de su gesto.

Asentí sin mirarla. Sentí un escalofrío que recorrió mi espalda. Yo sabía quién era el culpable, pero mis labios seguirían sellados hasta el día del juicio final.

—Cuéntame el sueño —me dijo de repente.

—No hay mucho que contar —le respondí apretando el paso.

La escuché maldecir, sin embargo, la ignoré.

A lo largo de mi estancia con aquellos bárbaros había cometido muchos errores y uno de ellos era confesarle a Zoe que últimamente soñaba con una mujer joven de largo cabello, rojo como el fuego. Vestía de forma extraña, nada de capas de lana ni vestidos. Advertí que si alguien me pidiese que describiera aquellas extrañas vestimentas, me sería casi imposible. Pero había algo más que llamaba continuamente mi atención y es que, durante el sueño, ella gritaba mi nombre sin resuello, como si intentara avisarme de algo; sin embargo yo, por más que lo intentaba, no entendía su lengua ni comprendía la preocupación dirigida a mí.

Algo que me angustiaba.

Mantenia la convicción de que solo era un sueño, pero un sueño de lo más extraño que se repetía constantemente. Esa misma noche, sin ir más lejos, la mujer de pelo rojizo estaba asustada, sentí su miedo, percibí que algo malo estaba ocurriendo cuando la vi correr por un angosto y lúgubre pasillo que parecía no tener fin. En algún momento me pareció ver naves como las que acostumbraba a ver a diario, pero era curioso porque no estaban en el mar. Estaban inmóviles en tierra, carentes de vida. Todo lo que recordaba parecía estar envuelto en una densa bruma.

Ella tenía miedo y, si estoy segura, es porque percibí sus frenéticos latidos bombeando contra su pecho mientras corría despavorida por un lugar que no podía ubicar. La escuché gritar, temblar ante aquel horror que ella veía y que yo no podía, aunque lo intentara una y otra vez descubrir.

La cuestión era saber de qué o de quién huía.

—Krista, ¿me escuchas?

Me sobresalté de nuevo y me paré en seco.

—¿Se puede saber dónde estabas?

—Aquí, contigo —le contesté de la forma más calmada que pude.

Ella enarcó las cejas. Parecía sorprendida por mi respuesta.

—En cuerpo es posible, sin embargo, en mente —señaló con el índice mi sien

—, estabas muy lejos de aquí.

—Zoe —protesté intentando no perder la paciencia—, tengo que irme o llegaré tarde.

—¿A dónde vas?

La respiración de Zoe estaba agitada; mis pasos ligeros parecían querer ahogarla. Podía exasperar a cualquiera y maldije mil veces mi mala suerte.

—Hakom ha requerido mi presencia —dije con la mayor naturalidad que pude reunir.

Esta vez fue ella quien se paró en seco y aferró con fuerza uno de mis brazos, no tuve otra opción que detenerme.

—¿Hakom? ¿El señor de estas lindes? —me preguntó sobrecogida.

Asentí lentamente.

—¿Para qué?

—No lo sé, Zoe —le respondí con un tono áspero—, pero no le quiero hacer enfadar.

Ella abrió mucho los ojos, tanto que pensé que se le iban a salir de las órbitas; pareció pensar varios segundos hasta formularme la pregunta:

—¿Tienes algo que ver con la muerte de Ivar?

—Será mejor que vuelvas y comiences con tus labores —le respondí intentando que mi voz no me delatase.

Ella se quedó muy quieta, mirándome con expresión seria.

¿A quién quería engañar? Tarde o temprano todos sabrían la verdad.

Seguí caminando sin mirar hacia atrás, a sabiendas que Zoe no había apartado, ni un solo segundo, su mirada de mi espalda.

Sentí temblar mis manos; así que las retorcí con frustración entre la tela de mi vestido. La orden de que esperase al jefe Hakom en la casa comunal vino de uno de sus soldados la noche anterior; no sabía lo que querría al ordenar mi presencia a una hora tan intempestiva, pero si de algo estaba segura es que de ese encuentro no iba a salir nada bueno.

Un segundo después me llevé las manos a mi abdomen y pensé en la criatura que ya estaba creciendo dentro de mí; no pude evitar soltar un débil suspiro de frustración. Un mes sin sangrar era la prueba que necesitaba para saber que pronto podría ser madre.

Pensé en mi familia y la ilusión que les proporcionaría, si las circunstancias

hubiesen sido diferentes, así como lo feliz que estaría por tan noble acontecimiento; sin embargo, todo me parecía lejano, como si hubiese vivido otra vida. Intenté por todos los medios recordar el rostro de mi padre, de mi madre y de mi hermano pequeño, dulce y demasiado niño para que ahora pudiese recordarme. Sus facciones se difuminaban en mi memoria, como si de humo se tratase. Sentí una lágrima deslizarse por mi mejilla y rápidamente la arrastré con el dorso de la mano hasta hacerla desaparecer.

De nada servía llorar. Solo servía para diezmar mis fuerzas.

Sobrevivir en aquella tierra yerma y fría me dejaba débil hasta tal punto que debía olvidar mi pasado para centrarme en un presente hostil, huraño y lejos de los míos.

Escuché ruidos extraños y me escondí tras una de las cortinas que separaban el salón comunal.

Esperé unos segundos y me percaté de que se trataba de los ecos matinales de la rutina diaria. Volví a pensar en mi bebé.

Deshacerme de mi hijo era una opción; pero si lo hacía, debería acudir a la curandera para que me diese las hierbas adecuadas para expulsar la semilla de aquel infiel que había abusado de mí aquella fatídica noche; sin embargo, si pedía ayuda a la sanadora, levantaría la voz de alarma y sería de nuevo el foco de atención. Algo que yo no deseaba en absoluto.

Pasar inadvertida era un trabajo complicado para una mujer como yo, de tez y cabello más oscuro que lo que se veía por esos lares. Odiaba aquella tierra inhóspita y helada, pero valoraba mi vida y, lo más importante, necesitaba volver a mi hogar.

Huir seguía estando en mis planes, pero la primavera llegaba con retraso y la nieve aún permanecía intacta y nívea sobre el suelo que pisaba.

—¿Cómo lo sabes?

En cuanto escuché la voz del señor me puse en alerta y salí de mi ensoñación. Di un paso atrás y me agazapé de nuevo tras las cortinas.

—Una mujer sabe esas cosas, Hakom.

Helga, la esposa del señor, lo seguía varios pasos por detrás al interior de la *skali*, el gran salón comunal. En ese momento no había ningún fuego en el foso que calentase la casa; las antorchas estaban apagadas y, con la luz del día, podía ver con detalle las tarimas y los arcones que hacían las veces de asientos, al igual que las paredes levantadas con robustos troncos, por las cuales se filtraban los gráciles halos de luz que iluminaban en parte la estancia.

—Está esperando un hijo —la escuché decir—. No puede ser ya la elegida.

—¿Qué propones, entonces?

—Tus hombres no saben más que pensar de cintura para abajo —señaló sus

testículos con desdén—. Solo tenía que asustarla y hacerla prisionera hasta que llegase el día de la celebración. No era una misión tan difícil.

A mi mente volvió aquella fatídica noche.

La pregunta de Zoe resonó de nuevo en mi mente:

«¿Tienes algo que ver con la muerte de Ivar?».

Aquel recuerdo me golpeó de nuevo y volvió el tufo de aquel desalmado que me abrió de piernas y abusó varias veces de mí, a pesar de mi resistencia.

Me doblaba en peso y sus músculos eran poderosos y fuertes, nada podía hacer. Mi desventaja era visible, él lo sabía y reía una y otra vez, echándome a la cara su aliento fétido y restregándose sobre mí hasta que en algún momento, sin saber cómo o por qué, cayó desfallecido.

Imagué que el hidromiel que había consumido era en buena parte culpable de ello.

Lo aparté, no sin gran esfuerzo. Una vez que cayó a mi lado, el frío de la noche me engulló. Me quedé paralizada; sin embargo, no supe cómo, me levanté con la ayuda de las escasas fuerzas quedaban en algún resquicio de mi cuerpo. No fue nada fácil recobrar el equilibrio y, al mismo tiempo, la cordura, pero aún así saqué valor de la nada.

Sin pensarlo, agarré la espada que colgaba de su cinto, recé una plegaria a mi Dios Todopoderoso, aquel al que había abandonado y, con toda la ira que albergaba mi dolorido cuerpo, atravesé, sin miramientos, el afilado metal sobre su voluminosa barriga.

Un leve suspiro salió de entre sus labios y, al instante, era su alma la que se elevaba sobre el inerte y ensangrentado cuerpo que quedaba allí tendido.

Era de noche cerrada y esperaba no haber sido vista por nadie. La fiesta seguía en el salón comunal, podía escuchar la algarabía de sus gritos y sus risas rotas por el abuso del hidromiel; nadie en su sano juicio saldría de allí. El calor de una hoguera era mil veces preferible al frío de una gélida noche.

Para los demás era una esclava inocente, para mi fuero interno era una asesina. Una carga que debería llevar conmigo toda la vida.

Aún no recuerdo cómo llegué al establo, lugar donde dormíamos todos los esclavos. Tuve suerte que los pocos que allí se encontraban ya estuviesen dormidos. Me acurrugué en una esquina y comencé a temblar, pero esta vez no a causa de las bajas temperaturas.

Dios tenía su castigo preparado para mí; lo supe nada más saber que la semilla de aquel bastardo podía haber germinado en mi vientre.

Pagaría por aquel fatídico acto hasta la eternidad.

Volví al presente.

—Son hombres, Helga. Necesitan desfogarse.

—Era virgen.

—¡Tú no lo sabes! —gritó Hakom, haciendo retumbar su voz por las paredes del salón.

Cerré los ojos con fuerza. Me llevé un puño a la boca e intenté que no saliese ningún sonido.

—No habrá sacrificio para los dioses. Odín se enfadará y recaerá la desgracia sobre nosotros. ¡¿Acaso no lo entiendes?!

Tragué saliva con dificultad y me centré en las duras palabras de Helga.

—Tenemos que hacer algo, Hakom, o recaerá una maldición sobre nosotros. Con los dioses no se juega; lo sabes muy bien.

—Podemos seguir buscando...

—No hay tiempo —soltó de golpe la mujer elevando el tono de voz—. ¿No te das cuenta?

—¿Estás segura que lleva la semilla de Ivar en su vientre?

—Así me lo han hecho saber.

—Han podido mentirte.

—Esposo, ¿tú crees que alguien se atrevería a mentirme?

Silencio.

—Entonces, que sea Krista.

Lo dijo en un tono firme que me provocó náuseas.

—Odín y Friga agradecerán que le enviemos una cristiana preñada con una semilla de los nuestros.

—Podría valer.

—Por supuesto. Las mujeres no pensáis en nada más que en vosotras mismas. —El tono despectivo con que lo dijo hizo arrugar la frente de Helga pero, para mi sorpresa, esta vez se mantuvo callada.

Las lágrimas brotaron de mis ojos. Hablaban de mí, de mi muerte, con toda naturalidad. Una sensación de ahogo apareció de pronto en mi garganta y el vómito no se hizo esperar. Llevé la tela de mi vestido a mi boca, taponé mis labios y expulsé lo poco que había comido.

Uno de los hombres más fieles de Hakom apareció de repente. Lo reconocí por la fea cicatriz que atravesaba su mejilla derecha. Me quedé inmóvil y pegué mi espalda a la fría y robusta madera. Recogí mi vestido a la altura de las rodillas y lo hice un gurrño entre mis manos. Por nada del mundo deseaba que el olor de mi vómito me delatase.

Aquel infiel no debió percatarse de mi presencia porque se adentró en la casa

comunal a paso raudo hasta llegar a la altura de Hakom y Helga.

—Viene un barco.

—¿Un barco dices?

La voz de Hakom sonó estrangulada.

Respiré hondo varias veces buscando desesperadamente ese aire que tanta falta me hacía para no morir asfixiada y abrí bien los oídos.

Las temperaturas aún no eran muy elevadas, pero sí lo suficiente para que el hielo se fuese deshaciendo en inmensos bloques y permitiese dejar navegar de nuevo.

—¿Quién es?

—Aún no lo sabemos con certeza —respondió el soldado con sumo respeto a su señor.

—Gardar —susurró Hakom.

Helga abrió los ojos en su mayor expresión y el soldado, de forma instintiva, se llevó la mano a la espada.

Grabé ese nombre en mi memoria.

Los tres salieron de la casa comunal con paso resuelto. Cuando pasaron por mi lado contuve la respiración. Helga paró en seco y pareció buscar algo, sin embargo, por su expresión, no debió encontrar lo que buscaba porque al cabo de unos segundos salió tras su esposo y el soldado.

Los gritos de vítores no se hicieron esperar en la aldea. Hacía meses que no veíamos caras nuevas y eso siempre era un motivo de celebración.

Gardar, repetí una y otra vez, intentando no pensar que alguien había descubierto mi secreto y me había traicionado.

Salí de mi escondite asegurándome de que nadie me viese y me dirigí hacia el río.

Necesitaba lavar mi ropa y asearme, porque quizás aquella embarcación que se aproximaba podría ser mi vía de escape.

Rompí con gran dificultad el hielo con las manos, el dolor atravesó con fuerza mis dedos, pero decidí ignorarlo y, a continuación, sumergí ambas manos en el agua helada. Contuve la respiración hasta que mi cuerpo se aclimató al frío, mientras mi mente bullía con planes de futuro.

Restregué una buena parte de mi vestido contra una roca de canto liso y redondeado mientras el agua hacía el resto y eliminaba buena parte de la suciedad que impregnaba la tela. No podía hacer más al respecto, así que desistí y me di por satisfecha.

Pensé en aquel barco que se acercaba y llegué a la conclusión de que, el futuro que yo deseaba, que tanto había soñado, estaba muy próximo.

Capítulo 14

El inspector Rhode observaba a Hans y a Silvana con una expresión de pocos amigos.

Los tres se encontraban en uno de los despachos del museo, exactamente en el del fallecido Gium Poulsen.

—¿Necesita más hielo?

—No, gracias.

Silvana tenía los nervios a flor de piel y, para colmo de males, el zumbido que le provocaba el dolor de cabeza no había disminuido ni tan siquiera con el analgésico que le había administrado uno de los paramédicos.

—Debería ir al hospital.

La voz de Hans sonó tensa.

Rhode ignoró el comentario de Hans y cruzó el despacho de un lado para otro con pasos fluidos y enérgicos.

—Empecemos desde el principio.

Silvana dejó escapar un gemido de fastidio a la vez que volvía a colocarse la bolsa de hielo en la cabeza, sobre la oreja, lugar donde había recibido el golpe que la había dejado aturdida o inconsciente. Eso era algo que todavía no tenía del todo claro.

Rhode hizo caso omiso de la protesta de Silvana y comenzó a hablar de nuevo.

—Usted se encontraba en este mismo despacho.

No era una pregunta sino una afirmación. Silvana lo sabía porque era la tercera vez que repetía lo mismo.

—Exacto.

—¿Por qué se quedó sola en el museo?

—Tenía trabajo que terminar y preferí hacerlo aquí en lugar de en mi apartamento.

—Por lo que veo, el señor Solberg es un jefe exigente —comentó de forma sarcástica echando una rápida mirada al hombre que se encontraba apoyado en una esquina de la mesa con los brazos cruzados a la altura del pecho.

Silvana observó cómo Hans se esforzaba por destensar la mandíbula.

—No, no es eso, inspector —respondió ella volviendo a Rhode—. En España es habitual quedarse más horas en el puesto de trabajo después de una jornada laboral.

Rhode la miró sin comprender.

—Le recuerdo que no está en España, señorita Roiz, sino en Dinamarca. Quizá

debería aclimatarse a nuestras costumbres.

Las cejas de Silvana se unieron en un movimiento molesto y exhaló un pequeño suspiro de derrota.

—Volvamos a lo que tenemos entre manos —instó el inspector—. Según su declaración, usted comenzó a escuchar ruidos extraños aproximadamente media hora después de haberse quedado a solas.

—Exacto.

—¿Y qué hizo?

—Ya se lo he contado —replicó Silvana cansada.

—Pues recuérdemelo de nuevo.

El tono de superioridad del inspector se hizo evidente.

—Insisto en que debe verla un médico —se quejó de nuevo Hans.

—Una palabra más, señor Solberg, y sale de este despacho. ¿Entendido?

Silvana se volvió rápidamente hacia Hans, obviando el mareo que apareció de repente por tan brusco movimiento; le acarició la manga del jersey con la yema de los dedos, en señal de que ella se encontraba bien.

Él la miró fijamente y tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no tomar en volandas a Silvana y sacarla de aquel despacho y de aquel odioso interrogatorio.

La imagen de ella inerte en el suelo aún sacudía su mente de forma violenta. Solo cuando comprobó que Silvana tenía el pulso constante, pudo respirar tranquilo. Aquella mujer le importaba más de lo que quería reconocer y eso era algo que le atormentaba desde el mismo instante en que la conoció.

—Como le he dicho con anterioridad —siguió Silvana volviéndose de nuevo al inspector—, escuché unos ruidos, me levanté y salí del despacho.

—¿Por qué hizo eso?

—¿Salir del despacho? —preguntó ella.

El inspector asintió.

—Pensé que podía tratarse de Rafael.

—¿El guardia de seguridad?

—Sí.

Rhode sabía de antemano que el guardia tenía coartada. En el instante en que habían transcurridos los hechos, Rafael se encontraba cenando en casa de unos amigos.

—¿Rafael estuvo de acuerdo en dejarla sola?

—En un principio no, pero yo le convencí de que estaría bien.

—¿Le dejó las llaves y el código de la alarma?

—Sí.

—¿Por la noche no hay otro guardia de seguridad?

Hans observó detenidamente al inspector. Sabía adónde quería llegar.

—Hay cámaras de seguridad.

—Cierto y en este instante las están visionando en busca de algún intruso...

¿Cree que encontraremos algo en ellas?

La pregunta pilló de forma desprevenida tanto a Silvana como a Hans.

—Ese es su trabajo, inspector, no el mío.

Rhode torció la boca formando una media sonrisa.

—¿Cree que Rafael hizo lo correcto dejándola sola aquí? —preguntó volviendo a Silvana.

—Después de lo sucedido, supongo que no fue buena idea; pero él no ha tenido nada que ver con lo que ha pasado esta tarde aquí.

—Eso lo tendré que decidir yo, no usted.

El tono de voz dejó a las claras que estaba retando a Silvana a no seguir por ese camino.

—¿Qué hizo entonces? —inquirió el inspector retomando de nuevo la declaración a la testigo.

—Grité su nombre.

—Llamó a Rafael. ¿Eso es lo que intenta decir?

—Sí, eso es.

—Y ¿obtuvo alguna respuesta?

—No

Rhode volvió a caminar de un lado para otro.

—Continúe.

—Llegué hasta la sala principal.

—¿Donde se encuentran los barcos?

Silvana estuvo a punto de decirle que aquellas embarcaciones eran más que meros barcos, pero en el último momento se abstuvo de hacerlo.

—Exacto.

—¿Y?

Silvana tragó saliva con dificultad.

—Vi una sombra.

Rhode se paró en seco y la observó con los párpados medio cerrados.

—Siga.

—Volví a llamar a Rafael, pensando que podría ser él... y no me hubiese oído la primera vez.

—Pero no lo era.

—No lo sé. No lo logré averiguar. —Separó las manos y luego, sin poder remediarlo, quizá por el nerviosismo, volvió a entrelazarlas.

—Luego, ¿qué pasó?

—Tuve miedo y eché a correr de nuevo al despacho.

—¿Qué hizo esa sombra? ¿Desapareció? —Preguntó de forma irónica chasqueando los dedos.

Silvana se llevó nerviosa la mano hasta el pelo y lo apartó hacia atrás.

—No recuerdo nada más... solo sé que eché a correr y, un minuto después, un golpe inmenso en la cabeza me hizo caer; imagino que en ese instante perdí el conocimiento o quedé aturdida. No recuerdo nada más.

—¿Cree que alguien pudo golpearla?

—No lo sé...

Silvana se sobresaltó al sentir posarse delicadamente unas manos sobre sus hombros; pero al instante el calor producido por ese contacto, pareció tranquilizarla.

—¿Pudo tropezar y golpearse en la cabeza?

No sabía la respuesta y las lágrimas comenzaban a quemarle en los ojos. Estaba cansada y dolorida; sin poder evitarlo, se removió inquieta en la silla.

—Podría ser...no lo sé. Ya le he dicho que no recuerdo más detalles de lo sucedido.

Rhode tomó nota en una vieja libreta que sostenía en una de sus manos; Silvana no pudo evitar ver cómo una arruga de la frente del inspector se intensificaba a medida que escribía.

—Según el señor Solberg, usted lo llamó por teléfono.

—Sí, así es.

—¿Cuándo ocurrió eso?

Silvana tuvo que hacer un gran esfuerzo para no saltar de su asiento cuando percibió cómo Hans masajeaba con los pulgares y de forma cariñosa sus omoplatos.

El inspector no pasó por alto el gesto.

—Cuando vi la sombra —comenzó a responder ella nerviosa—, recordé que llevaba mi teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón y lo llamé.

Rhode iba a tomar de nuevo la palabra cuando uno de sus subordinados abrió la puerta e interrumpió el interrogatorio.

—Inspector, lo necesitamos.

—Ahora mismo voy —dijo tensando los labios—. Si me disculpan, vuelvo en unos minutos.

Antes de salir del despacho preguntó:

—¿Usted cree en los fantasmas, señorita Roiz? —preguntó, pero antes de que ella pudiese responder, él continuó—. Porque déjeme decirle que la puerta que da acceso al museo no estaba forzada. Así que usted pudo tener un episodio paranormal —su tono de voz resultó ser de lo más irónico— o, por el contrario, tienen un serio

problema —dijo mirando con intensidad a las dos personas que tenía enfrente.

Rhode salió del despacho sin esperar respuesta alguna por parte de Silvana.

—Ey...todo va bien, ¿de acuerdo?

Silvana se obligó a sí misma a mirar a Hans. Se posicionó frente a ella, de cuclillas, sobre los talones, estirando con ello los pantalones.

Ella tragó saliva con dificultad e intentó centrarse en otra cosa que no fueran los muslos de él marcando la tela de los vaqueros.

—¿Tú crees?

—Estás asustada; eso es todo. Un nuevo país, un trabajo diferente, nuevos compañeros. —Se señaló a sí mismo y sonrió—. Es normal que estés nerviosa. Yo en tu lugar también lo estaría.

La boca de Silvana se torció en una mueca de desdén.

—Creo que no, pero eres muy amable al ser tan considerado. No sabía a quién llamar... Disculpa.

—Hiciste lo correcto —le dijo él alargando la mano y acariciando con suavidad la mandíbula de ella con el pulgar.

Silvana arqueó la boca en una media sonrisa a la vez que se dejaba llevar por la maravillosa sensación del roce del dedo de Hans sobre su piel.

—¿Te duele mucho?

Ella salió de aquel estado hipnótico para pasarse la mano por la cabeza.

—Un poco. Imagino que nada que dos antiinflamatorios no puedan arreglar.

—Bien. —Hans se incorporó y le tendió la mano.

Ella aceptó y lo imitó.

—Creo que es hora de marcharse.

—¿No debemos esperar al inspector? —preguntó ella circunspecta.

—Imagino que Rhode tendrá las mismas ganas que nosotros de llegar a casa.

—Y si nos pide que nos quedemos...y si...

—Le dejaremos las llaves y el código de la alarma. —La interrumpió él abrochándose el abrigo. Le tendió el suyo.

—Siento causarte tantos quebraderos de cabeza.

Hans reprimió la carcajada que le subía por el pecho.

—Déjame aclararte que tú no eres para nada mi mayor problema en este momento.

Nada más decirlo, se arrepintió.

—Lo siento, no quería decir...

—No tienes que disculparte. Después de todo, me alegra no ser un estorbo en tu vida.

Hans no pudo reprimir una sonrisa ante aquellas palabras.

—¿Qué te gustaría hacer ahora mismo?

Silvana luchó por evitar de nuevo las lágrimas. Su estado nervioso estaba aún a flor de piel.

—Ven aquí. —Le ordenó cariñosamente él.

Ella hizo caso omiso a la orden; se rodeó el cuerpo con los brazos, bajó la cabeza y apretó con los dedos los párpados para detener el torrente de lágrimas.

Fue él quien acortó la distancia.

—¿Qué necesitas? —le preguntó sin saber muy bien si debía abrazarla y consolarla.

—¿La verdad?

—No espero menos de ti.

Ella abrió los ojos y le lanzó una mirada de incertidumbre.

—Me encantaría ver a mi abuelo, abrazarlo, como él hacía cuando era una mocosa, y que me dijese que todo va bien.

Hans se quedó meditando varios segundos. Cuando Silvana creyó que no iba a decir nada, se pronunció:

—No va a ser fácil reemplazarle, pero al menos puedo intentarlo.

A ella le pareció una respuesta digna de un gran abrazo. Se acercó despacio a él y puso una mano en el hombro de Hans. El semblante de él se endureció, como si estuviese debatiéndose por dentro una gran batalla. Ella ignoró el gesto y se encerró en el círculo de sus brazos.

La sensación era maravillosa, mucho mejor de lo que hubiese podido imaginar en un principio.

Él le acarició el pelo y luego la espalda.

—Se está bien aquí.

—Me alegro.

—¿Cuánto tiempo podemos estar así? —preguntó ella en un susurro.

—¿Cuánto dura la eternidad?

Ante la pregunta, no pudo más que sonreír. De repente sintió una punzada de dolor en la cabeza.

—¿Te duele mucho? —Inquirió él separándola, a su pesar, de su cuerpo para analizarla.

—No es nada, de verdad.

La mueca de dolor reflejado en su rostro contradecía sus palabras.

—Será mejor que nos vayamos —le dijo ofreciéndole el bolso.

—¿A dónde? —Exigió saber mientras él ya la conducía a la puerta.

—¿Acaso importa? —inquirió a la vez que rodeaba la cintura de ella con su brazo.

Capítulo 15

—No me lo puedo creer, de verdad que no.

Hans rio de buena gana.

—¿Viste su expresión cuando nos íbamos?

—Como para no verla; pensé que se le salían los ojos de las órbitas.

Silvana soltó una carcajada antes de llevarse la taza de café a los labios.

A él le encantaba su risa; la manera en que se curvaban sus labios hacia arriba y dejaba entrever una hilera perfecta de dientes blancos.

Llevarla a su casa hubiese sido un error porque, de alguna manera, sabía que no la dejaría marchar en toda la noche de su cama. Tocarla ya se estaba convirtiendo casi en una necesidad imperiosa.

Así que después de pensar y rechazar varias opciones, se había decantado por una cafetería situada en una calle secundaria, poco transitada, en el centro de Roskilde. Él solía ir muy a menudo y era una parada obligatoria cuando estaba con Brander. Su hijo se volvía loco por la tarta de chocolate, y si a eso le añadía que el café era excepcional, la apuesta era segura.

Volvió de nuevo a Silvana. Mientras hablaba gesticulaba con las manos de una manera desordenada e hipnótica y sus ojos pardos, apagados desde hacía escasamente media hora, habían vuelto a encontrar esa luminosidad que a él tanto le gustaba. Se preguntaba tan a menudo cómo sería su sabor que perdía el hilo de la conversación continuamente. Gracias a Dios, Silvana parloteaba sin parar; si no fuera así, en más de una ocasión hubiese quedado en ridículo ante ella.

Esa mujer ya era importante en su día a día y, sin pretenderlo, abarcaba más espacio en su vida. Algo a lo que empezaba a acostumbrarse, aunque en realidad no sabía si esa sensación terminaría en algo bueno.

—¿Seguro que estás bien?

Inmediatamente Silvana se llevó la mano a la cabeza.

—Creo que los dos ibuprofenos que me he tomado están haciendo su trabajo.

—Sigo pensando que deberíamos ir al hospital..., pueden hacerte una radiografía y descartar un posible traumatismo o algo parecido.

Silvana acarició con los pulgares la taza caliente y no pudo evitar fijarse en la inquietud que reflejaba la mirada de Hans.

—Soy de cabeza dura; te prometo que estoy bien. Nada que un café no pueda arreglar. —Levantó su taza y le dedicó una sonrisa ensoñadora.

—Tú ganas.

—Gracias.

—¿Por qué? —Le preguntó incrédulo.

—Por dejarme ganar. La sensación es insuperable.

Hans sonrió de oreja a oreja mientras se llevaba el humeante café a los labios.

—No sé cómo agradecerte que vinieras al rescate.

—No volviéndome a dar estos sustos estaría bien —dijo Hans alzando de nuevo la mirada y centrándose en ella.

—Lo intentaré —dejó escapar un sonoro suspiro.

—¿No recuerdas nada más?

Silvana negó con la cabeza.

—Fue todo tan rápido que no tuve tiempo de reacción. —Colocó los antebrazos sobre la mesa mientras lo miraba fijamente—. Tan pronto estaba saliendo del despacho y unos segundos después, corría despavorida. Ojalá pudiera recordar más detalles... —dejó de mirarlo para centrar su atención en sus manos, que movían la taza en círculos perezosos. —Lo que más me preocupa es lo que ha dicho el inspector respecto a la puerta.

—No te agobies. Debes dejar que los acontecimientos reposen en tu cabeza.

—¿Crees que las cámaras de seguridad revelarán algo?

—Si entró alguien en el museo, lo sabremos. No debes preocuparte.

—Fui una insensata...

—Ey..., ya está bien, tú no eres la responsable de todo esto. —Dejó su café sobre la mesa—. Nada de esto es culpa tuya.

—Es lo que intento repetirme una y otra vez, pero soy incapaz de encontrar un poco de paz interior. —Procuró encontrar la calma que tanto necesitaba—. No soy una mujer temerosa; me gusta hacerle frente a la vida y a las situaciones adversas, pero esta vez..., esta vez parece diferente.

—Tienes que intentar tranquilizarte; si te dejas llevar por la incertidumbre saldrás perdiendo.

—¿Lo dices por experiencia?

Él le lanzó una sonrisa que no llegó a aflorar del todo.

—Soy un veterano en esos temas; créeme.

Ella se limitó a suspirar.

—¿Tendremos que volver a responder las preguntas del inspector? —preguntó ella de golpe, como si esa idea la atemorizara.

—Eso me temo. Rhode no pasará por alto nuestra huida —añadió Hans con una pizca justa de socarronería y sin saber muy bien cómo tomarse ese cambio brusco en la conversación.

—Parece tomarse muy en serio su trabajo.

—Imagino que cuando tu vida se reduce a homicidios, violencia y maleantes,

no queda otro remedio que tomarse las cosas con seriedad.

—¿Lo estás defendiendo?

—No. Para nada —dijo con una sonrisa desenfadada—. No es un mal tipo, te lo aseguro. Al menos esa es mi impresión. Se le puede describir como un hombre serio y poco dado a empatizar, diría yo.

En ese momento una camarera se acercó a ellos con un bloc de notas en una mano y un bolígrafo en la otra.

—¿Más café?

Silvana miró de forma inquisitiva a Hans. No había entendido una sola palabra.

—¿Te apetece más café, quizá un té o un batido?

—Vaya me lo pones difícil —dijo ella haciendo un mohín con los labios.

—La tarta de chocolate está muy buena.

—Un golpe en la cabeza tiene su recompensa..., supongo.

Hans soltó una risotada, pero al ver que la camarera se impacientaba, volvió a repasarle las opciones.

—Café y tarta de chocolate.

Él habló con la camarera en danés. Silvana pensó que debía ser duro estar ocho horas detrás de una barra sirviendo cafés, dulces y aguantando clientes felices ante un trozo de tarta de chocolate. La camarera recogió con rapidez la carta de los menús que se encontraba sobre la mesa y se despidió con una sonrisa forzada y al mismo tiempo educada.

—¿Vienes a menudo por aquí?

—La tarta de chocolate es una delicia y a Brander le entusiasma; digamos que soy un cliente asiduo, acompañado de un niño extremadamente goloso.

—¿Cómo está Brander? —Sacó a colación Silvana.

—Supongo que bien. Lucinda es buena madre, pero una pésima ex esposa. No me lo pone nada fácil.

—Lo lamento. Debe ser duro.

—Ni te lo imaginas. —se apoyó en el respaldo de su silla con expresión pensativa—. Mi hijo es mi razón de vivir. Lucinda lo sabe, y lo demás te lo puedes llegar a imaginar.

Silvana iba a responder cuando la camarera la interrumpió con dos platos, cada uno portaba un enorme trozo de tarta de chocolate coronada con una guinda roja.

—No quiero pensar en las calorías que tendrá esto —dijo señalando la tarta.

—No pienses y come. Solo disfruta.

Hans cogió su cuchara y la llenó con una porción de exquisito bizcocho. Silvana lo imitó.

Ella cerró los ojos y dejó que las diferentes texturas de chocolate explotaran en su boca. Hacía siglos que no probaba algo tan bueno, exceptuando el arroz con leche que preparaba su abuelo; claro está.

—No me extraña que sea la tarta favorita de Brander. Está buenísima.

Hans tardó en responder, removiéndose incómodo en la silla. Al ver que ella se le quedó mirando con perplejidad, respondió al fin:

—Mi hijo y yo tenemos gustos exquisitos.

Silvana frunció el ceño. ¿Por qué tenía la impresión de que Hans no estaba hablando de la tarta?

—¿Puedo preguntar cómo va el caso de Poulsen? —inquirió de repente. Por alguna razón sintió la imperiosa necesidad de desviar la conversación a otro tema.

Hans pareció percatarse del drástico giro, pero pareció no darle demasiada importancia, o al menos eso es lo que pensó ella.

—¿Qué te gustaría saber?

—¿Es confidencial lo que sabes? —preguntó cortando con la ayuda de la cuchara un nuevo trozo de tarta.

—Que yo sepa no.

Hans intentó desviar la mirada al ventanal. El gesto hipnótico de Silvana metiéndose la cuchara en la boca lo estaba matando.

—Pues, quiero saberlo todo.

Silvana lamió la cuchara de tal forma que Hans tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que la tela del pantalón no se estrechara más por la zona de la entrepierna.

—Todo..., ¿eh?

—¿Hay algún problema? —comentó ella retirando un poco su plato hacia atrás.

—¿No vas a comer más?

Ella miró primero al trozo de tarta que había quedado en el plato y luego se centró en él.

—¿Quieres tú?

—No. Gracias. Con el mío tengo más que suficiente.

—¿Por qué tengo la impresión que estás intentando evitar esta conversación?

—No lo hago —dijo él vacilante—, solo estoy disfrutando del postre.

—Hans, ¿qué ocurre?

Por la expresión de ella supo que el momento «pareja degustando un trozo de tarta» se había terminado.

—Poulsen murió envenenado por la ingesta de Amanitas Phalloides.

Silvana elevó las cejas casi hasta el nacimiento del pelo.

—¿Hablas en serio? —indagó ella apoyando los codos sobre la mesa y descansando la cabeza sobre las manos unidas.

—Según el forense, esa ha sido la causa de la muerte.

—¿Has leído el informe?

—De principio a fin y te puedo asegurar que no es la mejor manera de morir.

—En eso estoy de acuerdo. —Se recostó contra su silla—. Debe de ser espantoso.

—¿Por qué tengo la impresión de que sabes algo que yo no sé?

Esta vez ella le lanzó una sonrisa fácil e inocente.

—Silvana... —pronunció el nombre de ella en un tono de advertencia.

Ella tardó varios segundos en responder.

—¿Piensas que fue accidental?

—Que yo sepa, no hay otra manera de ingerir una seta venenosa y mortal.

—Ya sabes lo que se dice: «Todas las setas son comestibles, pero algunas solo una vez».

—Hasta para ti suena sarcástico.

—Lo siento —comentó Silvana frunciendo los labios.

Hans dejó a un lado su plato y centró toda su atención en ella.

—Espera un momento... —dijo de pronto, como si se le encendiera de repente una luz— ¡No estabas trabajando!

Ella atrapó de forma ingenua el labio inferior entre los dientes y le lanzó una mirada inocente.

—Joder... —Hans resopló con fuerza y tiró con un fuerte aspaviento la servilleta contra la mesa—, estabas rebuscando en el ordenador de Poulsen. Una traducción del alemán al inglés no te podía llevar tanto tiempo.

—Hans... escucha.

—Esto no te incumbe, Silvana. ¿Comprendes?

Ella dio un respingo en la silla al escuchar el tono que estaba empleando Hans con ella.

—¿Sabes lo que eso significa? —inquirió él a punto de perder los nervios y controlando el tono de voz para no llamar la atención de los demás clientes que se encontraban en la cafetería en esos momentos.

—Que hay muchas posibilidades de que Poulsen fuese asesinado.

—A esa conclusión ya había llegado yo, pero no he podido confirmarlo —repuso él con tono sombrío.

—Pero ahora...

—Un momento... —ahogó un juramento—. El tipo que entró en el museo, podría estar buscando lo mismo que tú has encontrado.

—Exacto.

Hans apretó los dedos sobre las sienas palpitantes.

—Son solo conjeturas, sin embargo, en cuanto a ese visitante inoportuno, podría tratarse del asesino de Poulsen en busca de pruebas que pudiesen inculparle — instó él más nervioso de lo que quisiera confesar. Imaginar a Silvana acechada por el peligro le ponía los pelos de punta.

—Atas cabos con rapidez.

—Esto no es un juego, Silvana. —La increpó—. Es algo mucho más serio. — Se pasó la mano por el pelo y dejó escapar un largo bufido cargado de frustración.

—Lo encontré por casualidad... En un descuido se me derramó el café y, de pronto, ¡zas! allí estaba.

—¿Y esa carpeta estaba a simple vista? —preguntó él en un tono irónico.

—No... exactamente.

—Me lo imaginaba. La policía revisó ese ordenador a fondo y, según me dijeron, no encontraron nada extraño.

—Lo que ocurre es que no han sabido mirar bien.

—¿Me vas a decir que tú sabes más que la policía?

—Por supuesto que no —rezongó ella inquieta—, solo he dicho que no miraron en el lugar adecuado; eso es todo.

Hans escondió su cara entre las manos.

—Sé que voy a arrepentirme preguntándote esto, pero... ¿Qué has averiguado?

Una sonrisa incipiente se dibujó en la comisura de los labios de Silvana mientras buscaba en el interior de su bolso.

—¿Un pendrive? —preguntó extrañado Hans al ver el pequeño objeto en la mano de ella.

Ella miró primero el pequeño dispositivo entre sus dedos y luego observó a Hans.

—Lo que he encontrado está aquí.

Él le dedicó una mirada inquisitiva y supo que, tarde o temprano, sería un error, pero no pudo evitar la pregunta:

—¿En tu casa o en la mía?

Capítulo 16

—¿Ese patrón de comportamiento se repite a menudo?

Silvana observó detenidamente la pantalla del ordenador; no era algo nuevo, ya que llevaba haciéndolo la última hora.

Habían decidido en el último momento ir a casa de Hans; no por nada en especial, simplemente la cafetería no estaba mucho del apartamento de él, y el frío apremiaba a tomar decisiones con celeridad. Ella, a pesar de tener sus dudas, en ese preciso instante parecía sentirse cómoda. Se encontraba sentada en un sofá que, según su criterio, había conocido tiempos mejores; Hans estaba de pie y, de vez en cuando, daba pequeños paseos de pared a pared. En otros momentos se detenía y observaba el ordenador, que estaba situado sobre una pequeña mesa situada en el centro de un espacio que hacía las veces de sala de estar.

Todo el apartamento parecía estar en perfecto orden, al menos no había nada fuera de lugar esparcido por el suelo, y eso le daba un aspecto limpio, aunque las motas de polvo sobre los muebles sugiriesen lo contrario.

Para su sorpresa, aquel apartamento no le disgustaba, aunque podía decirse que era el típico piso de un hombre soltero. Su decoración era sobria y no era excesivamente espacioso; pero sí muy funcional.

Tenía que reconocer que se moría por saber dónde pasaba las horas Hans después del trabajo.

—Al parecer sí, mira —señaló ella con el dedo índice un calendario, volviendo a lo que tenían entre manos—; todos los martes a la misma hora, Poulsen tenía una cita para comer en el mismo restaurante.

—Bueno, eso es algo que no debería ser extraño; sin embargo, el hecho de ocultarlo ya lo es —comentó Hans con los ojos fijos en la pantalla.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para no girar la cabeza e incrustar la nariz en el cuello de él. Hans seguía de pie, ahora estaba situado tras ella, sus manos apoyadas en el respaldo del sofá, casi rozando los hombros de Silvana.

Se humedeció los labios, se movió inquieta y se ordenó a sí misma no apartar la mirada de aquella especie de calendario que mostraba la pantalla del ordenador.

Hans se inclinó un poco más hacia delante y ella tuvo que aguantar, no sin cierto esfuerzo, la respiración al sentir el cálido aliento de él sobre su rostro. Durante una fracción de segundo cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación de estar solos y a escasos centímetros el uno del otro.

—¿Estás bien? —le escuchó preguntar de repente.

Ella abrió los ojos rápidamente e intentó mantener a raya los nervios y su

libido.

—Sí, sí. Perfectamente —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Soy un desastre. —Se incorporó rápidamente y se pasó la mano por la cara, casi con desesperación—. Has tenido una tarde espantosa, tienes un golpe terrible en la cabeza y, ¿qué hago yo? Mantenerte despierta hasta bien entrada la noche y no permitirte descansar.

Silvana se giró despacio y lo que encontró la desconcertó. Hans parecía realmente preocupado por ella.

—Ey... que estoy bien. No te voy a negar que un poco cansada, pero me he visto en situaciones peores.

—¿Quieres decir que te han golpeado más veces en la cabeza? —preguntó sorprendido.

—No, claro que no —respondió ella divertida—, no voy dejando mi cabeza por ahí como si se tratase de un saco de boxeo.

Hans, ante el comentario, no pudo menos que esbozar una sonrisa.

—¿Quieres más café?

—No, creo que no. No deseo convertirme en una cafetera andante.

Él se acercó lo suficiente a ella para darle un apretón cariñoso en los hombros, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un respingo al sentir el leve contacto.

—Ni yo lo pretendo; te lo aseguro. —Sus labios dejaban entrever una sonrisa contenida—. No sabía de tu habilidad con los ordenadores —dijo él dando un giro a la conversación.

Ella intentó ocultar su frustración. Al fin y al cabo, le gustaban las charlas distendidas con Hans.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes...

—No sé cómo tomarme eso —repuso él divertido.

Ella le devolvió la sonrisa, se giró, y centró de nuevo sus ojos en la pantalla.

—Será mejor volver a lo que tenemos entre manos...

—¿Tienes algún secreto guardado de forma recelosa que no quieras que se sepa?

Ella se mordió distraídamente el labio inferior. Hans tuvo que reunir todo el valor que le quedaba para no moverse de donde se encontraba. Quedaba demostrado, aquel gesto lo volvía loco.

—Si es un secreto, debería quedarse como tal, ¿no?

Esta vez Silvana lo buscó con la mirada y percibió cómo su deseo se daba de bruces con la realidad. Hans era un hombre que bien podía interpretar el papel de galán en una película. Le recordaba un poco a Gary Grant en "Atrapa a un ladrón"

claro que ella no tenía nada en común con la mítica y bellísima Grace Kelly.

—¿Qué piensas?

La voz de él la sacó de su ensoñación.

—Nada en particular.

—Déjame decirte una cosa: sé por experiencia que ninguna mujer está más de dos segundos sin pensar nada...

—Veo que conoces bien al género femenino —dijo ella a la vez que cruzaba las piernas sobre el sofá y apoyaba los brazos en las rodillas.

—Cuando creces con dos mujeres en casa, tienes dos alternativas: intentas comprenderlas o... —Su boca se torció en una mueca impasible— te unes al enemigo.

—Déjame adivinar —dijo ella apoyando la barbilla en las manos—: nunca has intentado comprendernos.

Él sonrió de una forma peculiar.

—¿Tanto se nota?

Silvana soltó una carcajada burbujeante.

—Imagino que hablas de tu madre y...

—Mi hermana —terminó él.

—¿Sois dos? Hermanos, quiero decir.

—No. En realidad somos tres. Yo soy el mayor, después va Liam y, por último, Liz, la pequeña de la familia. —Metió las manos en los bolsillos y se balanceó con los talones—. Si me escuchase llamarla así, me zarandaría hasta hacerme perder el equilibrio. Está casada y es madre de dos niños. Uno de seis y otro de dos años. Realmente no sé cómo lo hace.

Silvana tragó saliva. Por la forma de hablar, se notaba a leguas que Hans adoraba a los suyos. Ella percibió de nuevo ese conocido pinchazo en el corazón, como cada vez que recordaba a sus padres. Nunca volvería a verlos, nunca más podría hablar con ellos; en el fondo de todo eso, lo que más le angustiaba, era que nunca quedaba en el olvido, por muchos años que pasaran. Era como tener una cicatriz que nunca cicatrizaba.

—¿Y tu padre? —Se atrevió a preguntar intentando así dejar marchar a sus fantasmas.

—Murió hace cuatro años —explicó Hans cabizbajo.

—Lo siento, lo siento mucho. No debí haber preguntado.

—Silvana —él sacó las manos de los bolsillos y se aproximó a ella—, siempre podrás preguntarme lo que quieras.

—No suelo ser tan entrometida. Me he dejado llevar por la conversación. Perdona.

Algo en el rostro de Silvana hizo que Hans no se atreviera a preguntar por la

familia de ella. Sabía que vivía con su abuelo, pero nunca hablaba de sus padres ni de ningún otro pariente cercano.

—No hay nada que disculpar.

—Será mejor que continuemos.

Hans observó cómo Silvana esbozaba una triste sonrisa y volvía toda su atención a la pantalla del ordenador.

—¿Puedo ofrecerte otro trozo de tarta de chocolate? La camarera envolvió lo que no comimos y lo guardó en un recipiente de aluminio.

—Tú lo que quieres es que no pueda ponerme mañana mis pantalones.

—Ni se me había ocurrido tan descabellada idea —comentó él con un tono burlón.

—Que sepas que te he oído.

—De eso se trata. —Le guiñó un ojo.

Silvana le ignoró deliberadamente. No deseaba recrear un ambiente tan íntimo con Hans. Ese pequeño paréntesis que habían mantenido conversando sobre la familia de él ya era todo un exceso para ella.

Después de todo, hoy por hoy era su jefe.

—¿Te sugiere algo este nombre? —preguntó ella volviendo a retomar el asunto e intentando olvidar los últimos minutos.

Hans sintió perder ese momento de intimidad con Silvana, pero decidió no mostrarlo, así que se limitó a mover la cabeza en actitud de negación.

—Ni idea. Lulú es un nombre...

—Demasiado femenino —adujo ella girando despacio la rueda del ratón.

—Es una forma sutil de decirlo. ¿Podría tratarse de una prostituta?

Silvana forzó una sonrisa ante el comentario.

—¿Crees que una mujer, por el simple hecho de llamarse Lulú, debe estar haciendo la calle?

—¡Oye! —exclamó Hans ofendido—, yo no he insinuado eso.

—Lo has dejado entrever.

—Lo único que digo es que me extraña que hubiese una relación entre Poulsen y una mujer llamada... Lulú. Eso es todo.

—¿Estaba casado?

—Divorciado, según tengo entendido. Era un hombre poco conversador.

—Podría tratarse de una amiga... —Silvana alzó los hombros y los dejó caer—. Lulú no deja de ser un apelativo cariñoso.

—No era un hombre muy hablador pero, que yo sepa, no tenía una vida social muy activa. Le preguntaré mañana a Adele, estoy seguro de que sabe más que yo sobre este asunto —comentó a la vez que se pellizcaba el puente de la nariz.

—¿Por qué Poulsen se reuniría todos los martes con una mujer llamada Lulú?
—inquirió ella sin poder reprimir un bostezo.

Hans enarcó una ceja.

—Será mejor que lo dejemos por hoy...

—Estoy bien —protestó Silvana rápidamente—. Solo un poco cansada, eso es todo.

—Vamos, te acompaño. Con un poco de suerte, en menos de media hora estarás metida en tu cama. ¿Dónde has dejado tu abrigo? —preguntó mirando de un lado al otro de la estancia.

Hans, al no recibir respuesta alguna por parte de su invitada, se giró. Era lógico que Silvana no pudiese contestar a su pregunta, se había quedado dormida en su sofá.

Debía estar agotada, porque aquel sillón de cómodo no tenía nada. No era más que un amasijo de madera y tela desgastada.

Sopesó la situación seriamente y al final tomó una decisión. No podía dejarla allí. La llevaría a su cama. En su habitación ella estaría más cómoda, podría dormir y descansar de aquella fatídica tarde.

Solo de pensar que él pasaría la noche en aquel sillón se puso tenso, pero no quedaba otra, ya que por nada del mundo deseaba que Silvana se encontrase incómoda cuando se despertase y lo descubriese a su lado.

Se tomó la libertad de acariciar y oler su cabello. Era como se lo había imaginado, suave como la seda, y la fragancia que desprendía le recordaba a los campos en flor en primavera. Sus labios en ese instante estaban entreabiertos, parecían esperar ser besados; sin embargo, él desistió de su deseo. Cuando la besara, la quería despierta entre sus brazos. Quería escucharla gemir sobre su boca. En ese preciso instante se percató de hasta qué punto la deseaba.

Se deshizo de sus botas y luego deslizó suavemente una mano por la espalda de ella y otra por detrás de las rodillas, mientras la sostenía contra su pecho sin ningún esfuerzo. En volandas, la llevó hasta su cama. Allí ella podría descansar y estaría segura. Esa sensación le gustó. Con la ayuda de un suave puntapié abrió la puerta, entró en la habitación y la depositó, con cuidado de no despertarla, sobre el colchón. Se acercó lo suficiente para apoyar los labios en la sien de ella y embriagarse, una vez más, de su aroma.

Llegó a la conclusión de que Silvana podía ser adictiva.

Ella había entrado en su vida como un vendaval, había derribado todas sus defensas con una sola mirada y él, a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, nada podía hacer contra ese sentimiento que iba tomando forma cada vez con más fuerza en su fuero interno. Solo podía hacer una cosa: dejarse conquistar por ella.

Antes de salir de la habitación, comprobó que estuviese lo suficientemente abrigada con el nórdico que cubría buena parte de su cuerpo. Al cerrar la puerta supo que le esperaba una noche de insomnio y, por consiguiente, eterna. Pensó en el café y, reconstruyendo la última conversación con Silvana, se dirigió a la cocina.

Puso en marcha el motor sin dejar de mirar hacia la ventana del primer piso, iluminada por una tenue luz. Pisó el acelerador y se sumergió en el fluido tráfico de la noche sin dejar de pensar en aquella ventana iluminada que había dejado varias calles atrás; golpeó con fuerza el volante mientras la frustración bullía y se acrecentaba en su interior.

Poulsen ya era historia, pero Hans Solberg seguía respirando y eso era algo que no iba a consentir. Frenó con brusquedad ante un semáforo en rojo y, durante unos segundos, pensó mil maneras de hacer sufrir al nuevo director del museo.

El disco cambió a verde y, sin percatarse, sonrió con malevolencia.

Lo que había sucedido esa tarde en el museo había sido el comienzo del primer acto. No había hallado lo que había ido a buscar, pero encontrarse allí con Silvana había sido una auténtica sorpresa.

Pudo oler su miedo, escuchar su temblorosa voz a la vez que percibía su agitada y nerviosa respiración mientras corría despavorida en dirección opuesta. Tenía que reconocer que había sido una experiencia divertida y fascinante. Lástima que hubiese terminado tan pronto. Verla allí en el suelo, inerte, había sido una escena digna de fotografiar; sin embargo, la llegada de Hans lo había fastidiado todo.

La quería muerta.

Debía tener fe porque, al fin y al cabo, todo se reducía a lo mismo: tiempo y paciencia.

Capítulo 17

Llegan los invitados

No sé si alguna vez habéis tenido la sensación de que algo está a punto de cambiar, pero la llegada de Gardar y sus hombres resultó ser toda una conmoción para la aldea y, he de confesar, que también para mí misma. Varias personas me empujaron y me zarandearon de un lado para otro, como si fuese un objeto inexistente. Todos querían estar en primera línea de visión, como si eso fuera posible. La mayoría de los aldeanos querían tener mayor visibilidad de la embarcación amarrada en el muelle y de aquellos hombres que pisaban, según algunos, por primera vez su tierra.

Me acerqué cuanto pude, puse mi peso sobre las puntas de mis pies y estiré el cuello hasta buscar lo que deseaba ver. Allí estaban... la inesperada tripulación. A mi parecer eran más grandes y corpulentos estos guerreros que los hombres que en ese momento me rodeaban; sin saber porqué, mis ojos, de forma inevitable, se posaron en el hombre que encabezaba la expedición.

Era el más alto, sus músculos fuertes parecían un capricho de la naturaleza. Llevaba la nuca afeitada, de oreja a oreja, y la parte superior del cabello iba amarrado en una descuidada trenza. Su color de pelo era muy similar al de la paja, al igual que su barba, no excesivamente poblada y bien recortada, algo que le hacía diferenciarse de los demás. Andaba despacio, daba la sensación de no tener prisa, se notaba que estaba alerta y observaba todo lo que sucedía a su alrededor, como si estudiase los rostros y los gestos de todos aquellos desconocidos que habían ido a recibirlos. A su lado iba un gigante, un hombre altísimo con cara de pocos amigos y que miraba de un lado para otro con toda su atención, como si buscara a alguien en concreto.

El que se suponía que era el jefe de la expedición lo imitaba y, por su expresión huraña, descubrí que también estaba en guardia. El escudo y el hacha que portaba respectivamente en cada mano parecían formar parte de él. Vestía con pieles, al igual que el resto de sus hombres, quizás eso les diese un aspecto más feroz; no sabría decir lo que más me llamó la atención de él. Solo que ante su presencia me quedé cautivada.

El nombre de Gardar iba de boca en boca y en pocos segundos muchos de los allí presentes comenzaron a aclamarlos, como si fuesen verdaderos dioses; los vítores de alegría por los recién llegados se acrecentaban a medida que se alejaban del muelle.

—¡Aparta! —me gritó un aldeano que se interpuso a mi paso.

A punto estuve de caer, pero en el último momento logré guardar el equilibrio y mantenerme de pie. Observé como Zoe con otra esclava, Gilda, se acercaban presurosas al muelle llamadas por los gritos y la aglomeración.

Sin dejar de mirar a Gardar y sus hombres, me dirigí hacia ellas.

—¿Quiénes son? —les pregunté nada más llegar a su altura.

—Según he oído, es uno de los guerreros de confianza del rey Harald.

Me giré hacia Gilda durante una fracción de segundo y luego la miré con estupor.

Gilda era inglesa y había perdido a su marido y a su hijo, como muchos de los esclavos, a manos de aquellos salvajes. Según su versión, la golpearon en la cabeza, perdió el conocimiento y la hicieron prisionera. Cuando despertó, estaba muy lejos de su casa y de los suyos. Una larga y profunda cicatriz surcaba buena parte de su labio superior confirmando que se había resistido con fuerza a encarar su destino; sin embargo, como era de esperar, aquellos hijos de Odín habían ganado, una vez más, la batalla.

Al igual que muchos de nosotros, soñaba con la ansiada libertad que parecía no llegar nunca.

—¿Estás segura? —pregunté dudosa.

Sabía por habladurías quién era el rey Harald. No se había hablado de otra cosa en las últimas semanas. Los hombres estaban nerviosos después de un invierno de inactividad. Las tierras yermas y el gélido invierno no daban tregua, con lo que no quedaba otra opción que volver al campo de batalla y encararse de nuevo con la impávida muerte. Algo totalmente inexplicable para mí, pero viniendo de ellos, y después de estar meses conviviendo con aquello salvajes, nada era de extrañar.

Gilda asintió levemente con la cabeza, como si estuviese leyendo mis pensamientos.

—¿Por qué han venido? —preguntó Zoe a mi lado.

—A por hombres...

Volví mi atención a Gardar y me pareció estar viendo a un dios pagano.

—¿Hombres? ¿Eso significa que se irán? —pregunté esperanzada.

Quizá después de todo esa visita inesperada iba a ser nuestro salvoconducto a la libertad.

—Muy probable.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Gilda miró primero a Zoe y luego a mí.

—Desde anoche.

Eso solo podía significar una cosa: Gilda había yacido con uno de esos bastos

y salvajes para sonsacarle información. Nadie, y menos yo, la iba a juzgar por eso.

—Krista, ¡baja la mirada al suelo! —me ordenó de repente Zoe, nerviosa.

Intenté hacer lo que me decían, pero ya era demasiado tarde. Gardar se encontraba frente a mí.

No me moví, quizá por miedo. De pronto me sentí rodeada por la muchedumbre y sentí la necesidad de echar a correr, pero mis pies, en contra de mi voluntad, quedaron sellados en la húmeda tierra.

Gardar alzó la mano; su antebrazo estaba cubierto de varias pulseras, señal inequívoca de que era un gran guerrero y, ante un inesperado golpe, cerré los ojos con fuerza. Para mi sorpresa e imagino que para la de todos, él solo me agarró del pelo. No me hizo daño, simplemente fue deshaciendo mis mechones con la yema de sus dedos.

—¿Hablas mi idioma?

Asentí mientras tragaba saliva con dificultad.

—¿Eres esclava?

—No es algo que deseo; pero así es.

El ladeó la comisura de los labios hacía un lado.

—Para ser una esclava eres muy descarada.

—Mi lugar no es este, mi hogar está lejos; demasiado —le dije retándole con la mirada.

—Gardar, hay otras esclavas que te servirán gustosamente.

Hakom se interpuso rápidamente entre los dos.

—Zoe, tú atenderás a nuestro invitado.

Sentí a mi amiga amedrentarse ante la orden.

—¡Quiero a esta!

Gardar me señaló con la mano.

Levanté la cabeza altiva. No tenía nada que perder.

Una lenta sonrisa anidó en sus labios.

—Gardar... estoy seguro de que habrá otras esclavas que puedan satisfacerte...

—La quiero a ella.

La orden tronó con fuerza entre los presentes. Sus hombres sonrieron de forma lasciva y comenzaron a hacer un estruendoso ruido golpeando las hachas y espadas contra los escudos.

—¿Me la vas a negar, Hakom? —preguntó sin dejar de mirarme.

Percibí la tensión del señor de aquella aldea. Nunca, en el tiempo que llevaba allí, le había visto someterse a nadie.

—Será tuya. —La voz de Helga se dejó oír entre el bullicio.

Los ojos de Gardar se iluminaron y de pronto sentí su mano acariciar

delicadamente mi barbilla.

—Acepto el regalo —dijo mirándome fijamente, como si buscara algún tipo de reacción por mi parte.

Intenté zafarme, pero él me agarró con más fuerza.

—Me gustan las mujeres morenas y, si tienen carácter, mejor que mejor.

Un frío escalofrío bajó por mi espalda.

Los hombres que lo acompañaban comenzaron a gritar y soltar palabras soeces; muchos aldeanos, contagiados por la algarabía, les acompañaron en sus bromas.

—Krista, por fin vas a saber lo que es un hombre —escuché decir entre el gentío.

Gardar, ante el comentario, sonrió con perversión.

—Pronto veremos si eres tan arisca como aparentas ser.

Me soltó, pero yo aún sentía su tacto en mi piel.

Pasó de largo, los hombres y mujeres lo siguieron. Era como si de pronto hubiese un nuevo rey, un nuevo señor.

Me quedé con la única compañía de Gilda y de Zoe.

—Krista, ¿qué vas a hacer? —preguntó una intranquila Zoe a mi lado.

—Rezar a su dios —respondió Gilda por mí.

Capítulo 18

Silvana se despertó desorientada, se sentó intranquila y sobresaltada sobre el colchón e intentó descubrir dónde se encontraba; sin embargo, el nombre de Krista resonó una y otra vez en su mente y no pudo evitar sentir un escalofrío al recordar la imagen de aquel fiero guerrero: Gardar.

De pronto supo que debía indagar y descubrir qué estaba sucediendo y por qué su cerebro le estaba jugando una mala pasada.

Escuchó ruidos fuera de la habitación y, de repente, todo vino a su mente...

Hans.

Sus ojos tardaron en adaptarse a la estancia en penumbra. Solo un furtivo y grácil halo de luz se colaba a través de las densas cortinas. Estaba vestida y eso de alguna manera la tranquilizaba.

—Buenos días. ¡Estás despierta!

La voz cantarina de Hans rompió sus pensamientos en mil pedazos.

—Buenos días —dijo ella algo cohibida por la situación y llevando, de forma inconsciente, el nórdico casi hasta la barbilla.

—¿Has dormido bien?

Hans entró en la habitación con dos tazas de café, una en cada mano.

—No lo he olvidado... negro y dulce.

Ella tomó la taza y se lo agradeció con una sonrisa.

Hans se acercó a las cortinas y las desplazó hacia un lado. Fue entonces cuando la luz invadió la estancia y Silvana pudo ver, por primera vez con nitidez, la habitación donde había dormido. Era como el resto del apartamento. Nada suntuoso y muy práctico. A decir verdad, la cama era cómoda y, de no ser por esos sueños extraños que de vez en cuando les daba por aparecer, hubiese dormido como un lirón.

—Siento que no hayas podido descansar en tu cama.

—No te voy a decir que ha sido placentero, pero si el premio a dormir en el sofá es esa sonrisa —la señaló con el dedo índice—, déjame decirte que lo puedo intentar más a menudo.

—Lamento todo este embrollo —comentó rodeando la taza caliente con ambas manos—, deberías haberme despertado.

Hans sonrió.

—Bueno..., siempre podré decir que has dormido en mi cama.

Ella abrió mucho los ojos y los clavó en él.

—¡No te atreverás!

—Ponme a prueba —le dijo a la vez que le guiñaba un ojo.

—No me puedo creer que esté teniendo esta conversación ya de mañana.

—Está bien. Será nuestro secreto, ¿te parece?

Silvana tomó un sorbo de café sin dejar de observarlo. Era un hombre atractivo, quizá demasiado. Si a eso le añadías su carisma, su saber estar y ese halo de secretismo que siempre parecía acompañarle, todo ello hacía de él un ser irresistible.

En ese instante vestía unos vaqueros y un jersey beige de cuello alto. Estaba para comérselo y relamerse después. Intentó desistir de la idea y centrarse de nuevo, no sin esfuerzo, en la conversación.

—¿Otro secreto? No son ya demasiados los que compartimos.

—¿Puedo? —Señaló la cama.

—Claro. Al fin y al cabo es tu casa, ¿no?

Ella intentó acicalarse el pelo con los dedos de una mano. Debía tener un aspecto horrible pero, por el momento, sin la ayuda de un peine, poco podía hacer.

Hans se sentó manteniendo las distancias y el colchón se hundió bajo su peso.

—He estado pensando...

—No sé si eso es bueno. —Le interrumpió ella dando un nuevo sorbo a su café.

Él pareció pasar por alto el comentario.

—Creo que deberíamos ir a hablar con Rhode sobre lo que hay en ese pendrive.

—¿Estás seguro?

—No, no lo estoy, pero si no lo hacemos esto podría traer mayores consecuencias y, a la larga, se nos podría escapar de las manos.

—Por tu forma de hablar, tengo la impresión de que es una decisión de lo más meditada.

—Podrías estar en peligro...

Ella fue a interrumpirle de nuevo, pero él se lo impidió con un gesto impaciente de la mano.

—Puede que ayer fuese un simple ladrón el que entró en el museo en busca de notoriedad o, como ha ocurrido otras veces, en busca de reliquias para vender en el mercado negro. Eso aún no lo sabemos, pero lo que está claro —dejó la taza de café en el suelo— es que esta vez ha sido distinto. Tú estabas allí y podía haberte hecho daño.

—Sin embargo no ocurrió así —protestó ella.

—¿El golpe que tienes en la cabeza te ha producido amnesia?

Silvana hizo un mohín molesto con los labios antes de responder.

—Lo más probable es que tropezase y me cayese. El golpe fue consecuencia

de la caída.

—¿Estás segura?

Ella movió la cabeza en actitud de negación. A estas alturas, si algo tenía claro, es que no estaba segura de nada.

—Es a eso a lo que me refiero... —Se levantó raudo e inquieto; inmediatamente, Silvana notó cómo el colchón volvía a su posición original—. ¿No te das cuenta? Jugar a detectives no entra dentro de mis planes.

—No te estoy pidiendo que investiguemos por nuestra cuenta. —Al ver cómo él la miraba con el entrecejo fruncido, Silvana rectificó—. Bueno... quizá un poco sí. Solo digo que podemos ir al restaurante y preguntar...

—Eso es algo que debemos dejar en manos de la policía. —Interrumpió—. Poulsen murió por envenenamiento, eso es algo que me desconcierta, no lo voy a discutir; sin embargo, no creo que debamos meter las narices donde no nos llaman.

—¿Y si está relacionado con el museo?

Hans entrecerró los ojos.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Déjalo; no son más que conjeturas inconexas —instó llevándose las rodillas al pecho—. Lo lamento.

—Un momento... —Hans se acercó a ella y se sentó en el lateral de la cama, tan cerca que Silvana tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarse—. ¿Por qué piensas que la muerte de Poulsen puede estar relacionada con el museo?

A Hans la pregunta le pareció de alguna manera algo incoherente, a su modo de ver, ya que él mismo llevaba tiempo pensando que bien podría ser así.

Silvana percibió el fresco aroma del perfume que él desprendía y sintió deseos de amoldar sus labios en aquel fuerte y robusto cuello; no obstante, intentó por todos los medios, por el bien de ambos, recomponer sus pensamientos.

—Me has comentado que Poulsen no era un hombre sociable, salía poco y casi no se relacionaba con el personal del museo. —Tomó una profunda bocanada de aire—. ¡Tú ni siquiera sabes si tenía hijos!

—Es cierto que hablábamos poco, pero...

—A eso me refiero. ¿Quién es Lulú? —Su voz sonó más enérgica—. ¿No me digas que no te lo has preguntado? Porque si fuese así no te creería.

Él soltó una imprecación.

—¿A dónde quieres llegar?

Precisaba saber la opinión de ella al respecto de lo que estaba sucediendo. No es que desconfiara de Silvana, pero necesitaba saber qué y cuánto sabía ella.

—Solo quiero saber quién entró en el museo y si yo era su objetivo.

Hans cerró los ojos y se pellizcó con fuerza el puente de la nariz.

Las sospechas de él parecían estar materializándose por momentos. Todo lo que estaba ocurriendo en el museo parecía estar relacionado con la llegada de Silvana a Roskilde.

—Esto es una locura, Silvana —dijo intentando quitar hierro al asunto.

—Podría ser, pero merezco saberlo.

—Rhode investigará —dijo mirándola fijamente sin atreverse a confirmarle sus sospechas.

—El inspector no nos dirá nada hasta que tenga el círculo cerrado. Siento decirte que yo no tengo tanta paciencia.

—¿Qué sugieres? —Preguntó a sabiendas de que era él quien estaba en ese instante perdiendo la paciencia.

Ella se mordió su labio inferior, pero mantuvo su mirada.

Hans, como de costumbre, se perdió en aquel gesto.

—Te invito a comer... mañana.

—Mañana es martes.

—Exacto.

—Tengo una imaginación tan despierta que creo saber cuál es el restaurante.

—Chico listo.

Él forzó una sonrisa y centró toda su atención en ella. Era realmente preciosa, como una diosa nórdica. En ese momento estaba despeinada, su pelo enmarañado parecía una explosión de llamaradas que caían de forma salvaje y en cascada hasta llegar a sus hombros; el rímel dejaba un rastro muy visible en el contorno de sus ojos, pero aún así, nada de eso le restaba un ápice de belleza. Deseó más que nunca besarla y sentir sus labios, su calidez, su aroma.

Sin previo aviso, se acercó, la vio desconcertada y, por un momento, estuvo a punto de echarse a reír. Silvana era un mundo de emociones que lo descolocaba continuamente. Elevó despacio las manos para enmarcar su cara, la miró con un ansia devoradora y se acercó con cautela y sin dejar de mirarla fijamente a los labios.

Ella acertó la distancia y lo recibió con una combinación perfecta de deseo y excitación y eso a él lo impulsó a devorarla con más avidez. Sus labios eran como él había imaginado, suaves y perfectos; Silvana soltó un pequeño gemido que lo incendió aún más, como si eso fuera posible y, como única respuesta, no pudo menos que aumentar la intensidad del beso. En ese momento, una dolorosa punzada en la entrepierna hizo que sus labios se volvieran más exigentes.

Ella respondió al beso con urgencia; no podía hacer otra cosa porque jamás en la vida había sentido nada igual. Parecía haber sido transportada a otra dimensión. Simplemente se dejó llevar y entreabrió la boca para recibir la embestida de la lengua de Hans. Percibió el deseo entre sus piernas, la calidez de su propio flujo y, como si

se tratase de un golpe inesperado, volvió a la realidad. Hans Solberg era su jefe. ¿Qué estaba haciendo? De pronto, bruscamente y con la respiración entrecortada, se separó.

Él, con los ojos aún nublados por el deseo, le lanzó una mirada inquisitiva.

—Lo siento. —Logró decir ella al fin.

—¿He hecho algo indebido?

Las palabras, al igual que el aliento, se atascaron en su garganta impidiéndola hablar. Solo pudo negar con la cabeza.

En ese momento, una melodía pegadiza y desenfadada decidió sonar y romper el denso y tenso silencio instaurado entre ellos. Silvana, agradeciendo la interrupción, alargó la mano y buscó su bolso. Su móvil seguía sonando. Estuvo a punto de caerse si no hubiese sido porque Hans la sujetó por la cintura.

Leyó el nombre de la persona que llamaba.

«Tessa».

«Gracias a Dios».

—Debería contestar.

—Claro. Te dejo sola.

Lo vio recoger su taza de café del suelo y salir de la habitación, sin mirar atrás.

Silvana cerró los ojos unos segundos con la esperanza de alejar de su mente lo que acababa de ocurrir. Descolgó y no tuvo otra opción que atender la llamada.

—¿Por qué hablas en un susurro?

Silvana miró hacia el techo y se dejó caer sobre la almohada.

—No estoy hablando en susurros —protestó a sabiendas de que Tessa tenía razón. Decidió mentir—. Me duele la garganta; eso es todo.

—*Silvana Roiz, te conozco lo suficiente para saber cuándo me estás mintiendo.*

—Está bien. —Golpeó con fuerza el nórdico—. Estoy en casa de Hans ¿Satisfecha?

Las últimas palabras fueron casi un murmullo.

—¿Hans? ¿El Hans del que me has hablado? ¿Tu jefe?

—Demasiadas preguntas en una frase, ¿no crees? No hay otro, Tessa... —De repente, su corazón palpitó con fuerza contra su pecho—. ¿El abuelo está bien?

Si Tessa la llamaba para decirle que su abuelo estaba enfermo, no se lo perdonaría nunca. Llevaba varios días sin llamarlo.

La risa cantarina de Tessa se escuchó a través de la línea.

—Eres única para cambiar de tema —señaló su amiga—. Está perfectamente. Hemos ido ayer a verlo...

—¿Hemos? —La interrumpió Silvana.

—Tomás y yo —contestó Tessa con un tono teñido de inocencia.

—Un momento... Cuando te refieres a Tomás, ¿estás hablando del decano Ferrero?

—Ajá.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Hace un par de días. Por eso te llamo.

Silvana echó el nórdico hacía atrás y colocó los pies en el suelo. Las piernas le temblaron lo suficiente para sentarse en el lateral de la cama.

—¿Hablas en serio?

—Vamos, Sil, fuiste tú la que me dijiste que debía dejar el pasado atrás y centrarme en el presente.

—¡Nunca me haces caso a lo que te digo!

—Siempre hay una primera vez. ¿No te alegras por mí?

Silvana abrió la boca buscando una bocanada de aire.

—Claro que me alegro. Solo es que... —titubeó—. Me ha pillado por sorpresa, eso es todo. No quiero que sufras. —Silvana pensó que Tomás Ferrero era un hombre divorciado que seguramente estaría buscando una aventura, no una relación seria—. ¿Tú estás bien?

—Mejor que bien. No tienes que preocuparte.

—Tessa, está divorciado y quizá solo busca... ya sabes.

—¿Sexo?

—Sí.

—Pues entonces ha encontrado a la persona adecuada, porque yo busco lo mismo.

—Podrías enamorarte —farfulló estrepitosamente.

—¿Eso es malo?

—Si es correspondido, imagino que no.

—El tiempo lo dirá, Sil. Ahora estoy más que satisfecha sexualmente y en esta etapa es lo que realmente importa. Me mira con deseo. —continuó Tessa—. No se fija en mis caderas anchas ni en la curvatura de mi tripa. Cuando me besa..., cuando estoy con él me hace sentir la mujer más deseada de la tierra, y eso no tiene precio.

—Me alegro tanto por ti, Tessa.

Y era cierto. Estaba siendo totalmente sincera. Su amiga se merecía lo mejor.

—Lo sé. Además, no te imaginas cómo es en la cama.

Silvana estuvo a punto de echarse a reír en el instante en que su amiga pronunció la última frase. La voz de Tessa parecía un helado a punto de derretirse. La idea de imaginar al decano Ferrero desnudo ya era toda una odisea.

—*Tiene un culo, Sil, ...Ufff... no te haces idea.*

—Creo que prefiero no hacerlo.

—*Eso la parte trasera, si te hablo de la delantera...*

—¡Tessa! —la interrumpió Silvana a sabiendas de que, si no lo hacía, su amiga le daría todos los detalles habidos y por haber de la anatomía del decano—. Creo que con un poco de imaginación puedo suponer lo que intentas decirme. ¿En serio tiene un culo bonito? —preguntó de repente, sin poder creérselo.

—*Sil, no sabes lo que esconde debajo de esos pantalones* —comentó con un profundo suspiro—. *Pero ya está bien de hablar de mí. ¿Cómo ha sido tu noche loca y desenfrenada?*

—No ha habido sexo, si es eso a lo que te refieres.

—*¿No?* —inquirió incrédula Tessa—. *¿Dónde estás ahora exactamente?*

Silvana supo que se iba a arrepentir en cuanto respondiese a la pregunta.

—En su cama —dijo cerrando los ojos y esperando la réplica explosiva por parte de Tessa.

—*O tú te explicas excesivamente mal o yo no te comprendo. ¿Estamos en el mismo canal, no?*

—En el mismo, Tessa —respondió Silvana resignada.

—*¿Estás en su cama y no ha habido sexo?*

—Exacto.

—*¡¿Pero tú eres tonta o qué te pasa?!*

—Es complicado de explicar; eso es todo.

—*Y tanto...mira, lo que necesitas es un buen revolcón...*

—Tessa —le advirtió Silvana para que no siguiera por esos derroteros.

—*Sil, por el amor de Dios, estás en Dinamarca, solo serán seis meses, lo que dejes ahí, se quedará para siempre ahí. Nadie se va a enterar. Así que hazme caso y disfruta entre las sábanas... y fuera de ellas.*

Silvana sabía que Tessa, de alguna manera, tenía razón; sin embargo, no podía evitar sentir un peso molesto en la boca del estómago.

—Es que me gusta y mucho —comentó Silvana compungida a sabiendas de que, si las cosas salían mal con Hans, ya no iba a ser lo mismo entre ellos.

—*Pues más razón para no perder el tiempo.*

—¡Es mi jefe!

—*Sil, yo también tengo sexo salvaje con mi jefe en la mesa de su despacho y déjame decirte que es una ecuación elevada a la enésima potencia.*

—No sé, Tessa —comentó algo aturullada

—*Oye, déjame, aunque sea una vez en la vida, darte un consejo: diviértete, disfruta y deja de pensar en lo que está bien y en lo que está mal. Tú solo déjate llevar, ¿de acuerdo?*

—Sé que tienes razón, pero...

—*Tú lo sabes y yo lo sé. No hay más que hablar.*

—¿En serio que tiene un culo increíble? —preguntó Silvana todavía sorprendida por la confesión de su amiga.

—*Ni te lo imaginas, Sil, ni te lo imaginas...* —respondió esta con un suspiro de lo más sonoro.

Capítulo 19

Silvana salió de la habitación aún con el teléfono en una mano y la taza de café en la otra.

—¿Todo bien? —preguntó Hans secando una de las tazas.

—Sí. Era Tessa.

Ella se fijó en que la cocina era pequeña, pero ahora que estaba Hans en ella parecía aún más acogedora que la noche anterior.

—¿Tu amiga?

—Sí —respondió ella dejando su taza de café sobre la encimera.

—Yo la friego, no te preocupes.

—Gracias.

Hans observó cómo Silvana se llevaba la mano al cuello en busca de su colgante; ahora tenía claro que ese pequeño amuleto le recordaba a su casa y a los suyos. Decidió respirar con tranquilidad, llevaba más de cinco minutos enjabonando y aclarando la taza, pensando en la posibilidad de que la mujer que había dormido en su cama podría estar hablando con otro hombre.

—¿Tessa es la persona que cuida ahora de tu abuelo?

Ante la sugerencia de que alguien cuidase de su abuelo, Silvana no pudo más que echarse a reír.

—Si mi abuelo te escuchase, diría que es él quien cuida de los demás.

—Lo tendré en cuenta si alguna vez tengo el gusto de conocerle.

—Le caerías bien.

—¿En serio?

—Estoy segura.

—Pues me alegra saberlo. —Dejó la taza limpia sobre la encimera y dobló el paño cuidadosamente—. Pareces pensativa. Espero que la llamada no hayan sido malas noticias.

—No —respondió tan rápidamente que se ganó una sonrisa de Hans—. No, claro que no. Solo estoy sorprendida, eso es todo.

Hans se apoyó contra uno de los armarios de la cocina y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—No sé... Pareces diferente.

—¿Diferente? —inquirió extrañada.

Él recordó el beso. El sabor de ella aún seguía intacto en sus labios.

—Oye, respecto a lo que ha sucedido hace un momento en la habitación, me gustaría disculparme...

—¿Por qué?

—Mira —descruzó los brazos y la miró fijamente—, no voy a ocultar que me siento atraído por ti, puesto que si lo hiciera, me mentiría a mí mismo, pero no deseo que te sientas molesta en mi presencia.

—No me siento así. Me encuentro muy a gusto contigo.

—¿En serio? —inquirió Hans contrariado.

Ella se mordió el labio inferior, como solía hacer cada vez que estaba nerviosa.

Ese gesto tarde o temprano le volvería loco, pensó Hans. Le encantaría acercarse a ella, sin embargo, tenía miedo de que Silvana lo rechazase.

—Me halaga que te sientas atraído hacia a mí.

—Bien.

—Bien —lo imitó ella sin saber qué paso dar a continuación.

—Creo que era un punto importante que aclarar —le dijo dedicándole una sonrisa lenta y tímida.

—Yo también lo creo.

Él no se dejó llevar por la tensa situación.

—¿De qué habéis hablado? No quiero ser entrometido... disculpa. No debería haber preguntado.

Ella enrojeció de repente, recordando la conversación mantenida con Tessa hacía unos minutos.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Si no, no habría preguntado. —Percibió cómo Silvana le devolvía una sonrisa nerviosa.

—De culos —respondió de una forma torpe y rápida.

Él la observó detenidamente.

—¿He oído bien? ¿Has dicho culos? —inquirió uniendo las cejas en un movimiento que denotaba sorpresa.

Ella asintió. Podía haberle mentido, sin embargo Hans se merecía saber siempre la verdad, aunque a esas alturas no supiese cómo había llegado esa decisión a ella.

— Ahora mismo me mata la curiosidad.

Silvana miró al suelo sin saber muy bien qué decir; después de una fracción de segundo, lo miró fijamente.

—Me imagino. —No pudo evitar echarse a reír.

—Creo que me voy a arrepentir de preguntar esto, pero ¿por qué estabais hablando de...?

Ella sopló enérgicamente, como si estuviese apagando una vela.

—Mi amiga y el decano. —Acercó una mano a la otra y juntó ambos índices—. Digamos que se están dando una oportunidad y ella, Tessa —aclaró—, se ha explayado más de la cuenta en describir la anatomía de su nueva conquista.

—Comprendo.

—Cosas de mujeres.

—He oído hablar de vuestros rituales cuando dos o más mujeres se reúnen. El sexo suele ser el tema principal de conversación.

—¡Eso no es verdad! —Protestó Silvana.

Pero por la taimada sonrisa que vio en el rostro de Silvana, supo que ella intentaba tapar una verdad que se perdía en el tiempo.

—Esta conversación me ha hecho pensar...

—¿En serio?

—No me puedo creer que vaya a decir esto en voz alta, pero me encantaría ver... ya sabes... —comentó tímidamente.

Él alzó los hombros y los dejó caer de nuevo.

—Ver, ¿el qué?

Silvana le dirigió una educada y temblorosa sonrisa.

—Tu trasero.

Hans abrió la boca y la cerró de golpe sin saber muy bien qué decir a continuación.

—Vaya, eso es una proposición en toda regla.

Ella deseó que el suelo fuese arena para enterrar la cabeza y no salir nunca. La culpa de todo la tenía Tessa. No tenía que haber sido tan explícita.

—Lo siento. —Se disculpó rápidamente—. Debo irme. —Se giró y tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo...

—Un momento... —Él la asió por el brazo—. No puedes decirme algo así y luego desaparecer como si nada.

—Ya he dicho que lo siento. He pensado en voz alta; eso es todo. —Intentó zafarse, pero él la sujetó con más fuerza y la atrajo hacia su pecho.

—¿Sabes una cosa?

Ella restregó la frente contra el jersey de lana de Hans y deseó volatilizarse de golpe.

—Me encanta tu propuesta. —Le dijo cerrándola en el círculo de sus brazos.

Silvana enterró el rostro en su pecho.

—Es una proposición de lo más idiota.

Notó como la mano de él subía y bajaba por su espalda despacio, sin prisa alguna, y tuvo que hacer un esfuerzo dantesco para no pegarse más a la calidez que desprendía la lana.

—Pues a mí me interesa.

—Por Dios, Hans..., no te burles de mí. No sé en qué estaba pensando cuando...

En ese instante, él la agarró por los hombros para separarse de ella y mirarla a la cara.

—Me interesaría saber todo el contenido de la conversación, lo digo en serio —comentó al ver el rostro de estupor de ella—; sin embargo, creo que entre las manos tengo algo mucho mejor.

Su mirada se entrelazó con la de ella.

—Pero...

—Pero —repitió ella.

—No sé cómo va a sonar esto..., pero quiero las mismas condiciones.

Ella le devolvió la sonrisa, primero con los ojos, luego con los labios.

—Creo que estás en todo tu derecho.

—Me alegra saberlo.

Notó como la mano de él subía hasta su cuello y se hundía en su cabello.

—¿Qué me estás haciendo, Silvana?

Ella no tuvo opción a réplica, porque los labios de él ya estaban moldeando los suyos.

La boca de él era acogedora y cálida. Notó el ardiente empuje de la lengua de Hans tratando de abrirse camino entre sus labios y ella aceptó la intromisión casi con desesperación. ¡Ese hombre la atraía de una manera hasta ahora desconocida para ella!

—He deseado hacer esto contigo desde el mismo instante en que te conocí —le escuchó decir apretándola contra la pared al tiempo que saboreaba sus labios.

Hans presionó sus caderas contra las de ella. La sensación de inmovilidad no se hizo esperar hasta que él, sin dejar de mirarla, se acercó más, tocando su nariz con su barbilla, y en ese punto trazó un sendero con sus labios a lo largo del cuello de Silvana saboreando despacio y sin prisa alguna la textura de su piel.

—Eres mi jefe —logró decir ella al fin entre jadeos entrecortados.

—¿Eso supone un problema? —murmuró él contra su hombro.

—Podría serlo. —Ella advirtió cómo su cuerpo, sin poder hacer nada por evitarlo, respondía, sin tregua, a las caricias de Hans.

Él deslizó su mano por el vientre de ella mientras volvía a besarla despacio, abriéndole la boca y jugando con su lengua. Llegó al extremo del jersey de ella y tiró de la prenda por encima de su cabeza.

—¿Tu curiosidad sigue sin estar satisfecha?

Ella se hubiera reído, pero la boca de Hans sobre la suya se lo impedía.

Los labios de él se volvieron más exigentes y ella no pudo negar su propio deseo.

Algo vibró en el bolsillo del pantalón de Hans.

—Joder. ¡No me lo puedo creer!

Silvana tardó varios segundos más que él en reaccionar.

—¿Es tu móvil?

Él respiró profundamente para evadirse de su frustración.

—Te juro que hay momentos en que odio la tecnología.

Buscó en su bolsillo mientras el teléfono seguía vibrando.

Cuando se apartó, Silvana percibió una oleada de frialdad que recorrió todo su cuerpo. Encontró su jersey en el suelo y se vistió de nuevo mientras Hans respondía a la llamada.

«Quizá fuese mejor así», se dijo a sí misma con cierta frustración mientras dejaba a Hans solo en la cocina y ella iba en busca de su bolso.

—Lo siento —fue lo que dijo él nada más verla con el abrigo puesto.

—No pasa nada. En el fondo creo que es lo mejor.

—¿Eso crees? —inquirió él entrecerrando los ojos—. Esto no tiene por qué terminar aquí, Silvana.

—¿Malas noticias? —Esta vez fue ella la que preguntó, obviando las palabras de Hans.

Él resopló con fuerza antes de responder.

—Es Lucinda. Está en el museo y quiere verme.

Silvana sintió que algo se quebraba en su interior. Al parecer su ex le reclamaba con urgencia.

—Pues será mejor no hacerla esperar, ¿no crees?

Hans se pellizcó el puente de la nariz, cerró los ojos un segundo y volvió a abrirlos.

—Dame un minuto, ¿de acuerdo?

—Puedo coger un taxi, no te preocupes —dijo mientras se dirigía a la puerta.

Hans se frotó el labio superior mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Yo te llevo. Solo te he pedido un minuto.

«Me has pedido mucho más que eso», pensó ella mientras abría la puerta del apartamento.

—Te espero en el coche.

Hans desistió de contradecirla. Silvana tenía razones para estar enfadada. De algún modo la dejaba para ir a hablar con su ex esposa; sin embargo, no podía dejar pasar esa conversación, por el bien de Brander.

—Está bien.

Como única respuesta escuchó el golpe de la puerta al cerrarse.

Capítulo 20

El trayecto en coche hacia el museo se había efectuado en el más absoluto silencio y, ese mutismo, solo se había roto cuando Hans encendió la radio, como si de esa forma quisiera llenar el vacío existente entre los dos.

Llegaron a su destino taciturnos y a Silvana no le extrañó encontrar a Lucinda en la antesala del museo. Parecía inquieta y caminaba con unos tacones de diez centímetros de un lado para otro, como si quisiera así desgastar el suelo de baldosas. Con una mirada devastadora, recibió a Silvana y a su ex marido.

Astrid, nerviosa y algo cohibida por la presencia de Lucinda, se acercó rápidamente a Silvana.

—Adele está en el despacho. Quiere verte —le dijo casi en un murmullo.

—Claro —fue la escueta respuesta.

—¿No nos vas a presentar, Hans?

Silvana se quedó quieta, ladeó la cabeza y buscó a Hans con la mirada.

Sintió lástima por él.

—Por supuesto —carraspeó antes de continuar—; Lucinda, ella es Silvana, nuestra nueva historiadora del museo.

A Lucinda no se le pasó por alto el «nuestra».

—Encantada. —Lucinda le ofreció la mano a modo de saludo.

—Un placer —dijo Silvana estrechándole la mano.

—Roskilde es un lugar muy frío e imagino que aún debes estar acostumbrándote a las bajas temperaturas de esta época del año —comentó Lucinda con una sonrisa lacónica en los labios.

—Astrid, ¿por qué no acompañas a Silvana al despacho de Adele? —intervino Hans.

—Solo me estaba mostrando amable. —Se quejó Lucinda.

—De donde yo provengo, los inviernos también son duros —respondió Silvana sin dejarse amedrentar.

Lucinda era una mujer atractiva en las distancias cortas. No era de extrañar que Hans se hubiese enamorado de ella. Su pelo cortado al estilo garçon hacía que sus ojos pareciesen más grandes y vivos. Su delgadez hacía de ella una mujer elegante; nada que ver con sus curvas embutidas en su cuerpo latino.

—Pues he de decir que me alegro de conocerte al fin. Brander no deja de hablar de ti.

—Lucinda, por favor. —El tono de voz de Hans sonó más a advertencia que a otra cosa

—Es un niño fantástico —respondió Silvana intentando no ser desagradable.

—Sí que lo es.

De pronto, como si la fría conversación no hubiese tenido lugar, Lucinda se volvió hacia Hans.

—¿Puedo hablar contigo?

Él la miró con dureza y le hizo un gesto con la mano para que le precediera.

—Sí —respondió sin mucho entusiasmo—, vayamos a mi despacho.

—Prefiero que me muestres las nuevas adquisiciones del museo... si no te importa, claro está.

Hans no pudo evitar mirar a Silvana. La tristeza que vio en sus ojos le hizo sentirse irremediabilmente culpable.

—Silvana... —la llamó Astrid—, Adele te espera.

—Sí. Discúlpame, Astrid.

—Por supuesto, querida, ve, debes centrarte en tus obligaciones.

El tono de voz utilizado por Lucinda hizo que Hans dejase de respirar.

Gracias a Dios, Silvana se limitó a ignorarla. El hecho de que no le dirigiese ni una sola mirada, le hizo suponer que la confianza que había conseguido unos minutos antes podía haberse resquebrajado. Se odió por ello.

No era justo para nadie que Lucinda manejase los hilos de su vida a su antojo. La imagen de su hijo apareció de repente en su mente y supo, con más certeza que nunca, que estaba a merced de su ex esposa.

—¿Es siempre así?

—Cuando dices así quieres decir burda, estirada y maleducada.

Astrid y ella caminaban a la par en dirección al despacho de Adele.

Silvana sonrió, ya que ni ella misma la hubiese descrito mejor. Le gustaba Astrid y ahora más que nunca. Verla cada día había hecho que se acostumbrase a sus ojos excesivamente maquillados y a su ropa ajustada, que le hacía parecer un tubo andante.

—A mí me mira como si fuese un bicho raro —continuó Astrid—, siempre va con esos aires de altanería y oliendo a sus perfumes caros. No sé que pudo ver Hans en ella.

Silvana sí lo sabía. Lucinda era una mujer muy hermosa. Por un momento se la imaginó en una pasarela de alta costura.

Astrid abrió la puerta del despacho y dejó pasar en primer lugar a Silvana.

—¡Gracias a Dios que está bien! —Fue lo primero que exclamó Adele nada

más verla—. ¿Estás bien? Nos hemos enterado de lo ocurrido ayer por la tarde en el museo por Rafael.

Silvana se sintió conmovida por la preocupación.

—Perfectamente. Un susto, eso es lo que fue.

—Bueno, déjame decirte que Rafael no lo cuenta así —comentó la secretaria levantándose de su silla—; según la policía, es mucho más serio de lo que dejas entrever. Tengo entendido que han puesto seguridad nocturna y que aún están visualizando las cámaras de seguridad en busca de más pruebas.

—Yo de pensarlo siento hasta escalofríos —dijo Astrid sentándose en un extremo de la mesa—. Por más que lo pienso, no me lo puedo llegar a creer. Podría ser un asesino en serie o alguien por el estilo.

Adele miró a la muchacha con una expresión de reproche.

—Por favor, Silvana, no le hagas caso —repuso con acritud sin dejar de mirar a Astrid—, lee demasiada prensa amarilla.

Astrid se levantó de la mesa como un resorte.

—Eso no es cierto —protestó con vehemencia—. Sabes, al igual que yo, que hay un asesino por ahí suelto. —Miró a Silvana con los ojos abiertos de par en par—. Han desaparecido dos adolescentes en menos de lo que va de mes.

—Astrid, por favor. —La amonestó Adele.

—¿Acaso estoy diciendo alguna mentira? —inquirió Astrid con insolencia.

Adele se volvió y la fulminó con la mirada.

—No, claro que no, pero la estás asustando.

La muchacha dejó de prestar atención a la secretaria para observar a Silvana, que estaba blanca como la cera.

Silvana no solía leer la prensa porque aún no entendía bien el danés, pero la noticia de las dos desapariciones la impactó.

—Lo siento. —Fue lo único que logró decir Astrid.

—¿Es cierto lo de esas desapariciones? —indagó realmente preocupada.

—Por desgracia sí, pero eso debemos dejarlo en manos de la policía. Esas desapariciones no tienen nada que ver con el museo.

La policía tendría que disponer de muchas manos para hacer frente a todos los casos que tenían abiertos, pensó Silvana dejándose caer en una de las sillas.

—¿Sigue Lucinda aquí? —Preguntó de repente Adele a Astrid.

La muchacha asintió y Adele resopló.

—¿Está más calmada?

—Yo diría que a esa mujer no la calma ni un frasco entero de Valium.

Silvana prestó atención a la conversación, pero prefirió no intervenir. De alguna manera sabía con cierta certeza que esa situación la afectaba a ella. Una

sombra de tristeza invadió sus pensamientos. Rememoró los últimos instantes en casa de Hans y, a causa de ello, se removió inquieta en la silla. No cabía duda, su libido se había despertado del todo y parecía no darle tregua, pero cuanto antes se enfrentase a la realidad, mejor que mejor.

—¿Tienes ya la traducción?

Silvana salió de su ensoñación y volvió de golpe a la realidad.

—Está en el despacho de Hans.

—Bien. —Fue la escueta respuesta de Adele.

De pronto se hizo un silencio molesto.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió la secretaria llenando el vacío existente.

La mirada de Silvana se posó primero en Adele y luego en Astrid, esta parecía tan interesada como la secretaria.

—¿Qué hacías a horas tan intempestivas en el museo?

Silvana se tomó su tiempo en responder. No deseaba dar ningún tipo de explicación. Desde que había indagado en la agenda de Poulsen, todas las personas que trabajaban en el museo eran sospechosas, al menos para ella.

—Recabar información —dijo al fin.

—¿Sobre?

—Gardar —mintió Silvana diciendo lo primero que le vino a la mente.

—¿Quién es? —Quiso saber Astrid.

—Un guerrero vikingo.

El asombro de las dos mujeres no se hizo esperar.

—No he oído hablar nunca de él —repuso Astrid con cara de estar haciendo memoria.

—Yo tampoco, pero con vuestra ayuda estoy segura de que pronto descubriré quién es.

—Siempre me ha gustado este lugar.

Hans sabía que no era cierto, pero se abstuvo de decir nada. Conocía demasiado bien a su ex mujer y sabía por experiencia propia que era mejor no contradecirla si quería sacar algo en claro de aquella visita.

Lucinda se paró ante la vitrina que contenía varios peines de la época vikinga. Pasó la mano por el fino cristal y acarició en la distancia varios de los objetos allí expuestos.

—Me gusta ese —dijo señalando un peine, deteriorado por el paso del

tiempo, situado en el centro de la vitrina.

—¿El que tiene púas a ambos lados de la espina?

—Sí.

Hans hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para serenarse. Lucinda, como solía ocurrir a menudo, jugaba al ratón y al gato. Pensó en su hijo e intentó por todos los medios destensar la mandíbula y los músculos del cuello.

—Todos ellos tienen su época e historia. —Fue la respuesta de Hans.

—¿Te preguntarás a qué he venido?

Lucinda pasó a otra de las vitrinas; Hans la siguió dos pasos más atrás.

—Tú dirás. —Clamó a la paciencia por enésima vez.

Ella se giró durante una fracción de segundo; suficiente para regalarle una tenue sonrisa.

—Lo he estado meditando seriamente —comentó ella como si tal cosa—, y creo que lo mejor para todos es que lleves a Brander a visitar a tu familia a Ribe.

Hans se paró en seco y se preguntó si había escuchado bien la propuesta de su ex esposa.

—¿Hablas en serio?

Ella percibió una nota de impaciencia en su voz y eso le gustó.

—Brander te adora y yo quiero lo mejor para él.

—¿Puedo preguntar qué te ha hecho cambiar de idea?

Lucinda levantó los hombros para dejarlos caer inmediatamente.

—He ido a hablar esta mañana con la profesora de nuestro hijo. Espero que no te importe —repuso inmediatamente al ver el semblante serio de Hans—. Era una duda personal que me inquietaba después de la conversación telefónica que mantuvimos anoche. Ha sido ella la que me ha dejado entrever que Brander anhela tener más contacto con su familia paterna.

—Ya veo. —Hans se frotó la nuca y se quedó mirando absorto la fina mano de Lucinda apoyada en la vitrina.

—Tendrá que ser un fin de semana. Creo que sería lo más sensato para el niño. Su profesora me ha pedido encarecidamente que no pierda excesivos días lectivos.

—Comprendo y te agradezco el hecho de que me dejes llevar a Brander un par de días a Ribe.

Ella volvió a sonreír, pero esta vez más abiertamente.

—¿Cuándo os vais a ir?

—Aún no lo sé —respondió él pensando en Silvana y la investigación policial—. Este fin de semana lo veo complicado; quizás para el próximo.

Lucinda asintió con la cabeza ligeramente y volvió la mirada a la vitrina.

—Es guapa. Mucho más de lo que hubiese imaginado en un principio.

Hans, nada más escuchar las palabras de su ex refiriéndose a Silvana, se tensó.

—Es una excelente profesional. Eso es todo lo que necesitamos saber.

—Siempre te han gustado las mujeres pelirrojas. —Lucinda exhaló un suspiro de derrota—. Me he percatado de que habéis venido juntos y de cómo la mirabas cuando salíais del coche. Creo que, en este momento, el hecho de que sea una excelente profesional es secundario.

Él avanzó algunos pasos y se puso a su altura.

—No sé adónde quieres ir a parar, pero Silvana es la historiadora del museo; no hay más, aunque tú te empeñes en lo contrario.

Al decir esta última frase, rogó para que no le temblase la voz. Lucinda lo conocía demasiado bien y había dado en el clavo respecto a Silvana; sin embargo, lo que más deseaba en ese instante era mantenerla fuera de esa batalla matrimonial. Lucinda, cuando se lo proponía, podía ser muy cruel.

—No te creo; pero eso no es nada nuevo. ¿Verdad?

—El pasado es mejor dejarlo donde está, Lucinda —repuso él hosco.

—Es curioso escuchar decir eso de alguien que vive para y por este museo y que siempre parece vivir varios siglos atrás.

Hans soltó el aliento de golpe y se tragó el impropio que tenía entre dientes.

—¿Son nuevas adquisiciones?

Él no tuvo otra opción que mirar hacia la vitrina que indicaba Lucinda.

—No. Llevan varios meses aquí.

—¿Sabes? Ellos lo tenían más fácil —comentó tranquila y serena observando la hilera de hachas y armas blancas allí expuestas—, se tomaban la justicia por su mano sin que les importaran las consecuencias. Quizá la carencia de miedo les hizo pensar que podían invadir buena parte de Europa y creerse invencibles.

—¿Desde cuándo te gusta la historia de los vikingos? —preguntó él con sequedad.

—No es un secreto, Hans. Gracias a mi curiosidad por los vikingos conocí a Liam.

El hecho de que pronunciase el nombre de su hermano en la conversación hizo que Hans introdujera las manos en los bolsillos y apretase fuertemente los puños contra la tela de su pantalón.

—A pesar del paso del tiempo parecen afilados.

Él no pudo más que observar de nuevo la vitrina y el objeto en sí que señalaba Lucinda. Era una pequeña daga de un solo filo, la forja de hierro y acero tras el uso continuado y los siglos transcurridos estaba dañada y oxidada. Su empuñadora, ahora

fragmentada y deteriorada por el paso del tiempo, había sido elaborada con el asta de algún animal y el artesano había grabado buena parte del abecedario rúnico en ella. Esa daga era, por su perfecta conservación, única.

Por un momento le recordó al colgante que llevaba Silvana en el cuello, pero la idea, tal como vino, se desvaneció.

—Su valor es incalculable. —Fue lo único que se lo ocurrió decir.

—Todo tiene un precio, Hans. La cuestión es dar con la cifra adecuada.

Él arqueó ambas cejas a la vez que sacaba las manos de los bolsillos y cruzaba los brazos a la altura del pecho.

—Me encantaría que me invitases a comer —instó ella cambiando radicalmente de tema—. Los acuerdos deben cerrarse con una copa de vino, ¿no crees?

Hans sopesó la situación y a su mente vino rápidamente la imagen de Silvana. No estaba bien besar a una mujer esa misma mañana y comer con otra distinta pocas horas después, pensó a sabiendas de que no le iba a ser fácil salir de la tela de araña que parecía estar tejiendo Lucinda alrededor de su persona.

—Veo que tienes que pensarlo.

—Lucinda, soy un hombre ocupado.

—Ya veo —le increpó ella—. El trabajo antes que la familia. Hay cosas que nunca cambian, ¿verdad, Hans?

El repiqueteo de los tacones de Lucinda sobre las baldosas no se hizo esperar.

Hans cerró los ojos con fuerza y soltó todo el aire acumulado en los pulmones.

«Brander», se repitió a sí mismo para convencerse de que iba a hacer lo correcto.

—Lucinda, espera —dijo alcanzándola—. Está bien. —Se rindió—. Te invito a comer.

Él, absorto en sus pensamientos, no pudo ver la sonrisa de triunfo que se dibujó en los labios de su ex esposa.

Capítulo 21

Silvana observó la pantalla del ordenador fijamente pero, por más que lo intentaba, no lograba concentrarse.

Hacía más de tres horas que Hans se había ido con Lucinda y, hasta el momento, no sabía nada de él.

Era una estúpida. ¡¿Qué se pensaba?! ¿Que un beso podía cambiar las cosas entre ellos?

—¡Mierda! —exclamó antes de volver a posar los dedos en el teclado.

Tomó un sorbo de su café y, al comprobar que estaba frío, soltó otro improperio.

¿Por qué nada le salía bien?

Dormía poco y, durante ese transcurso de la noche, siempre parecía estar inquieta y alerta. Tenía la sensación de estar más tranquila y segura a la luz del día, pero hoy todo parecía diferente. Presentía que el mundo estaba al revés.

Debía centrarse, no pensar en nada que la distrajese y, ante todo, no caer de nuevo en los brazos de Hans. Él era su jefe y esa frase debía grabársela con fuego para no olvidarlo nunca más.

Consiguió terminar uno de los organigramas que le permitía estudiar con más claridad las fechas y datos que podían serle útiles para la investigación que estaba llevando a cabo.

Hasta ahora, el nombre de Gardar se le resistía. No existía ningún documento histórico que hiciese referencia a su persona; algo que la desconcertaba. Según sus sueños, Gina había dicho que Gardar era uno de los hombres que servían al rey Harald. Estaba casi segura de que ese nombre hacía referencia a Harald II Haardrade, sin embargo aún no había encontrado nada que verificase su hipótesis. Si estaba en lo cierto, Krista, la mujer que aparecía en sus sueños, se hallaba en un verdadero aprieto.

Varios golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Vas a quedarte más tiempo?

Adoraba hablar y escuchar español.

—No. Me voy ahora mismo —respondió a Rafael, el guardia de seguridad que esperaba pacientemente en el umbral de la puerta.

—Si tienes que quedarte no debes preocuparte, la policía estará apostada en la puerta del museo toda la noche y habrá una persona de seguridad dentro del museo.

—¿Crees que después del susto de ayer voy a quedarme otra vez? Ni hablar —comentó a la vez que recogía los bolígrafos y carpetas de su mesa.

Rafael iba a responder cuando una voz distorsionada salió de su radio.

—Debo irme. Se ponen nerviosos.

—Está bien. —Silvana le sonrió—. Haz tu trabajo.

La puerta se cerró dejando a Silvana sola con sus cavilaciones. Volvió a centrar de nuevo su atención en la pantalla del ordenador y decidió que lo mejor era guardar la información que había encontrado hasta ahora en un pendrive.

Estaba realizando la operación cuando dos golpes suaves y secos volvieron a escucharse al otro lado de la puerta.

—Pasa —contestó en español imaginándose que sería Rafael de nuevo.

Tuvo que hacer todo un acto de fe para no moverse de su sitio y seguir con lo que estaba haciendo en cuanto vio a Hans entrar en su despacho.

¿Dónde había quedado la frase grabada a fuego?

—Imagino que me has invitado a entrar —dijo con aparente calma.

—Disculpa, pensé que era Rafael.

Él asintió con la cabeza levemente.

—Soy yo el que se debe disculpar —comentó azorado.

Ella dejó lo que estaba haciendo para centrarse en el hombre que tenía ante sí.

—¿Por qué?

—Me he ido sin despedirme y eso no ha estado bien por mi parte.

—No tienes que darme explicación alguna, Hans —dijo mientras extraía el pendrive del ordenador.

—Estás enfadada y admito mi culpa...

—No estoy enfadada —le interrumpió—. Ya te he dicho que no me debes ninguna disculpa. —Bebió un sorbo de su café a sabiendas de que estaba frío, pero necesitaba, de alguna manera, eliminar el nudo que parecía cerrar su garganta impidiéndole respirar con normalidad.

—Comprendo.

—Bien. Entonces todo aclarado. —Recogió varios bolígrafos y su agenda y los metió en el bolso.

—Lucinda quería hablar sobre Brander y no me he podido negar.

Ella dejó el bolso a un lado y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa.

Él deseó dejar aquel despacho al observar cómo los ojos de Silvana se habían endurecido. Sabía que había hecho mal no despidiéndose de ella y sin comentarle nada al respecto de la visita de Lucinda. La actitud de Silvana le daba a entender que estaba molesta. Él en su lugar seguramente sentiría la misma rabia e impotencia si hubiese sido ella la que se hubiera ido a comer con otro hombre.

—Me parece bien, Hans. Brander debe ser lo primero.

Apagó el ordenador, se puso el abrigo y colgó el asa de su bolso sobre su

hombro.

—¿Y ya está? ¿Todo termina aquí?

—No puede terminar nada porque no hemos empezado nada.

—Por favor, Silvana. Intento explicarte lo que ha sucedido. —Se interpuso en su camino.

—No necesito —cerró los ojos y soltó un suspiro sonoro— explicaciones ni disculpas. Pareces no entenderlo.

—Creí que entre nosotros había algo especial —subrayó él más desesperado de lo que creía en un principio que podía estar.

—Hans, me iré en cinco meses. —Percibió como él apretaba los dientes al tiempo que negaba con la cabeza—. Es mejor dejar las cosas como están. Tarde o temprano se complicaría y ambos sufriríamos. Evitémonos ese paso. ¿De acuerdo?

Él hizo un mohín con los labios.

—Lo resumes de una forma tan sencilla que resultas hasta convincente.

Aquellas palabras fueron un ataque verbal para Silvana, pero no lo dio a entender. Necesitaba distancia. Lo había comprendido en el instante en que él había entrado por la puerta. Ese hombre no le era indiferente. Cada minuto que pasaba con él quería más, y eso era algo que ella no se podía permitir.

Hans tenía una unión muy especial con su hijo y nunca dejaría Dinamarca para irse con ella a España. Su abuelo estaba allí y, en días como hoy, se preguntaba si había hecho lo correcto dejándolo todo y volando miles de kilómetros para hacer realidad su sueño.

La voz de él le hizo volver a prestarle atención.

—No voy a discutir las prioridades en mi vida porque creo que sabes cuáles son. —Forzó una sonrisa—. Lucinda por fin me ha dado el consentimiento para que me lleve a Brander a Ribe y, no voy a negar que hace unos días eso era lo que más me importaba, pero esta mañana ha sucedido algo entre nosotros, algo importante, o eso es lo que creo yo, y que por nada del mundo lo querría perder.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla de golpe sin saber muy bien qué decir al respecto.

—No quiero perderte —continuó él—. No quiero que te vayas; no quiero que salgas de mi vida. ¿Entiendes eso, Silvana?

Se acercó despacio, con cautela, y con sus manos enmarcó el rostro de ella.

—He actuado mal, lo reconozco, pero no permitas que lo que hay entre nosotros termine antes de empezar.

—Hans... —La voz de ella sonó frágil e insegura—. No quiero sufrir. —Levantó los ojos y entrelazó la mirada con la de él—. En este momento necesito poner la venda antes que se produzca la herida.

Ella pudo ver el dolor reflejado en los ojos de Hans y se sintió culpable por ello.

—Dime que no sientes nada por mí y te dejaré en paz; no volveré a molestarte. Silvana cerró con fuerza los ojos para evitar que las lágrimas salieran a la luz.

—No es tan complicado, Silvana —le susurró.

Ella se mordió con fuerza el labio inferior. Abrió los ojos y lo observó detenidamente. Podía percibir el calor de las manos de él en sus mejillas. No era difícil dejarse llevar, pero si algo le había enseñado la historia era a no cometer una y otra vez los mismos errores.

Se armó de valor y evitó mirar los ojos de Hans.

—No siento nada por ti.

En el instante en el que pronunció esas palabras, percibió cómo una lanza imaginaria le atravesaba el corazón. El dolor y la furia que vio en los ojos de Hans le hicieron sentirse la peor mujer sobre la faz de la tierra.

Él dejó caer poco a poco sus manos sin dejar de mirarla ni un solo segundo. Ella percibió cómo un golpe de frío la invadía todo el cuerpo.

—Tengo que irme —dijo ella intentando ignorar las oleadas de deseo que se acrecentaban a medida que pasaba más tiempo con él.

Hans se apartó mientras la observaba como si intentara leer su mente y verificar así la sinceridad de sus palabras. La dejó pasar.

Ella se dirigió a la puerta sin atreverse a mirar hacia atrás. A su espalda dejaba el amor y al hombre del que, sin saber cómo ni cuándo, se había enamorado.

Era lo mejor. Lucinda siempre sería una sombra en sus vidas y ella necesitaba luz, claridad y un horizonte claro; en definitiva, una meta sin obstáculos.

Hans Solberg volvía a ser su jefe. Tal y como debería haber sido siempre.

Parpadeó varias veces para evitar que las lágrimas que se agolpaban en sus ojos diesen rienda suelta a un llanto que, por más que quisiera, una vez que comenzase, no podría parar.

Cerró la puerta tras de sí dejando un futuro incierto en ese despacho.

Capítulo 22

—*Abuelo, estoy bien* —dijo Silvana por enésima vez.

Después de dejar a Hans se fue directa a casa. Durante el trayecto no había dejado de llorar y la cabeza estaba a punto de estallarle. Tenía la sensación de estar perdida en su fuero más interno, como si su alma se hubiese quebrado en miles de pedazos; había rechazado a un hombre maravilloso y le había dolido dejar en ese estado a Hans, sin embargo, a la larga, sin duda sería lo mejor para ambos.

Tras una ducha reconfortante y caliente se había decidido por el pijama y una taza de café humeante que en ese momento sostenía en una mano.

Su abuelo, como si presintiera su dolor, la había llamado hacía unos diez minutos al móvil.

—*¿Entonces por qué tu voz suena tan apagada? Te conozco demasiado bien para no saber que algo te está preocupando.*

Silvana buscó una excusa.

—Es el frío —comentó de pronto—. Este viento helado entumece la garganta. Dejemos de hablar de mí, abuelo. Cuéntame cosas de Luzmela.

Conocer los nuevos acontecimientos del pueblo siempre la animaba.

—*Bueno... veamos.* —Su abuelo no parecía muy convencido con el cambio de tema, pero al final pareció rendirse—. *La verdad, no hay mucho que contar; ya sabes que por aquí las cosas suceden despacio.*

—Lo sé.

Por primera vez en muchas horas, Silvana sonrió.

—*Tu amiga viene una vez por semana.*

—Me alegra saberlo.

—*La última vez vino acompañada por un hombre, un tal Tomás Ferrero; la verdad es que se los veía bien juntos. ¿Son pareja?*

—Digamos que se están conociendo.

—*En mi época, un buen baile era más que suficiente para saber si una mujer te gustaba o no, sin embargo, vuestra generación va excesivamente deprisa para algunas cosas y demasiado lenta para otras, algo que no me explico.*

Silvana sabía que su abuelo tenía razón al respecto.

—Los tiempos cambian.

—*E imagino que también las personas, ¿no?*

—Crees bien.

Ella no pudo evitar pensar en Hans.

—*Lo suponía. Tengo que reconocer* —dijo volviendo al tema que tenían

entre manos— *que, después de hablar varios minutos con él, me cayó bastante bien. Es un erudito en historia. Algo que me complace enormemente.*

Silvana tomó un sorbo de café y, a continuación, como si se tratase de un movimiento involuntario, se sentó en el lateral de la cama; apoyó su barbilla en una de sus rodillas flexionadas y se dejó llevar por la voz de su abuelo. Si cerraba los ojos, tenía la sensación de que él estaba a su lado, como solía hacer cada vez que le visitaba y le contaba todos los pequeños y grandes sucesos de aquellas maravillosas gentes que la habían visto nacer y hacerse mujer. Le dejó hablar. No tenía prisa alguna por volver al mundo real.

Hans abrió el frigorífico en busca de una de sus cervezas. Tenía un buen cargamento, por lo que podía ahogar sus penas en alcohol. Tiró de la anilla y, seguidamente, se llevó la lata a los labios.

Su sabor limpio y amargo se deslizó por su garganta. Bebió un trago más y las palabras de Silvana volvieron a resonar una y otra vez en su cabeza. Odiaba esa sensación, esa forma que tenía el cerebro de martirizarte cuando intentabas olvidar. Un disco rayado sonaría mejor que él en ese momento. Parecía que, a medida que el tiempo transcurría, la herida se hacía más y más profunda.

—¡Joder! —Exclamó antes de cerrar el frigorífico con un golpe seco.

Debería estar contento. Por fin podría llevar a Brander a casa de su madre, pero el rostro desilusionado y triste de Silvana lo enturbiaba todo. Por un momento, aquella mañana, había vuelto a tocar con la yema de los dedos la felicidad, y ahora, observando con atención la mano entumecida por el frío a causa de la lata que sostenía en ese momento, llegó a la conclusión de que así se encontraba en lo más profundo de su ser: congelado.

Había tenido el presentimiento de que con ella podía ser distinto. Su risa, su forma de expresarse, sus acelerados movimientos con las manos cuando hablaba, su mirada brillante y carente de recelo; todo en ella era perfecto. La había jodido y bien.

Encendió la televisión y buscó el canal donde iban retransmitir el partido de fútbol. Era un partido decisivo para la selección de fútbol y Dinamarca se jugaba su presencia en la próxima Eurocopa. No recordaba el nombre del contrincante, pero pronto lo sabría.

Abrió una bolsa de patatas fritas y se dejó caer en el sofá; al hacerlo, le recordó a la noche anterior, cuando acogió entre sus brazos a una Silvana dormida y la llevó hasta su habitación. Tenía la impresión de que habían pasado siglos, y no solo horas.

Pensó en aquel beso y deseó con todas sus fuerzas que ella estuviera allí, con él. La culpabilidad volvió a agujonearle con fuerza.

La publicidad, como solía suceder cuando jugaba la selección, se sucedía anuncio tras anuncio en la pantalla; sin embargo, no le importaba lo más mínimo, así que desistió de cambiar de canal.

El sonido del timbre hizo que bajase el volumen de su televisor. Sonó de nuevo y una pequeña esperanza pareció abrirse ante él. Se dirigió a la puerta y, sin mirar por la mirilla, la abrió. Su sonrisa y su ilusión desaparecieron ipso facto.

—A un amigo se le recibe con otra cara.

Hans se hizo a un lado y dejó pasar a Noah.

—Te creía en Ribe.

—Allí estaba, pero Liam y yo necesitábamos algunos repuestos y me he acercado hasta Roskilde para comprarlos.

Escuchar el nombre de su hermano en ese mismo momento no ayudaba en absoluto.

Hans cerró la puerta y siguió a Noah hasta la cocina.

—¿Tienes más de esas? —preguntó Noah señalando la cerveza.

—En el frigorífico, en la parte de arriba.

—He pensado que te gustaría ver el partido acompañado.

Hans ladeó los labios hasta formar una media sonrisa.

—Un amigo siempre es bien recibido en mi casa.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara de funeral?

Él pensó que Noah, después de todo, tenía suerte. No había nada que le atase. Vivía buena parte del invierno en Ribe construyendo barcos con Liam, su hermano, y la primavera y el verano los pasaba en el muelle del museo paseando a los turistas en una réplica de una nave vikinga que ellos habían diseñado y creado con sus propias manos. Durante esos meses, pernoctaba en un pequeño apartamento a las afueras de Roskilde. No era gran cosa, pero a él parecía bastarle.

—He tenido un día difícil. Eso es todo.

—El museo en esta época del año no tiene muchos visitantes.

Noah abrió uno de los armarios y buscó entre latas y tarros hasta encontrar lo que buscaba.

—Aquí están. Pepinillos —exclamó levantando el tarro de cristal con aire triunfal.

—Tienes más al fondo.

Giró la tapa sin dificultad y abrió el tarro; se metió uno en la boca.

—Está bien saberlo —dijo entrecerrando los ojos a causa del efecto que producía el vinagre en sus papilas gustativas—. ¿Me lo vas a contar o tengo que

sacártelo a la fuerza?

Hans soltó un bufido.

—Mejor en el salón. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio, a poder ser —comentó Noah llevándose otro pepinillo a la boca mientras salía de la cocina.

Hans le resumió el día omitiendo ciertos detalles íntimos que no venían al caso.

—A ver si lo entiendo, Silvana te gusta y, por tu forma de hablar, traduzco que mucho.

Hans dejó caer de golpe su espalda contra el respaldo del sofá.

—Se podría decir que sí.

El partido ya había comenzado. De vez en cuando se producía un silencio nada incómodo y observaban alguna jugada maestra por parte de los jugadores en el campo de juego.

Noah observó a su amigo. Sabía lo que había sufrido en el pasado con Lucinda y el presente no parecía ser muy diferente. Liam tampoco era una ecuación aparte. Así que llegó a la conclusión de que Silvana era como un soplo de aire fresco para Hans, y se notaba a leguas que la necesitaba.

—¿Por qué estaba Silvana en tu casa? Que yo sepa no os une más que una relación de trabajo.

—Alguien entró en el museo ayer por la tarde. Silvana se quedó trabajando...

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó dejando un pepinillo a medio camino de su boca.

—La policía aún lo está investigando, pero descarta el robo.

—¿Ella está bien?

—¿La verdad? No lo sé.

—¿Por esa razón la trajiste a casa?

—Fue una de las razones —dijo mirando a su amigo. Hans prefirió dejar la investigación del pendrive relegada. No es que no se fiase de Noah, simplemente era por precaución, se dijo a sí mismo antes de estirar las piernas y colocar los talones sobre la mesa.

—¿Por qué razón no me has tenido al tanto de lo que está ocurriendo?

—Si me pasas la bolsa de patatas fritas, seguramente lo haga a partir de ahora. Noah obedeció.

—¿Así que la besaste?

—Ajá.

—Y, como de costumbre, tu ex rompió todo el romanticismo...

Esa había sido la parte más sencilla de contar a Noah. Conocía de sobra a

Lucinda y no hacía falta entrar en detalles.

—Ya la conoces. Es única para eso. —Bebió otro trago de su segunda cerveza—. Creo que intuye que entre Silvana y yo podría haber algo.

Noah la conocía; sí, demasiado para confiar en ella. Si el diablo se personificase en una humana, escogería, sin duda alguna, a Lucinda. Había visto a los hermanos llegar a las manos por ella, a una familia sufrir y rota de dolor por el capricho de una mujer.

—¿Por esa razón ha vuelto a materializarse en tu vida?

—Probablemente. —Hans miró la pantalla y luego dirigió su mirada de resignación a su amigo—. La concesión de llevarme a Brander a Ribe no ha sido casual. Estoy seguro.

—Yo tampoco lo creo. Quiere ganar puntos o tiempo; eso es todo.

—Al menos, de todo esto ha salido algo bueno.

—Visto desde ese punto... —respondió Noah con aire cansino—. Deberías haberle dicho a Silvana que te ibas a comer con tu ex.

—Joder, tío, a esa conclusión llegué hace varias horas, y no sabes cómo lamentado no haberlo hecho. —Se metió una patata en la boca y la masticó con fuerza—. Silvana ha debido sentirse fatal.

—¿No la llamaste tampoco al móvil?

Hans negó con la cabeza.

—Yo diría que se ha sentido desplazada, relegada a un segundo plano.

—Así no ayudas, ¿sabes?

—¿Quieres saber lo que pienso o no? —inquirió Noah a la defensiva.

Hans no contestó. Se limitó a bajar los pies de la mesa y a levantarse para ir a la cocina, en busca de otra cerveza.

—Deberías llamarla —le dijo su amigo cuando volvió al sofá.

—Y, ¿decirle qué? ¿Que soy un imbécil redomado?

—Eso sería un principio.

—Noah, no me jodas.

—Hans, debes dar un giro de ciento ochenta grados si quieres que ella te perdone y pase página.

Hans apoyó los codos sobre los muslos mientras que con las manos se sostenía la cabeza y la cerveza.

—Igual vamos muy rápido, no sé.

—Tío... —Noah chocó su puño suavemente contra el hombro de su amigo, como hacen los hombres cuando quieren llamar la atención de otro ego masculino—. Eso de ir muy rápido no existe. Tú simplemente te lanzas y puede funcionar o no.

Hans ahogó su frustración en un bufido sonoro.

—¿Qué harías en mi lugar? —preguntó ladeando la cabeza.

—Una pregunta complicada.

—Entonces, se exige una respuesta sencilla.

Noah desvió la mirada a la pantalla del televisor. Un jugador de su selección acababa de hacer un pase digno de elogio, sin embargo, no lo celebró, como solía hacerlo brincando en el sofá y echando pestes contra el contrincante que le había hecho falta en el último momento evitando así sumar un gol a su selección.

Su amigo lo necesitaba.

—Bueno... —Bebió un buen trago de cerveza antes de hablar—. Como decía Goethe: "Un buen hombre se disculpa por los errores del pasado, pero un gran hombre los corrige".

Hans lo observó sin dar crédito a lo que oía.

—¿Desde cuándo lees tú a dramaturgos alemanes del siglo XVIII?

Noah rompió a reír.

—Creo que debo dejar de beber o si no aflorará mi auténtico yo y eso no es nada bueno para mi persona.

Capítulo 23

La pérdida

La sangre fluía lenta y viscosa entre mis dedos, el líquido rojo oscuro recorría mi mano pausadamente y luego, esa hilera se deshacía en pequeñas gotas que se precipitaban torpes y silenciosas por mis yemas hasta llegar al suelo. Su color y olor metálico me produjeron náuseas. Algo no iba bien.

Sofiqué un grito; me incorporé lo más aprisa que pude y al mismo tiempo que lo hacía, me tambaleé de un lado para otro en un intento por no caer de bruces. Tras dar varios pasos sintiéndome débil y aturdida, lo conseguí. Más de una docena de mujeres dormían plácidamente a mi alrededor, ajenas a mi dolor y a lo que estaba ocurriendo.

Intenté avisarlas, ponerlas en guardia, pero el gran nudo que tenía en mi garganta me lo impidió.

El silencio solo era roto por las respiraciones irregulares procedentes de aquellas jóvenes que, al igual que yo, no pertenecíamos a ese lugar frío y yermo. Éramos hijas de otras tierras lejanas, de otros hombres y mujeres que no sabíamos si estaban muertos o vivos. Resignarnos o morir. Mi respuesta no era ninguna de esas dos opciones; yo buscaba la huida.

En unas de las esquinas del establo visualicé a Zoe dormida y, junto a ella, a Gina. Por su postura, seguramente ambas habían estado hablando hasta quedarse dormidas. Hubiese sonreído de haber podido.

Volví a sentir otro mareo y, por un momento, pensé que las paredes del establo se cernían sobre mí y me aplastaban. En ese instante a mi mente vino la figura poderosa de Gardar, el guerrero del rey. El hombre con el que no había cruzado más de dos frases desde su llegada y que aún no se había dignado ni tan siquiera a mirarme desde la última vez que lo hizo en el muelle. Sin embargo, a ojos de todos era su esclava. Nadie en su sano juicio se atrevería a tocarme. Lo noté en el instante en el que él me eligió.

Sofiqué un sollozo y, con una fuerza que no creía poseer, recobré el equilibrio tras mi último vahído. Intenté enfocar la mirada a mi alrededor y deseé averiguar cuál era la procedencia de ese rastro de sangre que, por un motivo desconocido, había llegado hasta mis dedos.

Todas seguían durmiendo, ajenas a mi dolencia. A mi alrededor todo parecía estar en calma y nada me hacía prever lo que iba a ocurrir a continuación.

Mis piernas temblaron y tenía la sensación de que no podrían sostener mi

peso; al moverme, sentí algo cálido y viscoso deslizarse entre mis muslos. Agarré, como pude, el final del vestido, lo levanté casi sin fuerzas y sofoqué un grito al descubrir el origen de la sangre.

Esto no podía ser bueno.

Descubrí lo que estaba ocurriendo: me estaba muriendo.

Un dolor intensó atravesó mis entrañas una y otra vez, como si de un agujón se tratase. Durante un instante el dolor disminuyó, pero no llegó a desaparecer del todo; nerviosa, abrí la boca buscando una bocanada de aire fresco que nunca llegó. Acto seguido, agotada por la situación, comencé a rezar una oración clamando a mi Dios misericordioso, pero no pude terminarla porque, de repente, todo pareció volverse borroso, sentí como las rodillas se doblaban a mi destino. No me era posible mantenerme en pie; segundos después, me precipité a un vacío interminable. Quizás un acantilado, pensé al sentir cómo un sudor frío me invadía. Lo que no sabía con certeza era si al final de esa caída iba a encontrar la profundidad del inmenso mar mecido por enormes olas que se empotraban, sin miramiento alguno, contra las enormes rocas de la costa.

Capítulo 24

Hans se precipitó al interior del museo. Saludó al entrar a Rafael y a Astrid. Ambos, al verle, cambiaron el gesto y guardaron silencio, lo que podía dar a entender que fuese el objeto de la conversación mantenida entre los dos empleados.

Antes de que él pudiera decir algo más, Rafael se le adelantó:

—El informe de la noche está sobre la mesa de su despacho.

Hans asintió y, sin entretenerse, se encaminó con paso decidido a la sala principal.

Un par de niños correteaban por el perímetro de la sala mientras sus padres se afanaban por que mantuvieran la compostura y el silencio que debía regir en un espacio como aquel. Hans, recordando a su hijo, pensó que la pareja tenía ante sí un reto casi imposible de lograr. A pesar de la algarabía, él no pudo menos que sonreír ante la escena. Algo llamó su atención al otro lado de la sala que le hizo desdibujar su sonrisa.

Dos hombres, uno de ellos trajeado, inmersos en lo que parecía ser una distendida conversación, se paseaban, ajenos a lo que sucedía a su alrededor, ante la última colección expuesta al público. Observó cómo uno de ellos, el más bajo de estatura, vestía con prendas de firma y llevaba un anillo enorme en el dedo meñique. El otro, tras unos segundos en silencio, asentía a las palabras del primero.

—¿Quiénes son? —preguntó a Adele nada más verla.

—Turistas —comentó sin darle más importancia e intentando disimular una mueca de disgusto ante el bullicio de los pequeños.

Hans advirtió que, para ser turistas, iban demasiado bien vestidos.

Se centró en la secretaria antes de decir:

—Dile a Silvana que necesito verla ahora mismo en mi despacho.

Adele hizo un mohín de desagrado con los labios antes de responder.

—Ha llamado hace un momento. Al parecer hoy no viene.

Hans dejó de mostrar interés por lo que sucedía en las salas del museo y concentró toda su atención en Adele.

—¿Motivo?

—Parece ser que no se encuentra bien.

No se lo podía creer. Después de la conversación que había mantenido con Noah la noche anterior, venía más que dispuesto a corregir su error. Comenzó a preocuparse por ella.

—¿Te ha comentado lo que le ocurre? —inquirió intranquilo.

—No. Pero a su favor puedo decir que su tono de voz no sonaba nada bien.

Hans enarcó una ceja. Él era el culpable de esa preocupación, estaba casi seguro.

—Estaré en mi despacho —espetó sin ocultar su irritación.

Adele lo vio dirigirse hacia la puerta de su despacho con un gesto adusto. Tenía la impresión de que entre el director del museo y la nueva historiadora existía algo más que una relación profesional. Algo que no le llegaba a gustar del todo.

Hans cerró tras de sí la puerta y soltó una sarta de improperios. Se pasó la mano por el pelo y se preguntó una vez más qué debía hacer. Iba a encender el ordenador cuando de repente una idea le sobrevino.

Martes, era martes.

Buscó el día en su calendario, situado sobre su mesa, y corroboró que estaba en lo cierto.

Habían transcurrido tantos acontecimientos en las últimas horas que casi lo olvida. Silvana podría estar enferma, no lo dudaba, pero estaba casi seguro de que no se encontraba en el apartamento.

Solo había una manera de averiguarlo.

Silvana respiró hondo antes de entrar al restaurante. Debía reconocer que la fachada era de lo que algunos denominaban ahora como *vintage*, pintada de un tono crema, y aunque tenía cierto aspecto de llevar en pie muchos años, estaba perfectamente conservada. No le extrañaba en absoluto que Poulsen y su acompañante quedasen para comer en un lugar tan emblemático todos los martes.

Entró sin prisa y, por un momento, le vino a la mente una de las escenas de la última novela que había leído sobre espías. Si hubiesen sido otras las circunstancias, se hubiese echado a reír, pero no lo hizo. Aún sin saber muy bien el cómo y el por qué, ella estaba inmersa en una investigación que no sabía hasta qué punto podía modificar su vida; sin embargo, parecía llevarlo en la sangre.

Una historiadora era una investigadora; eso no lo podía rebatir nadie.

El interior del restaurante era acogedor, más de lo que esperaba, y de un espacio más reducido de lo que ella hubiese supuesto en un principio; tenía la sensación de que era un local íntimo, muy adecuado para parejas o para cerrar un trato mercantil. En la sala había repartidas mesas para dos y cuatro personas, estaba decorada en tonos beige y tierra e impregnada de una suave música de fondo.

Se acercó a la barra despacio y observando todo lo que la rodeaba; quizás algo llamase su atención. Detrás de la barra se encontraba un camarero joven y experto en el arte de sacar brillo a las copas; él la estudió sin dejar a un lado los

movimientos rápidos de su mano sobre el fino cristal.

—Disculpe —dijo ella en un tono más bajo de lo que pretendía. Se aclaró la garganta. Esperaba que el camarero hablase en inglés, si no estaría perdida y aquella situación, fuera de lugar.

—¿En qué puedo ayudarla?

Hubiese saltado de alegría de haber podido hacerlo cuando el camarero contestó en el mismo idioma que ella se había dirigido a él.

—Me preguntaba...

El camarero, rubio y de ojos claros, dejó la copa sobre la barra mientras la escrutaba detenidamente; cogió otra copa y realizó la misma operación que había ejecutado un minuto antes. Su pelo rojo solía llamar mucho la atención y, por primera vez desde que había entrado en el restaurante, echó en falta a Hans. Él sabría cómo llevar esta situación. Estaba completamente segura de ello, era un hombre que se desenvolvía perfectamente, lo había demostrado más de una vez con los turistas en el museo.

Cerró los ojos y buscó la manera de formular la pregunta.

—Según tengo entendido, el señor Gium Poulsen comía aquí cada martes. ¿Cierto?

El camarero, sin dejar de mirarla, dejó la copa sobre la barra y dobló cuidadosamente la servilleta en cuatro mitades, la dejó sobre el mostrador y se marchó sin más dilación por una puerta de vaivén con ojo de buey que debía dar acceso, según ella, a la cocina.

Silvana iba a abrir la boca para protestar, pero las hojas ligeras de la puerta bailaron hasta cerrarse de nuevo. Tenía la impresión de que algo se le escapaba de las manos.

Su móvil emitió un sonido indicándole que había recibido un whastapp, abrió su bolso y rebuscó en su interior; sin embargo, retiró la mano antes de encontrarlo cuando observó al hombre que salía por la puerta del ojo de buey. Para su desgracia, no era el camarero.

—Buenos días, señorita Roiz. No esperaba verla por aquí.

Silvana quiso hacerse pequeña de golpe, como Alicia en el País de las Maravillas, aunque de ser así, ella no se encontraría ante un conejo blanco, como ocurría en el cuento, sino que ante ella se hallaría el inspector Rhode y, a decir verdad, con cara de pocos amigos.

Silvana, en un acto reflejo, dejó caer el bolso por la curva de su hombro y se envolvió con los brazos.

—Inspector... —saludó ella incómoda.

La puerta volvió a abrirse y a espaldas del inspector aparecieron un hombre

orondo, con bigote y cejas muy pobladas, vestido completamente de blanco, sin duda el cocinero, y detrás de este, el camarero con el que había intentado entablar conversación minutos antes.

—¿Tiene mesa reservada?

Ella se encogió de hombros y, muy a su pesar, negó con la cabeza.

—Según tengo entendido, ha preguntado por el señor Poulsen. ¿Podría decirme por qué?

Silvana dejó caer los brazos a cada lado del cuerpo y tragó saliva desesperadamente. No tenía ni idea de qué decir.

—Lo siento, llego tarde.

Todos, sin excepción, observaron al hombre que, presuroso, entraba raudo y veloz por la puerta principal del restaurante.

Silvana se alegró de la interrupción y de la presencia de Hans. Dios sabía que se había pasado toda la noche en vela pensando en él; sin embargo, de su insomnio no había sacado nada en claro. Sin saber muy bien qué decir o hacer, se quedó expectante.

—Había quedado aquí con Silvana —la señaló—, pero un contratiempo ha hecho que llegase tarde, te pido disculpas.

Ella, sin saber muy bien a qué atenerse, lo miró inquisitivamente.

—Entonces, ¿debo entender que ustedes dos han quedado aquí para comer? —preguntó el inspector sorprendido ante la inesperada presencia del conservador del museo.

Hans desvió la atención hacia Silvana; por su aspecto y postura corporal parecía inquieta y atenta a cualquier movimiento o gesto que acontecía a su alrededor. Estaba preciosa, aunque las sombras bajo sus ojos indicaban que no había dormido bien y su lenguaje corporal denotaba cierto nerviosismo.

—No exactamente —decidió ser sincero.

La sorpresa de encontrarse con el inspector en el restaurante lo dejó perplejo; sin embargo, decidió seguir con su juego. Se imaginó que en algún momento de la conversación, Silvana hubiese preguntado por Poulsen.

—Estaré encantado de escuchar su versión de los hechos, señor Solberg.

Un amago de sonrisa vaciló en el rostro sombrío del inspector.

—Por casualidad —evitó mirar a Silvana— llegó hasta nosotros la información de que Gium Poulsen venía cada martes a reunirse con una mujer a este mismo restaurante.

—Una deducción fascinante. La cuestión es, ¿cómo llegaron a esa conclusión?

Hans iba a hablar, pero Silvana lo interrumpió.

—Yo lo descubrí en el ordenador del señor Poulsen.

—Vaya, así que tenemos a una experta en informática además de una trabajadora incansable —dijo en un tono irónico—. Tiene usted muchas cualidades ocultas, señorita Roiz. —La comisura de la boca del inspector se elevó hasta convertirla en una media sonrisa.

—Puedo explicarlo. —Se defendió.

—Ya lo creo que lo hará.

El inspector se giró y dio unas instrucciones al cocinero y al camarero que aún seguían detrás. Silvana no entendió una sola palabra.

—Nos van a preparar una mesa, ¿les parece?

Ella consideró que esa pregunta no era una invitación en sí misma.

Hans asintió y ella creyó que lo mejor era seguir la corriente, así que lo imitó. De nada serviría huir o mentir.

Si su abuelo hubiese estado allí, le habría dicho que debía enfrentarse a los hechos y ser consecuente con sus actos.

La frase concreta hubiese sido: «Coge al toro por los cuernos».

Hans colocó suavemente su mano en la parte baja de su espalda para que pasara ante él y ella percibió el calor que irradiaba el contacto de la palma de él contra su cuerpo; le lanzó una mirada indescifrable, lo que hizo que una arruga en la frente de Hans se intensificara.

«Demasiados frentes abiertos», pensó Silvana mientras seguía al camarero a una mesa discreta situada al fondo del comedor.

—Estaré encantado de conocer todos los pormenores que les han traído hasta aquí, pero antes, dígame, señorita Roiz, ¿se encuentra mejor?

Ella carraspeó y deseó tener un vaso enorme de agua frente a ella.

—Mucho mejor. Gracias.

—Me alegra saberlo.

El camarero se acercó y les ofreció la carta de vinos.

—¿Vino? —preguntó el inspector abriendo mucho los ojos.

—Mejor cerveza, a poder ser —dijo Hans cerrando la carta y acto seguido dejándola sobre la mesa.

—Lo mismo para mí. Gracias —indicó Silvana.

—Que sean tres, por favor. La mía sin alcohol, si puede ser.

El camarero asintió con un ligero movimiento de cabeza y se retiró de inmediato.

—He de confesar que me sorprende su agudeza, señorita Roiz —comentó el inspector con una lenta sonrisa volviendo al tema que tenían entre manos.

—Fue casualidad; eso es todo —respondió la aludida.

—Algo me dice que usted no es una mujer que crea en las casualidades —

replicó con un tono solemne el inspector—, se licenció con una notas fantásticas en su universidad. Si en este instante usted está aquí es por su esfuerzo y tesón. Todo indica que nadie le ha regalado nada. Su vida no ha sido fácil, según tengo entendido.

Silvana comprendió que había sido investigada a fondo y el hecho de que hubiesen rebuscado en su pasado no le gustó. Lo suyo era suyo y de nadie más.

—Anoche no durmió en casa del señor Solberg. Me pregunto por qué.

—Entre Hans y yo no hay nada —dijo con sequedad sin mirar en ningún momento en la dirección donde se encontraba el aludido—. La otra noche decidí quedarme en su casa porque se hizo tarde y, sin pretenderlo, me quedé dormida en el sofá.

—Comprendo.

Ella lo dudaba, sin embargo, se abstuvo de contradecirle.

—Bonito colgante.

Silvana, como de costumbre, se llevó la mano al cuello y lo palpó asegurándose de que estaba allí.

—¿Es original? Me refiero a que si es auténtico.

—No sabría decirle.

—De serlo, tendría un valor incalculable.

El camarero llegó con las consumiciones, lo que evitó que Silvana tuviera que responder.

—¿Usted sabía que Poulsen se citaba aquí con una mujer? —preguntó Hans intentando que el foco de atención se desviase hacia él. El hecho de escuchar de los labios de Silvana que entre ellos no había nada le había dolido, pero en el fondo se lo tenía merecido.

—Hay pocas cosas que se le escapen a la policía, señor Solberg. La cuestión es: ¿qué es lo que pensaban encontrar aquí?

Hans y Silvana se miraron.

—Creemos que todo lo que está ocurriendo en el museo no es fruto de la casualidad —adujo serio Hans.

—¿Ven?, en el fondo yo tengo razón. No creen en las casualidades.

Rhode levantó la jarra de cerveza de la mesa y se la llevó a los labios. Su sed se mitigó de inmediato. Tanto la historiadora como el conservador estaban bajo vigilancia policial. Sabía que entre ellos había algo más que una relación laboral. Había quedado claramente demostrado en el interrogatorio en el museo, aunque ahora parecían más distantes. Quizás el hecho de que el señor Solberg hubiese comido ayer con su ex esposa tuviese algo que ver.

Pero si algo tenía claro después de varias semanas de investigación, era que ambos estaban limpios. Sus teléfonos habían sido pinchados, al igual que sus

ordenadores en el museo. Nada los inculpaba. Simplemente estaban siendo víctimas de algo grande, demasiado.

Sus superiores no estaban del todo de acuerdo en que la mujer española y el conservador conociesen los entresijos del caso, sin embargo, él era consciente de que si no los ponía sobre aviso, serían un daño colateral más. Sacó su móvil de uno de los bolsillos de su pantalón y buscó la fotografía que tenía a buen recaudo. Sus acompañantes se encontraban en un denso silencio y atentos a cualquiera de sus movimientos.

—Bien. Ha llegado el momento y espero que sean todo oídos, porque de ello dependerán sus vidas. ¿Lo han comprendido?

Rhode, al ver sus rostros estupefactos, corroboró su teoría. Ninguno de ellos estaba al tanto de lo que sucedía en el museo. Debía advertirlos si no quería que sus dos acompañantes terminasen en la morgue.

—¿Han visto alguna vez a alguno de estos hombres?

Silvana fue la primera que echó un vistazo a la pantalla y, una fracción de segundo después, negó con la cabeza.

—No, nunca. ¿Quiénes se supone que son?

—Señor Solberg. —El inspector estiró el brazo sobre la mesa para que Hans pudiese ver con nitidez la pantalla del móvil.

Hans se apoderó del teléfono y estudió la imagen. De pronto algo llamó su atención.

—El de la derecha. —Señaló con el dedo índice la pantalla—. Esta misma mañana estaba en el museo junto a un hombre trajeado.

—¿Lo ha visto más veces?

— Podría ser. Ahora que lo dice y haciendo memoria, puedo confirmar que lo he visto, quizás en un par de ocasiones más —comentó sin dejar de mirar la fotografía—. Pero nunca había llamado mi atención hasta hoy.

—El hombre al que hace referencia se llama Dimitri Vorobiov, y como usted bien dice, esta mañana se encontraba en el museo con su abogado.

Tanto Silvana como Hans lo miraron expectantes.

—Es el mayor contrabandista de arte del siglo XXI.

Los ojos de Hans se estrecharon.

—¿De qué está hablando?

—Como usted bien sabe, en el mercado negro las piezas expuestas en los museos pueden alcanzar un precio desorbitado, y no digamos si el comprador está interesado.

Los ojos de Hans se deslizaron hasta la pantalla del móvil.

—¿Qué intenta decirme?

Los labios de Rhode se apretaron en una línea muy fina antes de responder.

—Gium Poulsen era uno de sus contactos.

Hans miró directamente al inspector como si estuviese loco de atar.

—No puede ser —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Seguramente, la señorita Roiz estará de acuerdo conmigo en que los ordenadores pueden guardar muchas pruebas incriminatorias. ¿No es así, Silvana?

Silvana se esforzó por entender lo que el inspector les estaba diciendo. Era la primera vez que se dirigía a ella por su nombre y eso la desconcertó, pero aún así, intentó integrarse de nuevo en la conversación. Si era cierto lo que decía el inspector, y que estaba segura de que así era, el dilema que tenían ahora todos ellos entre manos era descomunal y vomitivo. Adoraba la historia y todo lo concerniente a ella, y que muchos ladrones y sinvergüenzas se aprovecharan del trabajo de otros era algo que detestaba.

—Así es, inspector —afirmó.

—No me lo puedo creer. —La voz de Hans era fría y desoladora—. No me lo explico. —Le dijo devolviéndole el teléfono al inspector—. Se hacen inventarios muy a menudo. Tengo la tutela absoluta de las colecciones adscritas al museo, tanto de las expuestas en las salas, como las que se encuentran en los almacenes. Todo está controlado y etiquetado. Si hubiese faltado algo, me hubiese percatado de ello.

Los labios del inspector se curvaron hacia arriba hasta formar una sonrisa indolente.

—No es complicado, señor Solberg, créame. El señor Poulsen se ocupaba de que no llegase a usted toda la colección. Digamos que hacía una criba.

—Es inverosímil —Se pellizcó el puente de su nariz con el pulgar y el índice—, me hubiese dado cuenta.

—Hasta ahora no lo ha hecho.

El inspector arqueó la boca en una media sonrisa.

—Poulsen adoraba la historia y todo lo referente a ella. No haría algo así.

—El dinero es un negociador innato, señor Solberg, y avaricioso, déjeme decirle de paso.

Una leve arruga asomó entre los profundos ojos de Hans.

Observó a Silvana, que seguía en silencio, y estaba seguro de que, al igual que él, estaba analizando la situación. Se mordía el labio inferior como solía hacer cuando estaba nerviosa, y eso le hizo aterrizar en el presente. Se recostó contra el respaldo de la silla y controló un bufido de desesperación que murió en su boca antes de llegar a sus labios. Había sido engañado y manipulado. Jamás de los jamases hubiese esperado algo así de Gium Poulsen.

De pronto, como si de un rayo se tratase, una idea le sobrevino.

—Poulsen no ha podido crear esta red de contrabando por sí solo. Hay alguien más.

—Piensa rápido, señor Solberg. Es un hombre muy inteligente.

—¿Quieres decir que alguien del museo actuaba con él?

Hans asintió.

—Van por buen camino. —El inspector agarró su jarra de cerveza y, a continuación, se la llevó a los labios.

—¿Saben de quién se trata?

Rhode dejó la cerveza sobre la mesa.

—Sabemos quién no está metido en esta mierda. —Señaló a ambos.

Hans sopesó la situación.

—E imagino que es ahora cuando nosotros entramos en escena.

Rhode asintió con una sonrisa de triunfo.

—Señor, señorita —Les dirigió una mirada complaciente—. ¿Están preparados?, porque van a representar uno de los papeles más importantes de su vida.

—¿Qué necesita?

—En primer lugar, que no se separen. Deben estar siempre juntos y aunar fuerzas, datos e inteligencia.

Tanto Hans como Silvana se miraron.

—No creo que les vaya a resultar del todo molesto, ¿verdad? Después de todo, lo único que les pido es que retomen sus vidas desde el instante en que usted, Silvana, fue a casa del señor Solberg —le señaló con el dedo índice—. Estoy seguro de que a nadie le resultará extraño.

—No es tan fácil, inspector —protestó Silvana.

—Yo creo que sí. Solo es cuestión de intentarlo.

Capítulo 25

Hans estiró las piernas y se dejó caer en el respaldo de su sillón después de colgar el teléfono. La conversación mantenida con el inspector le había dejado mal sabor de boca.

—Mierda —dijo a la vez que resoplaba con fuerza.

Todo aquello no tenía sentido alguno, y eso hacía que todos sus pensamientos se volcaran una y otra vez en el museo. Hacía más de una semana que él y Silvana habían hablado con el inspector y aún no podía creerse, y menos después de esta llamada, lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Había anulado su fin de semana en Ribe. Su madre lo había comprendido, pero Lucinda era harina de otro costal. Nunca logró entender su carácter y, ahora que estaban separados, menos aún.

Con Silvana las cosas iban mejor, lo cual le facilitaba el nuevo paso que debía dar. Al parecer, las aguas bravas volvían a su cauce aunque, a día de hoy, no había avanzado ni un solo paso respecto a ella, pero eso iba a cambiar.

En algún momento de esa semana envidió y odió más aún a Rafael, como si eso fuera posible. Ojalá él pudiera darle aquello con lo que ella parecía sentirse más cómoda: su idioma.

Bufó con fuerza mientras echaba la cabeza contra el asiento donde se encontraba sentado. Tenía la sensación de que no había manera de salir de ese atolladero. Pensó una vez más en Poulsen y los motivos que lo habían llevado a ser parte de una mafia de contrabando. Era cierto que era un hombre solitario, quizás esa soledad lo llevó a ese punto que para cualquier historiador rayaba la falta de raciocinio. Nadie en su sano juicio vendería piezas incalculables al mejor postor.

Intentó una vez más descubrir el porqué y, quizás lo que más le interesaba, el cómo. Bien era cierto que el inspector le había mostrado ciertas claves sobre la forma de operar dentro del museo y cómo las mafias lograban hacerse de forma ilícita con el arte antes de que llegase a catalogarse, pero jamás llegó a pensar que eso pudiese ocurrir en *su* museo.

Se incorporó y colocó los codos sobre la mesa, ¿en qué lugar lo dejaba a él toda esta trama? En un ser inepto, en un conservador poco profesional. ¿Por qué tenía la sensación de que todo se derrumbaba a su alrededor?

Era hora de tomar cartas en el asunto, meditó mientras atrapaba el ratón que descansaba sobre la mesa. De repente, en la pantalla apareció aquello que estaba buscando. Se llevó la mano libre a la nuca y se la frotó mientras observaba fijamente la imagen.

«Después de todo será lo mejor», pensó a la vez que se levantaba del sillón y salía de su despacho dispuesto a convencer a Silvana de que le dejase entrar en su vida.

—¡No puedes estar hablando en serio! —Silvana dirigió una mirada inquisitiva a Astrid.

Ambas se encontraban en el despacho de la historiadora.

Silvana pasó de nuevo la hoja del catálogo y volvió rápidamente a mirar a la joven.

—¡Doscientos cincuenta euros por un bolso! —exclamó Silvana sin poder dar crédito.

—Tampoco es tan caro —Astrid se sentó al otro lado de la mesa con aires de profesional, de saber de lo que estaba hablando—. Es una imitación, pero muy buena, si he de ser sincera.

Silvana la miró como si en ese instante la muchacha tuviese dos cabezas.

—¿Una imitación?

—Pues claro. ¿Cuánto crees que puede costar un bolso como ese, de firma?

Silvana iba a decir algo, sin embargo, cerró la boca de golpe.

—Ni hablar. No voy a gastarme ese dinero en un bolso de imitación.

—¡Pero me dijiste que querías algo especial!

—Especial y asequible —aclaró.

Silvana pensaba en las Navidades, aún faltaban algunas semanas, pero quería regalar algo distinto a Tessa por esas fechas; sin embargo, nunca imaginó que un complemento pudiese costar tal pastizal.

—Tu amiga se lo merece.

—Por supuesto que sí, no te quepa la menor duda, pero sobrepasa con creces mis expectativas.

Silvana se fijó que esa mañana Astrid iba menos maquillada de lo que acostumbraba y su vestuario era más recatado. No eran amigas íntimas, no obstante, durante estas semanas, Astrid y ella parecían haber congeniado. Pasaban muchas horas juntas durante la jornada laboral y, aunque tenían diferentes puntos de vista para casi todo, Silvana disfrutaba de su compañía.

—¿Desde cuándo te dedicas a vender complementos de vestir? —Levantó el catálogo de la mesa. No era un catálogo como tal, se veía a leguas que era algo artesanal, aunque debía confesar que el diseño estaba muy cuidado...

—De algo hay que vivir, ¿no?

—Espero que seas consciente de que esto está penado por la ley.

—Eso —señaló el catálogo— y muchas más cosas. Durante el invierno, el museo permanece cerrado varias semanas y, como todo ser humano, debo alimentarme todos los días.

—Eres una chica inteligente. Podrías dedicarte a otra cosa.

—Podría, pero soy una mujer de costumbres.

Silvana iba a decir algo cuando la puerta se abrió de golpe.

—¿Puedo hablar contigo un momento o te marchas ya para casa?

La voz de Hans sonaba serena, algo que molestó a Silvana. Cada vez que le veía su estómago se oprimía y su corazón palpitaba a una velocidad desbocada dentro de su pecho. Intentó desviar sus pensamientos y emociones observando el reloj digital que descansaba sobre su mesa.

—Lo iba a hacer, marcharme a casa —se vio en la necesidad de aclarar—. Pero puedo esperar. Pasa, nosotras ya hemos terminado.

—Al menos te lo pensarás —le suplicó Astrid mientras le arrebatava el catálogo de las manos.

Silvana sintió lástima por la muchacha.

—Lo pensaré —dijo al fin, no muy convencida.

—Bien, porque eso es un medio sí. —Sonrió a los presentes y, acto seguido, se dirigió a Hans—. Buenos días, jefe.

Hans asintió con la cabeza mientras sostenía la puerta abierta para que saliese Astrid.

—Tan encantador como siempre —dijo cerrando tras de sí.

—En el fondo, es una buena chica —comentó Silvana, viéndose en la necesidad de salir en defensa de Astrid.

—Lo sé, sino no estaría trabajando aquí. —Hans se acercó a la mesa y se preguntó cuál sería la distancia prudencial a mantener con Silvana—. ¿Has caído en la tentación de comprarle un bolso?

Ella se quedó callada, sin saber muy bien qué decir.

—Vamos, Silvana, lo sé de sobra. Adele debe tener al menos media docena de ellos.

Ella, ante el argumento de Hans, no pudo menos que sonreír.

—Creo que caeré, pero no se lo digas a Astrid o me volverá loca hasta que lo compre.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Hizo una cruz sobre el pecho, como si fuese un juramento sagrado—. No quiero entretenerte, pero antes de que te vayas, me gustaría comentarte algo personal.

La sonrisa de Silvana desapareció de golpe.

—Creí que ya habíamos dejado las cosas claras la última vez que hablamos.

Después del episodio del restaurante, Silvana había cogido un taxi con dirección a su apartamento. Desde ese día, no había vuelto a hablar con Hans del tema de su ex esposa, ni de aquel beso, ineludible protagonista del día que ella se había quedado en su casa; y si era sincera consigo misma, deseaba que todo siguiera así. Quería pensar que todo volvería a su cauce pero, en el fondo, sabía que eso no iba a suceder.

Hans se había pasado los últimos días revisando, descifrando y clasificando la documentación pertinente. La tensión entre ellos, mientras trabajaban, había sido más que evidente; sin embargo, más afable de lo esperado. Ella le había ayudado con algunos temas para agilizar el proceso y, hasta el momento, solo habían llegado a conclusiones inconexas sobre el asunto que se cernía sobre el museo.

—Sí, supongo que sí —Se pasó la mano por la nuca como si de esa forma pudiese aliviar la tensión que parecía depositarse allí—. Quiero volver a pedirte disculpas.

Al ver la protesta en la boca de Silvana, la detuvo con un gesto de la mano.

—No actué bien, lo reconozco, pero necesito que las cosas entre nosotros vuelvan a ser como antes.

—No han cambiado, Hans.

Él se quedó callado y frunció el ceño.

—Pues debemos tener una percepción muy diferente de la situación, porque yo creo que sí.

Ella apretó los labios y clavó sus ojos en los de él.

—Te dije lo que pensaba. Me pediste una respuesta y te la di.

—No te he creído ni un solo instante —dijo él, sereno—. Estos últimos días, tú pareces distinta y menos distante y, ¿sabes?, eso es lo que realmente me lleva a pensar que tú sientes algo por mí; si fuese así, y espero no equivocarme, debo confesar que es recíproco.

La voz de ella flaqueó.

—¿Sabes por qué estoy tan seguro de ello? —continuó él sin darle margen de respuesta.

Silvana deseó intervenir, pero por alguna razón que escapaba a su comprensión, no pudo responder a la pregunta.

Él vio en la reacción de ella una ventaja que no iba a dejar escapar.

—Observo cómo me miras cuando entro cada mañana al museo, y no es una mirada recelosa, es algo más, mucho más, diría yo. Y quizás te preguntes como he llegado a esa conclusión.

Silvana intentó decir algo, pero algo en su fuero interno se lo impidió.

—Porque es una mirada de necesidad, la misma que yo te brindo, la misma que se refleja en un espejo cuando sé que voy a volver a verte.

—Hans...

Recordó la conversación mantenida con el inspector hacía escasos minutos y puso aún más ahínco, como si eso fuera posible, en convencerla.

—Yo...

Él hizo caso omiso de la protesta de ella, se acercó cauteloso hasta la mesa a sabiendas de que había derribado la primera barrera que Silvana había levantado entre ellos. Apoyó las manos sobre el frío cristal y observó el atisbo de indecisión que reflejaban sus ojos.

—Te necesito..., quiero sentirte a mi lado. ¿Es tan malo eso?

Ella sopesó la sinceridad de aquella declaración.

—Hans, me iré. ¿Comprendes eso? Volveré a España y tú y Brander os quedaréis aquí, en Dinamarca.

—Aún quedan meses para eso, Silvana.

—Pero el tiempo pasa —protestó ella—. ¿No lo entiendes? —un intenso latido dentro de su pecho hizo que su corazón bombease con más fuerza—. ¿Por qué empezar algo que está abocado al fracaso?

Él se incorporó y se mesó el pelo con crispación.

—A ver si lo entiendo... —Se paseó intranquilo de un lado a otro del despacho—. Nos gustamos, queremos estar juntos, sin embargo, lo que tú deseas es no dar rienda suelta a estos sentimientos porque en algún momento te irás. ¿Es así?

—Dicho de esa forma suena muy frío.

—Solo estoy analizando tu respuesta, Silvana.

—No sé si no me entiendes o no me quieres entender, Hans. —Vociferó al tiempo que se levantaba de su silla y rodeaba la mesa—. Nos evitaremos un trago amargo —agitó la manos con vehemencia— y...

—¿Y? —La interrumpió él volviendo sobre sus pasos y situándose frente a ella—. Dime, Silvana, esto que está ocurriendo ahora mismo, ¿esto no es ya un trago amargo?

Ella, abatida, se dejó caer sobre la mesa.

Hans se acercó lo suficiente a ella para acariciarle la mejilla con el dorso de su dedo pulgar.

—Déjame decirte que, tomes el camino que tomes, siempre llegarás al mismo destino.

Ella alzó la barbilla y entrelazó la mirada con la de él.

—Me da miedo preguntar, sin embargo, me arriesgaré: ¿de qué destino hablas?

—Nosotros.

Hans elevó las manos y enmarcó su cara.

Aquella mujer le fascinaba, había tocado alguna fibra de su alma porque, por más que lo intentase, no podía olvidarla, y ahora las cosas se ponían feas, demasiado feas. La llamada del inspector solo confirmaba sus sospechas. Alguien, aún sin identificar, había entrado en el apartamento de Silvana y, muchas de sus pertenencias por no decir todas, habían sido maltratadas, otras destruidas.

Rhode le había pedido que Silvana no saliese del museo al menos en la siguiente hora. Necesitaba tenerla segura, controlada, esas habían sido exactamente sus palabras. Silvana podría estar en peligro y el allanamiento de su apartamento era un hecho que lo corroboraba. Dejó de pensar en la conversación telefónica y se centró de nuevo en la mujer que tenía ante sí. Se sentía ruin por aprovechar este momento, sin embargo, la vida daba oportunidades cuando menos las esperabas, y él no la iba a desaprovechar.

—No te aseguro que vaya a salir bien —Percibió su nerviosismo entre sus brazos y eso, a su ego masculino, le gustó—, pero sí puedo prometerte que lo voy a intentar con todo mi alma. Saber que te voy a tener a escasos metros de distancia y no voy a poder tocarte, acariciarte, me desquicia, hace que roce la locura. —La besó en la sien, descendió despacio hasta el cuello, justo debajo de su oreja—. Te necesito —dijo en un tenue susurro.

Ella se estremeció al sentir el cálido aliento de él sobre su piel, sin embargo, no se movió.

Él colocó un dedo bajo el mentón de ella y alzó el rostro hacia el suyo.

—No te atrevas a negarlo, porque no te creeré.

Silvana se mordió el labio inferior, respiró profundamente y aguardó varios segundos.

—Sabes que es una locura.

—Una locura sería no intentarlo.

Ella no pudo negar su propio deseo hacia aquel hombre que invadía todos sus pensamientos, de noche y de día.

—Lo que está ocurriendo en el museo dificultará más nuestra relación.

—Eso es mucho suponer, ¿no crees?

—No sé por qué tengo la sensación de que quieres protegerme de algo.

—En mi parte de cerebro primitivo, el que toma las riendas, el término *protección*, cuando tú estás en la misma frase, toma una dimensión desconcertante incluso para mí.

—Llevamos horas trabajando con facturas, albaranes y excesivas expresiones administrativas para darme cuenta de que esta situación es mucho más grave de lo que

ha querido mostrarnos el inspector.

—Déjame cuidarte, déjame protegerte —fue la respuesta de él intentando obviar que ella tenía razón—. Estás en un país muy diferente al tuyo, en una tierra desconocida. Déjame demostrarte lo que siento por ti.

Por un momento, Silvana recordó a Krista, aquella mujer que se le aparecía en sueños. Al igual que Krista, ella se encontraba en una cultura que no era la suya, aunque debía reconocer que los avances informáticos e internet facilitaban las cosas.

Hans acortó la distancia hasta llegar a besar los labios de ella. Silvana dejó a un lado sus pensamientos y le respondió, primero con timidez y, una fracción de segundo más tarde, se dejó llevar por la necesidad de tenerlo cerca; así que reclamó su boca una y otra vez hasta que los labios de Hans se volvieron más exigentes. Sus cuerpos se acoplaron para aumentar la intensidad del beso.

Él, muy a su pesar, rompió el momento y se separó unos centímetros de ella.

—Te llevaría ahora a casa y te haría el amor una y otra vez hasta saciarme de ti.

Ella enterró su cabeza en el pecho de él.

—Ahora no podemos hacerlo.

Hans sabía que ella estaba en lo cierto. Además, Rhode le había informado de que debían quedarse en el museo, al menos el tiempo oportuno para poder avanzar en el caso. Tenerlos a los dos ubicados en un mismo lugar facilitaba las cosas a la policía. A ella todo esto, una vez que se enterase, no le iba a gustar nada. La conocía lo suficiente para saber que iba a ser así. Buscó algo que decir, sin embargo, la estrechez de sus pantalones le impedía pensar con claridad.

La besó una vez más, pero no obtuvo el efecto deseado por él. La necesidad de saciarse de ella no parecía llegar nunca; todo lo contrario, cuanto más cerca y más tiempo pasaba con ella, la sensación, en vez de disminuir, se incrementaba.

Atrapó su cabello entre sus dedos y tuvo la impresión de quemarse. Aquel pelo rojo de intensas llamaradas anaranjadas le embrujaba.

—¿En qué estás trabajando ahora?

Ella, con los ojos aún cargados de deseo, lo observó detenidamente.

—Me besas y a continuación me preguntas por mi trabajo. No sé a qué atenerme.

La envolvió en sus brazos.

—Es la única manera de mantener mi libido a raya. Mis pantalones están a punto de reventar—. Depositó un cálido beso en su sien y luego sobre sus labios—. Reconozco que no es una conversación muy oportuna. Recuérdame que incorpore una ducha en mi despacho.

La sonrisa de ella denotaba triunfo. Se movió entre los brazos de él como una

gata melosa. Se podría acostumbrar a estar así, pensó, mientras el futuro la aguijoneaba con fuerza.

Tenía derecho a un poco de felicidad.

—¿Has oído hablar de un guerrero llamado Gardar?

—¿Debería?

—No lo sé. Creo que pudo ser un soldado de élite del rey Harald.

—¿Un berserker? —preguntó Hans.

Silvana sabía que los vikingos más fuertes, despiadados y duchos en la batalla, eran elegidos para luchar al lado de su rey. Solían hacerlo semidesnudos, solo cubiertos por una piel, bien de lobo o de oso, de ahí su reputación de fieros guerreros. Eran temidos cuando entraban en combate; muchos de ellos, según algunos historiadores, lo hacían bajo el influjo de algún alucinógeno. A esos hombres sin miedo a morir, deseosos de ir al Valhalla, se los conocía bajo el apelativo de Berserker.

—Podría ser.

—¿Por qué tengo la intuición de que sabes más de lo que estás hablando?

—¿Recuerdas a Krista?

Hans hizo memoria durante unos segundos.

—¿La mujer de tus sueños?

Ella asintió.

—La misma.

—¿Aún sigues soñando con ella? —inquirió extrañado. No le había vuelto a preguntar porque creyó que aquellos sueños eran hechos aislados.

—Sí.

Por un momento a Hans le pareció que a Silvana la invadía la timidez. Salió del círculo de sus brazos y él lo lamentó, pero no hizo nada para atraerla de nuevo hacia sí.

—Quiero mostrarte algo.

Él la siguió y lo condujo ante la pantalla del ordenador.

Allí, proyectado en ella, se encontraba un mapa antiguo que Hans rápidamente reconoció. Tenía una forma peculiar, era la manera que tenían los vikingos de representar su tierra.

—Aquí es donde creo que se encuentra Krista. —Señaló un punto en el mapa—. Por sus descripciones del terreno, de los bosques donde ella suele caminar. Todo eso me lleva a pensar que esta es la localización exacta.

Hans pensó que eran muchos los puntos donde podría estar esa mujer, sin embargo, no contradijo a Silvana.

—Hay algo que no entiendo.

Ella dejó de mirar la pantalla para centrarse en él.

—¿Por qué esos sueños recurrentes?

—Para eso no tengo respuesta, pero es algo muy real, casi palpable.

—Es como si estuvieses hablando de una fisura temporal.

Ella tensó los labios, volvió a la pantalla y pensó en la teoría de Hans.

—No lo sé... Pero ahora que lo dices, podría tener sentido.

—Hablas del rey Harald, entonces, doy por hecho que tus sueños se sitúan a mediados del siglo XI.

—Exacto. Creo que es una fecha muy acertada.

—No les queda mucho tiempo. —Hans la observó y vio en ella un halo de tristeza.

—Lo sé y por más que lo intento, no tengo forma de avisarla.

—Aunque pudieras, no deberías hacerlo —objetó él con el ceño fruncido—. Cambiarías el rumbo de la historia.

—Podría ser, pero...

Él sonrió y apretó suavemente la mano de ella. A Silvana la calidez de las manos de Hans le hicieron sentir por primera vez en mucho tiempo segura.

—El tiempo es inalterable, un salto a través de la historia podría ser posible, pero al mismo tiempo improbable.

—¿Tú me crees?

La acarició el pelo y, después, la agarró suavemente de la barbilla.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque suena incoherente hasta para mí misma.

—Silvana, nos empeñamos en darle forma y razón a todo lo que nos rodea, inclusive a todos los precedentes en los anales de la historia, pero quizás estemos equivocados. —Los ojos de ella brillaban, y eso le gustó—. Vivimos una época en la que todo es tocar para creer; no nos dejamos llevar por los sentimientos, ni por las energías, ni la ley causa y efecto. Solo pensamos en nosotros mismos y el espacio vital que nos rodea.

A ella le sorprendió ese razonamiento.

—Eres un hombre sorprendente, Hans.

—Me alegro de que pienses así.

En el rostro de él volvió a dibujarse una sonrisa de complacencia.

—Yo misma me he tachado a menudo de loca.

Él tocó su labio inferior con el pulgar.

Silvana se dejó llevar por la atracción, se acercó despacio, evaluando en todo momento el gesto de Hans; al no ver ni rastro de indecisión en él, lo besó. Necesitaba hacerlo.

Hans respondió profundizando en el beso, frotó con la palma de la mano la curva de la cintura de ella, lo que hizo que Silvana pegase sus pechos al tórax de él.

La situó contra la pared y se separó lo suficiente para echar un vistazo a su reloj de pulsera.

—¿Qué se supone que haces? —le preguntó ella con una voz sensual.

—Comprobar que se ha ido todo el mundo.

—¿Para qué...?

Su pregunta quedó suspendida en el aire cuando él la giró y pegó las palmas de ella contra la pared, le separó las piernas y deslizó la mano entre ellas, acariciando de una forma provocativa.

—Porque te deseo tanto que creo que si no lo hago contigo, voy a reventar —le susurró al oído.

—Puede venir alguien. Rafael podría estar fuera. —Fue la respuesta jadeante de ella.

—¿Y crees que eso es un problema para mí? Llamarían antes a la puerta y, fuese quien fuese, lo echaría de inmediato.

Las palabras de él debieron afectarle, porque ella se rindió a lo evidente.

Hans, con una habilidad pasmosa, le desabrochó los pantalones y los hizo rodar por sus muslos hasta dejarlos arrugados en los tobillos de ella. Silvana inmediatamente se desprendió de ellos y estos quedaron olvidados en alguna parte del despacho.

Solo fue entonces cuando él pudo comprobar las preciosas y bien torneadas piernas de Silvana, la piel que las recubría era suave y nívea. Despacio y sin prisa alguna, las manos de Hans ascendieron por la cara exterior de los muslos de ella y sus pulgares se entretuvieron en el borde del encaje de la ropa interior que aún llevaba puesta. La sintió tensarse y eso le excitó.

—¿Sabes las veces que he soñado con hacer esto?

Ella intentó responder, pero no podía articular palabra. El hecho de que él la acariciase era una sensación abrasadora.

Soltó el aire de forma temblorosa.

—Silvana...

Pronunció su nombre de tal manera que ella percibió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

Hans frotó sus labios por su cuello; ella, para darle más acceso, ladeó la cabeza y permitió que un reguero de besos se perdiesen en su piel.

—Estás a tiempo de cambiar de idea, porque en el instante que te quite las bragas serás solo mía y no habrá escapatoria. ¿Lo entiendes?

Silvana apretó con más fuerza las manos contra la pared y dejó escapar un

jadeo ahogado cuando su ropa interior desapareció. Ningún hombre le había hecho sentir lo que Hans le provocaba, y eso que él solo la estaba besando y acariciando.

Escuchó el sonido de la bragueta del pantalón de Hans y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no volverse hacia él. Cuando notó su erección contra su trasero perdió toda conexión con la realidad.

Él la giró despacio hasta que sus bocas se encontraron, y fue entonces cuando la lengua de él se abrió paso hasta encontrar la de Silvana y la danza salvaje no se hizo esperar. Hans ajustó una mano al pecho de ella, lo amasó despacio sobre el jersey que ella todavía llevaba puesto, deslizó la mano hasta hallar el final del mismo y, una vez allí, deslizó la mano en busca de un contacto más íntimo; supo que lo había hallado cuando pinzó el pulgar y el dedo índice en torno al pezón.

Silvana arqueó la espalda facilitándole la tarea. Sintió una fluida humedad entre las piernas y supo que jamás en su vida había estado más excitada.

Muy a su pesar, Hans dejó el seno de ella para colocar ambas manos sobre la curva de su trasero y la alzó con un rápido movimiento contra la pared presionando su miembro contra el sexo húmedo de ella. Una vez allí, acarició su clítoris suavemente con la yema de los dedos, buscando el placer que ambos tanto parecían anhelar. Al mismo tiempo la besaba y se saciaba más de ella, como si eso fuera posible. Ella jadeó con más intensidad y él supo que estaba cerca, muy cerca del éxtasis, hasta que la escuchó gritar su nombre y después caer rendida entre sus brazos.

El orgasmo la había pillado del todo desprevenida.

Casi sin restablecerse de las oleadas de placer y espasmos, Silvana percibió el calor del pene duro y grueso contra el vértice húmedo de sus muslos.

—Es tu última oportunidad de echarte para atrás.

Ella acercó más su cuerpo al de él en una clara invitación.

Hans, de una sola embestida, se deslizó en su interior.

—¡Dios! —jadeó él.

Silvana se perdió en un torbellino de emociones, no podía hablar, los envites eran cada vez más bruscos y rápidos.

—Hans... —Los dedos de Silvana se clavaron con fuerza en los hombros de él y fue un indicador para que Hans acelerara.

—Cielo, no creo que pueda soportar un segundo más estar dentro de ti sin correrme.

Silvana, de haber podido responder, lo hubiera hecho.

Hans emitió un gemido desgarrador cuando se vació en el interior de ella. La dejó caer despacio, sin soltarla.

Silvana sintió sus piernas temblar cuando sus pies tocaron el suelo y, si no hubiese sido por Hans, hubiese caído precipitadamente contra las frías baldosas.

—Ha sido increíble. —Le escuchó decir contra su pelo. —¿Estás bien?

—Mejor que bien, diría yo.

Le escuchó reír y luego sintió un beso cerca de su oreja.

—Dime que tomas algún anticonceptivo, por favor.

A ella le hubiese gustado ver su cara a la hora de formular esa pregunta.

—Soy una mujer precavida.

Él pareció desinflarse.

—Prometo tener más cuidado la próxima vez.

A ella le gustó que él pensara tener sexo de nuevo con ella.

Se subió los pantalones y la ayudó a buscar su ropa.

Se miraron por primera vez desde su encuentro sexual y ella pudo percibir en él una timidez hasta ahora desconocida.

—Espero poder darte un lugar más confortable la próxima vez —le dijo mientras le entregaba las bragas.

—Este no ha tenido nada de malo. Solo que ahora, cada vez que mire esta pared, me recordará que tú y yo hemos hecho un intercambio de fluidos aquí mismo.

Hans se paró en seco.

—¿Eso ha sido para ti? Un intercambio de fluidos.

Ella dudó unos segundos antes de responder, algo que le desesperó.

—No. Pero...

—Pero...

—Tú ya me entiendes —le dijo ella a la vez que se subía los pantalones.

—Tengo la sensación de que aún no has comprendido lo que tú significas para mí.

—Y, ¿crees que debería descubrirlo?

—Quizás —Fue su escueta respuesta.

Silvana se pasó la mano por el pelo y se lo peinó con los dedos.

—Tengo que contarte algo.

Ella detuvo sus movimientos y se puso inmediatamente en alerta.

—¿De qué se trata?

—Te lo diré, pero antes quiero pedirte una cosa.

—Tú dirás, pero tengo la impresión de que se trata de algo serio.

Él se sentó en una de las esquinas de la mesa y la observó fijamente antes de hablar.

—Quiero que me acompañes a Ribe este fin de semana.

—¿A visitar a tu madre? ¿A tu familia?

Él sonrió de una forma peculiar al ver la expresión horrorizada de ella.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

—¡No puedes tirarte a una chica y luego soltarla que quieras que conozca a tu madre! —exclamó ella tragando saliva con dificultad.

Hans se levantó de la mesa y se acercó a ella.

—En primer lugar, no me he tirado a nadie. He hecho el amor contigo, son dos términos muy diferentes y, en segundo lugar —hizo un gesto con las manos para detener la protesta de ella —, me encantaría que conocieras a mi madre. Brander vendrá con nosotros. Es más, me alegraría mucho que lo hicieras.

Ella hizo un mohín con los labios.

—Me lo pensaré, pero antes ¿qué es eso que me tienes que decir?

—Me ha llamado hace aproximadamente una hora Rhode. Será mejor que te acompañe a tu apartamento.

—¿Por qué?

—Lo mejor es que lo veas por ti misma.

Capítulo 26

Silvana no se lo podía creer. Soltó el aliento de golpe con un gesto irritación y frustración. Por su apartamento parecía haber pasado un huracán, nada parecía estar en su lugar; los objetos más valiosos para ella, como su portátil o sus libros, estaban diseminados por el suelo. La posición en la que se encontraban los muebles y enseres de la vivienda daba a entender que el asaltante o asaltantes de aquella devastadora imagen buscaban algo en concreto, pero ella no tenía nada de valor. Todo lo que ella tenía lo había dejado en España. Sintió la mano de Hans sobre su espalda, y ese gesto le hizo volver a la cruda realidad.

Rhode, nada más verlos, se aproximó a ellos.

Varios agentes, como la policía científica, repartidos por la estancia, sacaban cientos de fotos o tomaban huellas; otros, vestidos de uniforme, escribían notas en sus libretas.

—Siento que tenga que ver su apartamento en ese estado.

Ella intentó responder, pero no pudo. Un nudo en la garganta por las inmensas ganas de llorar que tenía en ese momento se lo impidió. No hacía más de una hora había sido la mujer más feliz de la faz de la tierra en brazos de Hans y ahora... Pasó de largo ante el inspector, se puso de cuclillas y, acto seguido, recogió varias fotos esparcidas sobre la alfombra.

Hans, a su lado, la ayudó a incorporarse.

—¿Tu abuelo?

Ella solo pudo asentir.

Él la atrajo hacia su cuerpo. Se dejó abrazar. Estaba helada y no podía dejar de temblar. Su calor la reconfortó de inmediato, se podía acostumbrar a esto, pensó mientras se dejaba llevar por esa sensación tan placentera.

—¿Se sabe algo? —preguntó Hans al inspector por encima del hombro de Silvana.

—Aún es pronto. La policía científica ha encontrado varias huellas, pero antes, habrá que cotejarlas con nuestra base de datos y comprobar si hay alguna coincidencia. Este trámite nos llevará algún tiempo.

—Y de la mujer que comía con Poulsen cada martes, ¿han podido localizarla?

El inspector se rascó la barbilla antes de responder.

—Aún no tenemos nada.

—¿No hay cámaras de vigilancia en el restaurante?

Rhode frunció el ceño.

—Señor Solberg, aunque le parezca mentira, no todos los establecimientos

tienen cámaras. Algunos quieren que sus clientes se sientan cómodos mientras disfrutan de una carta de alto standing.

—¿Y en la recepción? —preguntó Hans sin darse por vencido.

—Dígame, Solberg. ¿Cree que una mujer que quiere pasar desapercibida no cuida su aspecto? No, no responda —atajó de inmediato—. Se lo diré yo. Es cierto que existe una cámara de vigilancia en la entrada del restaurante, sin embargo, en todas las grabaciones que hemos visualizado, la mujer que buscamos parece saber dónde está exactamente y se afana constantemente en hallar un ángulo muerto para pasar inadvertida. La tecnología avanza, pero el cerebro humano aún más. Créame.

—Imagino —interrumpió Silvana con voz torpe y trémula. Se apartó de Hans y miró a los ojos del inspector —que esto tiene que ver con la investigación que se está llevando a cabo en relación con el museo.

Hans deseó con todas sus fuerzas protegerla de este momento.

—Es muy posible —El inspector soltó un bufido de inquietud—. Usted no conoce a nadie aquí, ni lleva demasiado tiempo en el país. Creo, y sin temor a equivocarme, que este percance —hizo un gesto con la mano señalando el apartamento— esté relacionado, pero no se lo puedo confirmar aún.

—¿Qué buscaba o buscaban? ¿Se sabe si fue uno el asaltante o varios? —preguntó, deseosa de saber por qué ella había sido un objetivo tan claro.

—Eso aún está por determinar; no puedo responder todavía a su pregunta, no obstante, puedo asegurarle que todo el departamento está trabajando en ello.

Silvana miró a su alrededor y se le cayó el alma a los pies.

—Sé que esto es difícil para usted, pero nos sería de gran ayuda que echase un vistazo. —Rhode cambió su libreta a la otra mano—. Quizá eche en falta alguna cosa que nos pueda llevar a alguna pista.

—No tengo joyas —explicó Silvana resignada y abriendo las manos con un gesto de impaciencia—, nada que se pueda vender y sacar dinero por ello.

—Quizá no estén buscando nada de valor —aclaró Hans—. ¿Estabas trabajando en casa con algo relacionado con el museo?

La pregunta de Hans la puso en alerta y la hizo recordar algo.

—¡Dios mío! —Se llevó las manos a la cabeza para dejarlas caer de nuevo—. Mi trabajo, el inventario del museo... todo, todo estaba en el disco duro externo.

Ambos hombres adelantaron un paso hacia ella sin poder creerse lo que estaban escuchando.

—¿Me está diciendo que el inventario de todas las piezas del museo las tenía usted aquí, en su apartamento? —preguntó Rhode con cara de pocos amigos.

Ella bajó las manos y se las asió con fuerza.

—Sí. Todo. El último día estaba tan cansada que decidí venir a casa y

terminarlo, pero ni por lo más remoto hubiera pensado... —Se dirigió apresuradamente al cajón donde guardaba el disco, sin embargo, para su infortunio, no lo halló. No la sorprendió—. No está —Su voz se resquebrajó.

—Puede estar por cualquier parte —dijo Hans señalando aquel desastre.

El inspector pasó con el pulgar varias hojas de su libreta.

—Entre los objetos encontrados y numerados no hay constancia de que hayan hallado un disco duro externo.

Silvana sintió por un momento cómo las piernas le fallaban.

Hans se acercó a ella y la abrazó.

—Nada de lamentaciones. Están siendo días muy duros para todos.

Él acariciaba con la mano el antebrazo de ella, como si quisiera insuflarle ánimos; Silvana, en respuesta, se acercó más a él y, cuando lo hizo, percibió los latidos del corazón de Hans en consonancia con el suyo. Él también se encontraba nervioso.

—Miren —El inspector se pellizcó con fuerza el puente de la nariz—. Lo mejor será que se vayan unos días fuera de la ciudad. Tómense un descanso —Observó a Hans con determinación—. Estoy seguro de que a la señorita Roiz le vendrá bien un poco de distracción y turismo.

Hans acató la orden de buen gusto.

—Había pensado ir a Ribe este fin de semana a visitar a mi familia. Silvana podría venir conmigo.

Ella iba a interferir cuando el inspector la interrumpió.

—Me parece una fantástica idea. Ribe es una ciudad maravillosa y estoy seguro de que a la señorita Roiz le encantará; además, estar rodeada de un clima familiar será positivo para ella.

Hans se preguntó si Rhode estaría en lo cierto. Desde hacía años, cuando él aparecía por allí, la casa de su madre parecía más un campo de batalla que otra cosa, pero por supuesto, no comentó nada al respecto. Brander vería a su abuela y esa idea le reconfortó.

—¿Tengo más opciones? —inquirió molesta, a sabiendas de que estaban tomando decisiones por ella.

Ambos hombres se miraron ipso facto. Silvana vio entre ellos cierta complicidad, pero se abstuvo de decir nada.

—Una —comenzó a decir el inspector—: quedarse en casa con un hombre de seguridad en su puerta.

La idea no la entusiasmó en absoluto, así que volvió a guardar silencio.

—¿Qué decide? —preguntó Rhode, con la certeza de saber la respuesta.

—Iré a Ribe.

—Bien. Creo que es la opción más acertada.

Silvana dirigió la mirada a Hans y, si hubiera podido, le hubiese quitado aquella sonrisa tonta de la boca de un bofetón.

Capítulo 27

Un encuentro en el bosque

Nunca imaginé que perder a un ser que aún no conocía y que habitaba en mi vientre fuese tan doloroso, pero tras varios días débil y apagada, volvía a ser yo misma. Me convencí a mí misma de que ese bebé era fruto de la violencia, del desamor, y que Dios había tomado una decisión al respecto. Ante eso, nada podía hacer.

Las leyes divinas estaban para atajarlas sin protestar.

Después de mis quehaceres, esa mañana había decidido pasear por el bosque. Era algo que me permitían desde hacía semanas y yo aprovechaba cada minuto de esa semilibertad en contacto con la naturaleza.

El sol calentaba más y los árboles, agradecidos por la luz que recibían, hacían brillar más sus hojas verdes dando a aquel lugar un toque de magia. Intentaba negarme a apreciar la belleza de aquel emplazamiento y, por primera vez en mi vida, medité seriamente sobre los dioses, los que adoraban aquellos vikingos salvajes y espartanos, de alguna manera incomprensible aún para mí, por lo que comencé a dudar de mi propia fe.

«Las leyes divinas están para atajarlas sin protestar», me volví a repetir una y otra vez, como si se tratase de una oración que no debía olvidar.

Sentí cómo el viento agitaba mis cabellos y me envolvía en una corriente de frío. Respiré profundamente y me embriagué del perfume que dejaban los árboles que me rodeaban y del aroma de aquel fango húmedo que cubría buena parte del suelo a causa del deshielo, y de aquella silenciosa brisa que el mar llevaba tierra adentro. Me envolví en mi capa y llegué a la conclusión de que, si no fuese porque estaba prisionera, estaba casi segura de que sería feliz allí. Pero las cosas no son como deseamos, sino como acontecen.

De haber estado más atenta, hubiese escuchado los pasos que se acercaban a mí, pero solo cuando Gardar estuvo frente a mí, me percaté de su majestuosa presencia.

Parecía una pieza más del inmenso paisaje que se abría ante nosotros; no desentonaba para nada.

Me asusté y retrocedí apresurada varios pasos hasta topar con el tronco de un árbol. Él era imponente, una masa de músculos cubiertos de piel que parecían no sentir el aire frío. Se comentaba que muy pronto él y sus hombres zarparían hacia otras tierras; nuevas conquistas, nuevos saqueos y, con ello, seguramente, habría más

muertes, más horror, más familias destrozadas. Sin embargo, ignoré este último pensamiento, quería verlo tal cual lo veía ahora, como si fuese un semidiós adaptado a las costumbres de los hombres.

—¿Te encuentras mejor?

Busqué a sus hombres. Generalmente nunca iba solo a ninguna parte, pero aquella vez parecía ser la excepción a la regla.

La pregunta me desconcertó, porque no esperaba que él se preocupase por mí, después de todo yo era una esclava, un ser de poco valor para ellos. Asentí despacio, sin embargo, él debió de percatarse de mi gesto adusto porque me observó con más intensidad.

—No he deseado reclamar tu servicio hasta que estuvieses recuperada.

Desvió la mirada a mi vientre y eso hizo que me sintiese pequeña y desease desaparecer bajo su escrutinio. Volví a asentir, sin saber muy bien qué decir.

Gardar obvió mi silencio y continuó hablando.

—¿Te gusta este lugar?

No sé si se refería al bosque o a la aldea, así que medité muy bien mi respuesta antes de hablar.

—Estos árboles y este olor me recuerdan al lugar donde nací.

Él miró a su alrededor, quizá preguntándose cuál sería mi procedencia.

—No has respondido a mi pregunta.

Su brusco tono de voz me puso en alerta y, sin percatarme, di un respingo.

—Prefiero mi país —lo dije de una forma tan tajante que él me miró con una mezcla de sorpresa y de irritación.

—¿De dónde provienes?

—Vosotros lo conocéis como el país de *Jakobsland*.

Gardar pareció entender, porque guardó silencio durante unos segundos interminables. Durante ese espacio de tiempo, me quedé mirándolo fijamente. Su pelo parecía más claro, aunque la trenza que llevaba para sujetarlo me impedía ver con claridad su verdadero tono. Su barba, algo descuidada, iba al son de unos labios con un gesto pensativo.

—Eso está muy lejos.

—Demasiado.

—Es una tierra de mucha riqueza.

—Vosotros mejor que nadie debéis saberlo.

Mi tono debió resultar excesivamente desafiante porque, ante mis palabras, él entrecerró los ojos; sin embargo, no objetó nada al respecto. Solo dijo:

—He convencido a Hakom para que desista del sacrificio.

El solo hecho de que él pronunciase esa palabra, hizo que un escalofrío me

atravesara la espalda de arriba a abajo.

—Por tu cara doy por hecho que sabes de lo que estoy hablando.

—Tengo oídos.

Una sonrisa irónica se dibujó en sus voluminosos y perfilados labios e hizo que sus mejillas se inflaran.

—Y eres inteligente.

—No más que cualquier mujer de esta aldea.

El tono que utilicé para responder permitió que su sonrisa anterior estallara en una carcajada.

Se aproximó hacia a mí lo suficiente para que la punta de nuestros pies se tocasen, sin embargo, me obligué a permanecer en mi sitio, palpé la rugosa corteza del árbol con los dedos mientras intentaba insuflarme valor para afrontar su cercanía. Levantó un brazo despacio, como si quisiera que me acostumbrase a ese movimiento, y con la yema de los dedos tocó mi mandíbula, al igual que hizo la primera vez que me vio en el muelle.

—Durante todo este tiempo he estado pensando lo que sería tenerte desnuda bajo mi cuerpo.

Tragué saliva con dificultad.

Él debió ver mi incomodidad, pero en lugar de apartar la mano, con el dedo pulgar acarició mis labios de una forma que jamás nadie lo había hecho.

—Estos bosques no te llevarán a tu casa. La única vía de escape es el mar.

Eso era algo que yo ya sabía, pero no fue lo que dijo, sino el tono que utilizó lo que me hizo estremecer.

—Te he estado observando y eres tan diferente a las otras mujeres...

El corazón se me aceleró y, a consecuencia de ello, se me cortó la respiración en la garganta.

Acortó aún más la distancia; sin pretenderlo, levanté la barbilla en señal de insolencia, craso error, porque eso permitió que nuestros labios se rozasen. Gardar no esperó un segundo más y se abalanzó como un lobo hambriento sobre mi boca. Pensé en rechazarlo, en morderlo y, acto seguido, huir, pero, en lugar de eso, mis pies se quedaron clavados en la tierra y, para mi sorpresa, abrí los labios aceptando, de buen agrado, su beso.

Su lengua se abrió paso a través de mi boca hasta encontrar la mía; allí, sin yo pretenderlo, comenzaron una danza sexual sin precedentes; sin ser consciente de mis movimientos, me acerqué más a él hasta que mis pechos rozaron su tórax. Él debió sentir mi proximidad porque me sujetó con más fuerza, como si eso fuera posible. Teníamos hambre el uno del otro. Descubrir eso debió ser lo que impulsó su siguiente movimiento; sin previo aviso, se separó de mí bruscamente. Me tambaleé y estoy

segura de que hubiera caído al suelo si él no me estuviese sujetando con fuerza contra su cuerpo.

—Eres una hechicera, una hechicera maravillosa y, sin pretenderlo, he caído bajo tu embrujo —gruñó contra mi boca.

Fui a protestar, pero un beso suave de él me lo impidió.

—Esta noche compartirás mi lecho —me ordenó.

Elevó ambas manos y enmarcó mi cara con ellas.

Sentí la necesidad de negarme pero, por algún motivo que se escapaba a mi razón, deseaba caer rendida en sus brazos durante horas.

Sentí frío en el mismo instante en que él se separó de mí. Le vi buscar algo entre los pliegues de su piel de lobo y, como si se tratase de un truco, me ofreció un puñal con un filo excepcional y un mango maravilloso fabricado con la cornamenta de algún tipo de animal. Acaricié su suave textura y, a través del hueso, pude apreciar las runas grabadas a lo largo y ancho de la empuñadura.

Abrí la boca, pero de ella no salió ningún sonido.

—Podrías necesitarlo. Hakom no es un hombre de palabra.

—Podría utilizarlo contra ti.

—¿Lo harías? —Me preguntó sonriendo de oreja a oreja, como si mi advertencia fuese una broma de lo más pueril.

Acepté el puñal y me sentí más segura con él en mi poder.

—¿Lo harías? —Volvió a preguntar.

Negué con la cabeza.

—Eso imaginaba —Alzó la mano y recogió un mechón de mi cabello que se mecía caprichosamente al son que soplabla el viento—. Eres diferente, Krista. Lo supe desde el primer instante en que te vi.

Sin pretenderlo, miré al suelo y apreté con fuerza el puñal entre mis dedos.

—Esta noche, uno de mis hombres irá a buscarte y te traerá a mi cabaña. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—¿Estás de acuerdo?

Que me preguntase hizo que levantase rápidamente la mirada y me centrarse en sus ojos.

—Sí.

Volvió a tomar mi rostro con sus manos, alzó mis labios hacia los suyos y me besó una vez más con delicadeza. Sin otra alusión más se marchó dejándome allí sola, con mis pensamientos y con un arma en la mano; lo atrapé con fuerza entre ambas manos y, por primera vez en mucho tiempo, creí que mi destino estaba a punto de cambiar. Las hojas y las ramas de los árboles se agitaron con fuerza sobre mi cabeza

y supe que estaban entonando un nuevo cántico, una melodía compuesta exclusivamente para mí y, quizá también, a la extraña mujer de cabellos rojos que seguía acompañándome todas las noches, sin saber por qué, mientras dormía.

Capítulo 28

Silvana se despertó sobresaltada. Miró extrañada a su alrededor hasta que percibió cómo el coche disminuía su velocidad.

—¿Se ha despertado, papá?

La risa infantil de Brander invadió el espacio que los tres compartían en el interior del coche.

—Parece que sí. La bella durmiente ha vuelto del país de los sueños.

—Lo siento. —Se escuchó decir a sí misma—¿Por qué has permitido que me durmiera?

—Creo que nadie hubiese podido impedirlo. Ni tan siquiera las canciones de Brander —comentó divertido Hans con las manos en el volante y tomando otra vez velocidad.

—¡He cantado muy alto! —exclamó sonriente el niño— porque no era una nana.

Hans soltó una carcajada y Silvana deseó desaparecer en ese mismo instante.

Lo observó con detenimiento, como solía hacer desde el mismo instante que se conocieron, era una costumbre de la que no se cansaba nunca; su pelo corto, abundante y liso estaba revuelto, como si se hubiese pasado la mano varias veces por él. Tenía los pómulos bien esculpidos y la nariz perfilada, su boca era una atracción difícil de pasar por alto. Aquellos labios habían besado y cubierto cada centímetro de su piel los últimos días que habían estado juntos. Ese pensamiento hizo que se excitara de inmediato

—Creo que el culpable de que Silvana se durmiese he sido yo.

—¿Por qué, papá? —inquirió curioso Brander sentado en su silla de seguridad, en el asiento de atrás.

Ella dejó sus pensamientos pecaminosos aparte y abrió mucho los ojos previniendo con ese gesto a Hans.

—Anoche no la dejé dormir.

Hans elevó la comisura de los labios de una forma tan sensual que, si hubiesen estado solos, ella le hubiese obligado a salir en la próxima salida de la autopista y, una vez allí, hubiesen hecho el amor de una manera desenfadada.

—Papá, ¿estabas enfermo? ¿Por eso no has dejado dormir a Silvana?

El niño pronunció su nombre con un acento tan infantil que a ella le encantó.

Hans dejó escapar una sonrisa estrangulada.

—Algo así —respondió abandonando una mano del volante para acariciar la de ella que estaba apoyada sobre uno de sus preciosos muslos.

—Y ¿ya te encuentras mejor?

El niño parecía preocupado y Hans decidió dar por finalizada la conversación.

—Podría decirse que sí, pero aún necesito los cuidados de Silvana.

Ella volvió a mirarlo con animadversión.

—¿Eres enfermera?

Silvana iba a responder cuando Hans la interrumpió.

—Es una forma de llamarlo, sí. Le gusta cuidar de todo aquello que tenga más de cien años de antigüedad.

—Tú no eres tan viejo —replicó el niño con énfasis.

—Bueno, algún día lo seré, ¿no crees?

Brander iba a retomar de nuevo la palabra y Hans, conociendo a su hijo, conectó la pantalla que el niño tenía situada frente a él.

—Dibujos animados —exclamó encantado, levantando ambos brazos en señal de victoria.

En ese mismo instante, Brander se centró en la película de Disney y pareció desvanecerse.

—No deberías haberle dicho eso —protestó en voz baja Silvana, recostando la cabeza sobre el asiento.

—Es una manera sencilla y fácil de hacerle entender que su padre tiene sexo.

—¡Quieres no hablar tan alto! —rezongó—. Te va a oír.

—¿Y? —Le lanzó una mirada cautelosa.

A medida que pasaba el tiempo comprendía hasta qué punto Silvana se estaba haciendo un hueco en su vida. Era hermosa, perfecta, cariñosa y sexualmente activa, esto último le volvía loco.

—No debemos confundirlo ni que se haga falsas ilusiones conmigo. Creí que ya lo habíamos hablado. —Hans entornó los párpados, pero ella lo ignoró—. Me iré. Pensé que eso había quedado claro desde un principio.

—Es algo que me queda muy claro porque no paras de repetirlo una y otra vez. —Volvió a coger el volante con ambas manos—. Vive el presente, ¿quieres?

—Lo siento. Disculpa, no era mi intención molestarte, pero Brander es un niño estupendo —susurró ella—, y no quiero que sufra por mi culpa.

—Silvana, pongas el empeño que pongas en ello, sufrirá por una cosa u otra. Así funciona la vida desde tiempos inmemoriales.

—No deseo ser la causante de su dolor.

Hans sopesó la sinceridad de su respuesta. Silvana había perdido a sus padres siendo una niña y, de alguna manera, comprendía su actitud frente a la situación que ambos estaban viviendo.

—No lo harás, ¿de acuerdo? Tendré más cuidado, si es eso lo que te preocupa.

—Te lo agradezco.

—Y ahora dime, ¿estabas soñando con Krista?

Ella, en vez de responder inmediatamente, se tomó su tiempo, ladeó la cabeza y miró a través de la ventanilla del coche. Aquel país era maravilloso. Comprendía a la mujer de sus sueños cuando sentía esa conexión con los árboles, el cielo, la tierra en sí misma, de un olor tan igual que la que ella había dejado atrás. Era lógico y nada extraño que se enamorara de un país con esa luz tan peculiar.

—Sí —dijo al fin—. Aún no entiendo mucho lo que está sucediendo, pero Gardar le ha regalado un puñal de oxidiana.

—Gardar, ¿el berserker?

—El mismo.

—¿Por qué regalarle un arma a una esclava?

—No lo sé. Al igual que a ti, se me escapa a la comprensión.

—Me dijiste que era el tiempo del deshielo.

—Así es.

—No tardarán en zarpar.

—Eso me temo. —Ella resopló con fuerza.

—¿Crees que su destino es York?

Silvana llevaba los últimos días haciéndose la misma pregunta. El territorio vikingo comprendía gran parte del norte de Inglaterra, aunque sus fronteras estuviesen siempre en constante cambios a causa de las guerras con Wesses, uno de los siete reinos que precedieron al reino de Inglaterra. A ese territorio, los vikingos lo bautizaron con el nombre de Jórviik, y era allí donde ella creía que Gardar se dirigía con sus barcos. Su paso por la aldea solo tenía como objetivo reclutar hombres. Krista era solo un peón más del tablero. Ojalá pudiera avisarla de alguna manera, pero no sabía cómo podía hacerlo y eso la atormentaba.

—Estoy casi segura, sin embargo, no puedo confirmarlo —comentó Silvana con aire distraído.

Hans dejó de mirar el parabrisas para centrarse en ella y lo que vio no le gustó. Estaba nerviosa y parecía muchas veces ausente. Decidió cambiar de tema.

—¿Has hablado últimamente con tu abuelo?

—Con Tessa, más bien. Por ella sé que mi abuelo se encuentra bien, aunque algo más cansado. —Arrugó la nariz antes de continuar—. Supongo que la edad no perdona.

—¿Por qué no lo llamas tú?

—Lo haré, pero antes necesito estar más calmada con el asunto del museo. Mi

abuelo es como un radar y créeme si te digo que puede percibir mi estado a miles de kilómetros.

—¿Habla inglés?

—Digamos que lo farfulla. Le gusta ver un programa en la televisión pública donde se aprende inglés. —Sonrió al imaginarse la escena—. Suele decir que los mejores artículos que hablan de la historia están escritos en inglés, pero de ahí a comprenderlo y hablarlo medianamente bien, va un abismo.

—Ahora entiendo a quién has salido tan obstinada.

—Ey..., eso no tiene gracia. Soy perseverante, que es muy distinto. ¿Queda mucho para llegar?

—Eres peor que Brander, ¿lo sabías?

Ella, ante el comentario, sonrió y se giró en busca de Brander. Como suponía, el niño estaba inmerso en la película que se proyectaba en la pantalla. Tenía la nariz arrugada por una sonrisa permanente en el rostro, lo que hacía que sus pecas se agolpasen todas en un mismo lugar. Estaba de lo más gracioso.

—Es un niño increíble.

—Sí que lo es. Se parece mucho a mi padre.

Silvana percibió un atisbo de orgullo en la voz de Hans

—Y eso te enorgullece.

—Más de lo que puedas imaginar. Por esa razón quiero la custodia. —Silvana observó que sus puños estaban apretados alrededor del volante de tal forma que sus nudillos ya tenían un aspecto blanquecino—. No deseo que Lucinda lo contamine.

—No lo hará. Tú estarás ahí para impedirlo. —Su mirada se entrelazó con la de él. —Eres un padre maravilloso; no permitas que nadie te haga creer lo contrario.

—Te agradezco tu punto de vista.

—Es más que un punto de vista; es una realidad objetiva. —Hizo una pausa y después continuó—. No sé lo que es ser madre y, la verdad, no sé si lo sabré alguna vez, pero lo que sí tengo claro es que utilizar a un niño, como hace Lucinda con Brander, no es la mejor manera de mostrarle a tu hijo el cariño ni el respeto hacia otras personas.

Hans por un momento se preguntó cómo sería tener un hijo con Silvana y, para su sorpresa, la idea le entusiasmó.

—¿Sabes? Tu abuelo hizo un buen trabajo contigo.

Ella rio a medias.

—Digamos que mi abuelo era una persona con muchos años de experiencia cuando tuvo que hacerse cargo de mí.

Hans percibió en el tono de Silvana cierta melancolía.

—No fue fácil para él —continuó—, sin embargo, lo hizo lo mejor que pudo y

le estaré eternamente agradecida por ello.

—¿Qué les pasó a tus padres?

—Murieron en un accidente de tren cuando yo era niña.

A Silvana no le gustaba hablar de ese tema, pero con Hans todo parecía ser distinto.

Él asintió, como si de pronto entendiese la situación.

—No ha debido ser fácil separarse de él...

Ella, como respuesta, le devolvió una sonrisa, primero con los ojos, luego con los labios.

—¿Por eso tu empeño en volver a casa?

—Sí. Yo una vez lo necesité y estuvo en todo momento a mi lado, ahora es mi turno, él me necesita a mí.

Hans buscó cientos de argumentos para rebatir esa postura, sin embargo, decidió guardar silencio al respecto. ¿Quién era él para contradecirla o convencerla de lo contrario? Un buen ejemplo de ello era su familia, se podía decir que de muchos miembros, pero eso no impedía que fuese, al fin y al cabo, una familia rota. Silvana y su abuelo eran únicamente dos, pero estaban unidos por un hilo invisible que él en ese mismo instante envidiaba y deseaba desesperadamente.

Salió en la siguiente salida de la autopista.

—En menos de media hora habremos llegado a nuestro destino. ¿Nerviosa?

—¿Debería estarlo?

Él no respondió. Se limitó a conducir porque, si le hubiese contestado a la pregunta, levantaría sus peores sospechas al respecto.

Capítulo 29

El museo estaba cerrado al público, pero algunos de sus empleados seguían en el interior. Las dos horas que llevaba vigilando la zona se lo confirmaba. Adele estaba dentro y la policía había desaparecido del lugar hacía escasos veinte minutos; algo que agradecía porque le venía al dedillo para llevar a cabo sus planes.

Salió del coche con la mirada puesta en varios puntos estratégicos. Nadie.

Se envolvió en su abrigo y se colocó la capucha que colgaba a su espalda por dos motivos: las temperaturas habían disminuido considerablemente y el gorro ocultaba buena parte de su rostro.

No quería sorpresas de última hora; cerró la puerta con cuidado, no deseaba llamar la atención de ningún viandante, y se acercó con cautela a la puerta principal, con la mirada fija en cualquier movimiento extraño que pudiese producirse. El hormigueo que percibió en los dedos recomfortó su estado de ánimo. Le gustaba esa sensación, ese poder que adquiría el miedo cuando traspasaba su barrera.

Como había supuesto estaba cerrada pero, a través de una de las cristalerías que permitían ver parte de la primera antesala del museo, comprobó que en uno de los despachos había una tenue luz.

Con ayuda de su móvil y una aplicación más que sofisticada, anuló las cámaras de seguridad. Luego, desactivó la alarma y buscó la llave en el fondo de su bolsillo.

Esto iba a ser coser y cantar.

La cerradura produjo un chasquido que hizo que se sus movimientos quedaran suspendidos en el aire; observó detenidamente a un lado y luego al otro. Nada. Solo silencio, la melodía perfecta para lo que tenía en mente.

Cerró la puerta tras de sí, no deseaba sorpresas de última hora. Con paso sigiloso se dirigió hasta el foco de luz. Se sintió como una luciérnaga cuando era atraída hacia la luz.

Adele cogió su café frío que descansaba cerca del teclado y bebió un sorbo largo. El trabajo se acumulaba tras el inventario. Hans y Silvana se habían tomado el fin de semana libre, algo que le venía como anillo al dedo, y ella..., bueno, ella era harina de otro costal; dejó la taza sobre la mesa y se centró en la pantalla del ordenador. Como había supuesto, aquellos números no cuadraban. Maquillar esos datos no iba a ser fácil, pero ella era una mujer con años de experiencia y no le asustaba el trabajo duro.

Pensó en los miles de euros que descansaban en su cuenta bancaria; pronto, muy pronto, podría hacer uso de ellos, y después, buscaría un país tropical donde las

temperaturas reinantes permitieran que el verano fuese la única estación. Pronto, todo su esfuerzo, todo su trabajo, tendría su recompensa.

Después de varias operaciones se sentía del todo segura. La muerte de Poulsen había complicado algo las cosas, pero nada que no pudiera ser modificado al momento. Lo recordó con un mohín en los labios. Bien sabía Dios que ella no deseaba la muerte a nadie, pero el director del museo se lo había ganado a pulso. Nadie abandonaba el plan inicial. Habían hecho un juramento y su única misión era cumplirlo.

La policía estaba tras una pista que no les llevaría a ninguna parte. Los cabos estaban bien atados y nadie podría invertir la situación.

Buscó de forma intuitiva de nuevo el café, pero la taza resbaló de entre sus dedos al ver a la figura que traspasaba la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida y algo recelosa a la vez mientras buscaba algo con lo que limpiar aquel despropósito.

—Sabes, Adele. Tengo que admitir que, tras la muerte de Poulsen, has adquirido un poder revelador que no me gusta.

Adele dejó que el café gotease de la mesa al suelo para centrarse en la persona que había invadido su despacho. Su rostro cambió en el acto y supo que algo no iba bien.

—Pasas mucho tiempo con las fuerzas de seguridad, y eso me inquieta.

—Habíamos hecho un trato.

—Cierto, Poulsen lo incumplió, y no quedó otro remedio que hacerlo desaparecer. La policía está a todas horas aquí, y eso no me gusta. ¿Quién me dice que no vas a delatarme?

Adele sintió cómo la bilis le subía por la garganta.

—Eso no lo haría nunca. Cumplo lo que prometo.

—Eso es algo a lo que no me voy a arriesgar.

Adele pensó en Silvana, en aquella estúpida apuesta que ella misma había iniciado. Al ver la cara de su atacante, supo que la había perdido. La española no iba a morir, como ella había supuesto, en las próximas horas.

Por primera vez en mucho tiempo, temió por su vida y comprendió lo que iba a suceder a continuación. El pánico y un frío sudor se apoderaron de ella.

—No puedes hacer lo que estás pensando...

—¿Tú crees? ¿Quién me lo impide?

Adele sabía que la persona que tenía ante sí tenía razón. Su cuerpo artrítico nada podía hacer contra su oponente. Aterrada, abrió los ojos en su máxima expresión mientras un gorjeo se estranguló en su garganta al sentir cómo se aproximaba el brillo de la obsidiana hasta ella.

Ahogó un grito cuando vio el filo del puñal acortando la distancia. No pudo esquivarlo, la edad y la falta de reflejos jugaron en su contra.

No tuvo tiempo de reacción. La hoja se adentró en su cuello, como si se tratase de una barra de mantequilla. Intentó pedir auxilio, pero la sangre que salía a borbotones de la herida se lo impidió. Primero le faltó el aire y, de pronto, todo pareció ir a cámara lenta. Cayó desplomada al suelo con los ojos inertes fijos al techo; antes de dar el último respiro, lo único que percibió fue el sabor metálico de la sangre diluyéndose en su boca.

Observó las fotografías que tenía pegadas en la pared, hizo una equis sobre el rostro de Adele. Después de todo, no había sido tan complicado. Solo cabía estar a la espera. La policía pronto encontraría el cadáver y volvería a busca cabos sueltos. Ilusos.

Una buena parte del dinero de Adele ya descansaba en su cuenta bancaria, en Suiza. No había dejado pistas y nadie descubriría la transferencia. Ese dinero había recorrido más de seis países antes de llegar a su destino.

Elevó el brazo hasta la altura de sus ojos y observó aquella preciosa reliquia de casi mil años de antigüedad que había usado para asesinar a Adele. A sus socios les encantaría.

Había sido pan comido arrancarla de aquella vitrina de cristal. Las escasas medidas de seguridad que poseía el museo eran un factor a su favor. Ya nadie se interpondría en su camino una vez muertos Poulsen y Adele.

Paladeó la victoria. «Objetivo alcanzado», pensó mientras estudiaba las diferentes fotos que tenía ante sí.

Con aire distraído, buscó entre los papeles desperdigados uno de los dardos, le gustaba dar en el centro de la diana, puso distancia, la suficiente para apuntar con pulso firme hacia su objetivo y, desde aquella posición, tiró. El dardo se clavó, con tiro certero y a una velocidad vertiginosa, sobre una de las fotografías.

Su próxima víctima.

Silvana Roiz.

Capítulo 30

Silvana respiró hondo varias veces e intentó mantener la serenidad, aunque los fuertes latidos que sentía contra su pecho le estuviesen informando de lo contrario. Siguió a Hans y a Brander hasta la cocina, donde el murmullo de varias voces hacía que se entremezclasen unas con otras.

La casa, por lo que había visto hasta ahora, era preciosa, pintada de blanco y llena de ventanales que permitían que la luz entrase en tropel por las diferentes estancias. El jardín estaba bien cuidado y la terraza parecía recién restaurada. Un conjunto de una mesa y cuatro sillas, en color negro y de estructura de acero inoxidable, rompían la monotonía de aquel espacio.

Hans se detuvo y esperó a Silvana. Ella agradeció el detalle y le sonrió. Él le hizo pasar hacia adelante y posó cuidadosamente una mano sobre su espalda, como si con ese gesto quisiera darle su apoyo.

—¿Estás bien?

—Parecen muchos —dijo ella en alusión al rumor que procedía de la cocina.

—No te dejes intimidar —Hans le guiñó un ojo—. Ladran, pero no muerden.

Ella intentó sonreír, pero sus labios no se curvaron porque el rumor se convirtió de pronto en un bullicio digno de una gran fiesta. Brander acababa de entrar en la cocina.

—No estoy segura de que haya sido buena idea...

—La mejor que has tenido en tu vida —La interrumpió él—. Claramente después de haber decidido acostarte conmigo —Susurró en su oído.

Ella abrió la boca para decir algo, pero una voz femenina la interrumpió.

—¡Habéis llegado! Es maravilloso.

—¡Mamá!

Hans la dejó y corrió al encuentro de su madre, que ya lo esperaba con los brazos abiertos.

Silvana se sintió como una intrusa ante la escena. Sus labios se apretaron en una línea muy fina y esperó pacientemente.

—¡Te he echado tanto de menos, hijo!

Hans depositó un cariñoso beso en la mejilla de su madre.

—Ya estoy aquí.

—En casa, como debe ser —Su madre mesó el pelo de su hijo como si fuese aún un niño pequeño.

Clarissa dejó caer la mano y se percató de la presencia de Silvana.

—¿Así que esta es la mujer española?

—Mamá, déjame presentarte a Silvana, una historiadora ya con nombre propio en nuestro mundo.

Silvana se sintió agradecida y reconfortada por las palabras de Hans. Gracias a Dios no había utilizado una alusión más íntima para presentarla.

—¡Ven aquí! —exclamó en un inglés perfecto.

Silvana recordó que Hans le había dicho que su madre había sido profesora de inglés en un instituto. De ahí que dominase tan bien una lengua extranjera.

Obedeció y de pronto se vio inmersa en un abrazo interminable.

Clarissa Solberg era una mujer muy diferente a lo que se había imaginado. Su pelo níveo tenía un corte poco clásico. A Silvana le recordó inmediatamente a Sinéad O'Connor. No era una mujer excesivamente alta, pero su peso estaba bien repartido, de forma que le daba la impresión de estar ante una mujer muy femenina.

—¡Me alegro tanto de que estéis aquí! —exclamó, distanciándose escasos centímetros para volverla a abrazar de nuevo—. Vayamos a la cocina, allí está la hermana de Hans, Liz, con Argus, su marido.

Silvana iba a coger su maleta cuando Hans la detuvo.

—Déjala ahí; dentro de un momento la llevaré a la habitación.

Ella, nerviosa y sin saber muy bien qué hacer, acató la orden. Clarissa no la soltó y ambas anduvieron el largo pasillo hasta la cocina.

—¡El hijo pródigo ha vuelto!

—Voy a buscar al tío Liam.

—Ey... Ten cuidado —le ordenó su padre.

—Lo tendré.

Todos captaron el nerviosismo de Brander. El niño, sin ser consciente de su protagonismo, desapareció por la puerta de la cocina.

—Ven aquí.

Silvana observó cómo una joven, de no más de treinta años, se refugiaba feliz en los brazos de Hans. Nadie podía discutir que eran hermanos. El parecido entre ellos era asombroso. Solo que Liz al ser mujer tenía los rasgos más suaves que los de su hermano. Morena, de melena hasta los hombros, de ojos claros y con una sonrisa que irradiaba una felicidad absoluta.

El hombre de gafas que estaba a su lado tendió con energía la mano a Hans. A Silvana le pareció, a primera vista, un hombre inteligente. Hans le había comentado que era abogado, y ella supuso que de los buenos. Su forma de vestir lo corroboraba.

—Silvana, déjame presentarte a mi hermana, Liz, y a mi cuñado, Argus.

—Es un placer... Liz —Besó a la hermana de Hans en una de las mejillas—. Argus —y tendió la mano a su marido.

—¿Así que tu eres la historiadora española? —preguntó Argus mientras

abrazaba de forma cariñosa a su esposa.

—Eso dicen.

—Me alegro de que hayáis venido.

Silvana se percató del exhaustivo escrutinio al que era sometida por parte de Liz. Se dijo a sí misma que era normal. Al fin y al cabo era una desconocida para ellos.

—Sois todos muy amables.

—Dime, Silvana. ¿España es un país tan bonito como nos quieren hacer ver en los documentales? —preguntó Argus con las manos en los bolsillos y apoyado en la encimera de la cocina.

Silvana se sintió un poco mejor al saber que ella no era la única que estaba nerviosa allí.

—Mucho mejor y Cantabria, la provincia más bella que hayáis visto jamás.

Todos rieron al unísono.

—¿Cantabria es la tierra donde vives?

Estuvo a punto de corregir a Liz. De alguna manera ella vivía ahora en Roskilde, pero no se atrevió a contradecirla.

—Sí, así es.

—Bueno, quizás algún día Liz y yo decidamos hacerte una visita.

—Mi abuelo y yo estaremos encantados de hacer de anfitriones. Seréis bien recibidos.

—¿Café?, ¿té?

Silvana volvió su atención a Clarissa.

—No. Muchas gracias. Se lo agradezco.

La madre de Hans le devolvió la sonrisa. Se veía a leguas que estaba encantada de volver a tener a su primogénito y a su nieto en casa.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Dinamarca?

La pregunta de Liz hizo que el silencio se hiciese de pronto.

—Hermana, deja el interrogatorio para más adelante —protestó Hans con cara de pocos amigos—. Silvana podría sentirse incómoda.

—No era mi intención, de verdad que no, Silvana. Siento si te ha molestado mi actitud.

—No pasa nada, Hans. Es lógico que sienta curiosidad —Tocó su brazo como si con ese gesto pudiera reconfortarle.

Para nadie pasó inadvertido aquel detalle.

—Me quedan aproximadamente cuatro meses.

Clarissa observó detenidamente a su hijo. Una madre conocía a su vástago demasiado bien para percatarse de que entre Hans y la historiadora había algo más

que una relación laboral. No pudo evitar pensar en Lucinda y todo el mal que le había hecho durante los últimos años de convivencia marital. Cruzó una mirada con Liz, y supo en el acto que ella estaba pensando en lo mismo.

—Será mejor que dejemos de hablar de la marcha de Silvana. Va a pensar que ya la queréis mandar de vuelta a su país.

—Por supuesto que no, hijo. Discúlpanos —comentó Clarissa, ocultando su malestar tras una sonrisa.

—No hay nada que disculpar, de verdad.

—Liam vendrá enseguida. Está con Noah y los niños en el embarcadero.

La sola mención de su hermano hizo que el buen humor de Hans se desvaneciese en el acto. Silvana se percató de ello y, como si se tratase de un apoyo incondicional, se acercó a él.

Clarissa, preocupada por la reacción de su hijo mayor, intentó llenar el silencio reinante.

—Será mejor que os enseñe vuestras respectivas habitaciones —dijo ufana mientras se dirigía a la puerta.

—Silvana dormirá conmigo.

—Hans, por favor —le rogó Silvana avergonzada.

Clarissa abrió la boca y la cerró de golpe sin saber muy bien qué decir al respecto. Sus sospechas se habían confirmado.

—No. Yo dormiré con Silvana.

Todos se volvieron hacia aquella voz. Brander, desde el umbral de la puerta y con el ceño fruncido, observó detenidamente a su padre. Detrás de él y con una mano afectiva sobre el hombro de su sobrino, se encontraba Liam, hermano de Hans, además de dos niños muy diferentes entre sí, el más pequeño con unos rasgos muy semejantes a los de Liz y el mayor hizo un gesto que Silvana inmediatamente relacionó con Argus. Eran los tres nietos de Clarissa. Los pequeños permanecieron en silencio, como si supieran que esa situación no iba con ellos y que podían perder más que ganar.

—La vida te trata bien, Hans —saludó Liam, rodeado de sus sobrinos, sin moverse del lugar donde se encontraba.

Hans se sintió incómodo. No veía a su hermano desde hacía meses y esa situación solo confirmaba su teoría. Si imaginaba que las asperezas entre ellos estaban limadas estaba totalmente confundido. La rabia que bullía desde su interior se lo confirmaba.

—Quizá sea porque soy menos exigente que tú —Fue la respuesta de Hans antes de abandonar la cocina.

—Lo siento...

—No debes sentir nada, Hans. Ya ha pasado. ¿Estás bien?

Silvana dejó la maleta abierta sobre la cama y se centró en el hombre que tenía ante sí. Estaba sufriendo y mucho; lo podía ver en sus ojos, en sus gestos presurosos y ansiosos. No conocía bien la situación familiar, pero si de algo estaba segura es que aquella cocina, por un momento, pareció el polar ártico.

—Pensé que lo de Liam era agua pasada, pero al parecer no lo es.

—¿Quieres contármelo? —Se acercó a él y buscó su contacto físico.

Hans aceptó de buen grado la mano de ella sobre su antebrazo. El calor que irradiaba esa cercanía le permitía saber que aún podía sentir algo más que odio.

—¿Dónde está Brander?

—Está abajo con tu madre. Soren y Bent están con ellos.

Silvana sintió la tensión palpable en el brazo de Hans; la misma vivida hacía más o menos una hora. Liz había salido tras Liam, dejando a sus hijos a cargo de su madre y Argus. Después de eso, no había vuelto a saber nada de ellos y a ella, fuera de lugar como se encontraba, no le pareció correcto buscar a Hans por las habitaciones de la casa. Le pareció un gesto de mal gusto husmear por las diferentes estancias.

Fue Hans quién la encontró.

Como había supuesto, Brander y ella dormirían en una habitación contigua a la de Hans. A ella no le importaba en absoluto. Casi podía decirse que lo veía hasta bien.

—Los hijos de tu hermana son maravillosos, aunque Soren, el más pequeño, es todo un diablillo mientras que Bent, el mayor, parece más pacífico.

Hans asintió con una media sonrisa en los labios.

—A Soren casi ni lo conozco —Su tono sonó demasiado melancólico como para no creerle—. Solo tiene dos años y yo he estado mucho tiempo alejado de mi familia. Demasiado, diría yo.

—Bueno, desde mi punto de vista, eso es algo que ya estás arreglando.

—Sí, claro —Hans se separó de Silvana y se dirigió a la ventana e introdujo ambas manos en los respectivos bolsillos del pantalón. Durante unos segundos, Silvana vio a un hombre derrotado por las circunstancias.

—¿Ves aquel árbol de allí?

Ella se acercó despacio hasta toparse con la espalda de Hans. Él se hizo a un lado para que pudiera ver mejor las vistas a través del cristal.

—¿Aquel grande y casi sin hojas?

Silvana agradeció estar en el interior de la casa, porque fuera el cielo estaba cubierto de nubes; el tono grisáceo prevalecía hasta donde le llegaba la vista y estaba casi segura de que la temperatura, a esas horas, no alcanzaría seguramente los siete grados.

—Sí. Ese. Es un roble —Las arrugas alrededor de los ojos de Hans se hicieron más profundas—. Mi padre lo plantó el día que nació. Solía decirme que cada vez que lo viera y levantase la mirada hacia la copa, podría distinguir a mi propio yo. Si estiraba lo suficiente los brazos, alcanzaría el mismísimo cielo, si me lo propusiera.

Silvana observó a través del cristal aquel hermoso árbol. Se veía a las claras que estaba bien arraigado al suelo, que sus fuertes y rugosas raíces se adentraban en la tierra con brío en busca del sustrato necesario para sobrevivir.

El padre de Hans tenía razón. Su hijo era muy parecido a aquel roble de ramas medio desnudas; sus escasas hojas, de un tono marrón marchito, se debatían a través de las ráfagas frías del gélido otoño danés.

—Es un detalle muy hermoso. Un legado increíble e inolvidable —comentó Silvana, presionando los labios contra el hombro de Hans.

—Sí que lo es —Él la buscó con la mirada—. Así era mi padre.

Ella se separó lo suficiente para observar su semblante.

—Por lo que puedo deducir, era un gran hombre.

—Sí que lo era. A veces me cuesta hablar en pasado cuando me refiero a él.

—Es comprensible. El dolor nunca se va —Esbozó una tenue y triste sonrisa—. Simplemente aprendes a vivir con él.

—Eres especial, Silvana, ¿lo sabías?

Esta vez la sonrisa de ella se agrandó y envió un significado muy diferente a la anterior.

—No, no lo soy. Tengo mi esencia, como tú tienes la tuya. Eso es todo —Trató de borrar las pequeñas arrugas que aparecieron entre las cejas de Hans con el pulgar—. ¿Tus hermanos también tienen sus árboles? —preguntó intentado cambiar así de tema.

Hans lamentó que ella dejase de acariciar su frente, así que se limitó a asentir con la mirada posada en el suelo y balanceándose sobre sus talones.

—Así es. Liam tiene su propio haya detrás de la casa, junto al de Liz, un abeto que ella y mi madre suelen decorar en Navidad. Imagino que Soren y Bent participen ahora de esa tradición.

—Pero el tuyo está frente a la casa. Muy visible.

Hans levantó de nuevo la mirada hacia Silvana y sonrió despacio, sin prisa alguna. Ella tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no perderse en sus ojos.

—Una vez me dijo, siendo yo aún un niño, poco mayor que Brander, que una vez que él muriese, que él ya no estuviese con nosotros, como primogénito, yo debía ser el guía de la familia; esa es la razón por la que plantó mi árbol tan cerca de la entrada. Así, cada vez que llegase a casa, yo lo vería y recordaría mi promesa — Tuvo que tomar aire porque su garganta estaba atrapada por un gigantesco nudo que le impedía seguir hablando—. Y ahí sigue, recordándome mi deber, una obligación que no soy capaz de llevar a cabo y eso me reconcome.

Silvana se compadeció de él. Depositó un cálido beso en los labios de Hans, sin ningún tipo de mensaje sexual; solo quería hacerle entender que ella estaba ahí.

Él permaneció inmóvil, observándola.

—Has entrado en mi vida como un huracán...

Ella se mordió el labio inferior con aire distraído.

—Créeme que no era mi intención.

Hans sacó las manos de los bolsillos y, con la yema del dedo índice, siguió la línea de la nariz de Silvana.

—No tengo nada que ofrecerte —Percibió cómo los pechos de ella se elevaban y descendían ligeramente al respirar—. Nada. Por esa razón intento respetar tu decisión de que te vayas una vez que hayas terminado tu trabajo en el museo.

—Hans..., yo...

Él detuvo sus palabras poniendo una de sus manos sobre los labios de ella.

—Lucinda era la novia de mi hermano.

La confesión dejó a Silvana sin aliento. Hans observó cómo ella arrugaba la frente y fruncía su ceño intentando asimilar las palabras que él acababa de decirle.

Él bajó la mano dejando al descubierto los labios de ella; pero al contrario de lo que hubiese pensado en un principio, Silvana cayó en el mutismo más absoluto.

—Yo era el empollón de clase, el que siempre sacaba buenas notas y no bajaba del sobresaliente —continuó diciendo mientras sus ojos volvían a atravesar el cristal de la ventana y su mirada se fugaba hacia el roble; el árbol que su padre había escogido para él—. Imagino que si tienes un hijo con unas notas tan increíbles, tarde o temprano, terminas acostumbrándote. Ahora lo puedo entender... Brander, aún siendo tan pequeño, en el colegio, según su profesora, es un alumno brillante. Al principio me asombraba y me hacía sentir orgulloso. Después se convierte en el estribillo de la misma canción. Imagino que la comparativa es horrenda, pero cuando hablo contigo intento no cribar mis palabras ni mis pensamientos.

—Gracias por permitirme ser alguien tan especial en tu vida.

Sus ojos volvieron a Silvana y su mirada se entrelazó con la de ella. Seguía pensando que era una diosa nórdica. Su belleza era inigualable; por supuesto que tenía defectos, como cualquier ser humano, sin embargo, él los omitía, no los veía.

—Pero Liam era diferente —La voz profunda de Hans decaía como el día; el sol se ocultaba dando paso a un cielo anaranjado encapotado de algodonosas nubes grises—. Creaba con sus manos verdaderas obras de arte y con cada una de ellas se llevaba una ovación.

—Son cosas diferentes, Hans...

—Imagino que sí, pero un niño no entiende de eso, y un adolescente solo acrecienta esa idea —Acarició la mejilla de Silvana con el dorso del dedo—. Liam se parece tanto a mi padre...

—Tú eres un magnífico historiador. Tu nombre tiene un peso en nuestro mundo. Sé de lo que hablo.

—Tú lo has dicho, en nuestro mundo; no en el de mis padres ni en el de mis hermanos.

—Hans, no te auto flageles, por favor. Esa rabia terminará consumiéndote.

Silvana lo abrazó y él la encerró en el círculo de sus brazos.

—Cuando eres pequeño, buscas la aceptación de los tuyos, quieres que tus padres se sientan orgullosos de ti.

—Y lo estaban, lo están —Se corrigió ella rápidamente, recordando a su familia perdida en aquel estúpido accidente de tren.

—Supongo que sí. La cuestión es que cuando Lucinda apareció, mi ataque de celos hacia mi hermano se situó en la escala más alta —Apretó con fuerza el cuerpo de Silvana contra su pecho—. Yo estaba a punto de conseguir el puesto de conservador en el museo de vikingos de Roskilde. Aún no había nada de seguro, pero cuando ella apareció con esa belleza misteriosa y cautivadora, mi yo interno me traicionó. Por fin había encontrado la piedra angular para herir a mi hermano y no dudé ni un solo instante en arrojarla contra él.

—No te imagino pensando así.

—Yo tampoco, créeme.

Hans acarició la espalda de Silvana esbozando dibujos abstractos con la yema de los dedos. Hubiese querido que ese instante no terminase nunca.

—Creo que en algún momento entré en razón y dejé de pensar en Lucinda como una mujer deseable e intenté por todos los medios convencerme de que era la novia de Liam. Era alguien que no me pertenecía.

—Pero...

Durante unos segundos él no dijo nada.

—Subestimé mi deseo carnal —Hans apoyó los labios en la sien de Silvana—. Lucinda se presentó una noche en mi habitación... Lo demás te lo puedes llegar a imaginar.

—¿Liam lo descubrió?

—No, exactamente —La apretó, aún más si cabe, con más fuerza, contra su pecho—. Lucinda decidió aclararle la situación al día siguiente.

—Y, ¿Liam la creyó?

—No tuvo la más mínima duda; yo se lo confirmé. Otra de las cosas que me enseñó mi padre fue a ser honesto conmigo mismo y consecuente con mis actos.

—¡Dios, Hans!

—Lo sé. Suena frío y calculador.

Ella se limitó a suspirar.

—¿Comprendes ahora por qué no vengo tan a menudo por aquí?

Ella enterró su frente en el pecho de él.

—Esto aclara muchas cosas. La reacción de tu familia debió ser espantosa.

—Más de lo que puedas imaginar, pero Lucinda me hizo creer que estaba enamorada de mí y yo, ingenuo de mí, la creí. Por una vez en la vida, arrebatava algo a mi hermano y esa sensación, aunque duró poco tiempo, fue sublime... ¡Dios! Me siento asqueado de mí mismo contándote esto.

Ella lo comprendía perfectamente. El ser humano podía ser un devorador innato cuando se trataba de lidiar con la envidia.

—Todos cometemos fallos, Hans.

—No todos se acuestan con la mujer de su hermano.

Ella se distanció lo suficiente para levantar la mirada y buscar los ojos de Hans. Como imaginaba, el dolor en ellos era abrumador.

—¿Y Brander?

Él apartó la mirada de Silvana y lanzó una mirada devastadora y furiosa a través del cristal.

—Lucinda se quedó embarazada a las pocas semanas. Supongo que esa es la mejor decisión que ha tomado en su vida. Mi hijo es mi razón de ser. Sin él, no sé que hubiese hecho durante todos estos años.

—¿Liam y tú nunca habéis hablado de ello?

Él se centró de nuevo en ella.

—No. Nunca.

—Y, ¿qué relación tiene él con Brander?

—Sospecho que buena o toda la que se pueda tener si ves a tu sobrino, como máximo, dos veces al año. Es muy cariñoso con él; de eso estoy seguro, si no fuera así, Brander no lo tendría idolatrado.

—Hay algo que no comprendo.

—Dime.

—Después de todo lo que ha ocurrido entre vosotros, ¿por qué me has traído aquí?

Hans le acarició primero el pelo y luego, la barbilla.

—Necesitaba confesarte la verdad —Añadió mirándola directamente a los ojos—. Anhelaba más que nada en el mundo poder expiar mis pecados.

Esperó una respuesta por parte de ella; si no llegaba, lo podía entender. No se sentía orgulloso de ese pasado que enturbiaba su presente, pero ya nada podía hacer. Liam tenía razón para estar furioso, pero había pagado su penitencia, el castigo había llegado por parte de su familia con la indiferencia, tantos años que ya perdía la cuenta. Ya había pagado con creces aquella miserable decisión. Lucinda no era buena para él y estaba completamente seguro de que tampoco lo hubiese sido para su hermano. Sin embargo, nadie parecía darse cuenta de ello.

Silvana intentó leer la verdad en su mirada. Allí, ante ella, estaba un hombre totalmente diferente al que había conocido en el museo; no era el conservador quien hablaba, era un hombre herido en todo su ser. Le estaba tendiendo su corazón, podía ver su alma a través de sus ojos. Podía herirlo de por vida o salvarlo y, sin saber cómo había llegado a esa conclusión, optó por la segunda opción.

Quería a Hans y ella no iba a ser verdugo de nadie.

Levantó las manos y enmarcó con ellas el rostro de él; le vio cerrar los ojos durante unos segundos mientras su gesto adusto se suavizaba con su contacto. Se acercó despacio a su boca y lo besó lentamente, sin prisa alguna, haciéndole entender que ella estaba ahí y no se iba a marchar a ninguna parte; luego, trazó un sendero con sus labios a lo largo y ancho de su cuello. Lo sintió tensarse y eso le gustó.

—Estoy aquí; no voy a irme a ninguna parte.

—¿Eso es una promesa? —preguntó él abriendo los ojos y con voz ronca.

—Hoy lo es. Hoy voy a estar aquí, contigo, a tu lado.

Él pareció entender. No podía exigirle más; así que se limitó a frotar su nariz contra su cuello y abrir una mano sobre el vientre de ella.

—La necesidad de hacerte el amor en este momento es abrumadora.

Las voces de los niños se escucharon en la planta inferior.

A Silvana le invadió una risa nerviosa.

—Tu hijo y tus sobrinos están abajo.

—Con mi madre. —Depositó una hilera de besos en la frágil línea de su mandíbula.

—Pueden venir en cualquier momento...

—Mi madre sabe perfectamente dónde y con quién estoy.

—Debo suponer... —Estiró más el cuello para dar mayor acceso a los besos de Hans— que piensa que estamos haciendo el amor.

—Ajá.

—La verdad, no sé qué pensar respecto a eso.

Con una sonrisa, apretó sus labios contra su cuello.

—No va a molestarnos nadie; al menos durante un par de horas —aclaró él.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

Hans se separó lo suficiente para mirarla a los ojos. Silvana no había tenido una figura materna en su vida, quizás esa era la razón de la desconfianza.

—Podré haber sido el mayor cabrón del mundo en el pasado, sin embargo, mi madre sabe que eres importante en mi vida —dijo tranquilo, a pesar de que su corazón bombeaba con rapidez dentro de su caja torácica—. No haría nada que entorpeciese mi felicidad.

—Creo entender —confesó ella haciéndose eco del tumulto de pensamientos que bullían en su mente.

—Bien —Fue la sencilla respuesta de Hans.

La besó con ese deseo contenido que había conocido solo con ella mientras la llevaba despacio hacia la cama. Ella se dejó guiar de espaldas hasta caer sobre el colchón.

—Solo una cosa —le advirtió.

—Tú dirás —dijo ella divertida mientras arañaba el labio inferior con los dientes.

Hans estaba muy cerca de ella, con los brazos paralelos, y muy cerca de su cabeza.

—Nada de gemidos.

Silvana abrió mucho los ojos y un segundo después soltó una carcajada.

—¿No puedes estar hablando en serio?

—Totalmente en serio —comentó él acercándose a su boca. En ese mismo instante, ella dejó de reír y se dispuso a recibirlo.

Sus labios eran duros y exigentes, pero a ella no le importó. Le respondió con el mismo entusiasmo. Después, el tiempo pareció desaparecer como por arte de magia. Solo estaban ellos y eso la llevaba a una sola conclusión.

Estaba en un aprieto más serio de lo que ella creía, porque ahora su fuero interno se lo confirmaba: se había enamorado de Hans Solberg.

Capítulo 31

La última noche

Estaba nerviosa, tanto era así que si no hubiese sido por aquel gigante que me acompañaba, hubiese caído de bruces al tropezar con una gruesa raíz que sobresalía a ras de suelo.

—¿Estás bien?

El que me preguntó era el hombre de confianza de Gardar; lo sabía porque era un rumor ya muy extendido por la aldea. Solían estar siempre juntos y se pasaban las horas hablando entre ellos, aunque nadie supiera lo que tramaban. A mi acompañante se lo podía describir como un individuo serio, taciturno y musculoso, como su jefe, pero con una impresionante cicatriz que atravesaba su frente hasta perderse en su cuero cabelludo.

Intenté que no me intimidara su presencia, así que me limité a asentir y comencé de nuevo, y con paso algo más ligero, mi andadura tras él.

—¿Cómo te llamas?

—¿Acaso importa eso?—respondió él en un tono poco amigable.

Aumenté la zancada para ponerme a su altura. Él pareció darse cuenta de mi esfuerzo porque disminuyó su paso, lo cual agradecí.

—No sé cómo debo dirigirme a ti.

La oscuridad se tragó su gesto adusto.

—Debes rendir cuentas ante Gardar, no ante mí.

No supe qué responder a eso. En cierta manera tenía razón. De pronto, un pensamiento me invadió y me intranquilizó al mismo tiempo.

—Pareces no estar de acuerdo en que Gardar me vea esta noche.

—Lo que yo piense no te debe importar. ¿Sabes?, hablas demasiado.

Lo vi acelerar el paso y no tuve otra opción que aligerar el mío.

—Solo intento ser amable; eso es todo —le increpé, intentando que mi agitada respiración me dejase terminar la frase.

—No me gustan los cristianos.

Así que era eso. Yo también podía decir que no me gustaban los infieles, los adoradores de Thor y Odín, pero nada podía hacer al respecto; solo recordar mi hogar y a los míos y, como ocurría cada vez que lo hacía, un dolor atravesó mis entrañas, dejándome desolada y vacía. Guardé silencio ante mi guardián y, solo entonces, me limité a seguirlo, en silencio, hasta la cabaña de Gardar.

Esa noche todo parecía estar tranquilo; el silencio reinaba en el ambiente, las estrellas brillaban con intensidad sobre la bóveda celeste y solo las olas que rompían en la costa se dejaban oír tierra adentro. En otras circunstancias hubiese disfrutado de aquel instante, sin embargo, el destino parecía tener otros planes para mí.

Gardar debía estar esperándonos, porque la puerta de su cabaña estaba entreabierta.

Ambos entramos, yo precedida por aquella mole de músculos y huesos.

Gardar estaba sentado junto al fuego, admirando una de sus espadas que en ese momento sostenía entre sus manos. Acariciaba el noble metal con delicadeza, como si estuviera venerando aquel filo que tantas vidas había segado; al vernos llegar se levantó, dejó su arma a sus pies y se acercó hasta nosotros.

—Gracias, Viggo, puedes retirarte.

No pude evitar volver mi atención a mi guardián y sonreírle con desdén. Después de todo, había descubierto su nombre. Viggo pareció percatarse del detalle, porque hizo una mueca desagradable con la boca.

A Gardar no le pasó inadvertido el gesto.

—Espero que mi hombre no haya sido descortés contigo.

—No, no, para nada —le aclaré rápidamente—. Solo que es poco hablador.

La mueca de Viggo se hizo más profunda y Gardar soltó una carcajada ante la imagen de su segundo.

—Es mi hombre de confianza y le gustan poco las mujeres.

—Creí que solo eran las cristianas.

El semblante de Gardar cambió de repente.

—Vaya..., después de todo creo que sí habéis hablado.

Viggo, ante la intensidad de la mirada de su jefe, bajó la cabeza, en señal de respeto, y miró en dirección al suelo.

—Si no me necesitas más, será mejor que me vaya. Necesito aplacar mi sed.

Gardar le hizo un gesto con la mano y Viggo no tardó en ser engullido por la oscuridad.

—Ves, en el fondo tienes un don.

Los nervios volvieron a apoderarse de mí. La cabaña no era pequeña, pero con Gardar dentro lo parecía. Las paredes comenzaron a agobiarme.

—No sé por qué lo dices.

—Viggo es un hombre serio y poco dado a mostrar sus pensamientos. Solo en la lucha cuerpo a cuerpo saca su auténtico yo. Puede ser despiadado. —Se acercó al fuego y se volvió para mirarme—. Es la primera vez que lo veo, fuera del campo de batalla, con ese gesto en la cara.

—Solo le he preguntado por su nombre. —Me defendí.

—No es lo que preguntas, Krista, es cómo lo preguntas lo que hace que los demás nos fijemos en ti.

Entrelacé los dedos de ambas manos con fuerza.

—Creo que soy igual que las demás...

—No, no lo eres, por esa razón creo que eres tan especial.

Levanté la cabeza de un modo desafiante e intenté reunir todo el coraje que pude para la propuesta que tenía en mente desde hacía días.

—Entonces, si crees que soy tan especial, llévame contigo.

Los ojos de Gardar, de pronto, se volvieron hacia mí; parecían dos ranuras muy pequeñas y a la vez, peligrosas.

—Dices que soy diferente a las demás mujeres, ¿no? —continué con la esperanza de convencerlo—. Si así lo crees, llévame contigo.

—¿A dónde?

—A donde vayas.

—¿Sin importarte el destino?

—Solo quiero salir de aquí. Llévame en tu barco, lejos de esta tierra.

—Y, ¿después qué? —preguntó acercándose, con cierta cautela, a mí.

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no me lo quieres decir?

Sentí su aliento cálido sobre mis mejillas y tuve que hacer un esfuerzo en concentrarme en la conversación.

—Puedo cocinar —sugerí.

—Mis hombres también saben hacerlo.

Sus ojos me miraron sin pestañear.

—Serías una distracción y eso no lo puedo consentir. —Me rodeó despacio, sin prisa alguna, evaluando cada parte de mi cuerpo y, acto seguido, cuando pareció satisfecho, volvió a ponerse frente a mí. Su musculoso cuerpo me evitaba cualquier otro campo de visión. No tuve más remedio que centrarme en él—. No hay espacio para una mujer en mi barco —continuó—. Vamos a enfrentarnos con adversarios muy poderosos y serías una distracción muy grande para mí y mis hombres.

—Entonces, enséñame a luchar —le sugerí sin titubear, buscando con la mirada su espada, que descansaba en el suelo, al lado del fuego.

Él se rio de tal modo que pensé que podría estar burlándose de mí.

—Un guerrero nace; no se hace.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? —Elevó tanto las cejas que su frente casi desapareció.

—No —respondí taxativamente, buscando la manera de convencerlo—. Si me quedo aquí, moriré.

—De igual manera lo harás si te llevo en mi barco. Con el tiempo podrías comprar tu libertad.

—Sabes que Hakom nunca lo permitirá.

—Y me gustaría saber por qué —dijo con gesto adusto.

Mis esperanzas se debilitaban por momentos. Gardar tenía razón, pero yo también. De pronto la voz de la mujer pelirroja de mis sueños vino a mí y recordé, palabra por palabra, lo que me había dicho en sueños. En aquel momento, no tenía ningún sentido, pero ahora, todo parecía cobrar forma.

—Sé que ha muerto, Eduardo, el rey de Inglaterra, y que ahora ocupa el trono el conde de Wessex.

Gardar frunció el ceño y me estudió a fondo.

—¿Cómo sabes eso? ¿Se lo has escuchado a Hakom?

Su pregunta estaba cargada de ironía.

—No —respondí con rapidez.

Por su expresión supe que me creía.

—Habrá más batallas. Lo sé. Por favor, créeme.

—Siempre hay más batallas. La cuestión es si saldremos victoriosos de ellas.

Intenté hacer memoria, pero no pude encontrar la respuesta que buscaba.

—No lo sé —le confesé—. Pero sé que estáis pensando en enfrentaros a un contrincante poderoso. —Intenté llenar los pulmones de aire, sin embargo, la mirada austera de Gardar me paralizó—. Tu rey, Harald Hardrade, quiere Inglaterra, desea proclamarse dueño y señor de esa tierra.

Gardar se acercó a mí con curiosidad.

—Sabes demasiado para ser una esclava. ¿Quién me dice que no eres una espía de Guillermo, duque de Normandía, o de Harold Godwison, el hombre que ocupa ahora el trono de Inglaterra?

Procuré, por todos los medios posibles, deshacer el nudo que se me atascaba en la garganta, pero fracasé. Esos dos nombres que él había pronunciado, junto al rey de Gardar, luchaban a muerte por el trono de Inglaterra, pero hasta ahí llegaba mi información. Había hablado más de la cuenta; podía leerlo en los ojos del hombre que tenía ante mí.

—Solo te pido que confíes en mí.

—Creo que pides demasiado, ¿no crees?

Las yemas de sus dedos pasaron con suavidad por mi brazo y no pude más que excitarme ante tal roce.

—¿Tienes visiones?

La pregunta me pilló desprevenida. De alguna manera inexplicable podría decirse que sí, que tenía visiones. Intenté ganar algo de tiempo acercándome a él.

Nuestras bocas estaban casi rozándose. Debía pensar con rapidez y no dejarme llevar por aquel momento tan íntimo. Era una mujer observadora y sabía que aquellos infieles creían en las visiones que sus dioses les enviaban en forma de sueños. La imagen de la mujer de cabellos de fuego me invadió de nuevo; al parecer, yo no era una excepción y eso comenzaba a preocuparme. ¿Por qué yo?

—Sí —Me atreví a confesarle al fin.

Pequeñas arrugas aparecieron entre las cejas de Gardar y supe al instante que dudaba de mí.

—Y..., en tus visiones, ¿qué ves? —Se llevó ambas manos a las caderas dejando los brazos en jarras.

Me armé de valor e intenté concentrarme en imágenes y palabras que se movían de forma desordenada por mi mente.

—Como te he dicho anteriormente, hay tres hombres que desean el trono de Inglaterra; uno de ellos es Harald Hardrada, tu rey. Esa es la razón de que tus hombres y tú estéis aquí —Gardar dejó caer los brazos y dio un paso hacia atrás, como si le hubiese abofeteado—, estáis reclutando guerreros para llevarlos a tierras inglesas.

—Eres una mujer inteligente, pero no es suficiente. Llevamos ya algún tiempo aquí y hay lenguas muy largas.

Tenía razón.

—Es posible, lo de las lenguas —aclaré—, pero no es este el caso.

Una sonrisa irónica y victoriosa se dibujó en los labios de Gardar. Acortó de nuevo la distancia que nos separaba y comenzó a tirar de las finas cuerdas que unían la tela de mi vestido. Me mantuve quieta, expectante, hasta que sentí la mano de él sobre mi pecho desnudo. Ante su contacto, todo mi cuerpo me traicionó y mis pezones se abrieron, como capullos en flor, con su roce.

—Me deseas.

No respondí.

Amasó con cuidado uno de mis senos e hizo rodar con los dedos una y otra vez mi pezón. Una sensación que podría describir como dolorosa y punzante atravesó mi bajo vientre. Entreabrí los labios con la esperanza de buscar algo de aire fresco y aliviar aquella quemazón, pero Gardar se lo debió tomar como una invitación porque me besó de una manera tan suave y sutil que tuve que hacer acopio de una fuerza poderosa con las rodillas para no caer al suelo. Él pareció también sentirlo, porque cerró uno de sus brazos alrededor de mi cintura.

—Eres especial; lo sé desde la primera vez que te vi en el muelle.

Dejó mi seno y, acto seguido, recorrió mis brazos hasta llegar a mi mano. Allí se detuvo y palpó mi antebrazo: sabía lo que buscaba y no lo detuve.

—Es un buen escondite para guardar el puñal que te regalé.

Introdujo los dedos por la manga de mi vestido y lo extrajo delicadamente. El puñal, ya sin vaina, en contacto con la luz de las llamas, brilló en la penumbra.

—Me pregunto si lo usarás contra mí.

Su tono de voz cambió de suave a tenso.

—¿Lo harías?

Observé primero el filo del arma que él blandía en el aire y luego aquel resplandor de luz tintineante.

—No. No lo haré.

Él me observó con intensidad, no obstante, pareció leer la verdad en mi mirada y lo dejó caer al suelo, muy cerca de mis pies.

—¿Por qué tengo la sensación de que me has hechizado?

Bajó la mano y acarició mi pierna a través de la tela. Descendió más aún hasta llegar al extremo de mi vestido, tiró de la prenda hacia arriba y dejó al descubierto mi piel.

—Eres hermosa, tan parecida a Freya...

Supe que estaba hablando de una de sus diosas, la de la fertilidad y de la belleza. Llevaba ya tiempo suficiente tiempo allí para reconocer el nombre de sus dioses.

—Soy una mujer. —Tuve la necesidad de aclarar.

Él sonrió con desdén.

—No lo dudo.

Siguió su camino ascendente con la mano hasta llegar a mis glúteos.

—Una mujer preciosa.

Aproximó su cuerpo contra el mío y pude comprobar, ante su contacto, lo excitado que se encontraba. Me sentí traicionada por mi propia necesidad y él pareció percatarse de ello. Me tomó en volandas y no pude evitar soltar un grito nervioso cuando caí sobre el lecho de paja cubierto con una gruesa piel de cordero. Me abrió las piernas y dejó a la vista mi sexo; por su expresión, supe que le gustaba lo que veía.

—Ninguna mujer se te parece.

Mis labios emitieron un gemido involuntario cuando su mano comenzó a acariciar la zona erógena situada entre mis muslos.

—Llevo pensando mucho tiempo en este momento; demasiado, diría yo.

Introdujo uno de sus dedos en mi interior; la invasión fue demasiado placentera y mi espalda se curvó buscando que aquella intromisión fuese más profunda.

Lo escuché reír y luego, lo sentí desvestirse; allí, sobre las lenguas de fuego, vi el reflejo de unos músculos esculpidos por la batalla y las decenas de cicatrices

que habían desafiado a la muerte.

Se movió deprisa; se colocó sobre mí con cuidado de no aplastarme y me miró directamente a los ojos.

—Te he deseado tanto, que ninguna de mis heridas me ha dolido tanto como esta espera.

No tuve opción de responder más, porque en ese instante me penetró de una forma salvaje y arrolladora. Mi cuerpo me delató y me uní de una forma majestuosa a sus feroces embestidas. Cerré los puños en torno a la tela de mi vestido y me dejé llevar por aquel momento hasta ahora desconocido para mí. Mi cuerpo se convulsionó y aquel placer me rompió en mil pedazos. Solo entonces, cuando él se vació en mi interior, se detuvo.

—Ahora dime —dijo él intentando recobrar el aliento mientras sus labios hablaban contra mi piel—. ¿Por qué debería llevarte conmigo?

Tragué saliva con dificultad, atrapé varias gotas de sudor que caían por su cuello y, solo entonces, me armé de valor.

—Os dirigís a Yorkshire y allí me vais a necesitar.

Observé el gesto de incredulidad en el rostro de Gardar. Por su mirada descubrí que nadie de aquella aldea, quizá solo Viggo, sabía cuál iba a ser su próxima escala.

La suerte estaba echada, sin embargo, el asombro que vi reflejado en sus ojos no me aclaraba para nada cuál sería mi destino.

Capítulo 32

Silvana se despertó envuelta en un sudor frío que la hizo sentarse de inmediato en la cama. Intentó, sin éxito alguno, ralentizar los latidos de su corazón, que golpeaban con fuerza entre sus costillas. Se encontraba desorientada y, solo unos segundos después, se percató de que estaba en Ribe, en casa de la madre de Hans. Se palpó nerviosa la frente y sintió la humedad aún en la piel. Había tenido el sueño más erótico de toda su vida. En un principio, la embargó una sensación de timidez frente a la de voyerismo. Nunca en su vida había presenciado a otra pareja manteniendo relaciones sexuales, pero el sueño había sido tan palpable que no podía diferenciar ese hilo tan fino que separaba la realidad de la imaginación. El despliegue sensual entre Gardar y Krista había estado tan cargado de deseo que ella misma aún se encontraba excitada.

Retiró las mantas y las sábanas hacia atrás y el contraste de frío - calor no se hizo esperar. Dirigió su mirada a la cama de al lado y observó a Brander dormir; se sintió, sin poder evitarlo, fuera de lugar y muy incómoda.

Dejó caer las piernas hacia un lado y se encontró con el suelo de madera frío al contacto con sus pies. Necesitaba aire renovado y centrarse en los nuevos acontecimientos. Krista estaba en apuros, al igual que Gardar. Ella sabía de sobra cuál sería su fatídico destino si seguían por esa vía. ¿Desde qué momento esas personas desconocidas y abstractas habían acaparado un aspecto tan importante en su vida? Una pregunta sin respuesta.

Salió de la habitación con cuidado de no despertar al niño. Durante unos instantes permitió que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra reinante. Todo estaba en el más absoluto de los silencios y, sin pensar mucho decidió, en el último momento, ir a la habitación de Hans. Descalza y de puntillas, casi sin atreverse a respirar, caminó hacia la puerta que tenía a su derecha, tocó el pomo, lo sintió helado al contacto, lo giró y empujó hasta que esta se entreabrió. Se deslizó al interior de la estancia con sumo cuidado de no hacer ningún tipo de ruido y cerró la puerta tras de sí.

Hans se encontraba profundamente dormido, su respiración pausada y rítmica lo indicaba. Se acercó despacio y se amonestó por no haberse cubierto con una bata. Ahora estaba muerta de frío. De pronto, el viento golpeó contra el cristal, lo que hizo que la contraventana de madera rebotase contra la pared; esa situación hizo que se estremeciera. Tenues halos de la luz de la luna llena invadían la habitación dándole un aspecto grisáceo y repleto de sombras alargadas que se proyectaban sobre las lisas paredes. Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir de inmediato, pero todo seguía

igual. Con pequeños pasos caminó hacia la cama y, sin pensar mucho en lo que estaba haciendo, se sumergió entre las cálidas sábanas.

Desde que había llegado a Dinamarca todo parecía haber cambiado, era otra persona, y eso la asustaba sobremanera. Se giró sobre el colchón hasta encontrar la postura adecuada para observar a Hans dormir plácidamente.

De pronto, una duda la asaltó: ¿qué diferencia había entre ella y Lucinda? Él le había confesado que su ex esposa lo visitaba por las noches. ¿No estaba ella haciendo lo mismo? Se sintió vacía y, por un momento, la invadió la irritación. Retiró las sábanas con la intención de salir lo más rápidamente posible de la habitación.

—Imagino que tienes una razón muy poderosa para entrar y salir de mi cama en menos de diez segundos.

Ella, nerviosa, hizo un mohín con los labios.

—¿Estás despierto?

A Hans la pregunta le pareció ridícula, puesto que estaban manteniendo una conversación, pero omitió ese detalle.

—Eso parece —respondió al fin atrayendo el cuerpo de Silvana hacia el tuyo.

—Iba a irme a mi habitación —protestó ella, pero al sentir la calidez del cuerpo de Hans sobre el suyo lo pensó mejor y se acurrucó a su lado.

—¿Brander está bien?

La pregunta no estaba formulada con inquietud, por lo que Silvana creyó que Hans solo estaba descartando opciones del porqué estaba ella allí.

—Sí. Está dormido.

—Eso está bien —murmuró Hans contra el suave pelo de ella.

Olía como siempre. No podría concretar el olor, pero a él le gustaba y excitaba al mismo tiempo.

—¿Hay algo que no te deja dormir?

—Exceso de libido —respondió ella tan rápido que al segundo se reprochó su conducta.

Lo escuchó reírse en la penumbra y eso la molestó aún más.

—Me gusta que seas tan sincera. —Buscó con los labios el cuello de ella y depositó unos tenues y silenciosos besos hasta llegar al hombro; una vez allí se detuvo saboreando la textura de su piel.

—¿Por qué no subes aquí y me lo cuentas todo? Quizá pueda ser de ayuda.

Silvana supo de inmediato que Hans estaba divirtiéndose a su costa, ¿pero qué otra cosa podía hacer? ¿Huir? Esa opción había quedado descartada hacía un par de minutos, simplemente por el hecho de que era feliz abrazada a él.

Se movió de prisa y, sin darle tiempo a reaccionar, se colocó con suma facilidad a horcajadas sobre las caderas de Hans. Con un rápido movimiento deslizó

las sábanas y el edredón hacia arriba.

—¿Me vas a contar que ha hecho que tu libido se disparase?

Ella respiró profundamente antes de responder. De una forma inconsciente, comenzó a balancearse hacia adelante y hacia atrás; al principio, ese movimiento era una forma de mantener a raya sus nervios, sin embargo, la excitación de Hans se hizo palpable en unos segundos; solo entonces se detuvo.

—Ibas bien. ¿Por qué te detienes?

—No creo que sea buena idea; eso es todo.

Ella vislumbró, a través de la penumbra, cómo Hans unía sus cejas con cierta inquietud.

—¿Estás bien?

El tono de voz de Hans sonó preocupado.

Ella levantó los brazos y, de inmediato, los dejó caer de nuevo a ambos lados del cuerpo.

—He tenido un sueño erótico —le confesó al fin.

Él la miró sin comprender.

—Que yo sepa eso no tiene nada de malo.

El silencio se hizo eterno hasta que ella lo rompió.

—Es complicado.

—Lo haces complicado.

—No me parece lo más correcto estando en casa de tu madre; eso es todo.

—Cariño, no ocurre nada.

—¿No ocurre nada? —repitió con desdén e intentando no levantar la voz—. Estaba durmiendo en la misma habitación que tu hijo, Hans, por el amor de Dios. Es espantoso.

Él elevó la mano y dejó que sus dedos se enredaran en los cabellos de Silvana.

—Todo está bien. No hay nada por lo que debas preocuparte.

Silvana, sin saber por qué, se sintió aún más culpable.

—¿Me vas a contar ese sueño?

De pronto ella se sintió cohibida.

Hans comenzó a fruncir poco a poco el entrecejo hasta que su frente se arrugó por completo.

—¿Tiene algo que ver con Liam?

La pregunta la pilló desprevenida.

—¿Con tu hermano? —Ladeó la cabeza, comprendiendo de pronto—. ¡Por supuesto que no! ¿Qué te hace pensar eso?

Sintió cómo Hans expulsaba el aire de golpe y su cuerpo se relajaba debajo

del suyo.

—Nada. Nada en absoluto. —Se incorporó lo suficiente para besarla en los labios.

Silvana respondió al beso con una sensación embriagadora. Aún estaba excitada.

Hans se deshizo, de inmediato, del camisón de ella y la colocó de espaldas al colchón, la abrió las piernas y palpó los húmedos pliegues de su sexo.

—¡Dios, Silvana, me vas a matar! —exclamó entre jadeos.

Abrió más las piernas de ella y se sumergió bajo las sábanas hasta encontrar con su boca aquello que tanto anhelaba. Ella, al percibir de pronto la lengua de Hans sobre su sexo, dio de inmediato un respingo, pero por nada del mundo quería huir de aquella sensación tan maravillosa. Se perdió en las pequeñas y cuidadosas estocadas que él perpetraba contra su clítoris. Por un momento perdió la noción del tiempo y del lugar donde se encontraban, hasta que percibió la mano de Hans sobre su boca sellando así sus gemidos. Ella intentó ser más cautelosa, sin embargo, aquella sensación la estaba matando; cuando creyó que no podría soportar más aquel placer que parecía querer romperla en mil pedazos, solo entonces, se dejó llevar por el orgasmo tan increíble y poco predecible.

Solo con Hans podía sentirse ella misma, solo con él había descubierto lo que era el verdadero placer sexual.

Hans retiró la mano de los labios de Silvana y lo sustituyó por su boca. Ella la abrió y aceptó de buen grado su lengua. Permitted que explorara cada rincón de su boca. Solo entonces se quitó los calzoncillos y buscó con su miembro duro y palpitante su sexo húmedo y caliente. Cuando la penetró, creyó morir en aquel placer increíble que lo invadía con cada embestida. Hacer el amor a Silvana era una sensación imperiosa que no quería que terminase nunca. Esa unión se estaba convirtiendo en una necesidad; lo sabía y lo aterrorizaba al mismo tiempo. Dejó atrás sus miedos y volvió a arremeter una y otra vez contra su cavidad húmeda. En ese momento, en ese preciso instante, era suya; necesitaba pensar así, porque aún no había futuro para una relación más seria y consolidada. Esa idea, en vez de amedrentarlo, hizo que se excitara más, como si eso fuera posible. Necesitaba convencer a Silvana de que su destino estaba sellado y nada ni nadie podría separarlos. Con esa idea en mente, eyaculó en su interior de un solo embate.

Cayó desfallecido y jadeando sobre el vientre desnudo de ella. Escuchó el latido frenético del corazón de Silvana ir en consonancia con el suyo.

—He descubierto que me gusta que tengas sueños eróticos.

La escuchó reír y su risa vibró por todo su cuerpo, lo cual permitió que las ondas se perdiesen en su contacto; eso le encantó.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien.

—Hans...

—¿Sí?

—No soy ella.

Él alzó su mirada hasta encontrarse con la de Silvana.

—Lo sé.

—Me alegro.

Hans reptó sobre el cuerpo de ella hasta situarse a su altura; entonces la abrazó y la besó delicadamente. *Un te quiero* resonó en su mente, sin embargo, no se atrevió a pronunciarlo en voz alta; estaba casi seguro de que si lo hacía, Silvana saldría corriendo de su cama.

—¿Me vas a contar ese sueño?

El tiempo que ella tardó en contestar a él se le hizo eterno.

—Gardar y Krista hacían el amor de una forma tan parecida a la nuestra...

Él levantó la cabeza lo suficiente para mirarla a los ojos.

—¿Nunca terminan?

Ella supo que se refería a sus sueños.

—Al parecer, no. Como imaginábamos, Gardar se dirige a York.

—No puedes cambiar la historia, Silvana.

—Lo sé. —La voz de ella sonó demasiado rota—. Morirán, Hans, lo sabes al igual que yo.

—Cariño, no puedes hacer nada, y no me gusta verte sufrir por una situación que no puedes controlar.

—Creo que Krista me escucha...

Hans se tumbó de espaldas en el colchón, la llevó con él y, al mismo tiempo, sacudió la cabeza como si estuviese aturdido por lo que había oído.

—Silvana... —la amonestó.

—No sé por qué me persiguen estos sueños, pero sí tengo una cosa clara, no la voy a dejar morir, Hans.

—Hablas como si estuvieses en contacto con una fisura temporal y pudieses hablar con ella como si estuvieses al teléfono. Es irracional, Silvana. No sé qué significan esos sueños o si esas personas son fruto de tu imaginación, pero sea lo que sea, ellos morirán. Así sucedió; así lo cuenta la historia y así debe seguir siendo. No puedes ni debes cambiar algo que ya sucedió.

Hans sintió cómo ella se distanciaba por momentos de él.

—¿Creí que estabas conmigo en esto?

—Y lo estoy. —Intentó controlar el tono de su voz. No quería sonar

demasiado alterado—, pero hay cosas inamovibles, Silvana, y esta es una de ellas.

—Será una batalla cruel y sangrienta...

Él volvió a acercarse a ella, enmarcó su rostro con las manos y alzó los labios hacia los suyos. La besó despacio, saboreando su esencia, dibujando con su lengua el contorno de su boca.

Quería comprenderla, ayudarla, sin embargo todo aquello estaba fuera de la realidad.

—¿Me ayudarás? —preguntó mientras cerraba los ojos y arqueaba su cuello para que la boca de Hans siguiese su excitante recorrido.

Hans dejó de besarla e inclinó su cabeza hasta que sus frentes se encontraron.

—Creo que primero voy a hacerte de nuevo el amor y luego respondo a tu pregunta. ¿Te parece?

Ella sonrió y él volvió a enamorarse de esa sonrisa.

—Puede venir alguien.

—Nadie se atreverá a entrar aquí.

—Yo lo he hecho —expuso ella irónica.

—Tú eres una excepción.

—¿Y Brander?

—Mi madre se ocupará de él. —Besó el delicado hueso de la mandíbula y luego asaltó su cuello.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó ella entre jadeos entrecortados.

—Conozco demasiado bien a mi madre. Estoy seguro de que Brander ya está abajo desayunando.

—¿En serio?

Él dejó de besar el cuello de ella y se acercó tocando casi su nariz con la barbilla.

—Te lo prometo.

Ella lo creyó y no hubo más preguntas porque, en ese instante, Silvana sucumbió a uno de sus mayores placeres: estar en brazos de Hans.

Capítulo 33

—Deja los bollos y bebe el zumo de naranja que te he preparado.

Hans sonrió a su madre y la obedeció como cuando era un niño. El tiempo parecía haberse detenido, si no fuera porque él tenía casi treinta años más, y su madre ya peinaba canas.

Ambos se encontraban en la cocina. Hans observó que el día había amanecido con sus toques grisáceos, algo habitual en aquella época del año. Su madre estaba frente al fogón cortando diferentes tipos de verdura al estilo juliana, un arte adquirido por la experiencia y una familia numerosa; él imaginó que serían para la cena y no preguntó nada al respecto. Aquella mañana su madre iba vestida con unos pantalones cómodos y un jersey de un tono mostaza que le favorecía enormemente. Pensó en su padre y en cómo le hubiese gustado verla así de guapa.

—¿Dónde está Silvana?

—Arriba, en la ducha. —Dio un trago al zumo de naranja y esperó pacientemente a la siguiente pregunta. Ella nunca se conformaba con una sola.

—Parece una chica estupenda.

—Lo es. —Dejó el vaso vacío sobre la mesa y se dispuso a atacar de un bocado uno de los bollos recién horneados que olían de maravilla.

—Conmigo siempre has sido más hablador.

El ruido del cuchillo cortando las verduras era el único sonido que se escuchaba ahora en la cocina. Hans sabía a lo que se refería su madre. Cuando había sucedido lo de Lucinda, ella había sido la primera persona a la que le había confiado su secreto.

—Es complicado.

—Lo haces complicado. —Fue la escueta respuesta de su madre.

Él no pudo más que sonreír al recordar que había sido la misma expresión que él había utilizado con Silvana esa misma mañana en la cama.

—Es posible. No quiero hacerme ilusiones, eso es todo.

—Creo que para eso llegas tarde.

Clarissa dejó el cuchillo sobre la tabla de madera y se volvió para mirar a su hijo. En sus ojos podía leer sus inquietudes, sus esperanzas, pero ninguna certeza; y eso le preocupó.

—Imagino que sabes que estás enamorado.

Hans dejó de masticar y tragó con dificultad el trozo de bollo que parecía atragantársele en la garganta. Odiaba que su madre pudiese ver a través de él.

—Silvana se irá en unos meses —respondió con toda la sinceridad que reunió,

como si eso fuese más que suficiente. Dejó el resto del bollo sobre la mesa—. ¿Hay café?

—En la cafetera.

Hans cruzó la cocina y se dirigió a la cafetera que se encontraba al lado de la ventana. Le encantaba aquel paisaje que le había visto nacer y crecer. Aquellos arbustos que le habían hecho sus primeros arañazos o aquellas rocas salientes que habían sido sus primeros puestos de vigía. Nunca se cansaba de admirar y amar la tierra que lo vio nacer. Pensó en Silvana e imaginó que ella sentiría la misma nostalgia por su país natal. Ese pensamiento lo irritó. Quería evitar lo inevitable.

—¿Has hablado con ella respecto a su marcha?

Hans hizo una mueca muy parecida a una sonrisa que nunca pareció llegar a sus labios.

—Su abuelo la espera; no tiene padres —comentó brevemente, como si esa frase pudiese explicar todo.

Clarissa pareció comprender la situación.

—Y, ¿aún sabiendo las dificultades te lanzaste a esta relación?

—Ni tan siquiera sé si lo que tenemos es una relación, mamá.

—¡Dios, Hans!

—Sé lo que vas a decir —la interrumpió—, y no quiero consejos baratos.

—¿Eso crees que te voy a dar?, ¿consejos baratos?

—Lo siento, no era mi intención expresarme de esa manera. —Buscó una taza en el armario y vertió una pequeña cantidad de café—. ¿Hay más leche?

—En el frigorífico. Brander la quiere.

No era una pregunta, Hans lo sabía. Abrió el frigorífico y, de la primera balda, cogió una pequeña garrafa de leche.

—Le gusta, sí; sin embargo, no sé si estoy haciendo bien en implicarle en algo así.

—Eres un padre maravilloso.

—¿Lo soy? Porque esa misma pregunta me hago cada vez que me levanto de la cama.

—Sabes que sí. Lo que ocurre es que la situación entre Lucinda y tú es compleja.

—Sí, sí que lo es.

—Esa muchacha te importa, Hans. Puedo verlo en tu mirada.

Hans vertió una pequeña cantidad de leche junto al café negro y después volvió a guardar la garrafa en el frigorífico.

—¿No tienes réplica para eso?

—Mamá... —le advirtió Hans.

—Solo quiero que seas feliz. ¿Tan difícil es de entender?

—Claro que no. Siempre has querido lo mejor para nosotros. —Se vio en la necesidad de aclarar Hans, al ver el rostro desilusionado de su madre.

—Exacto —Clarissa se giró, volvió a coger el cuchillo y continuó con su tarea sobre una tabla de madera, pero con mucho más énfasis.

—Por favor, no te enfades. —Hans dejó la taza sobre el fogón y cruzó la cocina hacia el lugar donde se encontraba su madre. Al llegar a su lado, la abrazó por la espalda.

—Hemos crecido, mamá.

—Pero seguís siendo mis hijos —protestó ella intentando que las lágrimas no brotaran de sus ojos.

—Eso es cierto —Depositó un beso en la mejilla de su madre y la abrazó con más fuerza si cabe.

Clarissa se giró y Hans no tuvo otra opción que soltarla.

—En su momento te apoyé, Hans, y lo sigo haciendo —aclaró de inmediato—. Ahora que te veo con Silvana, creo que ya has pasado lo peor; no es el caso de tu hermano. Cuando te fuiste con *ella* dejaste un vacío muy grande en todos nosotros.

—Lo sé y lo lamento.

Clarissa procuró calmarse. Hans era su primogénito, el más intelectual de la familia, el más estudioso, el niño de sus ojos, siempre había sido así y siempre lo sería, por muchos años que pasaran; al contrario que Liam, que había sido, por decirlo de alguna manera, el favorito de Tom, su marido. Quizá porque se parecía más a él, tanto físicamente como en sus gustos y aficiones, por el hecho de que ya desde pequeño despuntaba maneras con el martillo, los clavos o la sierra. Siempre le había gustado tallar madera y crear de la nada, maravillosas figuras con sus manos y herramientas. Con Liz todo había sido diferente. Un embarazo inesperado, una nueva esperanza. Una niña tras dos varones, la pequeña de la casa. Había sido el juguete de sus hermanos y una nueva ilusión para su matrimonio.

Volvió su atención a Hans, que la observaba pacientemente con las manos en el interior de los bolsillos de sus pantalones vaqueros. Le gustaba verlo vestido así, informal, como lo hacía cuando vivía allí con ellos.

—Deberías hablar con Liam..

Hans soltó un bufido de lo más audible.

—Mamá, lo he intentado miles de veces —protestó.

—Pues al parecer no han sido suficientes.

Hans sacó las manos de los bolsillos y se frotó enérgicamente el rostro con ellas.

—¿Por qué esta vez iba a ser diferente?

—Porque has venido con Silvana. Es una situación diferente a cualquier otra vivida hasta ahora —Se acercó a él y le comenzó a acariciar el antebrazo—. Nunca habías traído una mujer a esta casa.

—Después de Lucinda no ha habido otra.

Su madre pareció ignorar el comentario.

—Es el momento, Hans. No puedo tener a mis dos hijos enfadados toda una vida.

Hans acarició el rostro de su madre con delicadeza siguiendo los surcos que había dejado el paso del tiempo en aquella fina y curtida piel. A continuación, la besó en la frente.

—Anoche, a través de la ventana, estuve observando el árbol que plantó papá el día que nací.

Su madre le sonrió.

—Ese día llovía a cántaros, lo recuerdo como si fuese hoy —La voz de su madre sonó soñadora—. A él no le importó calarse hasta los huesos y se pasó varias horas bajo la lluvia haciendo un hoyo en la tierra para plantar ese endeble roble; en aquel momento, no se le podía definir de otra manera.

Su madre sonrió con tristeza y Hans la dejó para dirigirse a la ventana; volvió a observar aquel inmenso tronco de ramas casi desnudas.

—Solía decirme que en él encontraría mi propio yo; que, al igual que sus ramas, podría alcanzar el cielo si me lo propusiera. —Arrugó el ceño y le costó tragar saliva—. Que había plantado ese árbol ahí para que nunca olvidase mis responsabilidades con la familia... cuando él no estuviera.

Su madre suspiró y esta vez fue ella quien se le acercó por detrás.

—Lo primero es cierto; lo segundo, no tanto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hans desviando la mirada hacia su madre.

—Ese roble lo plantó por ti y por él. Solía decirme muy a menudo que ese árbol le recordaba que, una vez que llegaba a casa, tenía una responsabilidad contigo y conmigo; algo que nunca debía olvidar a pesar de las adversidades o por muchos años que pasasen.

Hans la miró sorprendido.

—¿Por qué plantó los otros dos detrás de la casa?

Su madre le sonrió, pero de una manera tan tenue que nunca llegó la sonrisa a sus ojos.

—Para él los tres erais igual de importantes —Clarissa levantó la palma de la mano y detuvo las palabras que estaba a punto de pronunciar su hijo—. Es cierto que Liam siempre fue especial para él, como tú lo eres para mí.

Los ojos de Hans se abrieron en su máxima expresión. Su madre jamás le

había confesado nada al respecto de sus sentimientos, aunque él lo había intuido en varias ocasiones a lo largo de su vida.

—Lo de plantar el haya en la parte posterior de la casa fue idea mía — continuó ella—, no deseaba que nadie te hiciese sombra. Hasta el parto de Liam fue diferente al tuyo, no sufrí tanto, y supe desde el primer segundo de vida de nuestro segundo hijo que tendría un carácter muy dispar al tuyo. Por supuesto esta versión nunca se la he contado a tus hermanos y supongo que nunca lo haré. ¿Lo comprendes, verdad?

Hans asintió con la cabeza. No podía hablar, un gran nudo le cerraba la garganta. Su madre le había protegido siempre, y aún lo seguía haciendo. Ahora lo veía más claro que nunca.

—Creo que debes tomar medidas para volver a ser feliz.

—Estoy en ello.

—Pues entonces, vas por buen camino. Tómate el café y arregla las cosas con Liam. —Su madre lo despeinó como cuando era un niño, solo que ahora Hans le sacaba algo más de una cabeza—. El destino no es lo que uno espera sino lo que uno provoca.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia?

—Desde que soy madre.

Hans le sonrió y a continuación la estrechó contra su cuerpo.

—Hablaré con él, te lo prometo.

—Estoy bien, Liz, déjame de una vez.

—No, no lo estás, Liam.

Liz siguió a su hermano alrededor de lo que en un futuro próximo sería una embarcación vikinga. Entre él y Noah, que le ayudaba cuando su trabajo en el museo se lo permitía, la estaban dando forma con sus propias manos. Era preciosa y digna de ser expuesta para que el mundo valorara aquella verdadera obra de arte que, dentro de unos meses, surcaría las olas, mar adentro.

Liam tenía verdadera magia en su fuero interno si podía lograr y expresar algo así con cientos de listones de madera. Algo que ella envidiaba, en el buen sentido de la palabra; ahora su mayor preocupación era cambiar pañales y preparar biberones para Soren. Ser madre le gustaba, pero debía reconocer que los hijos restaban mucho tiempo y pasión al matrimonio. Argus era un hombre maravilloso y leal, y un padre fantástico; sin embargo, ella echaba de menos esas noches pasionales que, como por arte de magia, parecían haberse evaporado con el nacimiento de sus

hijos.

Al escuchar la voz de su hermano, dejó sus pensamientos aparcados en lo más recóndito de su mente, y le prestó de nuevo atención.

—Hará lo de siempre, vendrá unos días, como buen hijo pródigo, y se marchará. Solo es cuestión de tiempo y poder aguantar el aguacero.

—Lo dices como si fuese algo banal, y sabes que no es así. —Liz lo siguió hasta la popa—. Aún te hace daño. Puedo verlo en tus ojos.

—Hablas como mamá; así que cambia el discurso porque figura maternal ya tengo una y te juro que es más que suficiente.

Liz resolló con fuerza, pero esta vez no dijo nada. Su hermano tenía razón, pero nunca se lo confesaría.

Liam cogió la garlopa del suelo y, con movimientos rápidos y diestros, comenzó a igualar una superficie de madera que ya estaba cepillada.

—Liz, el pasado es mejor dejarlo donde está, ¿no crees?

Su hermana lo miró con desdén.

La comprendía perfectamente, pero necesitaba tenerla alejada de todo esto. Liz siempre había sido su apoyo, al igual que su madre lo había sido para Hans. No tenía estudios, pero eso no le hacía tonto. Veía a las claras que había dos bandos enfrentados y él, por nada en el mundo, deseaba ningún mal para ningún miembro de su familia.

Aún guardaba rencor a su hermano, era algo innato, humano por naturaleza cuando la traición te agujoneaba como una inyección letal, eso no lo podía hacer desaparecer. Sin embargo, el tiempo había puesto las cosas en su lugar y por fin había comprendido la naturaleza de Lucinda. Después de todo, Hans se había llevado la peor parte y él, a su pesar, lo lamentaba. Nadie se merecía vivir algo así, y menos si era de su propia sangre. Sin embargo, la sensación de traición aún seguía pesando demasiado.

—¿Qué me dices de Brander?

Liam dejó de cepillar la madera y dirigió a su hermana una mirada inquisitiva.

—¿Qué pasa con él?

—¿No te recuerda a Lucinda?

Liam se incorporó y se pasó la lengua por los labios; los tenía resecos, algo muy habitual si se trabajaba con madera.

—Aunque así fuera; debo tener en cuenta que es mi sobrino. Él no tiene la culpa de nada.

—Lo sé. Siento haberte preguntado de esa manera por él, pero me tienes preocupada.

—No soy uno de tus hijos, Liz, puedo arreglármelas solo.

Liz revoloteó alrededor de él.

—¿Quieres dejar de hacer eso, por favor?

—¿El qué? —preguntó ella deteniéndose frente a él.

—Así está mejor. Gracias.

Ella soltó un bufido nada femenino e intentó mantenerse inmóvil. Había crecido en aquel cobertizo rodeada de herramientas para trabajar la madera; primero había sido su padre y luego Liam, pero todo seguía estando en el mismo lugar. A veces tenía la sensación de que por aquel cobertizo no pasaba el tiempo.

—Mamá y yo hemos estado hablando...

—Así que es eso —dijo su hermano volviendo a la tarea—. Eso no es nada nuevo.

—Parece que lo que hay entre Silvana y él es serio.

—Me alegro.

El ruido de la garlopa al acariciar la madera aumentó su ritmo.

—No sé cómo puedes ser tan hermético. Me preocupo por ti, ¿sabes?

—Estoy bien, Liz —comentó Liam sin dejar de trabajar.

—No, no lo estás —protestó ella con un bufido perfectamente audible.

—¿Dónde está Argus?

—No vayas por ahí, Liam Solberg, y deja a mi marido tranquilo.

—Suerte que tiene.

—¡Te he oído! —rezongó en voz alta.

Liam dejó la garlopa en el suelo y centró toda su atención en su hermana.

—Escucha —Se limpió el sudor con la manga de su camisa—. Nada puedes hacer. Lo hecho, hecho está, y ni tú ni nadie puede cambiar eso. Me hicieron daño, eso es cierto, y aún puedo sentir la traición correr por mis venas, pero no hay nadie, ni siquiera tú, hermana, que pueda hacer algo para evitarlo. Esto es entre Hans y yo. De nadie más. ¿Entendido?

Como si Liam lo hubiese invocado, Hans abrió la puerta del cobertizo e hizo su aparición. En un principio nadie se atrevió a decir nada; un silencio sepulcral cubrió aquel espacio donde se encontraban los tres hermanos.

Hans carraspeó y se hizo una idea de la situación. Liz siempre había apoyado a Liam; él podía comprenderlo, sin embargo, le dolía. Le hubiese gustado que su hermana hubiese sido imparcial en este asunto, pero al parecer no había sido así. Un daño colateral más.

—¿Puedes dejarnos a solas, Liz?

—No sé... —Liz dirigió a Liam una mirada inquisitiva.

Liam asintió.

—Hans, como te atrevas...

No terminó la frase. Liam la interrumpió.

—¿Puedes, por una vez en la vida, obedecer, hermana y desaparecer un rato?

Liz lo miró con reprobación.

—La diplomacia no es lo tuyo, Liam —replicó molesta.

Hans se apartó para dejarla pasar, no sin antes sentir cómo su hermana le advertía con la mirada.

—No quiero interferir en vuestros asuntos, pero espero que salga algo bueno de aquí, porque si no los dos —los apuntó con el índice, primero a uno, y luego al otro— os las veréis conmigo. —Sin más, abrió la puerta y desapareció tras ella.

Hans sintió verdadero pánico al verse a solas con Liam. Era la primera vez en muchos años que iba a encarar el tema de Lucinda con él. Su hermano tenía miles de razones para estar furioso con él; sin embargo, llevaba viviendo demasiado tiempo con ese peso. Su madre tenía razón, había llegado la hora de la verdad.

—¿No está Noah?

—Ha salido; no tardará en volver.

—Bien —Fue la respuesta de Hans, sin saber muy bien por donde comenzar.

Liam tomó de nuevo sus herramientas y, como tenía por costumbre, se sumergió en su trabajo.

—Necesito hablar contigo.

—¿Esa es la razón por la que estás aquí?

—Sí.

—Soy todo oídos.

—¿Podrías, por favor, dejar de trabajar por un momento y prestarme un poco de atención?

—¿Por qué iba hacerlo? —Liam pasó la mano por la madera que percibió a través de su palma callosa, y pensó que aún le faltaban varias pasadas antes de que quedase como a él le gustaba.

—Tienes razón. —Hans introdujo ambas manos en los bolsillos y se apoyó en una de las paredes, con aire pensativo.

—No tienes buen aspecto.

Hans, de haber podido sonreír, lo hubiese hecho.

—Demasiados frentes abiertos. Estoy cansado; eso es todo.

—Según tengo entendido, lo que hay entre Silvana y tú va en serio.

—Ojalá pudiese decirte que sí, pero ella tiene muy claro que, una vez terminado su trabajo aquí, volverá a España.

—Lo lamento.

—Yo también.

Incómodo por la situación, Hans buscó algo que decir.

—Siento enormemente lo que ocurrió entre Lucinda y yo hace unos años — Sacó una mano del bolsillo y masajeó su cuello agarrotado por la tensión del momento—. Debí mantenerme al margen; pero, muy a mi pesar, no lo hice y ahora, aunque sé que sirve de poco, me arrepiento. Te hice daño, y eso es algo que nunca podré perdonarme.

Liam dejó de trabajar y miró por primera vez a su hermano. Se le veía agotado, sin embargo, bien podía ser un reflejo de sí mismo.

—No debiste inmiscuirte, Hans.

—Lo sé y pagaré por mi error hasta el día del Juicio Final. Soy consciente de ello.

—No te creía creyente.

—No lo soy. Es simplemente una frase hecha, eso es todo.

—¿Brander lo lleva bien?

—Si te refieres al divorcio, lo sobrelleva —Hizo una pausa—. Aquí es feliz. Yo una vez también lo fui, así que lo comprendo.

—Quiero que sepas que me costó dejar de amar a Lucinda, pero de ese dolor solo quedan los rescoldos, esos que se encienden cada vez que te veo.

Hans tragó saliva dos veces antes de continuar.

—Solo puedo decir que lo siento y que lamento enormemente lo que hice en su día. Brander es lo único positivo de esa mala experiencia.

—Es un niño estupendo.

—Él te quiere, y mucho —Hans avanzó varios pasos para acariciar aquella embarcación. Era maravillosa. Eso era lo que él había envidiado toda su vida, poder crear con sus manos algo tan hermoso—. La familia es algo complejo.

—No, no lo es. Son simplemente personas unidas accidentalmente.

Hans observó a su hermano sin saber muy bien lo que decir al respecto.

—En el fondo piensas como yo, pero tus estudios, tu educación universitaria, te impiden decirlo en voz alta.

—Tienes razón —Hans dejó caer la mano—. Se me ha pasado por la cabeza un millón de veces, pero no me he atrevido a decirlo nunca en voz alta.

—Por lo visto, tenemos más en común de lo que parece.

—No he venido aquí a buscar tu perdón; solo he venido a decirte que lo siento muchísimo; si pudiese volver al pasado...

—No puedes, Hans. No tiene sentido que pienses así. Eres como un pirómano creyendo que puedes controlar el fuego.

Hans se frotó el puente de la nariz. Liam tenía razón. ¿A quién quería engañar?

En ese instante, la puerta se abrió. Ambos hermanos miraron en dirección a ella. Noah entró en el cobertizo y supo, al momento, que no había sido buena idea; allí

se podía cortar la tensión con un cuchillo.

—Puedo volver en otro momento —dijo cauteloso.

—No, no es necesario, Noah. Yo ya me iba.

Hans no se despidió de su hermano; no tenía sentido alguno ya que la rivalidad entre ellos parecía más nítida que nunca.

—Me alegro de verte, Noah.

—Lo mismo te digo, Hans.

—¿Has encontrado lo que has ido a comprar? —vociferó Liam.

Noah se acercó a su amigo con pasos presurosos.

—No imaginas lo que me ha costado dar con ello, pero al fin, ya lo tenemos.

Hans, mientras abría la puerta, no pudo dejar de escuchar la última frase que intercambiaban Noah y Liam.

—Tío, esto no puede seguir así. ¿Cuándo vas a dejar de pensar en Lulú?

A Hans se le heló la sangre de las venas al escuchar ese nombre. Lo asoció de inmediato, pero no escuchó réplica alguna porque, en ese instante, el sonido de su móvil lo distrajo. Al leer el nombre de la llamada entrante en la pantalla arrugó el ceño.

—¿En qué puedo ayudarle, inspector?

Capítulo 34

—¡Solo te lo he preguntado, mamá!

—Y yo te he respondido, Liz.

—Esa no es una respuesta coherente —protestó su hija guardado algunos vasos que acababa de secar en uno de los armarios de la cocina.

—No debemos meternos —Clarissa cerró el grifo y apoyó aún las manos húmedas en el lateral de la pila mientras dejaba caer la cabeza—. Sé cómo te sientes, sin embargo, Hans ya es mayorcito para solucionar sus propios problemas, ¿no crees? —Buscó un paño de cocina y, acto seguido, se secó las manos con él.

—El hecho de que ella se vaya a ir dentro de unos meses, no es una solución a larga plazo —Liz cerró la hoja del armario y se volvió furibunda hacia su madre—. Somos daños colaterales de Hans; siempre lo hemos sido. Quizá sea porque es el primogénito; no sé...

Silvana bajó las escaleras que comunicaban con la parte superior de la casa. Se había dado una ducha maravillosa después de hacer el amor con Hans y, tras arreglar su habitación, decidió que era hora de enfrentarse a una realidad muy diferente a la vivida entre las sábanas. La voz de la hermana pequeña de Hans la detuvo en el penúltimo escalón.

—Solo digo que Silvana le hará daño cuando se vaya; se ve a leguas que está colado por ella. —Liz colocó ambas manos sobre sus caderas—. Así miraba a Lucinda, ¿lo recuerdas? Pues claro. —Se respondió a sí misma sin esperar la réplica de su madre—. ¡Como para olvidarlo!

—Liz...

Su hija hizo oídos sordos a la advertencia de su madre.

Silvana tomó una profunda bocanada de aire y se armó de valor para entrar en la cocina.

—¡Alguien debe decirle al cabezota de tu hijo que debe concentrarse en Brander y dejar de pensar con la bragueta!

—Liz, ¡quieres callarte de una vez, por favor! —le ordenó su madre dibujando una incómoda sonrisa en los labios al ver a la mujer que amaba su hijo en el umbral de la puerta. La expresión de su rostro le decía que había escuchado buena parte de la conversación, algo que lamentó profundamente.

—¿Está a mi espalda, verdad? —inquirió avergonzada Liz, cerrando los ojos con fuerza.

Su madre la miró con reprobación y asintió despacio.

—Buenos días, Silvana. ¿Un poco de café o té?

A Silvana se le habían quitado las ganas de desayunar después de ser testigo de la conversación matinal entre madre e hija. ¿Así que esa era la opinión que tenían de ella? Lo lamentó, sin embargo, no podía quitarles parte de razón.

—Siento interrumpiros. Buenos días a ambas.

Se retorció las manos más nerviosa de lo que quería dejar entrever y pasó al lado de Liz sin mirarla.

—Agradezco su hospitalidad, señora Solberg, pero no tengo apetito. Muchas gracias.

—Silvana, lo siento.

Liz parecía arrepentida y ella no era quién para acusarla de nada. Al fin y al cabo, no había dicho ninguna mentira respecto a la relación que mantenía con Hans.

—No tiene importancia. Será mejor que suba arriba y vaya haciendo la maleta.

—Por favor, Silvana, Liz es muy impulsiva...

—No importa, de verdad —Levantó ambas manos para detener la disculpa de los labios de la madre de Hans—. Os dejo. Tengo cosas que hacer —Cruzó los brazos y los descruzó, al cabo de dos segundos, más nerviosa de lo que hubiese querido mostrar—. Soy yo la que me debo disculpar por haberos interrumpido. Os ruego que me disculpéis.

Y sin más, salió de la cocina. Una vez en el vestidor, se agarró a la balaustrada. Ahora que tenía espacio, se llenó los pulmones de aire.

¿Por qué todo parecía ir en su contra?

Iba a alcanzar el siguiente peldaño cuando la puerta principal se abrió de golpe. Se sobresaltó; sin embargo, al observar el rostro ceniciento de Hans, corrió hacia él.

—Una ceja levantada nunca es una buena señal —dijo ella a la vez que alargaba la mano para acariciar la mejilla de él y suavizar aquel gesto adusto—. ¿Estás bien?

El silencio prolongado de él le hizo temer lo peor.

—Es Adele...

—¿Está enferma?

Hans subió su mano hasta encontrar la de ella.

—Silvana, no tengo buenas noticias.

—¿Qué ocurre? —preguntó angustiada.

Vio una sombra en el rostro de Hans y supuso que lo que le iba a decir no le iba a gustar nada.

—Alguien ha entrado en el museo.

Ella lo miraba sin pestañear.

—¿Y?

—Adele está muerta, Silvana.

Si no hubiese estado allí Hans, Silvana hubiese caído al suelo.

—No puedes estar hablando en serio, ¿Adele?, ¿muerta? —preguntó intentando dar sentido a las palabras que estaba pronunciando.

—El inspector Rhode me ha llamado ahora mismo para darme la noticia —La apretó más contra su pecho y la sintió temblar—. Nos sugiere que volvamos de inmediato.

Ella solo pudo asentir.

—¿Estás bien?

—No lo sé..., la verdad, no lo sé.

—Escucha, no sé los detalles, pero la situación no pinta bien —Se pinzó la nariz con el índice y el pulgar—. ¿Podrás subir sola a la habitación? Debo hablar con mi madre.

—Claro. Por supuesto. —Silvana se separó y respiró hondo intentando hacerse a la idea de lo que Hans acababa de comunicarle.

«Dios mío, Adele»

—¿Cómo murió? —inquirió de repente.

—Alguien le clavó un puñal en... —Dirigió su dedo índice al cuello.

Silvana abrió la boca atropelladamente y la volvió a cerrar de golpe.

—Esto no puede estar sucediendo —Se abrazó a sí misma—. No tiene ninguna lógica.

Hans se acercó y depositó un cálido beso en los labios de ella.

—Lo sé, pero necesito que mantengas la calma. Debo hablar con mi madre para informarle de nuestra repentina salida. Haz la maleta, por favor. Salimos en menos de una hora.

—Mamá, te agradezco que te quedes con Brander un par de días más.

Clarissa bajó lo suficiente la cabeza para mirar por la ventanilla del coche. Silvana y él ya estaban preparados para emprender rumbo a Roskilde.

—No te preocupes por nada; solo espero que Lucinda comprenda y respete tu decisión.

Hans observó a su hijo. En ese momento, el niño se encontraba en brazos de Liam, parecía feliz y ajeno a todo lo que estaba sucediendo. Su hermano, por el contrario, mantenía a raya una expresión rígida; algo que a Hans no le pilló por sorpresa. Lo había intentado una vez más, y como en otras ocasiones anteriores, había

fracasado. Al parecer, la relación entre su hermano y él estaba abocada al fracaso. Algo que lamentó profundamente, pero, sin duda, el mayor responsable de esa situación era él mismo. Así que debía vivir con aquella culpa toda la vida; se preguntó, por enésima vez a lo largo de estos últimos años, si algún día las cosas volverían a ser como antaño.

El nombre de Lulú volvió a resonar de nuevo en su mente y se amonestó una vez más por olvidar que su hermano solía dirigirse a ella con ese apelativo cariñoso; sin embargo, como tantas cosas relacionadas con él, lo había echado al olvido.

Una vez había leído que se necesitaba tener memoria selectiva para poder alcanzar la felicidad; él al parecer lo había logrado.

La cuestión era saber si Lucinda y la Lulú que aparecía en la agenda de Poulsen eran la misma persona. Con ese pensamiento sacó la mano por la ventanilla y se despidió de todos. Su familia le respondió, pero no con la misma emoción ni determinación que el día que llegaron. Liz, al lado de su marido e hijos, parecía taciturna y no hizo ningún movimiento que implicase un adiós. Algo que hizo pensar a Hans, no obstante en ese momento tenía cosas más importantes en la cabeza.

Silvana a su lado permanecía callada y cabizbaja. Imaginó que el shock de la noticia de la muerte de Adele le había afectado. Metió la marcha, pisó el acelerador y se alejó de Ribe, como cada vez que tenía problemas. Al parecer, había cosas que nunca cambiaban.

Capítulo 35

Hans se frotó el cuello con la mano varias veces antes de sentarse; los músculos tiraban de sus huesos con fuerza, parecían más tensos que nunca, y ese malestar estaba dando paso a un inminente dolor de cabeza.

Observó al inspector Rhode que, en ese instante, se encontraba absorto mientras leía lo que parecía el informe del forense; como era habitual en él, estaba sentado en su sillón, tras la mesa de su despacho. Se mostraba tranquilo, sin embargo sus labios tensos formando una línea muy fina parecían decir lo contrario.

—Es inexplicable que alguien pueda desactivar la alarma de seguridad y las cámaras y entre al museo como si tal cosa.

Rhode miró primero a Hans, sin embargo no emitió ni una sola palabra; un segundo después, se limitó a cerrar el cartapacio de un manotazo y resollar con fuerza.

—Nadie debía estar en el museo esa tarde, pero al parecer su secretaria desoyó mi orden.

Hans comprendió la ofuscación del inspector. El funeral de Adele había sido esa misma mañana y, como solía ocurrir en estos casos, el momento vivido fue tenso y triste para todos los presentes. Adele no era una mujer que se prodigara en amistades, por lo que los asistentes solo ocupaban los primeros bancos de la iglesia. Hans pensó, viendo el ataúd, postrado frente al altar, que lo que importaba no era la cantidad si no la calidad de las personas que podías conocer a lo largo de tu vida. Y los reunidos allí eran una muestra de ello.

Noah había venido desde Ribe para acudir al sepelio, Astrid estaba desolada y desorientada, como si no entendiese el alcance de la tragedia que los rodeaba y Rafael, que había portado el féretro junto a Hans y dos hombres más de la funeraria, parecía ajeno a aquella realidad. Silvana era harina de otro costal. Desde ese fin de semana que había decidido llevarla a Ribe, no parecía la misma. Y no la culpaba.

Siguiendo órdenes estrictas de Rhode, ella se había mudado a su casa y esa decisión parecía tranquilizarle, aunque supiera que no era una solución a largo plazo.

—No logro comprender... —Hans se frotó el labio superior mientras media sus palabras— cómo ha podido suceder esto.

—Nadie lo hace. Nunca se encuentra una razón coherente al hecho de que una persona quita la vida a otra. Después de muchos años en esta profesión, aún no he hallado una respuesta para ello e imagino que nunca lo haré. Di la orden explícita de que se retirara toda vigilancia externa; no me pareció necesario sabiendo que el museo se encontraba cerrado al público, y más a sabiendas de que ni usted, ni la

señorita Roiz se encontraban en Roskilde —Apoyó los codos en la mesa—. Al parecer, me equivoqué.

—¿Cuál es su teoría?

Rhode se distanció de la mesa y se recostó sobre su asiento.

—Es alguien interno; no me cabe la más mínima duda —Enarcó las cejas y clavó su mirada en Hans—. Nadie más que ustedes sabe la contraseña de la alarma, ni cómo desactivar las cámaras de vigilancia.

—Es una acusación en toda regla, inspector.

Rhode pareció pasar por alto el comentario.

—No sé qué pensar. He estado leyendo los informes que usted ha escrito estos últimos días y he descubierto que el mundo del arte encierra demasiados rincones oscuros para poder ver a través de ellos.

—Si se está refiriendo a las falsificaciones...

—A ellas me remito, señor Solberg. Con las falsificaciones se puede ganar una gran suma de dinero sin mover un solo dedo.

Hans lanzó al inspector una mirada cautelosa. Sabía que se estaba moviendo en arenas movedizas.

—No hay un museo que no tenga una falsificación —declaró sabiendo que estaba poniendo toda las cartas sobre la mesa—. Muchas de ellas son donaciones de colecciones anónimas o de personas tan ricas que no eres capaz de calcular los ceros que tiene su cuenta corriente. A ninguno de ellos te atreves a decirle que lo que han atesorado durante años como algo valioso no es más que un utensilio insignificante y sin valor alguno en el mercado.

—A eso me refiero, señor Solberg, ¿dónde se encuentra el límite? —Se recostó, de nuevo, en el asiento y, pensativo, se pasó la mano varias veces por la barbilla—. En estas operaciones suelen participar los museos, los tratantes, los transportistas y no nos olvidemos de los sobornos.

—Inspector...

Rhode detuvo las palabras de su interlocutor con un ademán de la mano e inclinó todo su cuerpo hacia la mesa.

—No estoy diciendo que su museo sea culpable de ningún delito, no me estoy refiriendo a eso; aún no lo puedo constatar, solo me limito a sacar mis propias conclusiones, y no son otras que los culpables no suelen responder por sus crímenes.

—Uno aprende a vivir con las falsificaciones y con las antigüedades. Suelen ocupar el mismo espacio en un museo. El visitante no se percata de ello y los entendidos en la materia aprendemos a obviarlo. Y, como usted trata de decirme, mueve mucho dinero en el mercado negro. Poulsen lo sabía, estoy casi seguro de ello. Faltan piezas muy valiosas y en su lugar hay otras que no valdrían más de veinte euros

en un puesto de un mercadillo dominical —Se quedó pensativo unos segundos antes de continuar hablando—. Era un gran tipo y, por alguna razón que aún desconozco, se pasó al otro bando. No hay mayor decepción que descubrir que el hombre que te lo enseñó casi todo en lo referente al arte era un impostor. Créame.

—Por lo que veo, ya ha sacado su propia conclusión.

Si Hans se hubiese podido reír, lo hubiera hecho.

—No estoy juzgando a nadie, inspector, pero mis informes hablan por sí solos.

—¿La señorita Roiz aún sigue aquí?

El giro de la conversación no sorprendió a Hans. Simplemente se limitó a responder.

—La están tomando declaración en este mismo momento.

Hans cruzó las piernas a la altura de los tobillos y observó detenidamente al inspector. No cabía duda de que los engranajes del cerebro de ese hombre iban a marchas forzadas.

El teléfono sobresaltó a ambos. El inspector respondió de inmediato.

—Bien. Ahora vamos para allá.

—Necesito que me acompañe a la sala de autopsias, señor Solberg.

Hans se puso de pie de forma inmediata y cogió su abrigo del respaldo de la silla antes de dirigirse a la puerta.

—¿Hay algo nuevo?

—Podría ser —El inspector agradeció a Hans que mantuviera la puerta abierta para que él pudiera pasar—. La señorita Roiz ya nos espera allí.

Rhode no necesitó observar el semblante de Hans para saber que las arrugas de su frente se habían hecho seguramente más profundas ante su respuesta.

—Este es el arma homicida. —El forense tomó una bolsa de plástico transparente que descansaba sobre una de las mesas de metal que ocupaban la sobria y fría sala de autopsias. Dentro de ella se podía apreciar un puñal de hoja muy desgastada y oxidada a causa del paso del tiempo, al menos eso fue lo que pudo apreciar el inspector a simple vista. En la parte metálica aún se podían ver varias manchas adheridas en el filo del arma homicida, la sangre de Adele.

Hans se acercó y comprobó de primera mano la muestra.

—¿Lo reconoce?

Le hubiese gustado no hacerlo, pero conocía al dedillo todas las piezas del museo con las que trabajaba.

—Pertenece al museo.

El inspector asintió con la cabeza. No parecía sorprendido.

—¿Es una pieza antigua, señor Solberg?

Hans recordó la conversación mantenida escasos minutos con el inspector y se limitó a asentir.

—Lo es.

—La empuñadora está fragmentada —Rhode se dirigió al forense, un hombre cincuentón que, por sus dedos y sus dientes amarillentos, le indicaba que era un fumador excesivamente empedernido—. ¿Se pudo romper cuando el asesino asestó el golpe?

Silvana, hasta ahora en silencio, no pudo más que estremecerse al imaginarse la dantesca escena.

—No —Fue la respuesta del doctor—. No se han encontrado evidencias de que así fuera. Creo y, pudo asegurar con toda certeza, que el puñal ya estaba en este estado antes de que el asesino cometiese el crimen.

—¿Es cierto? —El inspector se giró para preguntar a Hans.

—Así es. Es un puñal muy antiguo. Muy probablemente del siglo XI —comentó intentando ser lo más preciso posible.

—¿Puede darnos más detalles? —preguntó Rhode al forense.

—Pocos más. La persona que entró en el museo fue muy cuidadosa —El especialista observó de nuevo el puñal antes de seguir hablando—. No puedo confirmar lo que le voy a decir a continuación, pero tengo la impresión de que la víctima conocía a su asesino.

—¿Por qué cree eso?

—La policía científica me ha enviado su informe hace menos de media hora; no he tenido tiempo de leerlo al completo, pero al parecer no había rastro de pelea ni confusión en el despacho...

—Es solo una teoría.

—Cierto —fue la respuesta del forense al inspector.

—¿Había algún rastro de veneno en el cuerpo?

El forense dio alcance a la carpeta que descansaba a poca distancia de donde se encontraba, la abrió y echó un rápido vistazo al informe.

—No.

—¿La víctima había comido algún tipo de seta u hongo en las últimas horas?

Si al forense la pregunta del inspector le pareció desconcertante, no lo dio a entender.

—No, inspector. Nada relevante en el análisis del contenido de su estómago. Todo dentro de los parámetros normales.

—¿Puede darnos algún detalle más?

El doctor resopló con fuerza y volvió a centrar su atención en el informe.

—Para la edad que tenía la víctima, he de reconocer que sus análisis son perfectos. Si no hubiese sido por este trágico hecho, estoy casi seguro de que hubiera vivido muchos años más.

Silvana, nerviosa, se llevó la mano a su colgante; aquel pedazo de marfil siempre le daba fuerza. Tenía la impresión de vivir en un mundo paralelo desde que había aterrizado en el aeropuerto. Si alguien le pidiese que describiese su estado actual, no podría. Era una sensación extraña, demasiado para reconocerla.

Como si se tratase de un punto de fuga, todos los presentes se percataron de su movimiento.

Ella, al advertir que estaba siendo el foco de atención, se quedó inmóvil.

—¿Me permite?

La voz del forense la sobresaltó, sin embargo se repuso de inmediato. Sin saber muy bien a lo que se refería, le dirigió una mirada inquisitiva.

—Su colgante, por favor. No he podido evitar dejar de observarlo durante todo este tiempo.

Silvana, sin comprender, retiró despacio la mano y la dejó caer hacia un lado. El forense, con las manos protegidas por unos guantes de látex, agarró el colgante y lo giró de un lado para otro; de vez en cuando arrugaba el entrecejo, pero sin emitir una sola palabra al respecto.

Ella buscó a Hans con la mirada y la impresión de este parecía ser una proyección de la de ella.

—¿Podría dejármelo, por favor? Me gustaría analizarlo más a fondo.

—Claro.

Silvana se llevó ambas manos a la parte posterior de su cuello y desabrochó el cierre. Dejó el colgante sobre la superficie más cercana y esperó impaciente a que el forense lo analizase con una enorme lupa que parecía estar anclada a un lateral de la mesa.

Varios minutos después, que a Silvana le parecieron eternos, el hombre levantó la cabeza rápidamente, buscó uno de sus cuadernos, cambió varias veces de pie de apoyo y comenzó a revisar sus notas.

Un tiempo que pareció interminable.

—¿Podría decirme, por favor, cuál es el origen de su colgante?

Silvana, algo aturdida, no tardó en responder.

—De España. Es un regalo de mi abuelo. ¿Por qué lo pregunta?

El forense extrajo el puñal de la bolsa ante la atenta mirada del inspector y los dos testigos que lo acompañaban.

—Puedo decir, casi con toda seguridad, que hemos encontrado una de las

piezas del rompecabezas.

—¿A qué se refiere? —inquirió el inspector arrugando el ceño sin llegar a comprender la suposición del forense.

—La pieza que lleva la señorita al cuello, no estoy muy seguro de lo que voy a decir, pero podría encajar perfectamente en la empuñadura del arma homicida — declaró el especialista mientras buscaba la forma de unir ambos fragmentos.

El silencio se apoderó de la escena. Silvana abrió los ojos aterrada. Hans la observaba sin comprender absolutamente nada y el inspector Rhode escrutaba minuciosamente a sus dos acompañantes.

—¿Está completamente seguro de eso? —preguntó el inspector sin ocultar su sorpresa.

—Aún debo hacer varias pruebas más para llegar a una conclusión del todo acertada —El forense giró varias veces el colgante entre los dedos—. En primer lugar, debo hacer el análisis del carbono 14 para verificar la antigüedad del colgante de la señorita Roiz, eso me llevará un tiempo, y luego cotejar varias pruebas más hasta poder dar algún resultado concreto.

Rhode centró toda su atención en Silvana; el caso se complicaba aún más, y el hecho de no llegar a ninguna conclusión no le gustaba absolutamente nada.

Capítulo 36

—*Lucinda lo hemos hablado muchas veces. No voy a ceder en esto.*

Escuchó una imprecación, a través del auricular, por parte de su ex esposa, pero la ignoró. Últimamente es lo que hacía.

—*Tengo que dejarte.*

Sin esperar respuesta alguna cortó la llamada.

Había trascurrido una semana desde el asesinato de Adele y, aunque intentaba volver a la rutina, le era del todo imposible; si a eso le añadía cómo Noah había llamado coloquialmente a Lucinda en una conversación con Liam, su mente se bloqueaba de tal manera que el día a día se le hacía todo cuesta arriba.

Su hijo de momento no le preocupaba, se encontraba bien en casa de su madre. Esa era la razón por la que había llamado Lucinda; no tenía por qué extrañarle, lo hacía cada día amenazándolo con llamar a su abogado y formular una demanda, pero aún no lo había hecho, y eso le desconcertaba aún más, si es que eso era posible.

Había llamado a la profesora de Brander comunicándole una mentira piadosa. Le había comentado vía telefónica que el niño se encontraba enfermo de varicela y que, durante unos días, no iría al colegio con el fin de evitar contagiar a algunos de sus compañeros. La profesora se había mostrado de acuerdo y le había dado las gracias al respecto.

Odiaba mentir, pero a veces las circunstancias obligaban a ello, y esta era una de ellas. No iba a dejar a su hijo en manos de su madre sin saber a ciencia cierta quién era realmente.

El teléfono volvió a sonar y estuvo a punto de no responder, sin embargo debía ser responsable con su cargo. Estaba trabajando en su despacho y bien podía ser una llamada urgente. En el caso de que fuera su ex la colgaría sin miramientos.

—Solberg al habla.

—*Señor Solberg, me alegro de encontrarle en su despacho.*

Hans reconoció de forma inmediata la voz del inspector.

—¿En qué puedo ayudarle, Rhode?

—*Verá.* —Hubo una pausa demasiado larga para Hans—. *La policía científica ha estado analizando el colgante de la señorita Roiz...*

Hans dejó de respirar unos segundos.

—*Concuerta en el tiempo y espacio que ocupó ese puñal en la historia* —continuó el inspector—. *Es algo inexplicable, pero lo cierto es que no hay duda al respecto.*

—¿Qué intenta decirme?

—Ni yo mismo lo sé—Tomó aire—. *Lo que es indiscutible e irrefutable es que la señorita Roiz estuvo con usted en Ribe el día del asesinato.*

—Así es.

—*Por lo tanto, no puedo relacionarla con la muerte de su secretaria.*

—¿¡Realmente ha pensado que Silvana tenía algo que ver?! ¿No puede estar hablando en serio?

—*No suelo bromear, señor Solberg, y mucho menos si es algo relacionado con mi trabajo.*

Las cejas de Hans se unieron en señal de contradicción.

Entre él y Silvana las cosas iban bien, quizás ella estaba algo más distraída de lo acostumbrado, pero él lo achacaba a todo lo ocurrido últimamente.

—¿Cuál es su teoría?

—*Aún no tengo ninguna. Demasiadas piezas para un puzle, y cada vez más complicadas de encajar. Pero sí hay una idea que me ronda la mente...*

—¿Cuál? —le interrumpió Hans.

—*Todo parece tener un denominador común.*

Hans se mesó el pelo, echó la cabeza contra el respaldo de su asiento y tomó aire antes de preguntar:

—Y según usted, ¿cuál es?

La respuesta se hizo esperar tanto que Hans estuvo a punto de formular de nuevo la pregunta.

—*La señorita Roiz.*

Si en ese momento le hubiesen pinchado con una aguja, no lo hubiese sentido.

—¿¡Se puede saber de qué está hablando?!

—*Es lo que me temo y todas las direcciones apuntan hacia ella.*

—No me puedo creer lo que está diciendo. —Hans se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre la mesa—. Ella lleva poco tiempo aquí —comentó como si con esa afirmación pudiese romper la teoría del inspector.

—*Tiene razón, lo he repasado un millón de veces, pero todos los hechos apuntan a ella: la entrada de una persona ajena al museo, el asalto a su apartamento y ahora esto último.*

Hans se pinzó con el índice y el pulgar el puente de la nariz. Rhode tenía razón.

—¿Qué se puede hacer al respecto? —preguntó en tono inseguro.

—*¿Quiere saber realmente mi sincera opinión?*

—Si no, no hubiera preguntado. —La arruga de la frente de Hans se intensificó.

—*He hablado con las autoridades españolas al respecto.*

—¿Y? —preguntó arqueando ambas cejas.

—*Hemos llegado a una misma conclusión. Lo mejor en este caso es que la señorita Roiz vuelva a su país.*

—¡No está hablando en serio!

—*Señor Solberg* —el tono de voz del inspector se intensificó—, *si se queda aquí, en Roskilde, la única opción que nos queda es recluirla en un lugar seguro y estoy seguro, conociéndola, de que no iba a estar de acuerdo con esa decisión.*

Hans se pinzó la nariz con la yema de los dedos. Tenía la sensación de estar cayendo por un precipicio y no llegar nunca al suelo.

—No, ella no lo estaría —respondió al fin, a sabiendas de que esa decisión la alejaría para siempre de él.

—*En España están más preparados que nosotros en este tipo de asuntos* —afirmó—. *Sé que es tirar piedras sobre nuestro propio tejado, pero el hecho de que sufriera y sufra, hoy en día, amenaza terrorista, hace que sea uno de los mejores países en seguridad. Allí podría estar protegida haciendo su vida normal; aquí sería una prisionera en un país que no es el suyo.*

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó con tono sombrío.

—*Rectifico la pregunta: ¿cómo se lo va a decir?* —Inquirió el inspector devolviendo la pelota al tejado de Hans.

Hans apretó con tanta fuerza el teléfono que sus dedos se volvieron blancos de repente.

—No lo entiendo.

—*Verá. Es muy sencillo. Ella no se irá por propia voluntad. Estoy casi seguro* —dijo sin rodeos.

Hans sabía que estaba en lo cierto. Silvana no huiría, porque en el fondo él sabía que eso es lo que se le estaba pidiendo que hiciese.

—¿Entonces? —Indagó con un tono cansino.

—*Tendrá que despedirla.*

Capítulo 37

La sombra de la sospecha

—¿Cómo que te vas?

La pregunta de Zoe llegó a mí con tal desesperación que me sobrecogí, pero no me detuve ni un solo instante, ni tan siquiera para mirarla. Recogí mis pocas pertenencias envolviéndolas en una manta raída y a continuación me la eché al hombro sin muchos miramientos.

—Me voy con Gardar —Le respondí como si ese argumento fuese sólido.

—¿Así, sin más?

Sabía a lo que se estaba refiriendo. Me preguntaba si me iba sin ella. No había sido una decisión fácil, pero Gardar había sido muy explícito al respecto.

—Debo aprovechar esta oportunidad, Zoe.

Al hablarle no la miré a los ojos. Estaba abandonando a la única amiga que había tenido en meses. Me sentía culpable, sin embargo, si algo había aprendido en este tiempo, era a sobrevivir en una tierra pagana, fría y hostil.

—Entiendo.

Yo supe que eso no era cierto, pero aún así asentí.

—Lo siento, Zoe.

—¿Estás segura?

La miré sin comprender.

—¿De qué?

—De que sientes dejarme aquí.

La culpa atenazó todo mi cuerpo. En parte tenía razón y, por más que quisiera, no podía obviarla. De pronto, sin saber cómo, de mi boca salió una frase que no tenía para nada preparada:

—Podrías venir conmigo.

La vi sonreír de oreja a oreja. Con esa expresión no había vuelta atrás. Estaba loca de atar, y lo peor es que Gardar me mataría a mí también.

—¿De verdad?

Cuando escuché esas palabras, me arrepentí de inmediato. Le estaba dando alas a un sueño imposible. Gardar jamás permitiría otra mujer en su barco. Había sido muy explícito al respecto: yo sería la única.

Mi rostro debió contradecir mis palabras, porque la sonrisa de ella desapareció de golpe.

—No creo que sea buena idea.

—Zoe..., yo.

—No me debes ninguna explicación. Soy una mala amiga, debería estar feliz por ti. Una de nosotras al fin será libre, ¿pero estás segura de que *él* es un hombre de fiar?

Me lo había preguntado infinidad de veces a mí misma durante los últimos días. Gardar iba directo a una batalla y seguramente a una muerte segura.

No respondí, me limité a mirar hacia el suelo en busca de algo inexistente; no tenía nada de valor y no sé por qué intentaba ganar tiempo de esa forma. Quizás me sintiese más culpable de lo que quería creer.

Una sombra en la puerta llamó mi atención; al parecer a Zoe también, al ver su reacción.

La puerta se cerró de golpe y no pude más que dar un paso hacia atrás al reconocer a nuestro visitante.

Allí, de pie, con una sonrisa sardónica, se encontraba Hakom.

Sentí que se me cortaba la respiración. De aquel encuentro, estaba completamente segura, que no podía salir nada bueno.

—¿Así que es cierto? ¿Te vas?

Observé a Zoe, que estaba a mi lado. Su rostro estaba desencajado. Imaginé que el mío no era muy diferente.

—Es curioso lo que pueden hablar los hombres cuando les invitas a varias jarras de hidromiel —Avanzó varios pasos hacia nosotras. Su rostro estaba contraído por una mueca que no presagiaba nada bueno—. ¿Y te ibas sin despedirte?

Me percaté de que había desandado varios pasos hacia atrás cuando mi espalda se encontró con la rugosa pared de troncos de madera.

—Gardar me ha invitado a irme con él.

La voz me flaqueó de tal modo que, por primera vez desde que entró, sonrió; esta vez mostró sus sucios dientes, y no pude más que sentir repulsión.

—¡Tú eres mi esclava y yo soy el que debe darte permiso, si deseo que te vayas! Creo que nunca has entendido tu posición en mis tierras.

La última palabra sonó con tal fuerza que sentí pánico. De su rostro apacible y sonriente ya no quedaba nada.

—Pero Gardar...

—¿Gardar? —Me interrumpió—. ¿Hablas de ese guerrero que ha llegado a nuestras costas y se lleva a un número sin igual de hombres sin mi permiso?

No respondí. En mi fuero interno sabía que no debía hacerlo.

—¡El hombre que se ha apropiado de mis tierras, de mis esclavas, de mi gente! —continuó vociferando, como si le fuera la vida en ello.

Sentí a Zoe a mi lado y comprobé que estaba tan asustada como yo.

—Debo irme —dije en un tono de voz tan bajo que me imaginé que ni la mismísima Zoe me hubiese escuchado.

Al parecer no debió ser así, porque observé cómo mi amiga centraba toda su atención en mí.

—Gardar se marchará, tú te quedarás. Tengo otros planes para ti.

Lo vi avanzar despacio, al acecho, hacia nosotras.

Me sentí como un animalillo acorralado, pero al ver que la distancia se acortaba, me hice a un lado.

—¡No! —Bramé con todas mis fuerzas.

—¿Crees que tu Dios te liberará tan fácilmente de mí? Hasta ahora he sido muy paciente, demasiado, diría yo, pero el tiempo se acaba y tú serás mía de un modo u otro.

Intenté pensar con la mayor celeridad posible; los vítores y los gritos de los hombres que iban a zarpar podían traspasar los muros de las cabañas. Me pregunté si Gardar, al ver que no llegaba, vendría en mi busca. No encontré respuesta alguna, y eso hizo que el corazón me latiese de una forma desbocada dentro de mi pecho.

Dejé caer mis pertenencias a mis pies y al hacerlo, sentí el puñal frío en contacto con la piel de mi antebrazo.

Hakom se aproximaba a nosotras de una forma amenazante; primero un paso, luego otro, hasta mí llegó el olor a hidromiel, estaba borracho, no dejaba de mirarnos directamente, como si no quisiera perderse ninguna de nuestras reacciones ante su acecho. Imaginé que seríamos presas fáciles para él.

—Gardar se irá sin ti —sentenció.

Algo en mi interior bulló, algo se rompió en ese instante, algo que yo hasta ahora desconocía y se hizo mil pedazos ante tal profecía. Acerqué la palma de la mano a mi brazo opuesto, sentí el metal debajo de la tela de la manga. Ahora sabía la verdadera razón de por qué Gardar me había regalado el puñal. Sabía que tarde o temprano lo iba a necesitar. Era un hombre muy inteligente.

—Me iré con él —Me atreví a contradecirle.

Hakom sonrió como si lo hubiese hecho el mismo Lucifer.

—Siempre me has gustado, Krista. Eres rebelde y eso me excita...

Se llevó la mano a la entrepierna y se frotó de una forma lasciva y repulsiva.

—No te acerques más —le advertí sin poder dejar de temblar.

La sonora carcajada invadió todo el espacio que ocupábamos.

—¿Y qué vas hacer al respecto si no te hago caso?

Retiró la mano de su entrepierna y se la llevó a la barba. Allí se la mesó un tiempo que me pareció interminable.

Otro paso más.

—¿Vas a matarme?

La pregunta llegó junto a un aliento fétido y muy desagradable.

Sentí cómo Zoe se acurrucaba a mi lado; su cuerpo tembloroso se pegó al mío.

Agarré con fuerza la empuñadura y la arranqué literalmente de mi brazo. El asombro de Hakom no se hizo esperar y el grito ahogado de Zoe se perdió al cubrirse la boca con sus manos.

Lo amenacé con el puñal poniendo el filo cerca de su garganta.

Era más alto, más fuerte, pero no podía pensar en eso. Me armé de valor y sentencié:

—Me iré y tú no podrás hacer nada al respecto.

Me moví despacio, siempre con la espalda pegada a la pared; comprobé que Zoe me seguía.

—¡Vete tú y déjala a ella! —bramó haciendo referencia a Zoe.

La oferta era tentadora, pero las normas del juego habían cambiado.

—No estás en disposición de darme órdenes —Apreté con más fuerza la hoja del puñal contra su piel hasta que vi un hilillo fino de sangre brotar de su garganta. — Ella se viene conmigo.

Sentí cómo el puñal se movía al mismo ritmo cada vez que él tragaba saliva; lo ignoré. Necesitaba hacerlo.

—Soy más fuerte que tú, te derribaré y luego te mataré con mis propias manos. ¡Nadie se atreve a amenazar al jefe de estas tierras!

Sabía que estaba en lo cierto, porque me triplicaba en peso, pero no podía dejarme llevar por el miedo.

—Puede que seas más fuerte, pero yo soy más rápida. —Mentí.

Los ojos de Hakom relampaguearon.

—Krista...

La voz de Zoe se escuchó tan poco nítida que me acerqué a ella para escucharla mejor.

—Esto no saldrá bien —la oí decir—. Vete tú.

Negué con la cabeza porque la suerte estaba echada. Si me iba, Zoe moriría en el mismo instante en que yo desapareciera.

Varias voces de un grupo de hombres se escucharon en el exterior. Todos guardamos silencio a la expectativa. Fue el momento que Hakom utilizó para empujarme y derribarme hacia el suelo. El duro golpe me dejó sin respiración. El puñal se desprendió de mis dedos. Traté de ignorar el dolor tan espantoso de la espalda que parecía perforarme, pero no desfallecí, me coloqué de rodillas y a tientas busqué el arma.

Observé cómo se llevaba la mano a la espada, sin dejar de mirarme con un odio pagano. No me amedranté y me incorporé lo más rápido que pude, pero cuando quise darme cuenta, la espada de Hakom ya estaba desenvainada.

Su mano temblaba. El alcohol estaba surtiendo su efecto.

Busqué a Zoe. Estaba aterrada; al igual que yo, sabía lo que iba a suceder. Moriríamos allí.

—Parece que has perdido.

Agarré con fuerza la empuñadora de mi puñal.

No sé en qué momento Zoe pensó en aquel movimiento, pero si no hubiese sido por ella, mi destino hubiese terminado allí.

Ella empujó a Hakom con todo su brío; este, desprevenido, dio varios trapiés, sin embargo, no llegó a caer al suelo, oportunidad que aproveché para atacarlo con fuerza e incrustar el filo de mi puñal en el lado izquierdo de su cuerpo.

El alarido fue atroz y él me observó atónito, sin llegar a comprender lo que terminaba de suceder.

Para nuestra sorpresa, se levantó con la mirada de la muerte reflejada en sus ojos, enfadado, de una forma torpe; sin embargo, no perdió su espada. Como si pudiera adivinar su próximo movimiento, grité con fuerza en dirección a Zoe. Sin embargo, mi advertencia no llegó a tiempo. Mi amiga cayó al suelo atravesada por el frío metal.

Jamás podría olvidar el sonido de la hoja de la espada saliendo del cuerpo de Zoe.

Solo veía sangre. La sangre de Hakom, la de Zoe...

Él se aproximó tambaleándose hacia mí. El puñal aún seguía incrustado en su cuerpo. Iba a morir y lo sabía. Observé el cuerpo de mi amiga convulsionarse, y las lágrimas empañaron aquella visión. Zoe dejaba esta vida y yo no podía hacer nada al respecto.

—Ahora es tu turno.

Lo vi abalanzarse sobre mí. Mi tiempo de reacción fue lo suficientemente rápido para apartarme y, a continuación, clavar con más fuerza el puñal entre sus costillas. El sonido de la carne abriéndose al paso del filo es algo que nunca podría olvidar. Aquel drástico movimiento hizo que parte de la empuñadura se quebrase.

Un silbido fino de aire salió de aquel profundo corte. Hakom, asombrado, como si no creyese lo que estaba sucediendo, cayó de rodillas ante mí con sangre a borbotones saliendo de su boca.

La puerta volvió a abrirse, pero esta vez fue Gardar quien apareció a través de ella, pero yo no podía moverme del lugar en el que me encontraba. Se acercó a mí y me abrazó con fervor.

—Al ver que no venías...

—Están muertos —Fue lo único que pude decir.

—¿Estás bien?

La pregunta la escuché a lo lejos, como un eco sin retorno.

Al ver que no respondía, volvió a insistir con más fuerza.

Al final asentí. El corazón de Gardar galopaba con brío y me dejé llevar por aquel ritmo seguro y lleno de vida.

Abrió mi mano y descubrió entre mis dedos aquel trozo de marfil que antes era parte de la empuñadora del puñal que él me había regalado.

Cerró mis dedos en torno a aquel fragmento.

—Llévalo contigo.

—Es un instante odioso. ¿Por qué recordarlo?

Mi voz parecía no pertenecerme. Era diferente. Yo no era la misma.

—Siempre es importante recordar la muerte. Matar no es sencillo; pero morir tampoco lo es.

—Zoe... —exclamé entre sollozos.

—Está muerta, Krista.

Negué varias veces con mi cabeza, como si no lo pudiera creer.

Se separó de mí y tuve frío. Lo vi acercarse a un cubo con agua y a continuación rasgó un trozo de tela del vestido de Zoe. Ese momento me estremeció. Se acercó a mí y comenzó a limpiar los restos de sangre por diferentes partes de mi cuerpo.

El agua estaba helada, pero no me importaba; frotó con cuidado de no hacerme daño hasta llegar a mi mentón. Allí se detuvo un instante y me limpió con delicadeza.

—Nos vamos.

Dejó caer el trozo de tela al suelo y tiró suavemente de mi mano.

No podía mover los pies de aquel lugar ni apartar los ojos del cuerpo inerte de mi amiga. Había muerto y aquella culpa ya me reconcomía.

Sentí cómo Gardar me cogía en volandas y me sacaba de aquel lúgubre lugar. La luz del sol primaveral me cegó, el bullicio de las personas que iban y venían nos rodearon. Sabía lo que estaba pensando el hombre que me llevaba en brazos: debíamos zarpar antes de que se descubriese el cuerpo de Hakom.

Me resguardé de mi dolor en el contorno de su cuello. Froté mi nariz contra su piel y paladeé por primera vez mis lágrimas. Eran saladas como el mar que nos iba a albergar.

Apreté con fuerza el fragmento que descansaba en mi mano convertida en puño; volví a repetir, una y otra vez, la misma operación hasta percatarme de que nos encontrábamos muy lejos de la costa. Mis pesadillas se quedaban atrás.

Capítulo 38

Silvana leyó el texto de la pantalla antes de poner el punto final.

Un escalofrío la recorrió por toda la columna vertebral. Anoche había soñado con Krista, algo que ya no era nada extraño, pero hasta que no había escrito la última frase, no se había percatado de un detalle: aquel fragmento que ella había guardado celosamente en su mano tras haber asestado una puñalada certera y mortal a Hakom.

Se parecía tanto a su colgante que se le cortó la respiración de golpe.

La escena se repetía una y otra vez en su mente, como si se tratase de una secuencia de una película a cámara lenta. Se dijo a sí misma que no podía ser el mismo puñal, pero algo en su fuero interno le advertía que estaba tomando el camino equivocado.

Demasiadas coincidencias.

Releyó de nuevo el fragmento en el que Krista asesinaba a Hakom y, por primera vez desde que aparecieran en sus sueños, todo parecía cobrar sentido. Aquel trozo de asta era lo que las unía, estaba casi segura; ese fragmento había estado en algún momento de la historia en poder de aquella mujer cristiana en tierra de Vikingos.

Se llevó la mano al cuello y solo sintió su piel cálida y desnuda. Ya no estaba, pero ella seguía soñando. ¿Por qué?

Todo era una incoherencia y al mismo tiempo un puzle perfectamente encajado.

Apagó el ordenador y decidió que era el momento de poner a Hans en antecedentes de esa idea que parecía haber anidado en lo más profundo de su ser.

Cogió el cartapacio donde estaban transcritos todos sus sueños, tal y como Hans le había indicado que hiciera, y salió por la puerta con intención de hablar con él y poner algunas ideas sobre la mesa.

El museo, como era habitual en esos días, estaba en silencio. Las estructuras de las naves que un día fueron de los vikingos, descansaban sosegadamente entre los muros que las protegían de los agentes externos, de forma que no pudieran ocasionarles algún daño irreparable.

Eran como moles de listones de madera que se erguían hacia lo más alto, tal y como una vez, hace siglos, lo hicieron sus tripulantes y sus constructores.

No habían quedado olvidadas en el tiempo. Ellos, los restauradores, los historiadores, se encargaban de que así fuera.

Dejó atrás las naves y siguió por el pasillo; a un lado quedó el despacho de Adele, y no pudo evitar sentir una sensación sobrecogedora al recordar a la secretaria. Adele era una buena mujer y no encontraba sentido a su muerte.

Se obligó a enfocar la vista al frente y dirigirse con paso precipitado hasta el despacho que ocupaba Hans. Vivir con él estaba siendo más fácil de lo que esperaba y, aunque en la última semana su vida sexual no era muy activa, a ella no le importaba. No hablaban mucho porque él parecía haberse encerrado en sí mismo desde que había hablado con el inspector del asesinato de Adele. Lo entendía, porque ella también había cambiado. Pero estaba segura de que muy pronto todo se solucionaría.

Todo tiene solución menos la muerte, una frase de su abuelo. Ese pensamiento le recordó que debería llamarlo más tarde y ser muy precavida con contarle lo sucedido.

Al llegar al despacho, llamó dos veces a la puerta antes de entrar.

—Pasa.

Hans, como era de suponer, estaba inmerso en un informe. Su pelo despeinado, de haberse pasado varias veces las manos por él, y sus ojos cansados, lo confirmaban.

—Me gustaría enseñarte algo.

—Tú dirás.

Silvana en ese momento debió imaginarse que algo no iba bien, pero su intuición le falló y no se percató de lo que estaba por llegar. Más tarde recordaría esta conversación miles de veces y sacaría más de una conclusión al respecto.

—He estado escribiendo los sueños que he recordado hasta ahora —dejó el cartapacio sobre la mesa con cuidado de no tropezar con nada—. Me gustaría que le echaras un vistazo.

Hans, como respuesta, se recostó contra el respaldo del sillón y resopló con fuerza.

—Estoy ocupado, Silvana.

Un leve rubor se extendió por los pómulos de ella. Hans no solía hablarle nunca en ese tono.

—Claro. Por supuesto —Recogió de nuevo la carpeta de la mesa y la atrajo hacia su pecho—. Lo siento, perdona. No era mi intención molestarte.

Hans la miró durante unos segundos y, acto seguido, volvió a su informe. Simplemente, la ignoró.

—¿Estás...bien? —preguntó ella de forma dubitativa mientras apartaba uno de sus mechones de la cara.

—He tenido días mejores.

La respuesta la desconcertó.

—Hans...

Él siguió leyendo como si no la oyera.

—Hans... —Elevó más el tono para captar su atención.

Pareció dar resultado, porque él dejó lo que estaba haciendo y la miró fijamente.

—¿Me vas a contar lo que está ocurriendo?

—Silvana, ya te he dicho que estoy...

—Ocupado —le interrumpió ella—, lo he oído.

—Bien.

Silvana estrechó con más fuerza la carpeta contra su pecho, tanto que se percató de que los dedos habían perdido el riego sanguíneo; entonces soltó el agarre con suavidad hasta sentir de nuevo el cosquilleo en la yema de estos.

—Si hablastes conmigo de lo que te preocupa, quizá podría...

La frase se vio interrumpida cuando Hans se levantó, de repente, y se paseó como un león enjaulado de una pared a otra.

—Silvana, ya vale.

Ella lo miró sin comprender.

—¿He hecho algo mal?

Esa pregunta rompió a Hans por dentro. Silvana nunca podría hacer nada mal porque ponía el corazón en todo lo que hacía. Necesitaba más que nunca besarla en ese momento, sentir su sabor, asaltar su boca, apropiarse de todo su ser; sin embargo, el inspector Rhode había sido muy claro al respecto. Silvana debía volver a su país lo antes posible. Su seguridad estaba en juego y él no iba a permitir que le ocurriese nada malo.

Llevaba más de dos horas devanándose los sesos pensando cómo hacerlo sin herir sus principios, sus sentimientos, pero aún no lo había logrado. Todo lo que se le había ocurrido hasta ahora le parecía pusilánime y carente de sentido.

Silvana no se marcharía sin más. La conocía ya lo suficiente para entrever la guerrera que vivía en su interior. Casi podía asegurar que ella era una descendiente de los guerreros que una vez habitaron aquellas tierras. Su cabello rojo, como llamaradas, era una confirmación de ello. Silvana no se rendiría, lucharía. Lo llevaba en los genes.

El momento había llegado sin buscarlo. Le pareció una ironía de la vida, pero aceptó el desafío.

—No, pero...

—¿Pero? —Ella, al ver el gesto contrito de él, hizo una mueca y sintió un dolor a la altura del pecho. Tragó saliva y esperó pacientemente a que él hablara de nuevo.

—Silvana, tengo algo que comunicarte.

—Eso es obvio.

Hans le lanzó una mirada serena y, al mismo tiempo, hostil.

—No sé por dónde empezar —Se pasó la mano por la nuca con la intención de aliviar la tensión de cervicales que en ese momento era casi insoportable.

—Por el principio estaría bien —dijo ella con tono resuelto.

—Lo primero que quiero que sepas es que eres una excelente profesional —
Dejó caer la mano para introducirla un segundo después al interior de su bolsillo—. Pero tu trabajo aquí ha terminado.

Ya lo había dicho. Esa última frase casi lo desgarró por dentro, pero se mantuvo firme.

La vio dar un paso hacia atrás, se tambaleó sobre sus talones, sin embargo, en el último momento, ella volvió a recobrar el equilibrio. Su rostro era una mezcla de sorpresa y desilusión. Odiaba verla así. Cerró ambas manos hasta convertirlas en puños. Silvana tenía que estar fuera de esta incongruencia lo antes posible.

—¡No estás hablando en serio! Faltan aún meses para que termine mi trabajo en el museo —protestó.

—Lo siento. No ha sido una decisión fácil.

—Fácil..., ¿para quién? ¿Para ti?

—Silvana...

—No, quiero que me respondas —rezongó a punto de llorar—. ¿Es por nuestra relación? ¿Alguien te ha dicho algo o ha marcado límites al respecto?

—Podría ser.

—¿Podría ser o es?! —exclamó ella ya fuera de sí.

Hans se pasó una de las manos por el pelo antes de hablar.

—Lo siento, no puedo ser más explícito al respecto.

—¿Dices que lo sientes y ya está? —Contuvo una carcajada despechada—. Doy por hecho que lo nuestro también lo has finiquitado. Así, de un plumazo —
Levantó el brazo y lo movió de un lado para otro, como si estuviese barriendo el aire que la rodeaba.

—¡No está siendo fácil!

—Claro que no. Si lo estuviera siendo, me decepcionarías aún más.

Ella supo que le había hecho daño con sus palabras, pero no podía parar porque el dolor que la envolvía era tan grande que parecía anestésicarla.

De pronto, su móvil sonó dentro de su bolsillo. Silvana tardó en reaccionar unos segundos, tiempo suficiente para mirar directamente a Hans a los ojos; luego apartó la mirada y miró la pantalla. Era Tessa. La llamaría más tarde. No podía ser tan importante como lo que tenía entre manos. Apretó el rechazo de la llamada y apagó el teléfono.

—¿Cuándo se supone que debo abandonar el país?

Las lágrimas la quemaban, pero no le iba a dar el placer de verla llorar.

Hans rodeó la mesa y volvió a sentarse. Necesitaba parapetarse con algo. Apoyó los antebrazos en ella antes de hablar:

—Hoy.

La sentencia cayó sobre ella como un jarro de agua fría.

—No puedes estar hablando en serio...

Él la miró vacilante. Era lo más difícil que había hecho en su vida después de tomar la decisión de separarse y dejar a su hijo a cargo de su ex esposa.

Buscó entre un montón de papeles hasta encontrar lo que buscaba.

—Exactamente, dentro de dos horas.

Ella tuvo la misma sensación de estar ahogándose.

—No puedes... —Tragó saliva con dificultad antes de continuar—. Tú no eres así —Alzó los hombros para luego dejarlos caer al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Tú no eres así —Repitió como si intentase grabarlo en su mente.

Hans le ofreció el billete de avión que él mismo había impreso hacía escasos minutos.

—Será mejor que vayas a hacer la maleta. La llave la puedes dejar en el dormitorio.

Ella tomó una respiración profunda e intentó serenarse, pero no pudo. Se sentía como un castillo de naipes, endeble e inseguro. De un solo sople se habían caído todas las cartas.

—¿En estos casos qué se puede decir? —Los ojos de él se estrecharon, pero a ella no le importó—. Sí, ya me acuerdo...fue bonito mientras duró —Se acercó a la mesa y dejó el cartapacio sobre ella.

—Buena suerte, Hans.

—Eras tú la que quería una relación a corto plazo.

Nada más pronunciar esas palabras se arrepintió. Lo que vio en los ojos de Silvana lo dejó sin aliento.

Él, impasible, bajó la mirada. Ella se volvió y se dirigió a la puerta. Solo una vez que la hubo cerrado, dio rienda suelta a sus lágrimas. Todo se volvió borroso, incluso las inmensas embarcaciones que acogían las salas del museo.

«Las pesadillas pueden tomar forma», pensó mientras hacía transbordo en el aeropuerto de Madrid. En una hora llegaría a Santander y así se cerraría un nuevo episodio en su vida, pero ya nada sería igual. Hans la había marcado para siempre.

El amor dolía y mucho. Nunca lo hubiera pensado.

Se había enamorado.

Deambuló por la terminal hasta llegar a su destino. ¿Cómo era posible que toda aquella gente, con maleta en mano, fuese insensible a su estado de ánimo? Era cierto lo que decían: la vida continúa, nada la frena. Ella era buena muestra de ello.

Un joven moreno, con unas gafas de pasta y excesivamente grandes, que en ese momento hablaba por teléfono, le sonrió; no era un acto provocativo, simplemente esbozó una sonrisa a modo de saludo, sin embargo, ella no interactuó. El muchacho simplemente se encogió de hombros y le dio la espalda.

De pronto se percató de que su móvil seguía apagado. ¡Dios, no había hablado aún con su abuelo ni con Tessa! Había estado tan metida en sí misma que se había olvidado de los demás. Se lo reprochó de inmediato y palpó el bolsillo de su americana hasta encontrar el teléfono. Lo encendió mientras escuchaba por megafonía los próximos vuelos previstos para embarcar.

Marcó el botón de rellamada y esperó pacientemente hasta que escuchó la voz de Tessa.

—¡Gracias a Dios, Sil! Me he vuelto loca intentando contactar contigo.

La voz desmedida de su amiga le provocó un escalofrío.

—Tessa, ¿qué ocurre?

—¿Dónde estás?

—En Madrid.

—¿Madrid?

Silvana comprendió en el acto el asombro de Tessa.

—Sí. Llegaré a casa en una hora aproximadamente —Hizo una pausa—. ¿Todo va bien?

Un silencio prolongado y tenso se adueñó de la línea.

—¿Tessa?

—Sil, te esperamos. Tomás irá a buscarte al aeropuerto. ¿Cuándo llega tu vuelo?

—Tessa, puedo coger un taxi. No quiero molestar.

Para ella seguía siendo el decano y, a decir verdad, no era la primera persona que quisiera ver.

La voz de su amiga se tornó más firme y preocupante.

—Será él quien vaya a buscarte, Silvana. Te esperamos en el hospital.

—¿Hospital? —La voz le tembló.

—Sí. En Valdecilla. No tenemos buenas noticias, Sil.

Silvana intentó deshacer el nudo que tenía en la garganta. Con el móvil en la mano corrió a su puerta de embarque.

«No puede ser, no puede ser», se repetía una y otra vez mientras Tessa le

contaba lo que acababa de suceder.

Capítulo 39

Hans se dijo a sí mismo que no debía preocuparse por la situación. Volvió a llamar al timbre y esperó pacientemente a que Lucinda le abriese la puerta.

Hacía dos semanas que Silvana se había marchado para siempre de Dinamarca y de su vida. La extrañaba tanto que le dolía, pero en ese momento necesitaba tener la mente lúcida y no pensar en nada que pudiese interferir en la misión que tenía entre manos.

Iba a volver a tocar el timbre cuando la puerta se abrió.

Lucinda no pareció sorprendida de verlo.

—¡Quiero a mi hijo ya! —exclamó.

Hans intentó mantener la calma. Había demasiado en juego, así que templó los nervios antes de preguntar:

—¿Puedo pasar?

Ella pareció meditarlo unos segundos, pero al final se hizo a un lado.

Hans entró y esperó a que ella cerrase la puerta antes de continuar con la conversación. El interior estaba en perfecto orden e incluso olía a algún tipo de ambientador, lo que le dio a entender que a su ex la ausencia de su hijo no le restaba tiempo con la limpieza.

En aquella casa había pasado los mejores y peores momentos de su vida.

—Brander está bien —Le dijo como si eso fuese lo único que ella debía de saber por el momento.

—¡Quiero verlo y que vuelva a casa! —le ordenó sin miramientos cruzando los brazos a la altura del pecho—. He hablado con mi abogado y me ha comentado que puedes ir a la cárcel si no traes a Brander de vuelta.

Hans asimiló la amenaza. Lucinda estaba en lo cierto.

—Brander está aquí, en Roskilde —especificó—. Mi madre y él viven por el momento en mi apartamento.

Lucinda elevó sorprendida las cejas casi hasta la raíz de su cuero cabelludo.

—¿Se puede saber de qué coño hablas? —inquirió dejando caer los brazos, en tensión, paralelos al cuerpo con los puños cerrados.

Él ignoró la pregunta.

—Ha vuelto al colegio.

—Tengo la custodia del niño, Hans, y creo que no estás en disposición de hacer algo así —le recriminó—. Puedo llevarte a juicio y que no vuelvas a ver a Brander en tu vida.

Hans se tomó la amenaza en serio, pero la cuestión ya no era esa, sino otra.

—Me pregunto por qué no lo has hecho ya.

Lucinda se acercó a él, lo miró directamente a los ojos y sopesó la idea de hacerlo pasar al salón o dejarlo allí de pie, como si se tratase de la visita de un vendedor de aspiradoras. Se decantó por lo segundo.

—¿Has bebido o tomado alguna sustancia que te haga vivir lejos de la realidad?

Él ignoró su voz teñida de rabia. Por primera vez reparó en cómo iba vestida, era algo curioso porque era lo primero que hacía cuando estaban casados. Lucinda era una mujer elegante incluso cuando estaba en casa. Sus pantalones de pitillo y su jersey de un tono beige, de cuello cisne, que le caía a la altura de las caderas, lo confirmaban. Estaba perfectamente maquillada y su pelo corto afianzaba sus rasgos femeninos, sus ojos almendrados y unos labios voluminosos que él había besado en infinidad de ocasiones; sin embargo, sabía por experiencia que nada tenían que ver con los de Silvana.

«Otra vez ella», pensó. Aquella diosa nórdica parecía haberse establecido en su mente por perpetuidad. Intentó centrarse de nuevo. Había demasiado en juego, tiempo habría de soñar con Silvana.

—Estoy bien y, para tu información, no he bebido ni me he drogado. Pero sí me gustaría preguntarte una cosa: ¿por qué yo?

Lucinda lo miró perpleja. Aquel no era el hombre con el que se había casado. Hans era sereno, complaciente y fácil de manejar, pero la persona que tenía frente a sí parecía no tener ninguna de esas cualidades.

—No sé a qué te refieres.

Hans chasqueó la lengua.

—Te estoy preguntando por qué te casaste conmigo.

Ella arrugó la frente, como si le costase entender la pregunta.

—¿Te apetece un café? —preguntó de repente, como si necesitase ganar tiempo.

Él negó con la cabeza.

—¿Cerveza, té?

—No quiero nada, Lucinda. Solo busco respuestas.

Lucinda pensó que aquella batalla requería otro tipo de escenario. El Hans de siempre había vuelto, así que cambió de idea:

—Al menos pasa al salón y podremos hablar cómodamente.

—Estoy bien aquí. Gracias.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? Alejas a nuestro hijo de mí y vienes a mi casa —recalcó ese último término con fuerza— a hacerme preguntas sin sentido —manifestó ella en un tono poco amigable.

—Te lo volveré a preguntar una vez más: ¿por qué te casaste conmigo?

—Estaba embarazada —respondió, como si esa respuesta fuera la única.

—Entiendo.

—Pues ya haces más que yo —protestó—. ¿Cuándo puedo ver a Brander?

Hans se desató el abrigo bajo la atenta mirada de su ex.

—He tenido mucho tiempo para pensar estas últimas semanas.

Ella levantó la ceja de un modo alentador.

—¿Y?

—He intentado relacionar todo lo ocurrido en el museo, las muertes, el contrabando y, llegado a un punto, me he preguntado que tenías que ver tú con todo esto.

—¿Yo? —inquirió extrañada—. No sé de qué estás hablando.

Él decidió ignorar la respuesta de ella.

—Después de meditar mucho, llegué a una conclusión.

—Y que al parecer me la vas a exponer.

—Pues sí —dijo con sequedad e introdujo las manos en el interior de los bolsillos de su pantalón —Tardé un tiempo en recabar la información, pero al final encontré lo que buscaba.

—Me alegro por ti.

—Yo también.

—Mientras estuve en Ribe escuché una conversación entre Noah y Liam. Noah se refirió a ti como Lulú y, desde ese momento, no pude alejarlo de mi cabeza.

—Hans, voy a llamar a la policía. No estás bien y no me siento segura contigo —dijo en tono de advertencia.

—Harías bien en hacerlo, porque me encantaría narrarles mi versión de los hechos.

—Escúchame, ¡no sé de qué estás hablando y quiero que te vayas ya mismo de mi casa!

—¿Estás segura? Porque yo creo que sí sabes a qué estoy haciendo referencia.

—Quiero ver a Brander ahora mismo —imploró ella con aparente calma.

—Lo harás, pero antes responderás a mis preguntas.

—¿Me estás amenazando? —preguntó con tono desafiante.

—No, esa no es mi intención. Solo quiero saber por qué algunas personas te llaman Lulú.

—Mi madre se llamaba así. ¿Contento?

—Tu madre se llamaba Lucrecia.

—Coloquialmente, la llamaban así. ¿Y ahora me vas a decir a qué viene este estúpido interrogatorio?

—Cuando me conociste, sabías que iba a trabajar en el museo, o al menos que iba a tener muchas posibilidades de hacerlo.

Lucinda soltó el aire de golpe.

—Será mejor que te vayas. Me estoy cansando de esta conversación.

Hans ignoró la propuesta.

—Si siento todo esto es por Liam y Brander. Jugaste con ellos como si fueran peones en tu tablero de ajedrez.

—Vuelvo a repetirte una vez más que no sé de qué estás hablando.

—Yo sí. He tardado, pero al final he llegado a las conclusiones oportunas. No sé si realmente estabas enamorada de Liam, pero lo que sí recuerdo es que, cuando me conociste, tu objetivo cambió.

Lucinda se dirigió a la puerta y la abrió.

—Vete.

El frío entró como si se tratase de un invitado más. Hans intentó ignorarlo y prosiguió su diatriba.

—Sí, pero antes vas a escucharme. He estudiado las agendas de Poulsen, sus anotaciones, sus apuntes y he llegado a una conclusión, o mejor dicho, a la conclusión.

—Quiero que te vayas —dijo demasiado nerviosa para poder ocultar su irritación.

—Era tu padre, Lucinda.

—¡No sé de qué me estás hablando!

Ella cerró de golpe la puerta.

—Tu madre tuvo relaciones con Poulsen siendo aún muy jóvenes. Ella era americana y su padre diplomático en Dinamarca. Se enamoraron —Al ver el rostro ofuscado de Lucinda supo que iba bien encaminado—. Encontré sus cartas, líneas de un amor de juventud. Él siempre se refería a ella como Lulú, pero su padre lo descubrió, no le gustó y pidió traslado a otro país. Lo que no sabía Poulsen en ese momento es que tu madre estaba embarazada.

—Has indagado mucho —musitó con un suspiro cansino—. Mi abuelo se ocupó de que no quedase rastro alguno de aquella relación.

—Poulsen lo guardaba todo, como te he dicho, cartas, fotos...

Lucinda comprendió que las cartas estaban boca arriba y sobre la mesa.

—Mi madre me lo confesó antes de morir.

—¿Y decidiste tomar cartas en el asunto?

—Exacto.

—¿Viniste a Dinamarca?

—Sí y encontré a mi padre. Estaba casado y no tenía hijos. Fue fácil.

—¿Te creyó?

—El parecido físico con mi madre es notable y, a pesar de que mi abuelo lo intentó, no destruyó todas las pruebas.

—Tu abuelo era viudo y quería lo mejor para su hija en ese momento.

—Has hecho los deberes —le sonrió mirándolo con fijeza.

—¿Por qué nunca me lo comentaste?

Se encogió de hombros.

—Era parte del pasado.

—Por esa razón, Poulsen decidió contratarme. Tú se lo pediste.

—Sí —espetó sin ocultar su irritación.

—Aunque ya lo sabía, escucharlo de tus labios es demasiado... irritante.

Ella respiró hondo y escudriñó su cara.

—En EE.UU me dedicaba al arte. Era marchante.

—Y en algunas de tus transacciones viste dinero fácil.

Lucinda sonrió ante el recuerdo.

—Un día gané medio millón de dólares por una transacción que no me costó nada llevar a cabo.

—No debe ser fácil huir de algo que sabes que no es legal.

Ella percibió que el tono utilizado por él estaba cargado de ironía.

—Hasta que la policía comenzó a tirar del hilo —continuó Hans.

—Más o menos. Ser nieta de un diplomático tiene sus ventajas. Un día me vi acorralada y, por casualidad, encontré el diario de mi madre.

—Y a partir de ahí comenzó a urdirse tu plan.

—Sí. Pero no todo ha sido mentira.

—¿En serio?

—Yo te quise, Hans, y Brander es una prueba de ello.

Él la miró con expresión de reproche.

—No creo nada de lo que dices. Poulsen era un buen hombre hasta que entraste en su vida.

—Era un pobre hombre sin futuro. Yo le di más de lo que pensó que tendría algún día.

—¿Te refieres al dinero?

—Dinero y prestigio.

Hans no pudo evitar reírse y ella lo miró con expresión deliberadamente ominosa.

—Tuvo más de lo que pudo desear.

—No comprendes nada, ¿verdad, Lucinda?

—No hay mucho que entender, ¿no crees?

Hans negó varias veces con la cabeza y miró hacia el suelo. Recordó que

aquella había sido una vez su casa y que él había vivido una de las mentiras más grandes de su vida.

—Te presentó a Liam porque mi hermano era constructor de barcos, por aquel entonces trabajaba para el museo reconstruyendo los restos arqueológicos encontrados; y luego, imagino que lo demás fue coser y cantar.

—Necesitaba a alguien a quien pudiera manejar en el museo, Hans. No te lo tomes a mal, por favor.

—No lo hago, pero siento asco por ti.

—No deberías. Soy la madre de tu hijo.

—Brander es lo único bueno de todo esto —replicó él con fulminante énfasis.

—En algo estamos de acuerdo. Eso es bueno —repuso con acritud—. Y ahora, si hemos terminado con esta conversación, quiero ver a mi hijo.

—No lo harás, Lucinda. Mi hijo recordará a una madre cariñosa, no a una asesina.

—No me harás esto, Hans. Brander es mío.

—Nuestro, querrás decir —corrigió él.

La tensión entre ellos aumentaba por momentos. Lucinda lo atravesó con la mirada.

—Poulsen se lo buscó. No quería seguir el juego y se convirtió en una pieza abatida.

—¿Y por eso decidiste asesinarlo?

—A veces no queda otra opción, Hans —Dio un paso hacia delante y con el índice acarició su abrigo. Al ver que Hans no la rehuía se acercó más a él—. Ahora que Silvana no está...

—Nadie sabe que Silvana se ha marchado.

El rostro de Lucinda cambió de color. Se puso pálida al oír aquello y volvió a su puesto inicial.

—A Noah y a Astrid les he dicho que estaba enferma.

—¡Vete de mi casa ahora mismo! —vociferó con fuerza.

—Y como no tenías bastante con Poulsen, metiste a Adele en el embrollo.

—No sé de qué me estás hablando.

—Yo creo que sí. No has sido muy cuidadosa, Lucinda, al transferir de tu cuenta a la de ella esa ingente cantidad de dinero. Debe ser horrible levantarte cada mañana con las manos manchadas de sangre.

—¡Lárgate! —le gritó encolerizada—. ¡Nunca has entendido nada!

Hans no se movió y continuó hablando:

—La has seguido al aeropuerto, Lucinda. Le has hecho daño, nos has hecho daño. —Se corrigió.

—¿No sé de qué estás hablando?!

—Es la única manera de saber que Silvana se ha marchado —le dedicó una sonrisa sardónica—. Lo que no sabes es que ella estaba protegida por la policía secreta para que llegase con éxito a su vuelo. Te localizaron, Lucinda. Solo tuvimos que atar cabos.

Estaba acorralada. Lo sabía, pero aún no era tarde.

Hans, al ver su mirada fría, pudo sentir su miedo corriendo por sus venas, pero no dio un paso atrás. Intentó mantener la calma. Había demasiado en juego.

—Otro asesinato no sería bueno para tu historial y dejar a tu hijo sin padre tampoco sería bueno para él.

—No puedo dejarte marchar, Hans. Compréndelo.

—Yo tampoco a ti.

Ella lo miró sin pestañear, sin comprender.

Hans abrió la puerta.

—Señora, queda usted detenida por el asesinato de Gium Poulsen y Adele Bager —dijo el inspector Rhode con la placa en alto.

Lucinda intentó enfrentarse a aquella escena con la mayor entereza posible. En menos de diez segundos, decenas de policías armados rodearon la casa. No había escapatoria posible.

—Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede ser y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene derecho a hablar con un abogado. Si no puede pagar uno, se le asignará uno de oficio. ¿Le han quedado claro los derechos previamente mencionados?

Lucinda no respondió a la pregunta.

—¡Maldito, hijo de puta! —exclamó Lucinda volviéndose a Hans.

El inspector dio orden a uno de sus subalternos y este inmediatamente esposó a la detenida.

—Por si le queda alguna duda, el señor Solberg ha grabado toda la conversación que ha mantenido con usted.

Hans ignoró el comentario obsceno de su ex esposa, desabotonó un par de botones de su camisa y le enseñó el micrófono que llevaba pegado a la piel.

Ella lo miró a los ojos mientras que en su rostro se reflejaba un gesto contrito al ser esposada.

—¡Vivirás con el remordimiento de ver crecer a tu hijo sin madre! —Fue lo único que dijo antes de ser introducida en el vehículo policial—. ¡No tenías ningún derecho! ¡Todo lo que he hecho ha sido por ti! Ahora eres el director del museo —Este último alzamiento quedó amortiguado por el ruido que hizo la puerta del coche policial al cerrarse.

—Buen trabajo, señor Solberg. —El inspector le palmeó la espalda.

Hans no respondió. Su mirada se perdió en el vehículo que se llevaba su pasado y a la madre de su hijo.

—¡Registrad la casa de arriba abajo! No quiero que se pase nada por alto.

La orden del inspector se perdió en la lejanía.

Capítulo 40

*Luzmela, Cantabria.
Seis meses después.*

Silvana sacó la leche de la nevera y, acto seguido, buscó una taza en el armario. Vertió una pequeña cantidad hasta llegar casi a la mitad del recipiente y, con una cuchara colmada de café soluble, comenzó a remover su desayuno a un ritmo lento. No tenía prisa, porque para ella el mundo se había detenido aquel fatídico día en el que su abuelo la había dejado para siempre.

Introdujo la taza en el microondas y a continuación observó el maravilloso paisaje a través de la ventana de la cocina que tantas veces su abuelo y ella habían compartido.

La suave llovizna caída cubría con su fina capa húmeda cada milímetro de aquel manto verde que arraigaba con fuerza en sus entrañas las raíces de los robles y hayas inmemorables.

Su abuelo ya no volvería a ver aquel paisaje verdoso del que tan orgulloso hablaba y se sentía, y ella lo observaba con otros ojos. Tenía la impresión de que había cambiado, que no era el mismo que una vez habían conocido juntos.

«Mi alma irá donde tenga que ir, pero mis huesos se quedarán aquí, en mi tierra, en mi Cantabria», solía decir él.

En algún momento, a su abuelo Daniel se le paró el corazón, se le rompió en mil pedazos y los médicos nada pudieron hacer para salvarlo. Su edad y el desgaste físico de los últimos meses le habían pasado factura. No había sido justo para ninguno de los dos. El no poder despedirse, decir adiós a la persona que más quería en este mundo, estaba siendo un peso muy difícil de sobrellevar.

Ese pensamiento la golpeó con fuerza y tuvo que hacer un gran esfuerzo para aflojar el nudo que notaba en la garganta. Las lágrimas ya no servían; no hacía tanto tiempo que lo había descubierto.

El pitido del microondas resonó por la enorme y desangelada casa. Así habían sido sus últimos meses: solitarios. Tessa y Tomás solían venir al pueblo los fines de semana, y eran esos dos días los que Silvana más disfrutaba y donde las horas se precipitaban por la esfera del reloj; el resto de los días parecían no querer moverse con tanta facilidad.

Abrió el microondas y, con cuidado de no quemarse, sacó la taza. Removió su café mientras observaba cómo la primavera daba color al paisaje. Cantabria en esa época del año era hermosa, la vida florecía de nuevo, aunque a decir verdad, su

corazón aún parecía seguir hibernando.

Antes de tomar un pequeño sorbo, sopló con fuerza el café y agradeció el regustillo amargo que reconocieron de inmediato sus papilas gustativas. Pensó, como cada mañana al amanecer, en Hans. Posó la taza sobre la encimera y se dijo a sí misma que recordarlo no le hacía ningún bien. Era ella la que no quería una relación sólida, la que creía que, una vez que volviese a casa, lo olvidaría. ¡Qué confundida estaba y qué ingenua había sido! ¿Quién podía controlar los sentimientos?

Llamaron a la puerta, no la sorprendió; se arrebujó en su bata para andar por casa y se acercó para abrir a Tessa. Sabía que a esas horas solo podía ser ella.

—Buenos días, ¿hoy has podido dormir mejor? —preguntó su amiga nada más verla.

—Al menos han sido cinco horas seguidas de sueño —respondió Silvana mientras cogía el anorak húmedo por la lluvia de Tessa y lo colgaba en uno de los percheros de madera que decoraban el vestidor de la casa.

Tessa y Tomás habían comprado, hacía un par de meses, la casa que su abuelo había estado remodelando hasta que la muerte lo sorprendió y se lo llevó lejos de ella para siempre.

—Pasa, ¿quieres un café?

—¿Qué estás tomando tú?

—Eso mismo.

—¿Sin azúcar? —preguntó Tessa frunciendo las cejas, al imaginarse el amargor que pudiese tener cualquier sustancia sin una buena dosis de hidratos de carbono—. Te he traído aceitunas y pepinillos.

—Muchas gracias. Tú sí que eres una verdadera amiga. —La abrazó con fuerza.

—Eso se lo dirás a todas, pero tengo que darte la razón, soy la mejor.

Silvana sonrió ante la respuesta de Tessa.

—¿Qué tal llevas el día?

—Bueno, no puedo decir que es de los peores. Ven, pasa. Para ti tengo quesada.

—¿En serio? ¿La has hecho tú?

—Por supuesto que sí. Es lo que tiene no dormir, una debe ocupar las horas de sueño en algo productivo.

—No me queda otra que reconocer que tú también eres una gran amiga.

Silvana se acercó a ella y la besó en la mejilla.

El hecho de que Tessa y Tomás hubiesen comprado la casa suponía que ella tenía un dinero extra en el banco con el cual tirar durante unos largos meses. Aún no había comenzado a trabajar. En contra de la opinión de Tessa, había pedido una

excedencia de un año.

Tessa cortó un trozo del maravilloso postre y lo paladeó.

—Dios, es gloria bendita. Está buenísima.

—Me alegro de que te guste. ¿Y Tomás?

—Aún en la cama. Te recuerdo que son las siete de la mañana —Le guiñó un ojo y luego, como si estuviese en su propia cocina, se giró desenvuelta, cogió una taza del armario y repitió la misma operación que Silvana había realizado antes—. ¿Me pasas el azúcar, por favor?

—Me encanta que desayunes conmigo los sábados y los domingos.

Tessa dejó lo que estaba haciendo para observar a su amiga. Habían pasado seis meses y aún estaba demacrada. Tomás y ella intentaban por todos los medios que saliese de ese mundo donde había decidido guarecerse tras lo sucedido, pero no estaba siendo una labor nada fácil.

Silvana se aferraba al pasado con fuerza.

—De una semana a otra *eso* —señaló a Silvana —se nota más.

—*Esto*, como tú te empeñas en llamarlo, se llama embarazo. —Acarició la pequeña curvatura de su vientre.

—Lo defino de esa manera porque tú aún no pareces darte cuenta de que vas a ser madre en menos de tres meses.

Había sido un shock enterarse de que estaba embarazada. Después de tantas penalidades, el destino había decidido ofrecerle el mejor regalo para una mujer: un hijo.

—No se lo vas a decir, ¿verdad?

Silvana sabía que Tessa se estaba refiriendo a Hans. Era una pregunta casi obligatoria entre ellas todos los fines de semana.

—No —respondió de forma taxativa, como solía hacer cada vez que Tessa se lo preguntaba.

—Creo que estás cometiendo un error —Tessa introdujo su taza en el microondas y al instante se volvió—. Tiene todo el derecho del mundo a saber que va a ser padre.

Ella sabía que su amiga tenía razón, pero estaba dolida. Había puesto los límites a la relación que mantenían, eso estaba claro, sin embargo, odiaba que fuera él quien hubiese tomado la decisión. Era complicado de explicar, ni ella misma solía entenderse.

—Este bebé será solo mío.

—¿Eres consciente de que estás siendo la mujer más egoísta de la faz de la tierra, verdad?

Silvana hizo caso omiso al comentario y decidió abrir la lata de aceitunas.

Una de las consecuencias del embarazo, todo lo salado era su debilidad. Hasta el café lo tomaba sin azúcar. Estaba claro que sus arterias, antes de quedarse embarazada, llevaban un extra de glucosa.

—Solo estoy siendo pragmática.

Tessa abrió la puerta del microondas después de que hubiese parado, pero antes de sacar la taza, se volvió hacia ella.

—¿Te estás escuchando? Hablas de tu futura hija, no de una transacción a corto plazo. ¡Esa niña merece saber quién es su padre!

El hecho de que el bebé fuese una niña había sido el gran acontecimiento de esa semana. Se acarició el vientre despacio, como si pudiese transmitírselo a su pequeña.

—Y algún día lo sabrá —Se defendió—. Solo es temporal.

—Esa temporalidad llegará a la veintena, como si lo viera.

Silvana, al pasar por su lado, la miró con un gesto contrito.

—Imagino que sabes que no debes ser tan dura con una mujer embarazada, ¿verdad?

La comisura de los labios de Tessa se movió hasta formar una lenta sonrisa.

—¿Desde cuándo utilizas ese pretexto?

—Desde hoy mismo. Lo añadiré a mi lista.

—¡Ja!

—Sé que tienes razón, ¿de acuerdo?, pero solo pido tiempo.

—¿No sientes nada por él? No entiendo porque no luchaste por lo que sentíais el uno por el otro, porque te rendiste tan pronto. Te conozco bien y sé que tú no actúas así.

Silvana se medio encogió de hombros, quizá porque tenía respuesta alguna para esa pregunta.

—Él tomó la decisión por ambos.

—Debiste quedarte y luchar.

—¿Te das cuenta que hablas en pasado, verdad?

—A mí no me engañas, Silvana.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Silvana llevándose una de las aceitunas a la boca—. Sigo teniendo corazón. Siento cosas por la gente; no soy la perversa reina de corazones. ¿A qué viene esa cara?

—¿Esta? —con el dedo índice señaló su rostro—. Es mi cara de escepticismo —A continuación, Tessa tomó un sorbo de su café sin dejar de observarla por el borde curvo de la taza.

—Se supone que tienes que estar a mi lado. Eso hacen las amigas.

—Ahí tienes razón, y tu sugerencia entra dentro de mi decálogo de amistad.

—Te lo agradezco, Tessa. No imaginas lo importante que eres para mí.

Tessa carraspeó y dijo:

—Será mejor que cambiemos de conversación; solo por el momento —le advirtió—, ¿de acuerdo?

Una sonrisa afloró a la boca de Silvana. Sí. «Era lo mejor».

—¿No has vuelto a soñar con Gardar y Krista?

El cambio hacia ese tema en concreto no sorprendió a Silvana. Desde el primer día había sido sincera con Tessa, y sus sueños no eran ningún secreto. Si que era cierto que su amiga se había mostrado muy escéptica al principio, sin embargo, al final pareció aceptarlo, aunque Silvana sabía que en muchas ocasiones su amiga era reacia a sacar a relucir el tema. Por esa razón, ella nunca comentaba nada al respecto a no ser que Tessa preguntase primero.

—No. Mis sueños terminaron en el instante en que abandoné Roskilde.

—Lo sé. Lo has comentado en varias ocasiones, ¿pero has descubierto ya el por qué?

—No estoy segura, pero imagino que el colgante tiene algo que ver —Cogió otra aceituna y se la llevó a la boca ante la atenta mirada de Tessa.

—No sé cómo puedes desayunar eso.

—Están deliciosas. ¿Quieres?

—Va a ser que no.

Silvana refrenó su sonrisa.

—Solo quiero saber que todo va bien, Sil.

Silvana dejó a un lado el bote de aceitunas y se acercó a su amiga, la abrazó con fuerza.

—Con vosotros tres a mi lado —dijo, haciendo referencia a Tessa y a Tomás, luego se señaló el vientre—, ¿qué podría ir mal?

Capítulo 41

Hans observó a través del cristal de la ventana a Liam. Su hermano parecía más feliz y ajeno al pasado; eso, en el fondo, le parecía maravilloso. Desde que Lucinda había ingresado en prisión, las cosas entre ellos parecían ir mejorando.

«El tiempo lo curaba casi todo», se dijo a sí mismo intentando que esa receta algún día también fuese útil para él.

Secó el último plato y lo depositó sobre la pila. Se habían reunido todos en casa de su madre, algo que solían hacer una vez al mes. A Brander le venía de maravilla tener contacto con los hijos de su hermana y a él le servía para no contar las tediosas horas que daban forma a los sábados y domingos. En su campo visual apareció Astrid, corría detrás de Liam con una gran sonrisa, le tiró algo a su hermano y este lo esquivó en el último momento. Hans no pudo más que sonreír ante la imagen pueril, vista desde la ventana.

Era la tercera vez que Astrid los acompañaba a Ribe. Después de la muerte de Adele y la marcha de Silvana, la muchacha se encontraba desanimada y más triste de lo habitual; había sido él quien la había invitado a pasar unos días con su familia y ella, reacia al principio por la intromisión, había decidido a aceptar.

Y al parecer entre ella y Liam se había producido una conexión, que en ese momento era complicado definir, pero Hans podía oler algo más que una amistad entre ellos. Observó cómo un sonriente Liam, hacía años que no escuchaba la risa de su hermano, volvía a la carga sobre Astrid. Esta, al verse acorralada, corrió al lado contrario en zigzag; poco le valió porque rápidamente Liam le dio alcance y la tiró, con cuidado de no hacerla daño, al suelo. Hans dobló el paño de cocina y perdió de vista a la pareja, que permanecía oculta en uno de los montículos cubierto de flores y altas hierbas.

El verano había llegado e intentó imaginarse cómo sería en el norte de España. Seguramente los colores de la naturaleza también serían vivos y las praderas estarían revestidas de un intenso verde; aunque el sol allí sería más brillante e intenso. La idea de pensar en Silvana le dolía más que nunca.

Al principio, se había desvivido por trabajar y ocuparse de Brander. La realidad que se había trazado era casi perfecta hasta que el tiempo transcurría y dejaba al descubierto espacios vacíos que no podía ni sabía cómo ni con qué llenarlos... Había releído cientos de veces los sueños transcritos en papel de Silvana, sus notas al margen; ver su caligrafía no ayudaba, pero era como una penitencia que se había impuesto.

La había echado de su vida con cajas destempladas y, ahora y siempre,

pagaría las consecuencias por su decisión.

¡¿Cuántas veces se repetía a lo largo del día que lo que había hecho era por y para el bien de ella?! Tantas que no podría enumerarlas. Silvana se había hecho un hueco en su corazón y ese vacío no lo cubría con nada, ni tan siquiera con el hecho de tener a su hijo siempre con él.

Con Brander aún no había hablado de lo sucedido. Un día le comentó que su madre había vuelto, por razones de trabajo, a EE.UU. El niño pareció sorprendido al principio, pero él había intentado por todos los medios que no sufriera y por eso, sus fines de semana en Ribe, tenían el mejor de los motivos.

Algún día hablaría con él, de hombre a hombre, y le contaría toda la verdad. Por ahora era mejor dejar las cosas como estaban. Pronto saldría el juicio y Lucinda sería juzgada. Había hablado con el abogado defensor de su ex esposa y las cosas no pintaban bien para ella. Pero eso era otra historia, una historia de la que ni él ni su hijo formarían parte.

—Estás muy pensativo.

Hans observó lo guapísima que estaba su hermana esa mañana. Llevaba un vestido estampado de manga corta y una chaqueta de lana fina del mismo tono de la tela. Se la veía feliz, y eso le gustaba. A decir verdad, todos parecían felices excepto él.

—Estaba secando los platos del desayuno, eso es todo.

Ella lo miró de forma cauta desde el otro lado de la cocina, de muebles ya antiguos y algo pasados de moda; se acercó a él y le acarició el hombro.

—¿Dónde está Brander?

«Así era su hermano. Siempre pendiente de todos, excepto de sí mismo», pensó ella.

—Con mamá, Soren y Bent. Han ido a coger flores y de paso a buscar gamusinos.

Hans no pudo más que reír ante la escena. Su padre siempre los embarcaba en la misión de atrapar a estos misteriosos animales. Cuando crecieron y se dieron cuenta de que no existían, la decepción fue mayúscula, pues su madre siempre les contaba fantásticas historias relacionadas con ellos. Imaginó que la abuela estaba repitiendo la misma experiencia con sus nietos.

Lo sentía por Brander cuando descubriese la verdad, pero se imaginó que ahora mismo se lo estaría pasando estupendamente en compañía de sus primos y su abuela.

—¿Y Argus?

—Ha ido al pueblo. Necesitaba unas cosas.

Hans depositó un beso cariñoso en el pelo de su hermana.

—Se nota a leguas que no eres feliz, Hans.

Él la miró con gesto adusto.

—Claro que soy feliz —Intentó que ese adjetivo no se le atragantase en la garganta al pronunciarlo—. Os tengo a vosotros.

—Eres un pésimo actor —Le pegó un suave codazo en las costillas.

Unas risas desde el exterior llamaron su atención. Liam y Astrid salieron de su escondite. Iban riéndose y cogidos de la mano.

—Parece que aquí se está cocinando algo bueno —murmuró divertida Liz.

—Sí. Eso parece.

Hans dejó de mirar a través del cristal. La sensación era extraña. Se alegraba por ellos, pero al mismo tiempo le corroía la envidia; pero esta vez sana.

—¿Estás pensando en Silvana?

Escuchar el nombre de ella en boca de otra persona fue como una sacudida eléctrica, porque hasta ahora había sido tabú para toda la familia. Incluso Brander había dejado de preguntar por ella, algo que Hans agradeció de forma infinita.

Liz lo vio apretar la mandíbula. Había metido el dedo en la llaga.

—Hans..., escucha, yo...

—No. Estoy bien, de verdad. Es solo que estoy intentado vivir con ello; eso es todo —Se apoyó en el borde de la encimera, de espaldas a la ventana.

—Ha sido una sucesión de cosas. Debes sentirte cansado.

Su hermano la abrazó y le dio un beso en la sien.

—Se me pasará. Es cuestión de tiempo.

—¿No has vuelta a hablar con ella?

—No.

Liz sabía que estaba moviéndose en arenas movedizas.

—Y, ¿no lo vas a hacer?

—Liz, yo sé que me quieres y estás preocupada por mí, pero este interrogatorio no ayuda, créeme.

—Lo siento. Solo quería ayudarte —Se esforzó por sonreír—. Siempre tienes esa mirada, como si estuvieses perdido en alguna parte donde nadie pueda encontrarte.

—Estoy aquí.

—En cuerpo, sí. En alma y corazón, no.

—Vamos, Liz, no te pongas ahora sensiblera —Alzó la mano y acarició la mejilla de su hermana—. Sigo siendo el mismo.

Liz dejó escapar un cansino suspiro.

—Bien, entonces, no te interesará saber que he llamado al trabajo de Silvana.

Hans dejó caer su mano y juntó las cejas.

—¿De qué demonios estás hablando?

Liz simuló el gesto que solían hacer sus hijos cuando sabían que habían hecho alguna travesura e iban a ser regañados.

—Llamé hace unos días.

—¿Por qué? —inquirió él sin entender lo que su hermana quería decirle.

—Cuando estuvo aquí, no fui muy cordial que digamos con ella, y quise enmendar mi error.

—¿Intentas decirme que hiciste o dijiste algo que pudo molestar a Silvana?

Su hermana, con gesto compungido, lo miró directamente a los ojos.

—Mamá y yo mantuvimos una conversación un poco... —al no saber cómo definirla, decidió continuar—; al principio no me percaté de nada, pero con el tiempo y haciendo memoria, creo que ella lo escuchó —Se asió las manos con fuerza—. Quería pedirle disculpas por si dije algo que pudiera haberla ofendido.

Allí, en la cocina que lo había visto crecer, Hans se desarmó. Silvana se había mostrado más fría desde que habían estado en Ribe. Ahora comprendía y muchas piezas desordenadas en su mente encajaban.

—Creo que vas acertada. Debió escucharlo, pero no debes preocuparte por nada —Intentó que el puño que estrujaba su corazón, cediese—. Ella ya no está y no tiene sentido que te disculpes. Lo pasado, pasado está.

—Pero, Hans, necesito saber...

—Ya está, Liz —la interrumpió él—. No debes preocuparte por nada. Además, prefiero que no vuelvas a ponerte en contacto con ella.

Ella no dijo nada.

—Lo que ocurrió es agua pasada.

—Bien. Si eso es lo que quieres, así será.

—Gracias, te lo agradezco.

Hans intentó despejar su mente, se giró, y volvió su mirada hacia la ventana. Sus sobrinos y Brander estaban ahora con Noah. Su madre se dirigía hacia la casa. La urgencia de huir se hizo apremiante.

—Tengo que irme.

—Entonces, ¿no te interesa saber lo que me dijeron de ella?

Hans tragó saliva con dificultad. Se moría de ganas por saber cosas de Silvana, pero el hecho de descubrir que pudiese haber rehecho su vida con otra persona lo reconcomía. Así que era mejor no saber nada y seguir viviendo en su propia mentira.

—No.

De pronto, Liz le plantó un dedo en el pecho, lo suficiente para que su hermano echase un pie hacia atrás.

—¡Eres un mísero cobarde!

—Liz, te estás pasando.

—Eres un Solberg, por el amor de Dios. Y los Solberg nos encaramos con la vida; no nos rendimos a la primera de cambio.

—Tengo que irme —dijo él apartándose de su hermana.

Ya alcanzaba la puerta cuando sus duras palabras lo detuvieron.

—Su abuelo ha muerto, y está sola en la vida.

Hans se volvió despacio, como a cámara lenta.

—Repite eso.

—Está sola y sufriendo, Hans.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El decano de la facultad donde ella trabaja, aún no se ha incorporado a su puesto.

Hans se puso a la altura de su hermana en dos grandes zancadas, la agarró por los hombros y la zarandeó.

—Tuve que ser diplomática —le explicó ella—, suplicarle y casi echarme a llorar para ablandarle el corazón; no fue fácil —le confesó—, pero una vez rota la barrera fue coser y cantar.

—¿Sabes algo más?

—No... no —titubeó Liz—. Me haces daño, Hans.

Su hermano la soltó de golpe.

—Lo lamento.

La noticia era como un jarro de agua fría sobre la cabeza.

«Silvana está sola», repitió. No supo que lo había dicho en voz alta hasta que escuchó a su hermana.

—Sí. Está sola en la vida, Hans.

La puerta se abrió y su madre apareció de repente en la cocina. Al ver la escena entre sus dos hijos se preocupó.

—¿Interrumpo algo?

—Mamá, tengo que irme, tenemos que irnos —Se corrigió.

—¿Iros? ¿Quiénes?

—Brander y yo —Besó a su hermana y luego a su madre.

—Pero si habéis llegado anoche.

—Nos vamos a España.

—¿España?!

Clarissa miró primero a su hijo y luego a Liz, sin llegar a comprender del todo la situación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al ver el rostro desencajado de Hans.

—Ya te lo contaré. Voy a preparar la maleta. Estaremos unos días fuera —
dijo ya subiendo las escaleras para alcanzar la planta de arriba.

Clarissa miró de forma inquisitiva a su hija.

—Es una larga historia. ¿Te apetece un té?

—Creo que no me queda otra alternativa, ¿no es así?

—Siempre tan intuitiva, mamá.

Liz se giró con una enorme sonrisa en la boca y puso la tetera al fuego.

Su plan había funcionado a las mil maravillas. Nunca le confesaría a Argus el coste de la llamada telefónica a España, porque había tenido que ser más que persuasiva para sonsacar al decano toda la verdad.

La otra parte de la historia la tendría que descubrir Hans por sí solo.

La cuestión que le venía ahora a la mente era si algún día conocería a su futura sobrina. Se imaginó que no tardaría mucho en saberlo.

—¿Un poco de whisky en el té, mamá? Te aseguro que vas a necesitarlo.

Le guiñó un ojo bajo la atenta y estupefacta mirada de su madre. Acto seguido, abrió el armario, sacó la botella y observó su contenido.

«Más que suficiente», pensó al comprobar que quedaba más de la mitad.

Capítulo 42

Ya había pasado una semana desde que Tessa le había traído las latas de aceitunas y, aunque en el pueblo las vendían, ella prefería unas con aliño de ajos y hierbas que estaban deliciosas y que únicamente las vendían en tiendas especializadas.

Su amiga vendría con un buen cargamento de ellas. Solo de pensar en su sabor y textura se le hizo la boca agua.

Hoy el día se levantaba con el sol en lo alto, aunque algunas nubes entorpecieran el camino de los rayos del sol a la tierra. Ya era viernes, y esa tarde Tessa y el decano volverían al pueblo. Estaba deseando ese giro en su rutina diaria. Hacía un par de horas había horneado un bizcocho, y luego había cocinado una tortilla de patatas para cenar los cuatro juntos, como ya solía ser costumbre.

«Los viernes son maravillosos», se dijo a sí misma mientras se dejaba acariciar por los tibios rayos de sol que caían sobre la mesa de piedra, situada en el centro del inmenso jardín que rodeaba la casa.

Abrió el portátil y buscó el documento en el que estaba trabajando. La idea de que Gardar y Krista fuesen los protagonistas de una novela que tenía en mente le entusiasmaba. No tenía un final, y no sabía si podría plasmar sus sueños en papel, pero al menos lo intentaría.

Hasta ahora no había escrito más que unas ochenta páginas, pero no importaba, tenía mucho tiempo hasta que naciera su pequeña. Se llevó la mano a su redondeado vientre y lo acarició, como solía acostumbrar.

—Lo estoy intentando, preciosa —le dijo a su hija, deseando que pudiera oírla—. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

Esa mañana se había vestido con unas mallas ajustadas y una camisola blanca y suelta a la altura de la cintura que marcaba, aún más si cabe, su ya abultado estado de buena esperanza de seis meses. Las náuseas habían ido desapareciendo, aunque todavía quedaba alguna matinal, y en esta etapa del embarazo se encontraba con algo más de energía. Las hormonas estaban haciendo su trabajo. La vida era sabia, te arrebatava a un ser querido y te entregaba otro a cambio. Después de todo, el destino le sonreía.

Respiró hondo y a sus fosas nasales llegó el olor de la naturaleza, de las flores, de los pinos... Hoy estaba feliz y, al parecer, nada ni nadie se lo iba a torcer.

Escuchó el motor de un coche y supuso que eran Tessa y Tomás. Hoy venían más pronto que otros viernes; sin duda era una buena señal.

La puerta del jardín se abrió con el clásico chirrido que su abuelo no hubiese

soportado, pero que a ella le gustaba porque le avisaba, desde la casa, que tenía visita.

Sonrió ante la llegada de sus invitados, pero su sonrisa se congeló en su rostro al ver aparecer de repente en su jardín a Brander y a Hans con un mapa en la mano.

El niño, nada más verla, corrió a su lado con una enorme sonrisa en la cara y la abrazó con fuerza. Ella lo arropó sin dejar de mirar a Hans.

Estaba más atractivo que nunca, quizás algo más delgado y con finas hebras plateadas salpicadas por su espeso y oscuro pelo. Los pequeños brazos de Brander alrededor de su cintura la hicieron volver a la realidad.

Para el niño parecía que no había pasado el tiempo. La abrazaba como si la hubiese visto ayer mismo.

—¿Vas a tener un bebé? —preguntó de pronto Brander alejándose un par de pasos de ella.

—Ahhh... sí —le confesó con una tenue sonrisa. En ese instante, no se atrevió a mirar a Hans.

—¡Vaya! —Exclamó sorprendido el niño—. Estás un poco... —pareció buscar el término más adecuado—, hinchada.

Ella tensó los labios.

—Eso parece.

—¿Voy a tener un hermano?

Un breve y tenso silencio se hizo de repente. Si en ese momento hubiese pasado una mariposa sobre ellos, hubiesen escuchado el batir de sus alas.

Silvana dejó de mirar a Brander para observar a Hans.

«Craso error», se dijo a sí misma cuando estudió el rostro pétreo de aquel hombre con las manos embutidas en los bolsillos de sus pantalones vaqueros. Le sostuvo la mirada y de pronto sintió una especie de corriente eléctrica que le atravesaba la columna vertebral. Aún lo deseaba con todas sus fuerzas. Supo, en ese mismo instante, que estaba perdida.

Brander tiró de su camisola esperando una respuesta.

—Una hermana —reveló ella al fin.

—¿Una hermana?

Brander parecía no estar muy convencido con el sexo del bebé.

—Papá, es una niña —comentó Brander, adelantando su labio inferior en una expresión compungida, como si no le gustase la idea de que el bebé que esperaba Silvana fuese de sexo femenino.

Silvana dejó de respirar al ver cómo un músculo de la mandíbula de Hans temblaba.

—Parece que a Silvana se le olvidó decírnoslo.

—Hans... —Se detuvo en ese mismo momento sin saber muy bien qué decir.

Estaba más guapo que nunca y, de haber podido, se hubiese acercado a él y se hubiese encerrado en el círculo de sus brazos; así podría descansar su cabeza sobre su hombro y dejar que todos los problemas desapareciesen como por arte de magia, pero en ese instante Hans parecía un témpano de hielo a punto de romperse en mil pedazos.

Una voces rompieron la escena y Silvana agradeció la presencia de Tessa y Tomás.

La pareja, al ver el ambiente reinante, se detuvo sin saber muy bien qué hacer o decir.

Fue Silvana la que dio el primer paso.

—Hans, me gustaría presentarte a Tessa Salceda, mi mejor amiga, y a Tomás Ferrero, decano de la universidad en la que trabajo.

Hans les dedicó una media sonrisa y les ofreció gentilmente la mano, a modo de saludo.

—Encantada —dijo Tessa intentando restar importancia a la incómoda situación mientras lanzaba una fugaz mirada cargada de preocupación a su amiga.

—Es un placer —Le saludó el decano algo perturbado por la situación.

—Y este que me tiene agarrada como si fuera un pulpo a punto de escabullirme, es su hijo Brander.

El niño sonrió feliz de ser el centro de atención.

—¡Está embarazada! —vociferó, como si nadie supiera ya la noticia.

Tessa, de haber podido, hubiera soltado una sonora carcajada.

«Esto va de mal en peor», pensó Silvana.

—He horneado un bizcocho para merendar. ¿Os apetece?

Agradeció en ese momento que todos hablasen un perfecto inglés, porque si no se hubiese vuelto loca.

—Ehhh... nosotros nos tenemos que ir —aclaró Tessa algo incómoda—, ¿verdad, Tomás?

Su pareja carraspeó mientras intentaba buscar una disculpa.

—Sí. Tengo que barrer las hojas del jardín —dijo apretando los labios.

Tessa dejó los ojos en blanco ante una excusa tan poco creíble.

—Bien, será mejor que nos marchemos ya, no vaya a ser que en *toda* la tarde no nos dé tiempo a arreglar el *jardín* —comentó en tono irónico.

Silvana estaba demasiado nerviosa para poder reírse de la escena que se desarrollaba ante ella. La casa de Tomás y su amiga aún no tenía ningún jardín. Su terreno aún era un amasijo de escombros y hierros.

La cara de Tessa era todo un poema.

—Brander, ¿te gustaría venir a ver una granja de conejos y patos que hay cerca de aquí?

El niño respondió a la invitación con una amplia sonrisa.

—¿Puedo, papá?

—No veo por qué no —respondió Hans sin dejar de mirar a Silvana—. Obedece en todo momento, y no olvides dar las gracias.

—Muchas gracias —exclamó el niño dando saltos mientras llegaba a la altura de Tessa y Tomás recordando así las palabras de su padre.

—Sil, si me necesitas...

Silvana asintió con una sonrisa que nunca llegó a sus labios.

—¿Nos vamos?

—Síiii —respondió encantado Brander, feliz de estar en un nuevo país y tener experiencias nuevas.

Una vez que se quedaron solos, Hans se acercó a una distancia prudencial de Silvana. Aún el corazón golpeaba con ferocidad dentro de sus costillas. Verla embarazada le había dejado en estado de shock. Pensar que ese bebé podía haber sido de otro hombre le estaba matando por dentro. Gracias a Dios que Brander salvó la situación.

Ahora estaba confundido, rabioso, feliz con la idea de ser padre de nuevo, y al mismo tiempo enfadado consigo mismo y con Silvana. Era una mezcla extraña.

—Parece ser que se te olvidó comentarme algo importante. —Observó su vientre curvo donde albergaba a su futura hija.

Silvana se pasó la lengua por los labios secos con la intención de humedecerlos, y un segundo después exhaló un suspiro de derrota.

—Entiendo —Fue lo único que dijo Hans.

—Hans..., yo... —Se obligó a pronunciar su nombre—. No era mi intención.

—No ibas a decírmelo —No era una pregunta sino una afirmación en toda regla.

Decidió ser sincera.

—No.

Él miró hacia el suelo al tiempo que movía la cabeza, de forma negativa, de un lado para otro.

—Tengo tanto derecho como tú a saber que voy a ser padre de una niña, Silvana.

—Lo sé —dijo ella intentando que las lágrimas no saliesen a la luz—. Lo siento.

—Más lo siento yo, créeme —Se lamentó con un ligero tono de reproche.

Silvana colocó ambas manos abiertas sobre su vientre, como si así pudiese

proteger a su bebé de los agentes externos.

—No ha sido una decisión fácil, Hans —Mordió su labio inferior al mismo tiempo que le mantenía la mirada—. Estos meses han sido muy duros para mí —Se esforzó por no llorar.

La barrera que se había levantado hacía unos meses entre ellos se quebrantó.

Él de pronto se sintió como un miserable. Estaba siendo un egoísta.

—Siento muchísimo lo de tu abuelo; esa es la razón de nuestra visita.

Para Silvana era demasiado; no podía más, porque tener frente a ella a Hans era un sueño hecho realidad, pero él estaba mucho más lejos de lo que a ella le hubiese gustado. Se derrumbó, quizá por la sensibilidad del embarazo o por algún otro motivo inexplicable que aún no llegaba a comprender. Las lágrimas le quemaron los párpados y, sin poder evitarlo, comenzó a llorar.

Viendo su propia debilidad, se giró y se adentró corriendo en la casa. Necesitaba estar sola, con su propio dolor. Esa angustia se pasaría; la había sufrido tantas veces a lo largo de este tiempo que sabía con certeza cómo era su proceso.

Era como una botella de champán al ser abierta, estallaba, se desahogaba y luego se vaciaba por dentro.

Silvana se despertó desorientada, solo los tenues rayos de sol que se derramaban transversalmente sobre la mullida manta de lana de su cama le hicieron ver que aún no había anochecido del todo.

Se encontraba algo mejor, al menos físicamente, porque su cabeza era otra cosa.

Cuando había llegado corriendo a su habitación, se había acostado sobre la mullida colcha celeste, no se había arropado con ella; así que imaginó que Hans la había tapado con la manta para que no se quedase fría durante su profundo sueño. Había llorado tanto que al final se había quedado dormida. Se odió a sí misma por sentirse tan vulnerable ante su presencia.

Se levantó despacio y percibió cierto aturdimiento a un lado de la sien, posó los pies en el suelo de madera y esperó a que se le pasase el mareo. Lo mejor sería levantarse y enfrentarse a la realidad que se le había presentado.

Se tambaleó durante un par de segundos hasta que recobró el equilibrio. Sin mirarse en el espejo, sabía que tenía los ojos hinchados de tanto llorar, por lo tanto, su aspecto debía de ser horrible, pero decidió hacer frente a la situación lo antes posible.

Abrió la puerta y, nada más hacerlo, escuchó la voz de Hans y Brander en la

cocina. En ese momento echó de menos no haber cogido una bata, hacía algo de fresco, pero decidió no volver a la habitación y prosiguió su camino hasta llegar a las escaleras.

Bajando los primeros escalones, se detuvo.

—¿Lo vas a arreglar, papá?

—¿Arreglar? —preguntó su padre.

—Lo tuyo con Silvana.

A Silvana se le encogió el corazón imaginándose al padre y al hijo en su cocina.

—Lo voy a intentar, campeón.

—La idea de tener una hermana mola.

—Pensé que preferías un niño. Tu expresión cuando te enteraste de la noticia era todo un poema.

—Ya me he hecho a la idea. Además, Tomás dice que hay niñas a las que les gusta jugar al fútbol.

Se escuchó el contacto metálico de un cubierto sobre un plato. Silvana decidió descender, uno a uno, todos los escalones.

—Lo que ocurre —El niño se detuvo de pronto, como si estuviese pensando bien su siguiente palabra— es que vivimos muy lejos de Silvana. ¿Cómo lo vamos a hacer? La niña se va a marear de tanto traerla y llevarla.

A Silvana el corazón le dio un intenso palpito. Cerró los ojos y esperó pacientemente la respuesta de Hans.

—Ya te he dicho que lo voy a intentar, Brander. No he hecho las cosas muy bien, pero estoy en ello.

Ella escuchó al niño resoplar con fuerza.

—¡Pues ya puedes darte prisa porque, como siga así, va a reventar de un momento a otro!

—Brander, sé educado, ¿quieres? —le regañó su padre.

Silvana decidió que era un buen momento para dar a conocer su presencia allí.

—Buenas tardes.

Tanto Hans como Brander levantaron la mirada del plato y la observaron sin pestañear, como si estuvieran viendo un fantasma.

—¿Tan mal estoy? —Se pasó la mano por la maraña de su melena.

—Estás preciosa —dijo resuelto Hans levantándose de la silla donde estaba sentado—. Siento decirte que nos hemos comido buena parte de la tortilla.

—¡Está deliciosa! —exclamó Brander llevándose otro bocado a la boca.

—Para eso es. Me alegro de que os guste —Se recostó contra el marco de la puerta.

—Siéntate, por favor, pareces cansada —Hans le ofreció su silla.

—Vivo cansada desde hace seis meses —Ella se dirigió hacia el asiento que Hans le ofrecía.

—Tienes una casa muy bonita.

Silvana pensó que Brander era adorable con las mejillas como globos del enorme bocado que se había llevado a la boca.

—Muchas gracias. Aquí crecí y me encantó hacerlo.

—¿Te apetece comer algo?

Hans se encontraba de pie, esperando su respuesta.

—Un poco de leche caliente estaría bien; no me apetece tortilla. Gracias.

Él titubeó un momento pero, acto seguido, sacó una taza del armario, vertió leche en ella y la metió en el microondas.

Silvana observó cada uno de sus movimientos y le complació ver a Hans tan resuelto en su cocina.

—¿Has terminado?

La pregunta iba dirigida a Brander.

—Sí —respondió el niño bebiéndose el resto de leche que le quedaba en el vaso.

—Bien. Pues lávate los dientes.

—Es pronto —protestó Brander.

—Puedes ir a leer un rato a la habitación. Silvana, no queremos ser molestia. Podemos ir a un hotel.

—¿Por qué? Claro que no. La casa es inmensa y tiene cuatro dormitorios. Me encantaría que os quedaseis.

Hans se pasó la mano por la nuca intentando aliviar la tensión de sus doloridos músculos.

—¿Estás segura? Pensé que deberíamos quedarnos hasta que despertases y saber cómo te encontrabas.

—Por supuesto que sí. Elige la habitación que quieras, Brander. En la del fondo del pasillo hay cuentos y algunos juguetes.

—¿Juguetes de niña? —preguntó un poco asqueado.

Silvana sonrió.

—Pensé que los juguetes eran unisex —Al ver la mirada desconcertada del niño, decidió aclarárselo—. También hay coches de carreras. A mi abuelo le encantaban.

Brander abrió los ojos como platos.

—¿En serio?

—Hay un scalextric.

—¡Wow! ¿Has oído, papá?

—Alto y claro, campeón. No rompas nada o te las verás conmigo.

El niño se levantó velozmente de la silla, pero antes de marcharse dio un beso a su padre, y luego a Silvana, como si fuese el ritual de cada noche.

—Recuerda lo que te he dicho —le ordenó su padre.

—Sí —Gritó el niño ya desde lo alto de la escalera.

—Gracias por dejarnos pasar aquí la noche. Te prometo que mañana busco un hotel —dijo Hans dejando la taza de leche sobre la mesa, en frente de Silvana.

—No es necesario, de verdad —insistió ella—. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

Hans pareció meditar su respuesta durante un par de segundos.

—Tres o cuatro días.

—¿Sólo? —Silvana se amonestó a sí misma por el tono desesperado de su voz.

—No puedo dejar demasiado tiempo el museo.

—Comprendo —Fue la respuesta de ella.

—Silvana...

Ella dejó de acariciar su taza y lo miró.

—Te he echado de menos.

Se humedeció los labios y se centró en los ojos de él. De su mirada nació un brillo de interés.

—Yo también, aunque ahora las cosas sean diferentes.

Hans intentó tomarse aquel comentario de forma positiva. Había sido un idiota redomado desde el primer momento en que había entrado por la puerta del jardín, pero la noticia del embarazo de Silvana lo había dejado noqueado. Debía haberla abrazado, susurrarle cosas bonitas al oído, y sin embargo, ¿qué había hecho?, hacerla llorar hasta quedar extenuada. Sentado en uno de los escalones, la había oído llorar hasta que el silencio reinó en la casa, con lo que imaginó que se había quedado dormida; no sabía qué decirle, no sabía cómo debía tratarla en su estado. Lo que tenía claro es que ella necesitaba descansar. Así que cuando dejó de escuchar los sollozos entró y, al verla plácidamente dormida, la arropó con una manta que encontró a los pies de la cama.

—Siento que las cosas terminasen mal entre nosotros.

—Yo también —Ella se pasó la mano por el pelo y suspiró.

—Rhode no me dio muchas opciones.

Silvana levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Soy consciente de que nada me redime de mi forma de actuar, Silvana, pero

en ese momento era la única opción.

—¿Estás seguro?

—Tú ibas a ser la próxima víctima.

Al pronunciar esas palabras, a la mente de Hans vino la imagen de la diana colgada en la pared, ubicada en el desastroso sótano de la casa de Lucinda. La fotografía de Silvana atravesada por los dardos aún le daba escalofríos.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Lo vi, y Rhode se encargó de darme todos sus puntos de vista.

—Y, ¿ahora no estoy en peligro?

—No —Se le dibujó un rictus amargo en la boca.

—¿Han cogido al asesino? —preguntó extrañada.

—A la asesina —aclaró.

Silvana lo observó sin entender muy bien lo que quería decir.

—Lucinda.

Ella boqueó sorprendida varias veces sin poder llegar a creerse lo que Hans le acababa de decir.

—¡No me lo puedo creer!

Él le narró, a *grosso modo*, toda la historia desde la llamada de Rhode a su despacho, hasta cuando su ex esposa fue detenida.

—¿Ella fue la que entró en el museo cuando yo estaba dentro y sola?

Hans asintió.

—¿Y fue ella la que entró en mi apartamento?

—Así es. Analizaron exhaustivamente las huellas y, en algún momento, no debió ser tan cuidadosa.

—¡Dios mío! —Fue todo lo que pudo decir—. ¿Qué fue o cuál fue la pista que os llevo hasta ella?

—En realidad, fui yo quien se la dio al inspector. Cuando estuvimos en Ribe, Noah llamó a Lucinda “Lulú” —Cruzó una mirada con Silvana—. Ahí se me encendieron todas las alarmas.

—Comprendo.

—En el fondo fuiste tú, Silvana, quien destapó todo al encontrar la agenda en el ordenador de Poulsen.

—Pero no pude evitar la muerte de Adele —Sintió perderse en los ojos de él.

—Adele tampoco era trigo limpio. Las investigaciones realizadas tras su asesinato solo confirman los hechos —Le cogió la mano y le apretó suavemente los dedos—. Buscó el camino fácil. Soy yo el que lamenta no haberme percatado antes de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor.

—¿Y Brander? —Silvana decidió cambiar de tercio.

—No sabe nada aún. Cree que su madre está trabajando en EE.UU.

—De acuerdo.

Tomó un sorbo de leche, pero al ver que estaba fría, dejó la taza de nuevo en la mesa.

—Trae, lo caliente de nuevo.

Silvana le ofreció la taza.

—Es lo menos que puedo hacer por ti. Debo pagar de alguna manera tu hospitalidad.

Los ojos de ella se iluminaron y la esperanza comenzó a florecer en el fuero interno de Hans.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—Me imagino. Aquí, según Rhode, estarías más segura —Sacó, de nuevo, la taza del microondas y se la tendió a ella—. Cuidado que quema —le advirtió—. ¿Quizá deberías comer algo?

—Un trozo de bizcocho estaría bien, aunque el dulce ahora no es exactamente mi debilidad.

—¡Quién lo diría! Te volvías loca por el azúcar.

De pronto, ambos se pusieron serios. Parecieron recordar muchos momentos juntos.

Hans carraspeó.

—Tomás estaba al tanto de todo y había una persona que te protegía noche y día hasta que detuvieron a Lucinda.

Ella abrió los ojos sorprendida.

—Nunca lo sospeché, y la verdad, no me imagino a Tomás siendo parte de toda esta operación.

—Realmente ha hecho un trabajo magnífico. Eso es al menos lo que me ha comentado Rhode.

—Le daré las gracias. No he salido mucho de casa en estos meses —Le dedicó una sonrisa lenta y soñadora—. Primero fue hacerme a la idea de que mi abuelo se había ido para siempre, que no lo volvería a ver, y luego llegaron las náuseas; todo en el mismo paquete —Recorrió la taza con sus dedos—. Se me olvidó tomar la píldora cuando fui a Ribe. Las dejé en mi apartamento y, hasta que no volví, no me percaté de lo que había sucedido. Pensé que no pasaría nada, pero al parecer, —pasó la mano por la curvatura de su embarazo—, me equivoqué.

Los labios de Hans se curvaron suavemente. Le hubiese encantado ser él quien acariciase su redondeado vientre.

—Estoy encantado con la idea de ser de nuevo padre.

Ella levantó de golpe la cabeza.

—¿En serio?

—Sí. Quiero formar parte de vuestra vida, Silvana.

—Siempre lo he supuesto. No eres un hombre que deja sus responsabilidades atrás.

—No, no lo soy.

—Va a ser complicado, Hans.

—Ya veremos —ladeó la cabeza como si estuviera pensando en todas las opciones posibles—. Ahora descansa. Es tarde —Se acercó a ella y la besó en el pelo; el aroma de Silvana lo embriagó de inmediato. La deseaba más que nunca—Iré a dormir con Brander —Ella lo miró desconcertada—. Buenas noches. —se despidió alejándose de ella.

Silvana lo vio salir por la puerta de la cocina. Seguía enamorada de aquel hombre y eso podía acarrear problemas, porque su vida estaba allí, en Luzmela.

Capítulo 43

Hans se giró en la cama y tropezó con Brander, que ocupaba buena parte de ella; una patada de su hijo en la espinilla hizo que se desmereciera del todo.

Se llevó la mano a la frente y soltó de golpe todo el aire que tenía en los pulmones. No había dormido bien, solo a intervalos de dos horas, y esa falta de sueño ya le estaba pasando factura.

Dudó si aún estaba despierto del todo, cuando escuchó un ruido en el pasillo, como una especie de gemido. Se levantó raudo, con cuidado de no destapar al niño. A pesar de llevar solo los boxers, abrió la puerta, pero el fresco de la mañana se hizo patente nada más salir al pasillo que daba acceso a las demás habitaciones de la casa; sin embargo, decidió que no era el momento de perder el tiempo poniéndose algo encima, así que aceleró el paso hasta llegar a la puerta entreabierta, escuchó tirar de la cisterna y, un segundo después, un sollozo débil, y sin tan siquiera llamar, la abrió.

Silvana estaba de rodillas abrazando el retrete. Se colocó inmediatamente detrás de ella y le sostuvo la cabeza cuando vio que le venía la siguiente arcada.

Ella, al verlo entrar, metió de nuevo la cabeza en el hueco del retrete.

—Ya...ya me encuentro mejor. Gracias —balbuceó ella.

—¿Te pasa a menudo?

Ella tomó una respiración honda antes de responder.

—Cada vez con menos frecuencia. Los primeros meses fueron horribles, pero la cosa va mejorando.

Hans se sintió como un miserable. Silvana había pasado sola por todo aquello mientras él ponía todo de sí mismo para olvidarla.

La dejó sola una fracción de segundo, tiempo suficiente para coger una toalla y humedecerla bajo el chorro del agua del grifo; acto seguido, la colocó en la frente de ella.

—¿Mejor?

Ella solo pudo asentir.

—¿Puedes levantarte?

Silvana solo vestía con un camisón de tela muy suave. Hans tenía la impresión de que las náuseas matinales le habían pillado por sorpresa; de haber sido de otra manera, se hubiese abrigado más. La agarró con sumo cuidado por la cintura y, por primera vez, pudo palpar la suave curvatura del embarazo. Se quedó quieto, sin saber lo que debía hacer o decir.

Observó la delicada y pequeña mano de Silvana sobre la suya, ambas reposaban en la suave curva que ya se había formado en su cuerpo. Era una imagen

perfecta.

Ella estaba aún algo mareada; con algo de dificultad, se acercó al lavabo y se lavó la cara con agua fría. A continuación, con ayuda del cepillo de dientes, se lavó cualquier resto que pudiese quedar en su boca.

—Siento haberte despertado.

—Estás de broma..., soy yo el que siento no haber estado estos meses contigo —Estaba hambriento de ella, podía sentirlo a través de cada poro de su piel. Así que decidió mirar hacia otro lugar—. Lamento que hayas tenido que pasar por todo esto tú sola.

Ella notó que algo le preocupaba.

—Ey..., estoy bien. Son cosas de mi estado, eso es todo. Esta niña va a ser guerrera, ya lo estoy viendo —Se mordió el labio y reprimió una nueva oleada de lágrimas.

—Ven aquí —La abrazó con cuidado de no hacerle daño—. Todo va a salir bien. Pensaremos cómo hacerlo, ¿de acuerdo? —Acarició la suave y larga melena de ella.

Estaban casi desnudos y ambos eran conscientes de ello. Él percibió los generosos senos de ella contra su pecho, y eso lo excitó aún más.

—Quiero que se llame Daniela.

—Entonces, se llamará Daniela.

—En honor a mi abuelo Daniel.

—Me parece perfecto —Deslizó la mano entre los cálidos y sedosos cabellos de ella hasta cerrarla en torno a la nuca—. Tú me pareces perfecta —le dijo él separándose lo suficiente para ver el reflejo de sus ojos pardos tristes.

Ella le dedicó una mirada inquisitiva, levantó la palma de la mano y acarició la mejilla de él.

—¿Qué vamos a hacer?

Hans enmarcó su rostro con las manos y alzó los labios hacia los suyos.

—Hablaremos con detenimiento de todo lo que nos preocupa y aceptaré tus condiciones —Frotó su nariz contra su cuello—. Si tengo que viajar todos los meses hasta aquí, lo haré —Besó el delicado hueso de su clavícula—. Pero si he de ser sincero y egoísta al mismo tiempo, preferiría otra opción.

Ella se dejó llevar por la suavidad de su tacto, por el reguero de besos que dejaba en su piel y por el cálido aliento de él, que la abrasaba como si se tratase de una llamarada. Ella gimió y él, en el acto, se excitó; el contacto de ella, lo electrizó.

Bajó las manos por el camisón y se detuvo en la mitad de sus nalgas; una vez allí, acarició sus deliciosas curvas.

—Me muero por llevarte a la cama, adentrarme en ti y hacerte mía hasta

saciarne de ti. Aunque creo que eso es del todo imposible.

Ella, como respuesta, buscó la boca de él y le dio un beso húmedo y profundo.

Él empezó a recorrerle con la mano la parte interior de los muslos.

—Te he echado tanto de menos estos últimos meses que creí volverme loco.

Silvana, de una manera casi inconsciente, abrió las piernas y él aprovechó ese movimiento para buscar la hendidura, ya deliciosamente húmeda, de sus labios vaginales. Los acarició suavemente, una y otra vez, hasta que ella comenzó a rendirse a su juego.

Silvana, como respuesta, se aferró con fuerza al lavabo. Hacía demasiado tiempo que no sentía aquel placentero dolor caliente y excitado que ascendía por su bajo vientre con fuertes y hondos impulsos que parecían atravesarla buscando la deseada liberación de su cuerpo.

—Me encanta ver cómo te corres —dijo él pegando sus labios a los suyos.

Apartó las bragas y metió el dedo y, acto seguido, siguió todas las claves para que ella llegase al éxtasis; la sintió temblar y jadear contra su piel, y fue entonces cuando él intensificó el ritmo con los dedos alrededor de su clítoris, hasta que la escuchó gritar al borde del orgasmo; en ese momento, él tuvo que hacer un férreo esfuerzo para no eyacular en los boxers.

—Hans... —Ella pronunció su nombre casi como si se tratase de alguien divino.

—Estoy aquí, cariño.

—Creo que acabo de encontrar el remedio perfecto para hacer desaparecer las náuseas.

Él soltó una burbujeante carcajada.

—Estaré encantado de satisfacer todos tus deseos.

—¿Todos? —inquirió ella con una sonrisa burlona que iluminaba su rostro.

Él iba a responder cuando de repente la puerta se abrió.

—Papá, ¿qué hacéis tanto tiempo en el baño? Me hago pis.

Hans, como si se tratase de un acto reflejo, sacó la mano de entre los muslos de Silvana y se acercó más al cuerpo de ella, cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre la de ella. De haber podido, hubiese dado una patada en el trasero a su hijo y lo hubiese mandado de vuelta a su cama.

Silvana se llevó la mano a la boca y, un segundo después, comenzó a reírse.

—Será mejor que dejemos a este meón solo en el baño.

—¡Te he oído! —protestó Brander con las piernas cruzadas, como si estuviese a punto de estallarle la vejiga.

Hans tomó en volandas a Silvana y la sacó del baño.

—¿Te encuentras mal, Silvana?

La voz del niño sonaba preocupada.

—Todo bien, Brander. Son solo náuseas matutinas —le respondió intentando no echarse a reír—. Será mejor que nos vistamos y vayamos a desayunar —comentó ella como si no hubiera pasado nada.

—Vale —respondió despreocupado el niño que, sin más, se dirigió dando pequeños saltos al retrete.

—Te recuerdo que tenemos una conversación pendiente.

—Lo sé. —Fue la respuesta de ella aún abrazada a él.

Hans la observó con detenimiento; la dejó con cuidado en el suelo y levantó las manos en gesto de rendición.

Él se giró despacio, sin perderla de vista y, a continuación, se dirigió hacia la habitación que había ocupado con Brander. Silvana se quedó donde estaba contemplando aquel escultural cuerpo que una vez fue suyo y ahora parecía estar muy lejos de serlo.

—Es un desván con mucha personalidad.

—Sí, sí que lo es.

Brander estaba entretenido viendo la televisión y Silvana aprovechó el momento para mostrarle a Hans el espacio más bonito de la casa, a su modo de ver. Allí fue la última conversación, frente a la ventana, que tuvo con su abuelo. Esa imagen había quedado grabada en su cerebro de un modo que nunca podría olvidar.

—Aquí me despedí de mi abuelo antes de mi marcha a Dinamarca.

Hans la miró intentando vislumbrar cada uno de sus gestos. La rodeó por los hombros con su brazo y la acercó a su cuerpo.

—Siento mucho no haberlo conocido.

Ella arqueó los labios con una tenue sonrisa.

—Le hubieses gustado.

—Me alegra saberlo.

Ella cerró los ojos unos segundos con la esperanza de alejar los recuerdos al menos un segundo de su mente.

—Está siendo difícil para ti; lo sé —Él acarició su mejilla con los nudillos mientras la miraba atentamente—. Pero quiero que pienses en algo; no es necesario que tomes una decisión ahora mismo, solo debes meditarlo seriamente. ¿De acuerdo?

Hans tocó el labio inferior de Silvana, lo acarició y luego lo besó suavemente. Ella abrió su boca y respondió a su beso. La escuchó gemir y él se perdió en aquel delirio que siempre le provocaba tenerla entre sus brazos.

—No he podido dejar de pensar en ti ni un solo día desde que te fuiste —le confesó contra sus labios—. Siempre has sido tú, lo supe desde el día en que te vi en el aeropuerto.

—Hans..., mi trabajo está aquí, mi vida está en esta casa. Allí no queda nada. A él le dolió su declaración, pero creía comprenderla.

—Te equivocas —La besó en la frente—. Porque mi vida está donde tú estés. Pudo sentir el cuerpo de Hans tenso de deseo.

—Si es necesario, estudiaré español y me ganaré un puesto en la universidad donde tú trabajas.

Ella hundió los dedos en el pelo negro de él y atrajo su cabeza hacia ella para besarlo de nuevo.

—Mi idioma no es fácil.

—Aprenderé —Él rio suavemente—. Tengo una buena profesora.

—¿Y Brander?

—Va en el mismo paquete que yo.

—Lo sé —admitió ella presurosa—, no me refiero a eso. ¿Crees que le gustaría vivir aquí?

—Negociaremos con él. Estoy seguro de que una nueva consola será su precio a convenir.

Ella le dio una palmada en el hombro.

—No estás hablando en serio, Hans Solberg.

—Hay otra opción —La acercó más a su tórax mientras la besaba, abrió su boca e introdujo su lengua en la de ella. Silvana se cimbró sensualmente contra él y respondió con ansias y deseo a su beso.

—Estoy loco por hacerte el amor, lo de esta mañana solo ha sido un aperitivo —Acarició suavemente la curva de su vientre—. Esta niña es el mejor regalo que me podías ofrecer.

Ella volvió a besarlo con dulzura.

—Esa fue la razón por la que decidí no comentarte nada, porque en el fondo sabía que, en cuanto lo supieses, no te ibas a desentender de tus responsabilidades.

—Eso nunca. Ya me conoces. Luché por Brander y lucharé del mismo modo por Daniela.

A ella le gustó que pronunciase el nombre de la niña en español. En sus labios sonaba más exótico.

—¿De qué opción me estabas hablando? —preguntó ella suavizando la mirada.

Él acarició su espalda de arriba abajo varias veces antes de hablar.

—Vuelve conmigo a Dinamarca —le sugirió en tono inseguro—. Puede ser

difícil al principio e intentaré por todos los medios que puedas trabajar en el museo. No es algo fijo aún, pero prometo intentarlo.

—Cuidaría de Brander y Daniela.

—Sí.

—¿Y de ti?

—Eso me encantaría.

—Y vendríamos aquí un mes al año.

—Te quiero demasiado para negarte nada.

Ella le sonrió entre lágrimas.

—Yo también te quiero, Hans.

Él la besó con un ansia desmedida.

—¿Eso es un sí?

—Quiero escribir una novela.

La expresión de él aún no estaba relajada, pero asintió.

—Bien. ¿Sobre qué?

—Krista y Gardar.

—Lo que me recuerda...

Se separó unos centímetros de ella, metió la mano en el bolsillo y extrajo algo que mostró inmediatamente a Silvana.

—¿Es mi colgante!

—Así es. Cuando le dije a Rhode que venía a verte, me lo dio para ti. Según dijo, te pertenece.

Silvana tuvo que hacer un esfuerzo férreo para no llorar desconsoladamente. Allí en aquel mismo lugar, su abuelo le había hecho el mismo regalo. Miró hacia la ventana y, por un momento, creyó verlo allí de pie, sonriendo. Parecía feliz.

«Nunca debes olvidar tus raíces, pero eso no significa que no puedas crear tu hogar lejos de la tierra que te vio nacer».

Eran las mismas palabras que le había dicho antes de partir.

«Vuela, vuela alto, pequeña, deja que sea el viento quien te lleve, permite que sea el destino y los dioses quienes te guíen».

—Abuelo...

«Me gusta, mozuca. Te quiere y es un buen hombre para ti».

—Abu...

—Silvana.

La voz de Hans la devolvió a la realidad.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? ¿La niña está bien?

Ella lo miró algo desorientada durante unos segundos.

Volvió a la ventana. Su abuelo le sonrió despacio, levantó la mano en alto y se

la llevó al corazón.

«Te quiero. Siempre estaré contigo allá donde vayas».

Y, como vino, desapareció. Se esfumó.

—¿Qué ocurre?

Silvana lo miró a él y después paseó su mirada por el desván. Tantos recuerdos en tan pequeño espacio.

—Silvana... —El tono de voz de Hans ya era apremiante.

—Mi abuelo tiene razón, mis raíces están aquí, pero mi hogar está donde tú y nuestros hijos estén.

Hans parecía no comprender una sola palabra, pero aun así, sonrió de oreja a oreja.

—¿Eso es un sí?

Ella sonrió abiertamente y luego asintió.

—Con una condición.

Él elevó una ceja y esperó a que ella hablara.

—No habrá más secretos entre nosotros.

—La forma en la que precipité tu salida de mi vida fue por razones más que obvias.

—Aun así. Nunca más, Hans.

—Está bien, te lo prometo —Levantó la mano derecha y clamó—. No más secretos —A continuación, Hans la abrazó y la besó intentando saciarse de ella, aunque sabía que eso era del todo imposible—. Te quiero, Silvana Roiz.

Epílogo

La batalla final

—No nos someteremos a estos infames, si hemos de morir para conquistar la tierra que nos pertenece, lo haremos. —La voz del rey Harald resonó con fuerza entre la multitud de sus guerreros, que lo vitoreaban con una algarabía cada vez más frenética, como si se tratase del mismísimo Odín.

Gardar observó impassible la escena que se desarrollaba a su alrededor y se preguntó, por enésima vez a lo largo de esos días, si Krista, la mujer que en ese momento tenía a su lado, se habría equivocado en su premonición. Después de los vitorios, el rey volvió a tomar la palabra, pero él perdió toda la atención cuando Krista soltó un bufido de lo más audible; sospechó que iba a decir algo, pero con el dedo índice en los labios la obligó a guardar silencio.

Gardar midió la diatriba del rey con cautela mientras el monarca, subido sobre su caballo en una loma, pronunciaba esas palabras que seguramente quedarían para los anales de la historia. Por el rabillo del ojo, no pudo evitar ver cómo Krista se removía inquieta; sin embargo, cuando él la recriminó con la mirada su acción, esta se detuvo en el acto, pero su queja verbal fue aún mayor.

Estaban agotados, llevaban días donde la muerte se había hecho su mayor aliada y él en lo único que pensaba era en que ella no sufriera ningún daño. No había tardado en llegar a la conclusión de que estaba perdidamente enamorado, y hasta ahora, la había obligado a mantenerse escondida en una de las naves, pero para su desconcierto, ella había desobedecido su última orden y allí estaba, a su lado, escuchando al rey pronunciar sus palabras de victoria.

De haber podido, se hubiese echado a reír al ver que ella hacía una mueca con los labios; en ese momento, los hubiese besado y se hubiese perdido en su sabor, pero hubiese resultado de lo más extraño a vista de todos, ya que Krista iba vestida como un hombre. Había lamentado cortar su cabello y tirarlo al mar, sin embargo solo pensaba en su seguridad. Una mujer como ella sería un deleite para sus hombres.

Los hombres vitorearon una vez más y el rey pareció complacido por ello.

Se decía que Harald de Hardrade no tenía pizca de piedad. Comentaban sus guerreros que tenía montañas de oro, aparte de una fuerte personalidad, con las que satisfacer y enriquecer a su ejército. Él sabía que todas esas habladurías eran ciertas.

Si Harald quería algo, lo compraba o lo tomaba; no contemplaba otras opciones. Él era buena muestra de ello.

Una bandada de cuervos surcó el cielo. Graznaron y algunos hombres alzaron su mirada hacia el mal presagio; se removieron inquietos.

—¿Dónde estamos exactamente? —le preguntó Krista, sin poder mantener por más tiempo la boca sellada y sin elevar demasiado la voz.

Él, antes de responder, prestó atención a su alrededor y comprobó que nadie los escuchaba. Solo Viggo sabía de la presencia de ella allí y, por su arrugado entrecejo, comprendió que no estaba de acuerdo con su decisión.

—Stamford bridge.

Ella asintió sin saber muy bien dónde localizar ese lugar. Gardar pareció ver su adusto gesto, porque después añadió:

—Ya estamos en tierras inglesas.

—¿Por qué vais sin corazas?

—El norte ya es nuestro. Estamos a la espera de que el rey de Inglaterra nos rinda pleitesía.

Ella lo miró sin entender.

—Algo va mal, Gardar.

Él no supo cómo afrontar esa afirmación.

—¿A qué te refieres? Hemos luchado hasta la extenuación, derramado sangre y perdido a muchos de los nuestros. No creo que sea el momento de decir que algo va mal.

—En mis sueños...

Gardar entrecerró los ojos, como si estuviera midiendo sus palabras.

El sol del mediodía golpeaba con fuerza sobre el grupo armado de hombres y Viggo, al lado de Krista, gruñó para después dirigir su mirada feroz a Gardar.

—Ella no debería estar aquí y lo sabes.

Claro que lo sabía, ya que no paraba de repetírselo una y otra vez, pero dejar a Krista en aquella aldea le fue del todo imposible. A estas alturas ya estaría muerta y él había dejado ya demasiado en el camino como para perderla a ella también.

La decisión no había sido fácil.

Él iba a replicar cuando unos gritos en la lejanía le hicieron girarse y ver a tres hombres que corrían casi con desesperación a través del claro.

—Ingleses —gritó uno sacudiendo los brazos por encima de la cabeza.

—Se acercan los ingleses —vociferó otro de ellos casi sin aliento.

Gardar comprobó que el tercer hombre, en vez de dar la voz de alarma, se afanaba por correr más aprisa.

No lograba entender lo que estaba ocurriendo, al igual que muchos de los guerreros que allí se encontraban, aun así dio la voz de aviso, a sabiendas de que si era cierto, el peligro que les acechaba podría terminar con la diezmada tropa; todos sus sentidos se pusieron en alerta. Varios hombres lo miraron de forma expectante, incluso el rey, subido a lomos de su caballo, que ahora guardaba silencio y con el gesto adusto por la interrupción.

—¡Ingleses!

Gritó alguien a su espalda. A esas voces se unieron otras con más fuerza, como si se tratase de un rugido de guerra.

—No te muevas de aquí —ordenó Gardar a Krista—. Necesito que me obedezcas —la pidió cuando vio que ella iba a rebatir su mandato—, por favor. Te necesito a salvo.

Sin más Gardar, seguido por Viggo, se abrió paso entre la multitud para poder llegar hasta el rey.

Uno de los vigías llegó sin resuello y se colocó ante el soberano.

—Se...acercan —tomó una bocanada de aire antes de poder continuar—, los ingleses.

—¡No es posible! —El rostro de Harald se tornó de un tono violáceo—. Hemos ganado la batalla —clamó con toda solemnidad.

Los otros dos vigías llegaron al mismo tiempo.

—¡Son cientos! —exclamó uno.

—¡Y vienen armados hasta los dientes! —vociferó el otro, intentando guardar el equilibrio de sus cansados músculos.

—Harald —la voz de Gardar se escuchó entre el murmullo de todos los que habían escuchado lo que los vigías habían comentado—. Debemos unificar nuestras tropas —Estiró el brazo e intentó abarcar con ese movimiento la enorme explanada que se abría ante ellos—. Nos pisarán como a cucarachas.

En los ojos del rey se podía ver el miedo. Gardar le había insistido en no dividir el ejército, siguiendo las instrucciones de Krista, pero el soberano se había empeñado en mostrar a los habitantes de Inglaterra quién iba a gobernar, a partir de ahora, en aquellas tierras; por esa razón había enviado a la mayor parte de su tropa a saquear.

—Casi me rogaste que no enviase a los hombres río abajo. ¿Por qué?

Gardar guardó silencio durante unos segundos, tiempo suficiente para estudiar su pétreo rostro. No podía hablarle de Krista, ni de su premonición. Ella había insistido hasta la extenuación en que el rey de Inglaterra saldría victorioso de esta hazaña y, para su desgracia, así había sido. Debía haber insistido más a Harald para que no separase al ejército, pero ya era tarde para lamentaciones.

—Nunca me he fiado de los ingleses, señor.

—¡Replegaros todos al otro lado del puente! —ordenó sin dejar de mirar fijamente a Gardar y, después, al río que los separaba—. Vosotros —dispuso dirigiéndose al grupo de vigías—, coged los mejores caballos que encontréis y buscad a nuestras tropas que están esparcidas a lo largo de la campiña inglesa. La batalla no ha terminado. ¡Resistiremos hasta vuestra llegada!

Harald vociferó algo en alto que Krista no pudo oír. Los hombres estaban cansados y la mayoría de la tropa estaba lejos de allí. El rey había dado la orden, tras su victoria, de que descendiesen río abajo a asolar toda zona poblada.

Ella observó cómo Gardar se acercaba desolado, con un amargo rictus en su boca.

—Vamos a contraatacar, pero somos inferiores en número —comentó como si supiera que fuese una pena de muerte; y, en el fondo, de alguna manera, sabía que así era—. ¿Estás segura de tu premonición?

Ella asintió despacio con la cabeza, a punto de llorar.

Viggo los observó extrañado.

—Amigo, esta noche cenamos en el valhalla, veremos a Odín y brindaremos con él.

Gardar ignoró a Viggo y arrastró a Krista tras un árbol. Los gritos de los ingleses se hacían cada vez más audibles.

—Tienes que marcharte...

Ella boqueó una y otra vez, como si no se creyese lo que estaba oyendo.

—No —exclamó al final, sin dejarle terminar—. No me iré a ninguna parte sin ti.

Él la sonrió, la amaba, lo supo desde el mismo instante que la vio en el puerto. Era como una diosa, y debía mantenerla a salvo. Se acercó y la besó despacio, como si quisiera morir con aquel sabor impregnado en sus labios.

—Ven conmigo, te lo ruego —le suplicó acariciando su mentón—. Huyamos juntos. Aún estamos a tiempo.

—¡Gardar!

La voz de Viggo se mezcló con el blandir de las espadas.

—Ella debe irse —gruñó el hombre fuerte, como un enorme oso, al llegar a su lado.

—No —Krista gritó retando con la mirada a Viggo.

Aquel gigante escupió cerca de los pies de Krista, pero ella ni tan siquiera se inmutó.

—¡Los cristianos no tienen cabida en el Valhalla! —Su voz resonó con fuerza—. Debemos luchar y morir en el campo de batalla si queremos compartir

mesa con Odín.

Gardar, a su pesar, tomó las riendas de la situación.

Los pasos de un ejército se escuchaba desde la lejanía. El ejército inglés se acercaba.

—Espérame en aquel claro; si para cuando el sol se haya ocultado no he vuelto, debes marcharte sola. ¿Lo has entendido?

La voz de Gardar se confundió con el toque de las espaldas y el rugir de los hombres deseando entrar en batalla.

—¿Me has comprendido?! —exclamó él antes de alejarse. —Te quiero, Krista. No lo olvides nunca.

Se mezcló entre sus hombres. Ella lo vio marchar, con el corazón en un puño, hacia sus guerreros; si fuese por ella, lo arrastraría fuera de aquel suicidio, pero en vez de eso corrió hacia el lado opuesto y acató las órdenes de Gardar. Era lo único que podía hacer.

Él, al verla marchar, miró hacia el cielo y solo fue capaz de rogar:

—Odín, protégela.

*Ribe.
Quince meses después.*

Odín, protégela.

Silvana escribió esta última frase en la pantalla del ordenador acompañada de otra que, según la leyenda, gritó el rey a sus guerreros antes de la batalla:

*En la batalla nunca debemos
escondernos detrás de los escudos...
Mi armadura me dice: Alza la cabeza,
donde la espada encuentra al cráneo.*

Ella sabía que Gardar y Krista se habían escapado de aquella masacre. Los había visto en su último sueño, al lado de una pequeña cabaña. Parecían felices, pero nunca supo lo que pasó exactamente en la batalla que fue el fin de la era Vikinga.

Aunque algunos dicen que fue Viggo, aquel gigante de más de dos metros, quien se enfrentó él solo, según cuenta la historia, con la única ayuda de un enorme hacha, sobre un puente, a todo el ejército inglés, bloqueándolos durante largo tiempo. Las epopeyas de Harald de Hardrade narran que aquel descomunal hombre murió blandiendo su arma en alto y con espuma saliéndole de la boca.

Viggo, al igual que Gardar, eran berserker, la élite más despiadada del rey Harald. Luchaban bajo el influjo de un hongo alucinógeno que hacían épicas las batallas. Así morían los grandes hombres.

Ese mismo día, en el que aquel valiente guerrero se enfrentó al ejército inglés, Silvana estaba segura de que Viggo se reencontró en el Valhalla con Odín, como él deseaba.

Punto final.

Había terminado de escribir su novela. Una editora de la zona estaba interesada en ella, y eso era un dato a rebatir, aunque antes de publicar tendría que ver los pormenores con los que se podía encontrar.

Recordó a Poulsen, y como siempre que lo hacía, la invadió la tristeza. Su forma de morir, de alguna manera, le recordaba a Viggo.

Lucinda había comenzado su propia cruzada, pero al final la cárcel había sido su destino. Serían muchos años los que pasaría entre muros sin ver la luz del sol.

Se levantó de la silla, colocó las manos en las lumbares y estiró su dolorida espalda. Llevaba horas escribiendo y tenía la sensación de haberle pasado un camión por encima. Se acercó a la ventana y, a través del cristal, escuchó el bullicio de la fiesta que había en el jardín. Era el séptimo cumpleaños de Bent, el hijo mayor de Liz y Argus.

Los farolillos colgaban del inmenso roble y el viento los movía de un lado para otro, como si fueran inmensas flores de colores.

Se llevó la mano al colgante y lo acarició con la yema de los dedos, como solía hacer siempre que recordaba a su abuelo. Las investigaciones llevadas a cabo nunca pudieron confirmar el cómo ni el por qué ese trozo de marfil se había encontrado tan lejos de las costas danesas.

Silvana tenía su propia teoría. Krista y ella compartían algo más que una historia. Casi podía asegurar que los genes de ambas formaban parte de la misma cadena de ADN. Aquella esclava que conoció en sueños era ya parte de ella. Se atusó el cabello, como si ese detalle fuera el verdadero origen que la atase con el pasado.

Su mente volvió a su abuelo Daniel, a él le gustaría verla feliz, como lo era ahora. Acto seguido, bajó los brazos y los cruzó a la altura del pecho mientras observaba la escena entre el gentío. Allí encontró a Hans, que intentaba mantener a Daniela en un lugar seguro para que no sufriera ningún daño; hacía pocos días que la niña había comenzado a andar y su padre la colmaba de atenciones, pero la pequeña insistía, una y otra vez, en ir en busca de su hermano y primos, que brincaban de un lado para otro sin otra finalidad que divertirse.

Con aquel vestido rosa parecía una verdadera muñeca.

Daniela era la viva imagen de Hans. Era preciosa, aunque él lamentaba que no hubiese heredado su pelo anaranjado ni su tez blanca. A ella no le importaba. Su hija era la luz de su vida y Hans y Brander la complementaban. No se podía pedir más.

Hans la levantó en volandas para deleite de la niña. Silvana vio las regordetas y preciosas piernas de su hija bailar, de un lado para otro, en el aire.

Muy pronto llegaría Noah, y solo entonces, la familia estaría al completo.

Observó cómo Liam se acercaba a Hans y le palmeaba la espalda a modo de saludo. Silvana se alegraba de que la paz hubiese llegado de nuevo a casa de los Solberg. Astrid se acercó a ellos, feliz y con un vaso de vino en la mano, y besó en los labios al que sería su futuro marido, Liam.

La pequeña Daniela, inquieta, se retorció en brazos de su padre y optó por ir a los de su tío. La sonrisa de triunfo de su hija la hizo reír abiertamente.

Hans, como si se percatase en ese momento de su presencia, miró hacia la ventana, y al verla, le dedicó una amplia sonrisa. Comentó algo a su hermano al oído,

este asintió, y vio como él se acercaba a la casa y desaparecía de su campo de visión.

Silvana escuchó pasos en la escalera y supo que muy pronto se abriría la puerta.

Su marido siempre iba a su encuentro, como lo hizo aquella vez en el aeropuerto cuando ella pisó por primera vez Dinamarca, o cuando volvió a por ella sin saber que estaba embarazada.

Ella sabía que siempre sería así, por siempre jamás.

FIN

Agradecimientos

Esta historia surgió como otras muchas, de una manera innata y, hasta que no empecé a escribirla y darle forma, no pude respirar tranquila. Las páginas volaban y la historia fue tomando forma hasta llegar aquí.

Deseaba transmitir y revivir a aquellos bravos guerreros que una vez abandonaron sus heladas y yermas tierras y se hicieron a la mar sin saber muy bien qué esperar de su nueva andadura.

Fueron temidos, idealizados, crearon historia y también fueron olvidados en el tiempo, pero en algún momento del siglo XX volvieron a resurgir con fuerza para no volver a desaparecer jamás.

Quiero dedicar estas páginas, con todo mi cariño, a mis seguidores y lectores.

"Buenos días, corazones."

Glosario

Quesada pasiega:

Es un postre típico de los [Valles Pasiegos](#), Cantabria, especialmente de localidades como [Selaya](#), [Vega de Pas](#), [Villacarriedo](#) y [Alceda-Ontaneda](#)), y uno de los más representativos de esta provincia situada en el norte de España. Se compone de [leche de vaca](#) cuajada que se acompaña de [mantequilla](#) y [harina de trigo](#), [huevos](#) y azúcar. Se suele aromatizar la mezcla con [limón](#) rallado y [canela en polvo](#).

Los ingredientes se introducen en el horno durante una hora a 180 °C, hasta que se dore su superficie.

Hospital Universitario de Marqués de Valdecilla:

Denominado simplemente Valdecilla de forma popular.

Es un centro hospitalario que está situado en la ciudad de [Santander](#) ([Cantabria](#), [España](#)).

Pertenece al [Servicio Cántabro de Salud](#). Se fundó a finales del primer tercio del [siglo XX](#).

Valdecilla ha sido la institución de mayor influencia en el ámbito científico, social e incluso económico de [Cantabria](#).



Yolanda Revuelta

Mediavilla

Nació un 17 de enero de 1973 en Torrelavega, provincia de Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio *Un amigo es un tesoro*, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema *Los sueños se cumplen si no los abandonas* es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

Otros títulos

Noches en la niebla.

Preludios del pasado.

Donde me lleven tus sueños.

Y de repente, un extraño.

Alma entre brumas.

Clan MacKinlay:

Caricias del destino

Caricias del poder

Caricias del ayer

Me puedes encontrar en;

EACVB

Y en mi página Web;

<http://yolandarevuelta.wixsite.com/autoraromantica>